

Autora Bestseller #1 del *New York Times*



# EL Libro Perdido de lo Blanco

**CASSANDRA CLARE**  
y **WESLEY CHU**

LAS MALDICIONES MÁS ANTIGUAS  
LIBRO DOS

Una Novela del Mundo de *Cazadores de Sombras*

# El libro perdido de lo blanco



UNA TRADUCCIÓN DE  
SHADOWHUNTERS CONTRA LA LEY

# El Libro Perdido de lo Blanco

CASSANDRA CLARE

Y WESLEY CHU

Shadowhunters contra la Ley

# ESTIMADO LECTOR:

EL LIBRO QUE ESTÁS POR LEER LLEGA A TI GRACIAS AL TRABAJO  
desinteresado de lectores como tú.

Gracias a la ardua dedicación de los fans esta traducción ha sido posible, y es para el disfrute de los fans. Por esta razón es importante señalar que la traducción puede diferir de una hecha por una editorial profesional, y no está de más aclarar que esta traducción no se considera como oficial.

Este trabajo se ha realizado sin ánimo de lucro, por lo que queda totalmente prohibida su venta en cualquier plataforma. En caso de que lo hayas comprado, estarías incurriendo en un delito contra el material intelectual y los derechos de autor, en cuyo caso se podrían tomar medidas legales contra el vendedor y el comprador.

Las personas involucradas en la elaboración de la presente traducción quedan deslindadas de todo acto malintencionado que se haga con dicho documento. Todos los derechos corresponden al autor respectivo de la obra.

Como ya se mencionó, este trabajo no beneficia económicamente a nadie, en especial al autor. Por esta razón te incentivamos a apoyarlo comprando el libro original —si te es posible— en cualquiera de sus ediciones, ya sea en formato eBook o en copia física, y también en español, en caso de que alguna editorial llegue a publicarlo.

# Shadowhunters Contra La Ley

## Miembros del Staff

### COORDINADORAS

*Samn*

*Zamira G*

### TRADUCTORAS

*Alex Aramburo*

*Alex Loom*

*Ames*

*Annie*

*Ela H*

*Freya*

*Halec*

*Nadia*

*Nais*

*Samantha*

*Samn*

### EDITORES

*Barragán*

*Beatriz*

*Samn*

### EDICIÓN DE PORTADA Y FUENTE TIPOGRÁFICA

*Tris*

### MAQUETACIÓN

*mjniktos*

### REVISIÓN FINAL

*Sam*

Para Steve

— **C.C.**

Para Paula, Hunter y River

Para la familia.

— **W.C.**

Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día.

— Judas 1:6



# PROLÓGO

*Traducido por Samantha  
Corregido por Beatriz y Samn*

IDRIS, 2007

NO HABÍA AMANECIDO DEL TODO CUANDO MAGNUS BANE se adentró en el claro con la muerte acechando sus pensamientos. Rara vez venía a Idris en estos días —todos esos cazadores de sombras reunidos íntimamente lo ponían nervioso—, pero debía admitir que el Ángel eligió un lindo lugar para ser el hogar de los nefilim. El aire olía a alpino y era fresco, frío y limpio. Los pinos se mecían tímidamente uno contra otro en las planicies del valle. Idris podía ser sobrecogedor a veces, lóbrego, gótico y lleno de presagios, esa parte lo hacía sentirse como en un cuento de hadas procedente de Alemania. Tal vez esa era la razón de que su amigo Ragnor Fell construyera su casa en ese lugar, a pesar de todos los cazadores de sombras que acechaban ese lugar.

Ragnor no era una persona cortés y de alguna forma inexplicable, había construido un hogar alegre. Era una cabaña de piedra, con un tejado a dos aguas demasiado inclinado y una cubierta de paja de centeno. Magnus sabía perfectamente bien que Ragnor había teletransportado el techo de paja directamente de una posada del norte de Yorkshire, para desgracia de sus huéspedes.

Conforme guiaba el trote de su caballo cuesta abajo hacia el valle, sintió que los problemas del presente se desvanecían. En la cima del valle, todo iba de mal en peor. Valentine Morgenstern estaba trabajando muy duro para iniciar la guerra que deseaba y Magnus estaba mucho más envuelto en ello de lo que habría deseado. Pero es que, estaba este chico con esos ojos azules tan difíciles de describir.

Por un momento y a pesar de todo, serían solo Magnus y Ragnor otra vez, como lo habían sido tantas veces antes. Ya después tendría que lidiar con el mundo y sus problemas, los que llegarían muy pronto en forma de Clary Fairchild.

Dejó el caballo detrás de la casa e intentó abrir la puerta frontal, la cual estaba sin seguro y se abrió ante su ligero tacto. Magnus asumió que encontraría a su amigo ocupado y bebiendo

una taza de té o leyendo un libro voluminoso, en su lugar Ragnor estaba en el proceso de destruir por completo su sala de estar. Sostenía una silla de madera sobre su propia cabeza, en un intenso frenesí.

—¿Ragnor? —preguntó Magnus y en respuesta, Ragnor lanzó su silla contra la pared de piedra, la cual estalló en astillas—. ¿Es un mal momento? —inquirió.

Ragnor pareció notar su presencia por primera vez. Él levantó dedo, como si le dijera a Magnus que aguardara un momento y después, con gran ímpetu, se dirigió al baúl de roble cruzando la habitación, y tiró de sus cajones, uno tras otro, dejando que cada uno cayera e impactara contra el piso en un gran estruendo de metal y porcelana. Se incorporó, encorvó sus hombros y se volvió hacia Magnus.

—Pareces un maniático, Ragnor —le dijo Magnus, midiendo sus palabras.

Estaba acostumbrado a ver a Ragnor comportarse como un caballero prácticamente pulcro, bien vestido, con un saludable resplandor en su piel verde y brillo en los cuernos blancos que se curvaban hacia la parte trasera de su cabeza. El hombre que tenía frente a él luciría como un chiflado para cualquiera, no importaba quién fuera, pero al referirse a Ragnor, esto era muy, *muy* malo. Parecía perdido, su mirada se movía de un lado al otro de la habitación como si intentara atrapar a alguien que se escondía de su vista.

—¿Conoces la expresión *sub specie aeternitatis*? —dijo sin preámbulos, en una voz fuerte y clara.

Magnus no estaba seguro de lo que esperó que le dijera Magnus, pero no había sido eso.

—¿Es algo así como «las cosas como realmente son»? Aunque esa no es la traducción literal, claro está. —La conversación se le estaba saliendo de las manos.

—Sí —dijo Ragnor—. Sí. Eso significa, desde la perspectiva de aquello que es realmente cierto, realmente y completamente cierto. No las ilusiones que vemos o que pretendemos que son reales, sino las cosas que a pesar de cualquier ilusión, podemos ver. Spinoza. —Después de un momento, añadió un comentario pensativo—: Ese hombre *sí* que bebía. Aunque era muy bueno puliendo anteojos.

—No tengo idea de lo que estás hablando —dijo Magnus.

La atención de Ragnor despertó abruptamente y miró directamente a los ojos de Magnus, sin parpadear.

—¿Sabes lo que es la existencia, *sub specie aeternitatis*? No es nuestro mundo, ni siquiera los mundos que conocemos, ¿pero el complemento del todo? Yo lo sé.

—¿Lo sabes? —preguntó Magnus.

—Son los *demonios* —respondió Ragnor, sin romper el contacto visual—. Hay *maldad*. Es el caos en todas partes, es un caldero burbujeante de intenciones malévolas.

Magnus suspiró. Su amigo había caído en la depresión. Le pasaba a los brujos de vez en cuando; de alguna manera, lo que era absurdo del universo se hacía a la vez más y menos divertido conforme sus vidas se expandían y alargaban más que la de cualquier mundano. Ése era un camino peligroso para Ragnor.

—Sin embargo, algunas cosas son buenas, ¿no lo crees? —Trató de pensar en las cosas favoritas de Ragnor—. ¿El amanecer sobre Fujiyama? ¿Una buena botella añeja de tocap<sup>1</sup>? ¿Ese lugar donde solíamos beber café en la Haya, que venía con esos pequeños cartuchos y podías sentirlo quemando todo su camino hasta tu estómago? —dudó con más empeño—. ¿Esa forma estúpida en la que se ve un albatros cuanto aterriza en el agua?

Ragnor finalmente pestañeó, continuamente y después se desplomó en la silla tapizada a cuadros situada detrás de él.

—No estoy deprimido, Magnus.

—Seguro —dijo Magnus—, es solo tu total nihilismo existencialista, es el viejo Ragnor de siempre.

—Me ha alcanzado, Magnus. Todo. Ahora el gran tipazo está detrás de mí. El mayor de todos. Bueno, el segundo más grande.

—Aun así, un sigue siendo un tipo muy grande —aceptó Magnus—. ¿Es sobre Valentine? Porque...

—¡Valentine! —protestó Ragnor—. Ese estúpido problema de los cazadores de sombras, no tengo paciencia para eso. Pero el tiempo es fortuito. Para que desaparezca. Cualquier cosa mala que suceda en Idris en este instante, probablemente sea adjudicada a todo este asunto con los Instrumentos Mortales. No hay razón para que los gestores de la *verdadera* amenaza lo cuestionen.

Magnus se comenzó a sentir abrumado.

—¿Quieres decirme de qué se trata todo esto? Después de todo, tú me invitaste a venir. Me dijiste que era un asunto de gran urgencia. ¿Podemos tomar una taza de té o ya has arrojado la tetera?

—Voy a *fingir mi muerte*, Magnus —anunció Ragnor dirigiéndose hacia él.

Soltó una pequeña carcajada, antes de volverse y dirigirse hacia la puerta, Magnus notó que tenía un toque decorativo. Renuente, lo siguió.

—Por todos los cielos, ¿por qué? —le preguntó a espaldas de Ragnor.

—No sé por qué justo ahora —contestó Ragnor—, pero una gran cantidad de ellos están volviendo. No puedes matarlos, lo sabes, solo puedes enviarlos lejos por un tiempo, pero

---

1 NT: El tokaj o tokaji es un vino fermentado por hongos originario de Tokaj-Hegyalja en Hungría.

después regresan. Ah sí, ellos vuelven.

Magnus comenzó a preguntarse si Ragnor finalmente había perdido la cabeza.

—¿Quiénes?

Ragnor apareció de repente, justo al lado de Magnus, emergiendo de lo que Magnus creyó que era un clóset, pero ahora se daba cuenta que era un pasillo.

—Él pregunta «quiénes» —repitió la pregunta de forma sarcástica y por un momento sonó como su yo habitual—. ¿De quiénes estamos hablando? ¡Demonios! ¡Demonios Mayores! Vaya nombre. ¿Por qué los dejamos nombrarse así? No son tan geniales para merecer ese nombre.

—¿Has estado bebiendo? —preguntó Magnus.

—Toda mi vida —dijo Ragnor—. Déjame decirte un nombre. Y me dirás si significa algo.

—Adelante.

—Asmodeus.

—Mi viejo querido padre —respondió Magnus.

—Belfegor.

—Es como el tipo pervertido —dijo Magnus—. ¿A dónde quieres llegar con esto? ¿Alguno de ellos está tras de ti?

—Lilith.

Magnus rechinó sus dientes. Si Lilith estaba siguiéndole el rastro a Ragnor, algo estaba muy mal.

—Madre de los demonios. Amante de Sammael.

—Así es. —Los ojos de Ragnor resplandecieron—. No ella. *Él*.

—¿Sammael? —preguntó Magnus, soltó una risita—. De ninguna manera.

—Sí —dijo Ragnor, con el tipo de seguridad que hizo que Magnus notara, con una sensación de derrota, que Ragnor no estaba bromeando.

—¿Puedo sentarme o algo así? —preguntó Magnus.

\* \* \*

SE REFUGIARON EN LA DESTROZADA HABITACIÓN DE Ragnor. Se las arregló

para partir la cama en dos, lo que era un truco bastante impresionante. Magnus se sentó en un escritorio que permanecía milagrosamente intacto. Ragnor caminaba de un lado a otro.

—Sammael, como todo el mundo sabe, está muerto —le dijo Magnus—. Hizo algo que permitió entrar a los demonios a nuestro mundo y después fue asesinado, por el taxiarca<sup>2</sup> según dicen...

—Sabes que Sammael realmente no pudo morir —espetó Ragnor con impaciencia—. Demonios aún menores que él han regresado en algún momento. Él siempre regresa. Y ahora lo ha hecho.

—Bien —afirmó Magnus—, pero no veo qué tiene que ver contigo. Me refiero en sentido de que no tiene nada que ver con ninguno de nosotros. ¡No!, por favor no arrojes más muebles hasta que lo hayas explicado

Ragnor bajó sus manos y una lámpara de suelo que giraba de forma lenta en dirección al techo, cayó al piso con estruendo.

—Me ha estado buscando, no sé por qué, pero creo que tengo una idea.

—Espera —dijo Magnus, su cerebro comenzó a entenderlo—. Si Sammael ha regresado, ¿por qué no está, ya sabes, causando estragos?

—No ha regresado del todo. No puede pasar mucho tiempo en nuestro mundo y solo vaga en las afueras de una especie de vacío. Creo que quiere que le encuentre un reino.

—¿Un reino? —preguntó Magnus levantando ambas cejas.

Ragnor asintió.

—Un reino demoníaco. Una de las otras dimensiones en el cúmulo de burbujas de jabón que es nuestra realidad. Al inicio estará muy débil. Necesitará energía para ganar fuerza y regenerar su poder. Y yo, Ragnor Fell, soy el líder experto en magia dimensional.

—Y el más modesto. ¿Y por qué no encuentra su reino por su cuenta?

—Oh, probablemente lo haría en algún momento. Quizá lo ha estado buscando todo este tiempo. Pero el tiempo para un demonio no es lo mismo que para un humano. O incluso para un brujo. Podrían pasar cientos de años antes de que regrese. O podría ser mañana. —Su voz se fue apagando. En la esquina, un bote de basura se volcó lentamente y esparció su contenido a través de los tablones desiguales del suelo.

—Así que vas a fingir tu muerte. ¿No te parece... precipitado?

—Acaso no entiendes —rugió Ragnor—, ¿lo que significaría para Sammael el regresar a su máximo poder? ¿Si regresara junto a Lilith y unieran sus fuerzas? Habría una guerra, Magnus.

---

2 NT: Forma en que la Iglesia Griega Ortodoxa se referían a los Arcángeles Gabriel y Miguel, en este caso se habla del último Arcángel puesto que él derrotó a Sammael.

Una guerra sobre la Tierra. Destrucción total. ¡No más botellas de tocay! ¡No más albatros!

—¿Qué hay de las otras aves marinas?

Ragnor soltó un suspiro y se sentó junto a Magnus.

—Tengo que esconderme. Debo hacer creer a Sammael que me he ido a donde nadie podrá encontrarme jamás. Ragnor Fell, el experto en magia dimensional, debe desaparecer para siempre.

Magnus procesó todo eso por un momento. Se puso de pie y caminó fuera de la habitación solo para lamentar la devastación que Ragnor había causado sobre su propia sala. Le gustaba esta casa. Era un lugar que se sintió como un segundo hogar durante más de cien años. Ragnor había sido su amigo, su mentor, por muchos más años antes de eso. Se sintió triste y molesto.

—¿Cómo te encontraré? —le preguntó, sin mirar atrás.

—Yo te encontraré a ti —respondió Ragnor—. En cualquier nueva personalidad que adopte. Me reconocerás.

—Podríamos tener una palabra clave —dijo Magnus.

—La palabra clave —dijo Ragnor—, es que contaré la historia de la primera noche que tú, Magnus Bane, consumiste el brandy de ciruelas de pascua europeo conocido como *slivovice* en checo. Me parece que cantaste una canción esa noche, de tu propia autoría.

—Tal vez no una palabra clave —anunció Magnus—. Quizá solo puedes guiñar un ojo o algo así.

Ragnor se encogió de hombros.

—No debería tomarme mucho tiempo reestablecerme. Me pregunto quién debería ser. Como sea, si no hay nada más...

—Lo hay —lo interrumpió Magnus. Se giró y se encontró con que Ragnor se había levantado del escritorio y estaba reunido con él en la sala—. Necesito el Libro de lo Blanco —le dijo en un susurro.

Ragnor comenzó a reír y después rompió en carcajadas. Palmeó la espalda de Magnus.

—Magnus Bane —le dijo—. Manteniéndome sumergido en la intriga del submundo hasta mi fingida última respiración. ¿Por qué, por qué *demonios* necesitarías el Libro de lo Blanco en este momento?

Magnus se volvió para enfrentar a Ragnor.

—Necesito despertar a Jocelyn Fairchild.

Ragnor rio de nuevo.

—Increíble. ¡Increíble! No solo necesitas el Libro de lo Blanco, debes encontrarlo antes que Valentine Morgenstern. Mi amistad contigo siempre ha sido un rico tapiz de terribles sucesos desafortunados, Magnus. Creo que lo extrañaré. —Sonrió—. Está en la mansión Wayland. En la biblioteca, dentro de otro libro.

—¿Está escondido en la *antigua casa de Valentine*?

La sonrisa de Ragnor se volvió más amplia.

—Jocelyn lo escondió ahí. Dentro de un libro de cocina. *Recetas Sencillas para Amas de Casa*, creo que ese es su nombre. Qué extraordinaria mujer. Terrible elección de esposo. Como sea, me largo. —Se comenzó a dirigir hacia la puerta.

—Espera. —Magnus lo siguió y derribó lo que resultó ser una estatua de un mono de latón fundido—. La hija de Jocelyn viene en camino a preguntarte sobre el libro justo ahora.

Las cejas de Ragnor se elevaron.

—Bueno, no puedo ayudarla. Estoy muerto. Tendrás que pasarle la información. —Se giró para marcharse.

—Espera —repitió Magnus—. ¿Cómo, em... cómo moriste?

—Asesinado por los seguidores de Valentine, obviamente —respondió Ragnor—. Es por eso que estoy haciendo esto ahora.

—Obviamente —murmuró Magnus.

—Buscaban el Libro de lo Blanco para ellos. Hubo un disturbio; fui asesinado. —Ragnor parecía impaciente—. ¿Tengo que hacer todo por ti? Ven. —Pasó junto a Magnus, apuntó a la pared negra con su dedo índice izquierdo y comenzó a escribir usando la fiera fuente abisal—. *Lo escribiré en la pared* para ti, así no lo olvidarás.

—¿En serio? ¿Abisal?

—«Fui... asesinado... por... los... matones... de... Valentine... porque... ellos...» —Hizo una pausa y le lanzó una mirada a Magnus—. Nunca te mantuviste al día con tu caligrafía abisal, Magnus. Ésta será una buena práctica para ti. —Regresó su atención a la pared y reanudó su escritura—. «Ahora... estoy... muerto... ay... no...» Ahí está. Es suficientemente sencillo para ti.

—Espera —le dijo Magnus por tercera vez, pero realmente no le quedaba nada que preguntar. Tomó un frasco de cristal al azar, volcado sobre la parte superior de la chimenea—. ¿No te llevarás tu... —Miró a la etiqueta y arqueó una ceja en dirección a Ragnor—, pulidor para cuernos?

—Mis cuernos tendrán que irse sin pulir —dijo Ragnor—. Sal de mi camino, fingiré mi muerte ahora mismo.

—No sabía que debías pulir tus cuernos.

—Si sabías. O al menos, deberías saberlo. Si tuvieras cuernos. Si no quisieras que luzcan sucios y descuidados. Me voy, Magnus.

Finalmente, la compostura de Magnus se vino abajo.

—¿Tienes que hacerlo? —le preguntó, ante sus propios oídos sonó como un niño arrogante—. Es una locura, Ragnor. No tienes que *morir* para protegerte. Podemos hablar con el Laberinto Espiral. No tienes que lidiar con todo esto solo. ¡Tienes amigos! ¡Amigos con poder! ¡Cómo yo!

Ragnor observó a Magnus por un largo rato. Eventualmente, caminó hacia él y con gran severidad, le dio a su amigo un abrazo. Magnus pensó sobre cómo este era quizá su quinto o sexto abrazo en sus cientos de años de amistad. Ragnor no era alguien a quien le agradara el contacto físico.

—Este es mi problema y lidiaré con él yo mismo —dijo Ragnor—. Mi dignidad lo exige.

—Lo que intento decir —dijo Magnus—, es que *no tienes que hacerlo*.

Ragnor se apartó de él y lo miró con tristeza.

—Sin embargo, tengo que hacerlo.

Se dio la vuelta para marcharse.

Magnus miró las letras de fuego en la pared, en ese momento se disolvieron hasta hacerse invisibles.

—No sé por qué estoy haciendo tanto escándalo por esto —le dijo—. En verdad te encantan los gestos dramáticos. Veremos si este asunto de la «muerte fingida» dura una semana antes de que te aburras y te aparezcas en mi departamento con tu tablero de crokinole.

Ragnor rio y se desvaneció sin decir otra palabra.

Magnus se quedó ahí de pie por un largo tiempo, mirando fijamente al espacio vacío en donde Ragnor había estado. Su antiguo mentor no llevó consigo equipaje alguno, ni un cambio de ropa ni un cepillo de dientes. Simplemente había desaparecido del mundo.

La puerta de entrada permaneció abierta, como Ragnor la había dejado. Parecía mejor para el escenario que estaba tratando de representar, pero corroía a Magnus como una herida y después de un breve momento la cerró con gentileza.

En las ruinas de la cocina de Ragnor, Magnus encontró una enorme pipa de barro para tabaco y en el baño hecho pedazos, halló un frasco con unas raras hojas secas, originarias de Idris, que fueron populares servidas fumar entre los cazadores de sombras del pasado, cuando Magnus era un niño, cientos de años atrás. En honor a Ragnor, en honor a los viejos tiempos, encendió la pipa e inhaló de ella pensativamente.



Desde la ventana observó las huellas firmes de los caballos de Clary Fairchild y Sebastian Verlac conforme descendían hacia el claro para reunirse con él.

PARTE I

# Nueva York



# CAPÍTULO UNO

## LA ESPINA DEL SUEÑO

*Traducido por Lya  
Corregido por Samn*

SEPTIEMBRE 2010

ERA TARDE Y HASTA HACE UN MOMENTO TODO ESTABA EN SILENCIO. Magnus Bane, el Gran Brujo de Brooklyn, estaba sentado en su silla favorita de su sala de estar, tenía su libro abierto boca abajo en su regazo y observaba cómo se movía el pestillo de la ventana del último piso. En toda la semana, alguien había estado forzando y probando las salvaguardas mágicas de su departamento. Ahora parecía que esta persona intentaba forzarlas con insistencia.

Magnus creyó que esa era una tontería de su parte. En primera, los brujos se mantenían despiertos hasta tarde. Por el otro, vivía con un cazador de sombras, quien constantemente se la pasaba fuera patrullando, era cierto, pero Magnus era completamente capaz de defenderse, incluso estando en pijama. Se ajustó el cordón de su bata de seda negra y agitó sus dedos frente a él, sintiendo la magia acumulándose en ellos.

Supuso que años atrás sería mucho más informal con este tipo de allanamiento, habría dejado que se desarrollara de forma natural y confiando que sus instintos lo guiaran. Ahora estaba sentado, apuntando literalmente a la ventana con sus dedos en forma de pistolas. Su hijito estaba durmiendo al final del pasillo.

Con apenas un año de edad, Max dormía toda la noche la mayor parte del tiempo. Eso era un alivio, pero a la vez un inconveniente, porque los padres de Max tenían horarios nocturnos. Max, por otro lado, mantenía un horario militar, despertando cada mañana a las cinco y media con un chillido alegre que Magnus tanto adoraba como temía.

La ventana se deslizó hacia arriba. El fuego despertó en las palmas de Magnus y la magia ardió en la oscuridad, era azul zafiro.

Una persona asomó su torso por la ventana y después se congeló. Quieto, en la abertura del alféizar estaba un cazador de sombras con su traje de caza de pies a cabeza, tenía su arco resguardado sobre un hombro. Se veía sorprendido.

—Eh, hola —dijo Alec Lightwood—. Estoy en casa. Por favor no me dis pares con los rayos mágicos.

Magnus sacudió ambas manos, la luz azul se hizo más débil, luego se desvaneció en un parpadeo, dejando débiles rastros de humo en forma de curvas rodeando sus dedos.

—Normalmente utilizas la puerta.

—A veces me gusta cambiar la rutina. —Alec terminó de entrar y cerró la ventana detrás de él. Magnus le lanzó una mirada—. Bueno. La verdad. Un demonio se comió mis llaves.

—Ya perdimos bastantes llaves.

Magnus se levantó para abrazar a su novio.

—Espera, no. Apesto.

—No pasa nada —señaló Magnus, moviendo su cabeza hacia el cuello de Alec—, con el olor a sudor de una dura noche de trabajo... *espera, sí que hueles. ¿Qué es eso?*

—Eso —dijo Alec—, es el almizcle de un demonio común con el humo del túnel del metro.

—Oh, cariño. —Magnus besó el cuello de Alec de todos modos. Aunque respiró por su boca.

—Espera, el hedor está mayormente en el traje —le dijo Alec. Magnus retrocedió un poco y comenzó a retirarse el arco, el carcaj, su estela, algunos cuchillos serafín, su chaqueta de cuero, sus botas y su camisa.

—Déjame ayudarte con el resto —susurró Magnus mientras Alec terminaba de desabotonar su camisa y Alec le dio una genuina sonrisa, sus ojos eran azul cálido y Magnus sintió una oleada de amor recorrerlo por todo el cuerpo. Ya habían pasado tres años y todavía la sentía tan fuerte, cada vez que veía a Alec. Y crecía más cada día. Todavía más. Se maravilló ante eso.

La boca de Alec se curvó y desvió la mirada al pasillo, lejos de Magnus.

—Está dormido —le dijo Magnus y besó la boca de Alec—. Ha estado dormido por horas. —Se movió para tirar de Alec hacia el sillón. Dio un simple y rápido meneo con sus dedos y las velas en la mesa se encendieron y las lámparas se apagaron.

Alec rio, sintió la vibración ligera contra su pecho.

—Tenemos una cama perfecta, lo sabes.

—La cama está más cerca del cuarto del niño. Será más silencioso quedarse aquí —susurró Magnus—. Además, tendríamos que sacar a Presidente Miau de la cama.

—Aw—dijo Alec, inclinando su cabeza para besar el hueco de la garganta de Magnus. Magnus dejó caer su cabeza hacia atrás y se permitió soltar un pequeño gemido de satisfacción—. Él *odia* eso.

—Espera—le dijo Magnus, retrocediendo. Con un movimiento magistral, se deshizo de su bata, dejándola caer como un charco negro de seda alrededor de sus pies. Debajo, llevaba una pijama azul marino, cubierta de pequeñas anclas blancas. Los ojos de Alec se entrecerraron.

—Bueno, es obvio que no sabía que esto pasaría—dijo Magnus—. O habría usado algo más sexy que mi mullida pijama de marinero.

—Es bastante sexy—admitió Alec y después ambos se quedaron inmóviles, ya que un grito repentino rasgó el aire. Alec cerró sus ojos y exhaló lentamente, Magnus pudo adivinar que estaba contando mentalmente hasta diez.

—Yo iré—se ofreció Alec.

—Yo iré—protestó Magnus—. Acabas de llegar a casa.

—No, no. Yo iré. Quiero verlo de todos modos.—Únicamente usando sus pantalones, Alec caminó por el pasillo hasta el cuarto de Max. Miró sobre su hombro a Magnus, negó con la cabeza y sonrió—. Nunca falla, ¿eh?

—Los niños tienen un sexto sentido—afirmó—. ¿Acaso controlarán la lluvia?

—Quédate aquí.

Magnus abrió un pequeño Portal hacia el cuarto de Max para ver a Alec levantar a su hijo y mecerlo. Alec miró el Portal desde donde se creó y dijo:

—Claro, eso se ve mucho más fácil que solo caminar por el pasillo.

—Me dijeron que me quedara aquí.

Alec señaló al Portal.

—¿Ese es *bapak*? ¿Ves a *bapak*?—le dijo a Max.

Magnus quiso ser llamado de una forma que se sintiera genuina a su propia infancia, pero siempre se sentía extraño. Su propio padre, el humano, fue *bapak* y cuando se lo dijo a Max, sintió una pequeña punzada, como si estuviera caminando sobre la tumba de su padre.

Max se calmó rápidamente, estos días un grito era más a causa de una pesadilla que cualquier otra cosa que requiriera más esfuerzo y él parpadeó somnoliento hacia Magnus, quien sonrió y meneó pequeños destellos de brillo de los extremos de sus dedos hacia su hijo. Una sonrisa apareció en el rostro de Max y sus ojos se cerraron. Casi se había vuelto a dormir, un brazo azul gordito colgaba de un lado. La piel de Max era de un azul oscuro—esa era su marca de brujo—, junto con dos puntas adorables que Magnus sospechaba se convertirían en cuernos. Alec lo regresó a su cuna. Magnus observó y se maravilló ante la extraña felicidad de lo que

ahora era su vida, en la forma de un hombre hermoso, extremadamente atlético sin camisa y ojos sorprendentemente azules que se preocupaba por el bebé que habían tenido juntos. Maldijo su propio sentimentalismo y trató de tener pensamientos sexys.

Alec lo miró y en la tenue luz, Magnus de repente pudo ver lo cansado que lucía.

—Voy —anunció Alec—, a tomar una ducha. Después regresaré contigo a la sala.

—Después de tu probable ducha —le dijo Magnus—. Date prisa en volver. —Cerró el Portal y regresó a su libro, un estudio de artefactos mitológicos escandinavos, sus dueños y ubicaciones a través de la historia. Planeaba comenzar a tener pensamientos sexys de nuevo cuando Alec regresara.

Dos minutos de haber comenzado la ducha de Alec, que basado en sus duraciones usuales, probablemente duraría veinte minutos, Max soltó un grito repentino mientras dormía. Magnus se puso alerta de inmediato y después, cuando no hubo más ruido, se relajó de nuevo y regresó a su lectura.

Unos minutos más tarde, escuchó pasos en el pasillo. Magnus se giró rápidamente. No estaba loco, alguien realmente *estuvo* probando sus salvaguardas y planeó cómo entrar.

Cuando vio quién apareció en la puerta, su corazón se detuvo. No importaba para qué se encontraba allí, nadie tendría un momento romántico esa noche.

—Shinyun Jung —espetó adoptando un tono indiferente—. ¿Estás aquí para intentar matarme de nuevo?

La marca de bruja de Shinyun Jung era un rostro sobrenaturalmente inexpresivo, se mantenía en blanco y secreto sin importar lo que sintiera. La última vez que Magnus la vio, ella se encontraba atada a un pilar de mármol, habiendo arruinado su plan de darle el poder al Príncipe del Infierno, Asmodeus. Magnus tuvo simpatía por ella: pasó por rabia y dolor en su interior y Magnus lo entendía muy bien. Y no se había sorprendido cuando «de alguna forma logró escapar» de la custodia de Alec y no pudieron entregarla a la Clave.

Ahora se encontraba de pie ante Magnus, imperturbable como siempre.

—Necesité de mucho tiempo para atravesar tus salvaguardas. Son bastante impresionantes.

—No lo suficientemente impresionantes —respondió Magnus.

Shinyun se encogió de hombros.

—Necesitaba hablar contigo.

—Tenemos un teléfono —le dijo Magnus—. Pudiste haber llamado. En realidad, no toma mucho tiempo.

—Tengo unas muy, muy buenas noticias —continuó Shinyun, lo cual Magnus no se había estado esperando—. Además, necesito el Libro de lo Blanco. Y tú vas a dármelo.

Eso era más de lo que esperaba.

Magnus consideró pedir una explicación, a pesar de que deseaba lo mejor para Shinyun, sin embargo, era cauteloso sobre darle uno de los más poderosos libros de hechizos en toda la existencia, dado todo lo que sabía de sus acciones y su personalidad.

—Ya no lo tengo —le respondió en su lugar—. Lo entregué al Laberinto Espiral. Pero, ¿cuál es esta buena noticia?

Antes de que ella pudiera hablar, una segunda figura entró a la habitación desde el pasillo.

Magnus jadeó.

Ragnor.

Ragnor, quien había desaparecido tres años atrás. Quien le había asegurado a Magnus que pronto lo contactaría. Magnus lo esperó, después había realizado una enérgica búsqueda y al final concluyó que Ragnor realmente había sido atrapado, que su estratagema había fallado, que su muerte ya no era una mentira. Ragnor, por quien había llorado y se despidió de él en su mente, si no es que en su corazón.

Ragnor cargaba a Max.

Magnus estaba anonadado. Bajo circunstancias normales, le habría dado a Ragnor su séptimo abrazo en toda la historia. Pero estas no eran circunstancias normales. Shinyun estaba ahí y había algo bastante extraño con la forma en la que Ragnor veía a Magnus.

Y la forma en que cargaba a Max. Lo sostenía de manera indiferente, como si fuera un saco de harina. En realidad, a Max parecía no importarle. Él casi estaba completamente dormido y parpadeaba lentamente.

—Así que —habló Ragnor, de forma más brusca de lo Magnus se habría esperado—, veo que esto sucedió. De alguna manera, siempre asumí que terminarías con uno de estos, Magnus. Pero, ¿es prudente?

—*Su nombre* es Max —le dijo Magnus—. Alguien tenía que cuidarlo. Así que lo hicimos. Es nuestro. Como sea, ¿cómo entraron?

Ragnor soltó una risita, fue un sonido familiar que se volvió inquietante por su inesperada reaparición.

—Magnus Bane. Tan grande en poder, tan blando de corazón. Siempre ayudando a los indefensos y necesitados. Tienes un completo refugio en este lugar, con ese cazador de sombras y este pequeñito arándano.

Dada la actitud de Ragnor, Magnus no estaba seguro de si tenía el derecho de llamar a Max arándano.

—No es así —protestó. Miró a Shinyun, que observa la conversación con silencioso

interés—. Somos una familia.

—Por supuesto que lo son —concluyó Ragnor. Sus ojos brillaron.

—Así que —dijo Magnus—, ¿sigues fingiendo tu muerte? ¿O este es tu regreso oficial a la vida? ¿Y cómo conoces a Shinyun? Y creo que deberían darme al bebé.

Shinyun alzó la voz.

—Ragnor y yo estamos trabajando en un proyecto.

Alec aún estaba en la ducha. Magnus consideró hacer un sonido repentino y ruidoso, a pesar de que en verdad quería recuperar su bebé de los brazos de Ragnor antes de eso. Decidió levantarse.

—Espero no les importe —dijo—, si les pregunto sobre la naturaleza de ese proyecto. Shinyun, la última vez que nos vimos, mi novio te liberó de la prisión, con la esperanza de que hubieras aprendido una importante lección sobre trabajar con los Demonios Mayores, Príncipes del Infierno y parecidos. Específicamente, esperábamos que aprendieras a *no* trabajar con ellos en el futuro. —La categoría de Demonios Mayores era amplia, incluía bastantes tipos de demonios inteligentes. Los Príncipes del Infierno eran mucho más poderosos, ellos fueron ángeles que cayeron cuando pelearon al lado de Lucifer en la rebelión.

—Obviamente —le dijo Shinyun con aire arrogante—, ya no sirvo más a un Demonio Mayor.

Magnus dejó escapar un lento suspiro de alivio.

—¡Ahora le sirvo —dijo Shinyun—, al Demonio *Mayor!*

Hubo una larga pausa.

—¿Al capitalismo? —se arriesgó a adivinar Magnus—. Tú y Ragnor comenzaron un pequeño negocio y están en busca de inversionistas.

—Ahora le sirvo al más grande de los Nueve —prosiguió Shinyun en un tono triunfante de regodeo que Magnus recordó bien y que tampoco le había gustado la primera vez—. ¡El Hacedor del Camino! ¡El Devorador de Mundos! ¡El Cosechador de Almas!

—¿Australia? —sugirió Magnus—. ¿Y Ragnor? ¿Viejo amigo? ¿Dónde entras tú en esto?

—He llegado a estar a favor de ello —respondió Ragnor.

—Debí mencionarlo antes —dijo Shinyun—. Ragnor está completamente bajo el control de mi señor. Y mi señor le ha dado el regalo del Svefnthorn. —De una vaina a su lado sacó un largo y feo pincho de hierro, con púas a lo largo de su hoja y terminaba en una punta afilada que se retorció perversamente como un sacacorchos. Se veía como un atizador de chimenea al estilo gótico.



El autocontrol de Magnus desapareció.

—Dame al bebé, Ragnor —espetó Magnus. Se levantó y se dirigió hacia su amigo.

—Es bastante simple, Magnus —le dijo Ragnor, protegiendo a Max del agarre de Magnus—. Sammael, es gobernante de los Demonios Mayores, el más grande de los Príncipes del Infierno, se garantiza inevitablemente que terminaremos el trabajo que comenzó hace mil años, se interrumpió brevemente por los fastidiosos cazadores de sombras, pero gobernará este reino, como ha hecho con otros. Su ineludible victoria —prosiguió amablemente—, ha... ¿cómo debería decirlo... torcido mi voluntad con su fuerza casi infinita? Sí, eso lo describe bastante bien, creo.

—Así que fingir tu muerte fue básicamente inútil —concluyó Magnus.

—Shinyun me encontró —admitió Ragnor—. Realmente se encontraba motivada.

Magnus casi había llegado a Ragnor, pero Shinyun cerró la distancia sorprendentemente rápido y retuvo a Magnus con la punta del Svefnthorn. Magnus se detuvo en seco y elevó sus manos en la pose clásica de rendición no amenazante. Su corazón estaba retumbando. Era difícil concentrarse mientras Ragnor tenía sus manos sobre Max.

—No lo entiendes —le dijo Shinyun—. No te estamos *robando* el Libro de lo Blanco. Te estamos dando algo a cambio. Algo aún más valioso.

Y con una estocada, clavó el Svefnthorn en el pecho de Magnus.

Se hundió en su pecho sin resistencia alguna de hueso o músculo. Magnus no sintió dolor del todo o algún deseo de moverse, incluso cuando la espina perforó su corazón. Solo había una especie de terrible cansancio. Podía sentir su corazón latiendo rodeando la espina. No quería bajar la mirada, no quería verla sobresalir de su pecho.

Parte de él no podía creer que Ragnor estaba ahí, observando todo esto. Mirando y sin hacer nada al respecto.

Shinyun se inclinó hacia adelante y le dio a Magnus un beso en la mejilla. Le dio media vuelta a la espina, como el seguro de una caja fuerte y luego la retiró. Salió de forma tan indolora al igual que como había entrado, dejando un sendero de frías llamas rojas emergiendo de su pecho a su paso. Magnus tocó las llamas, las cuales atravesaron sus dedos de manera inofensiva. La herida no dolía.

El cansancio comenzó a disiparse.

—¿Qué has hecho? —preguntó Magnus.

—Como dije —explicó Shinyun—, te he dado un gran regalo. La primera parte, de todos modos. Y a cambio... tomaremos el Libro de lo Blanco.

—Les dije... —comenzó a decir Magnus.

—Sí, pero sabía que estabas mintiendo —lo interrumpió Shinyun—, porque ya tengo el libro. Lo tomé de la habitación de tu hijo antes de aparecer ante ti. Como cualquiera lo haría. Si no fuera estúpido.

—No lo tomes en serio, Magnus —le dijo Ragnor de manera simpática—. La voluntad de Sammael está ligada al Libro de lo Blanco y sus sirvientes sienten una constante atracción hacia su presencia.

De hecho, Magnus no sabía eso y probablemente habría dejado el Libro de lo Blanco en un lugar más seguro que en una pila de álbumes de su hijo si lo hubiera sabido.

—Puedo evitar que se lleven el Libro —les dijo y vio a Ragnor entrecerrar sus ojos—. Y además, Alec está aquí. Pero me pusieron en desventaja. Ragnor, entrégame a Max y podrán irse con el Libro.

—Podríamos irnos con el Libro a pesar de ello —contraatacó Shinyun, pero Ragnor, a quien nunca le apetecía mucho el enfrentamiento mental, asintió con la cabeza.

—No es un asunto divertido —le dijo a Magnus.

—Por supuesto que no —contestó él.

Ragnor se acercó y le tendió el bebé a Magnus, quien cuidadosamente acurrucó a Max en el hueco de su brazo izquierdo. Después, en un repentino estallido de movimiento, apuñaló violentamente sus cinco dedos de la mano derecha dentro del pecho de Ragnor, en la región general de su corazón. Instantáneamente, a través del flujo de magia dentro del cuerpo de Ragnor y la mano de Magnus, pudo sentir la presencia del control de Sammael: era un vacío, un lugar donde la luz de la esencia vital de Ragnor se desvanecía en la oscuridad. Con un esfuerzo, tratando de no molestar a Max, intentó apartar su mano de Ragnor.

—¡Es un asunto divertido, Magnus! —gritó Shinyun. Estaba apuntando el Svefnthorn hacia Ragnor, manipulándolo en movimientos sutiles.

Ragnor hizo un sonido gutural desde lo profundo de su pecho mientras luchaba contra Magnus. Después se tensó y con un repentino empujón, arrojó lejos a Magnus. Cayó hacia atrás, perdiendo el equilibrio y logró aterrizar en el sillón detrás suyo, acunando a Max. El aterrizaje fue suave, considerando la situación, pero la caída fue lo suficientemente sorprendente como para despertar a Max y hacer que estallara en inmediatas lágrimas.

Todos los adultos en la sala se detuvieron en seco en el lugar donde se encontraban.

—No te sientas mal, Magnus —susurró Ragnor de forma muy tranquila—. El poder que me concedieron por mi lealtad hacia Sammael es mayor que el que tú o el de cualquier brujo, podría superar.

—¡Ragnor! —siseó Shinyun—. ¡Cállate! El bebé...

Soltó un chillido. Y cayó repentinamente al suelo, con una flecha sobresaliendo de su

pantorrilla. Fue tan sorprendente que Max se quedó callado de nuevo.

—¡Quédense donde están! —gritó Alec desde el final del pasillo. Ragnor se giró para mirar hacia donde estaba con una expresión de genuina sorpresa y curiosidad.

Magnus debía involucrarse en la pelea, lo sabía, pero estaba desparramado en su sillón con su bebé encima. Con un poco de esfuerzo comenzó los elaborados movimientos necesarios para incorporarse y no tirar a Max. Consideró, no por primera vez, teletransportar a su hijo y rechazó la idea por no ser segura. No tenía tiempo para abrir un Portal. Tal vez si hacía flotar a Max hasta el techo...

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el sonido y brillo delator de Shinyun abriendo un Portal de su autoría. Magnus había asumido ingenuamente que se encontraba fuera de combate y Ragnor ya caminaba en línea recta hacia el Portal. No había manera en que Magnus lograra atraparlo a tiempo.

Pero entonces, Magnus contempló una imagen verdaderamente gloriosa. Como un dios griego, Alec apareció frente a sí, su cabello salvaje y despeinado por la ducha, todavía escurría de agua. Tenía una toalla blanca envuelta alrededor de su cintura, un cordón de cuero alrededor de su cuello con un anillo Lightwood colgando de él, una runa de golpe seguro en su pecho y nada más que eso, más que una flecha completamente maltratada en el arco recurvo de roble bellamente pulido que normalmente colgaba decorativamente en la pared de la habitación. Era como si hubiera salido de una pintura Renacentista.

Él sabía que a Alec le preocupaba constantemente ser muy ordinario para Magnus, comparado con las maravillas que él había visto a lo largo de cientos de años, ante todo eso, debía parecerle mundano. Magnus no creía que Alec entendiera lo que era admirar, tan de cerca, a un cazador de sombras en el modo completo de guerrero.

Era asombroso.

Volviendo a la situación actual, Magnus notó que Shinyun ya había atravesado el Portal y Ragnor ahora entraba en él. Mientras tanto, Magnus se logró incorporar y sujetaba a Max frente a sí. Necesitaba tener sus manos libres para hacer magia, pero no quería soltar a su hijo.

Una flecha voló. No le dio a Ragnor por casi un centímetro, pero arrancó un trozo de la parte trasera de la capa del brujo mientras el Portal se cerraba sobre sí.

Hubo un silencio repentino. Alec se giró hacia Magnus, quien cargaba y mecía a Max. Su bebé estaba callado.

—¿Ese era Ragnor Fell? —Alec estaba aturdido—. ¿Con Shinyun Jung? —Alec nunca conoció a Ragnor, pero existían muchas fotos, dibujos e incluso una gran pintura al óleo del brujo entre las pertenencias de Magnus.

—En efecto, eran ellos —respondió Magnus ante el silencio.

Alec cruzó la habitación y se agachó para recuperar la flecha y el trozo de capa que se estaba clavado en el suelo. Cuando alzó la mirada hacia Magnus, su expresión era sombría.

—Pero Ragnor Fell está muerto.

—No —respondió Magnus. Negó con la cabeza, repentinamente exhausto—. Larga vida a Ragnor.

# CAPÍTULO DOS

## ENTRE EL AIRE Y LOS ÁNGELES

*Traducido por Zamira G  
Corregido por Barragán y Samn*

MIENTRAS MAGNUS REGRESABA A MAX A LA CAMA, Alec se volvió a ponerse algo de ropa. Todo su cuerpo aún estaba tenso, desbordando adrenalina y ansiedad; pues no estaba seguro de lo que acababa de suceder en su casa, mucho menos de lo que implicaba. Magnus siempre se había referido a Ragnor como una figura de su pasado: su mentor, su maestro, su compañero a lo largo de distintos puntos de su viaje por el mundo de los cazadores de sombras. Y recordaba la tranquilidad con la que Magnus había reaccionado a la muerte de Ragnor tres años atrás. Aquella vez, asumió que se debía a la gran sabiduría existencial de Magnus, emanada de una vida que había sido testigo de muchas muertes.

Ya no estaba tan seguro. Cuando oyó a Magnus entrar en la habitación se apresuró a ponerse una camiseta por encima de su bóxer.

—¿Entonces, sabías sobre Ragnor? ¿Sabías que está vivo?

—Algo así —respondió Magnus.

Alec esperó algo más.

—Sabía que estaba planeando fingir su propia muerte, pero... prometió estar en contacto. En ese momento se encontraba en peligro. Por eso se escondió. Cuando pasaron semanas, luego meses, un año, luego dos, asumí que algo había ido terriblemente mal.

—Entonces, al principio creíste que no estaba muerto —dijo Alec y se volvió hacia Magnus, que lucía vulnerable y dudoso y se había vuelto a colocar la bata negra encima—. ¿Y luego sospechaste que *en efecto* estaba muerto?

—Era la conclusión más obvia —explicó Magnus—. Y estaba en lo correcto, en cierta forma; él *sí* fue capturado. Por Shinyun. —Miró a Alec de manera intensa—. Estaba cargando a Max —dijo en voz baja y se sentó en el borde de la cama—. No sabía... esta es la primera

vez...

Se tomó un momento antes de volver a hablar y esta vez logró controlar el temblor en su voz.

—Tener un hijo es algo verdaderamente maravilloso —le dijo—. Concentra la mente perfectamente bien, en los momentos cuando hay peligro.

Alec se acercó y colocó sus manos en los hombros de su novio.

—Ya no somos solo tú y yo.

—Pero tenía que mantener la compostura —dijo Magnus—. *Tenía que hacerlo*. No tenía otra opción. Así que lo hice. De otra manera, me encontraría muy conmocionado ahora mismo.

Alec le lanzó una sonrisa burlona.

—¿Porque Ragnor Fell está vivo? ¿Porque Shinyun está de vuelta en nuestras vidas? ¿Porque están trabajando juntos? ¿Porque se llevaron el Libro de lo Blanco?

—En realidad —comenzó a decir Magnus, quitándose su playera y la bata para dormir—, es porque Shinyun me apuñaló con un palo mitológico y no sé qué es lo que me ha hecho.

Alec lo miró. Había una fisura en el pecho de Magnus, de la que brotaban volutas de flama anaranjada que se disipaban tan pronto como aparecían. Se preguntó por qué Magnus no estaba más alarmado, cuando él estaba enormemente preocupado. Antes de hablar, se agachó y tomó sus pantalones del suelo.

—Aparentemente, se llama Svefnthorn —indicó Magnus. La ligereza de su tono puso de nervios a Alec. ¿Qué le sucedía a Magnus? ¿Acaso estaba en shock?—. ¿Por qué te estás poniendo los pantalones? —preguntó.

Alec tomó el teléfono que había sacado del bolsillo de su pantalón.

—Voy a llamar a Catarina.

—Oh, no la molestes a mitad de la noche... —comenzó Magnus, pero Alec alzó un dedo para silenciarlo.

Una voz adormilada se oyó del otro lado del teléfono.

—¿Alec?

—Siento mucho despertarte —dijo Alec con voz acelerada—. Pero es... es Magnus. Fue apuñalado por una... bueno, por una gran espina, supongo que eso es lo que es. Definitivamente es algo demoníaco. Y ahora tiene una fisura mágica en el pecho y hay luz emanando de ella.

Cuando volvió a hablar, Catarina sonaba completamente despierta y alerta.

—Estaré ahí en diez minutos. No dejes que haga absolutamente nada. —Después de eso,

colgó.

—Dice que no hagas absolutamente nada —le dijo Alec a Magnus.

—Excelentes noticias —respondió Magnus y volvió a colocarse la bata antes de acostarse en la cama—. Precisamente, ese era mi plan.

Alec levantó la flecha, que yacía olvidada en su mesita de noche y retiró el pedazo de tela enganchado en ella.

Su tiro había fallado a Ragnor a propósito. Incluso en ese momento de pánico, de rabia porque su hogar fue invadido y Max y Magnus quedaron en peligro, Alec fue capaz de reconocer al brujo de piel color verde como uno de los amigos más antiguos de Magnus. No podía lastimarlo.

Así que decidió apuntar a un pedazo de su capa y ahora cerraba sus puños sobre ella.

—Voy a intentar rastrear a Ragnor.

—Buena idea. Gran iniciativa —respondió Magnus, con los ojos casi cerrados.

—¿Para qué supones que quieren el Libro de lo Blanco? —preguntó Alec. Dibujó rápidamente una runa de rastreo en el dorso de su mano con su estela. Sintió como el pequeño pedazo de capa cobraba vida dentro de su puño y el extraño cosquilleo en el fondo de su mente indicaba que la runa estaba haciendo efecto para localizar a Ragnor Fell.

Magnus habló después de un momento, todavía con los ojos cerrados.

—No tengo idea. Para practicar magia negra en nombre de Sammael, tal vez. ¿Alguna novedad?

—Sí. Está al oeste.

—¿Qué tan lejos?

Alec frunció el ceño, concentrándose.

—Muy lejos —respondió.

Magnus abrió sus ojos.

—Espera. —Se levantó de la cama con una prontitud inesperada, considerando lo fatigado que se veía hacía un rato y se dirigió al cajón de un escritorio ubicado al otro lado de la habitación. Agitó una carpeta de papel con entusiasmo—. Aquí tenemos una excelente oportunidad de colaboración entre un brujo y un cazador de sombras. Ven aquí con tu runa y... —Desplegó lo que resultó ser un mapa de la ciudad de Nueva York por la superficie de la cama y movió sus dedos sobre él. Después tomó la muñeca de Alec y movió sus dedos por debajo de ella. Finalmente se agachó para besar el dorso de la mano de Alec.

Alec sonrió.

—¿Cómo se siente besar una runa que está activa?

—Tiene un poco de esencia a fuego celestial, pero en general es agradable —respondió Magnus—. Ahora, ¿qué es lo que tienes, mi noble rastreador?

Alec se concentró en el mapa.

—Em, bueno, sigue estando al oeste de todo este mapa.

—Regreso en un momento. —Magnus salió de la habitación y en pocos segundos volvió y desplegó un mapa de todo el noroeste por encima del otro mapa.

—Sigue estando al oeste —anunció Alec, apenado.

Magnus regresó con un mapa de todo Estados Unidos.

—Oeste —dijo Alec. Intercambiaron una mirada. Magnus salió de nuevo y esta vez regresó trasladando con dificultad un gigantesco globo terráqueo, que fácilmente medía más de medio metro de ancho.

»Magnus —continuó Alec—, eso es un bar. —Abrió el globo por la bisagra, revelando cuatro licoreras de cristal en el interior.

—Sigue siendo un globo —señaló Magnus, cerrándolo. Alec se encogió de hombros y comenzó a mover su puño lentamente por encima de la superficie del globo. Cuando se detuvo, Magnus se acercó para mirar.

—Al este de China. Por la costa. Parece que es... Shanghái.

—¿Shanghái? —cuestionó Alec—. ¿Por qué Ragnor y Shinyun estarían en Shanghái?

—No se me ocurre ninguna razón —respondió Magnus—. Tal vez sea un buen lugar para esconderse.

—¿Qué hay de Sammael?

Magnus negó con la cabeza.

—La última vez que Sammael caminó por esta tierra, Shanghái todavía era un pequeño pueblo pesquero. No existe una conexión entre ambas cosas, hasta donde yo sé. —Su bata se abrió de par en par mientras se inclinaba sobre el globo y Alec no pudo evitar mirar el sitio en el que la piel de Magnus estaba descubierta y estaba una herida grotesca pero que no brotaba sangre, solo esa luz espeluznante. Magnus lo sorprendió mirando y recogió con recato el cuello de la prenda hacia su garganta—. Estoy bien.

Alec alzó ambas manos.

—¿No estás preocupado ni siquiera un poco? —preguntó—. Tienes una apuñalada que está derramando magia extraña. Esto es algo serio. A veces eres como Jace, eres alérgico a pedir ayuda. —Su tono se suavizó—. Solo estoy preocupado por ti, Magnus.



—Bueno, no me he convertido en el esclavo de Sammael, si eso es lo que te preocupa —le dijo Magnus, estirando sus brazos y piernas—. Me siento *bien*. Solo necesito un buen descanso. Dejaremos que Catarina confirme que todo está bien y mañana partiremos a Shanghái, rastreamos a Ragnor y Shinyun, y tendremos el Libro de vuelta. Fácil.

—No lo haremos —respondió Alec.

—Bueno, alguien tiene que hacerlo —le dijo Magnus, de manera razonable.

—No podemos ir solos tú y yo. Necesitamos refuerzos.

—Pero...

—No —lo interrumpió Alec y Magnus dejó de hablar, pero continuó sonriendo—. ¿Qué pasará si necesito runas? ¿Qué pasará si Ragnor y Shinyun son demasiado poderosos con el Libro en sus manos y somos incapaces de derrotarlos por nuestra cuenta? Y, ¡oye!... ¿llevaríamos a Max con nosotros? Porque no creo que sea prudente.

—En cierto modo esperaba que Catarina pudiera vigilarlo —confesó Magnus—. Por el breve periodo de tiempo que estaremos fuera.

—*Magnus* —dijo Alec—. Sé que quieres resolver cada problema por tu cuenta. Sé que odias tener que pedir ayuda o parecer vulnerable...

—Tengo ayuda —lo interrumpió Magnus—. Te tengo a ti.

—Haré todo lo que esté en mi poder —continuó Alec—, y existen muchas cosas que podemos hacer solo tú y yo.

—Algunas son mis favoritas —intervino Magnus, gesticulando con sus cejas.

—Pero es probable que esto sea serio. Si vamos, llevaremos refuerzos. De otra manera, no iré.

Magnus abrió su boca para protestar, pero en ese momento sonó el timbre, anunciando la oportuna llegada de Catarina. Alec abrió la puerta y ella pasó por su lado dando zancadas sin dirigirle una palabra. Estaba usando ropa quirúrgica color azul de un tono muy similar al de su piel y su cabello blanco estaba recogido en una cola de caballo desaliñada.

—¿Hace cuánto tiempo pasó? —preguntó mientras Alec la seguía de vuelta al dormitorio.

—No mucho —respondió Alec—. Tal vez veinte minutos. Dice que se encuentra bien.

—Él *siempre* dice que está bien —comentó Catarina. Entró en la habitación y ladró—: ¡Quítate esa horrible cosa sedosa de encima Magnus, déjame ver esa herida! —Hizo una pausa—. ¿Y por qué su cama está cubierta de mapas?

—Esta es una bata en perfecto estado —respondió Magnus—. Y estábamos planeando unas vacaciones post-mortem.

—Fuimos atacados por Shinyun Jung, la bruja que conocimos en Europa hace unos años —explicó Alec—. La estábamos rastreando y... qué importa, hemos localizado donde está. Shanghái, tal parece.

Catarina asintió y para Alec estaba claro que esto no significaba nada para ella. Se preguntó si Magnus mencionaría a Ragnor. Supuso que compartir tal noticia era una decisión que dependía totalmente de Magnus.

Alec volteó hacia Magnus.

—Lo hizo con algo que llamó Svefnthorn —se limitó a decir Magnus.

—Nunca he oído de ello —le dijo Catarina—. Pero no es como si este departamento no estuviera repleto de libros sobre magia.

—No quería comenzar a investigar en ningún libro antes de asegurarme que Magnus estaba bien —respondió Alec, un poco a la defensiva.

—Estoy genial —dijo Magnus, mientras Catarina pinchaba sus sienes y observaba de cerca uno de sus ojos.

Alec esperó nervioso mientras Catarina examinaba a Magnus. Después de unos minutos, ella suspiró.

—Mi diagnóstico oficial es que la herida definitivamente no está bien y no sé cómo curarla. Por otro lado, no parece que te esté afectando directamente, de alguna otra manera.

—Entonces lo que estás diciendo —intervino Magnus—, es que en tu opinión profesional no existe ninguna razón por la cual no podamos ir directamente a Shanghái para encontrar a Shinyun y poner fin a esto.

—No estoy diciendo eso —respondió Catarina—. Alec puede investigar un poco en tu biblioteca y en la del Instituto, y yo echaré un vistazo en mis propias fuentes en la mañana para ver qué puedo encontrar. *Definitivamente* no deberías ir a Shanghái con un agujero mágico y brillante en tu pecho.

Magnus protestó un poco más, pero al final hizo lo que Alec sabía que haría y cedió ante la sabiduría de Catarina. Una vez que Magnus prometió tomar en serio su valoración con respecto a la situación, ella soltó otro suspiro, revolvió su cabello y se dispuso a irse.

Alec acompañó a Catarina hasta la puerta y ella lo miró por un largo momento.

—Magnus Bane —le dijo—, es como un gato.

Alec alzó sus cejas.

—Nunca te hará saber cuánto dolor está sintiendo. Te pondrá una cara valiente, incluso si eso significa que él seguirá sufriendo. —Colocó su mano en uno de los hombros de Alec—. Me alegra que ahora tú estés aquí para cuidar de él. Me preocupó un poco menos.

—Si crees que puedo hacer que Magnus haga lo que yo diga —le dijo Alec con una sonrisa—, me entristece decirte que te informaron mal. Él me escuchará, pero al final hará lo que quiere. Creo que esa es otra manera en la que se parece a un gato.

Catarina asintió.

—Y también tiene ojos de gato —señaló con su rostro inexpresivo.

Alec le dio un abrazo rápido antes de que se marchase.

De regreso en la habitación, Alec encontró a Magnus con su bata puesta de nuevo, buscando algo debajo de la cama.

—¿Qué estás haciendo? —Alec protestó con un gritito.

—Es obvio —respondió Magnus y sus ojos estaban brillando—, preparándonos para ir a Shanghái a encontrar a Shinyun y a Ragnor.

—No, *no* lo haremos —dijo Alec—. Le prometiste a Catarina que te tomarías esa herida en serio.

—Lo estoy haciendo —respondió Magnus—. Siento muy seriamente que encontrar a Shinyun y a Ragnor es la mejor manera de curarme.

—Tal vez —dijo Alec—. Pero ahora mismo vamos a dormir las cuatro horas que nos quedan antes de que Max despierte.

Magnus pareció estar a punto de protestar, pero suspiró y después se sentó de nuevo en la orilla de la cama.

—Demonios. No le preguntamos a Catarina si podía cuidar a Max mientras estemos fuera.

—Una razón más para esperar hasta mañana. Podemos averiguar el plan para Max y reunir al menos *un poco* de información antes de partir. —Alec esperó un momento y luego añadió—: Podríamos estar fuera por varios días, lo sabes.

Magnus dudó y luego asintió.

—Es verdad. Está bien. En la mañana averiguaremos quién puede cuidar a Max por... por unos días.

Dio a Alec esa mirada incrédula que él ya conocía bien, pues era una mirada que él también le daba a Magnus. Era una mirada que decía:

«¿Cómo es que esta es nuestra vida? ¿Cómo es que es tan maravillosa, pero extraña, pero estresante, pero buena, todo al mismo tiempo?»

—¿Cómo es que esto no se había presentado antes? —comentó Alec—. Que tuviéramos que encontrar a alguien que cuide a Max por nosotros.

—Bueno, las cosas han estado tranquilas —le dijo Magnus.

Estaba en lo cierto. Fue un año relativamente pacífico; a excepción de la Paz Fría, por supuesto, que continuaba cerniéndose sobre el mundo de los subterráneos. Ambos apenas habían sido llamados lejos de Nueva York y nunca llegó a ser por la noche. Dejaban a Max con otros, pero solo por unas horas; para una reunión del Cónclave, por una pelea local irrumpida en alguna parte o porque algo en la política subterránea salía mal. Nunca habían estado lejos de Max por más tiempo que eso. Max nunca se había ido a dormir sin ellos estando en casa.

Haciendo uso de su fuerza de voluntad, Alec detuvo su tren de pensamiento antes de que se alejara demasiado de la estación.

—Haremos un plan para Max —dijo—, en cuatro horas. —Se metió en la cama y se estiró para derribar a Magnus a su lado. El brujo yacía de lado y Alec se acurrucó a su alrededor, sintiendo como un largo suspiro abandonaba el cuerpo de Magnus, mientras se mantenían cómodamente juntos.

La sensación de tensión en el estómago de Alec disminuyó y eventualmente desapareció. Para el momento en que Presidente Miau apareció debajo de la cama y se encaramó sobre la cadera de Magnus, su respiración ya era uniforme y baja. Alec plantó un suave beso en la frente de su novio y finalmente se permitió dormir.

\* \* \*

EN SU SUEÑO, MAGNUS GOBERNABA SOBRE UN MUNDO EN RUINAS. Estaba sentado en un trono dorado en la cima de un millón de escaleras doradas, dando órdenes en un lenguaje que no conocía a un grupo de criaturas corriendo muy por debajo de él. Estaba tan alto que las nubes flotaban por debajo de su trono y más allá de las escaleras podía ver el sol, hinchado y rojo, reflejando sus llamas en la superficie de un océano vasto y plano.

No habían más personas con él, aparte de las desaliñadas criaturas grises y con picos que se tambaleaban debajo de él. Estaba solo. Lentamente se puso de pie y con curiosidad, bajó unos cuantos escalones. Creyó que si descendía lo suficiente, podría verse reflejado en el océano debajo suyo.

Continuó bajando más escalones, pero cuando miró sobre su hombro, su trono parecía no retroceder a sus espaldas. Eventualmente miró hacia abajo, a la superficie del mar y se contempló. Cayó en cuenta que era gigantesco; medía quince metros o tal vez treinta. Sus ojos de gato lucían enormes y luminosos. No había rastro de la herida que el Svefnthorn había causado en su pecho. En su lugar, la piel lucía áspera, texturizada, gruesa como la de un animal. Alzó sus manos frente a sí, con las palmas hacia dándole la espalda y notó con interés las enormes garras curvas que sobresalían de las puntas de sus dedos.

—¿Para qué son estas? —gritó—. ¿Por qué estoy en este lugar?

Las criaturas grises se pararon en seco para volverse y mirarlo. Le hablaron, pero él no pudo entenderles. A Magnus le pareció que sentían por él un enorme amor, o un terrible temor. No podía identificar cuál. Y tampoco quería hacerlo.

\* \* \*

MAGNUS SUPO QUE HABÍA DORMIDO POR DEMASIADO TIEMPO, pues cuando despertó notó el ángulo de la luz del sol en la pared. Encontró el otro lado de la cama vacío y concluyó que Alec decidió dejarlo dormir un poco más antes de su partida.

Encontró su bata, parpadeó para eliminar los restos de sueño de sus ojos y se dirigió a la cocina, donde encontró a Jace Herondale sirviéndose café en una taza de Magnus que leía «SOY LA GRAN COSA».

Magnus se sintió aliviado de no haber entrado en la cocina desnudo.

—¿No tienes tu propia cafetera? —preguntó adormilado.

Jace, con su cabello rubio en su usual estado anormalmente perfecto, le dedicó una sonrisa ganadora con la que Magnus no estaba preparado para lidiar antes de que él también, bebiese un poco de café.

—Escuché que fuiste apuñalado por una extraña espina noruega —le dijo Jace—. Oye, otra cosa, ¿tienes un poco de leche de soya? Clary está obsesionada con ella por el momento.

—¿Qué están haciendo en mi departamento? —respondió Magnus.

—Bueno —comenzó a decir Jace, que ahora estaba irrumpiendo en el refrigerador—, quiero pensar que soy bienvenido en cualquier momento, dada la relación tan cercana que tengo con ustedes tres. Pero en esta ocasión, Alec nos llamó a todos. Dijo algo sobre Shanghái.

—¿Quiénes son *todos*? —preguntó Magnus con sospecha.

Jace agitó su taza de café.

—¡Nosotros! Ya sabes, ¡todos nosotros!

—¿*Todos* ustedes? —repitió Magnus y luego alzó una mano—. Espera. Cállate. Voy a ponerme algo más decente que una bata. Mientras, tú vas a usar tus poderes angelicales para servirme la taza de café más grande que puedas encontrar, yo regreso en un momento y después podemos hablar acerca de los temas desagradables como: quiénes están incluidos en «todos nosotros» y qué fue lo que Alec les dijo acerca de lo que sucedió anoche.

Cuando entró en la sala de estar, vestido con ropa más adecuada, encontró a Alec cruzado

de brazos. Lucía como si estuviera sufriendo. En la esquina más lejana, cerca del techo, flotaba Max, balanceándose en el aire. Él no parecía estar sufriendo, de hecho gritaba: «¡Wiiiiiiiiiiii!» y parecía estar pasándola genial.

Debajo de él, Clary Fairchild e Isabelle Lightwood intentaban traerlo de vuelta al suelo con un palo de escoba. Con su mano libre, Clary aleteaba una trenza pelirroja, intentado atraer la atención de Max como si se tratase de Presidente Miau. Max estaba de cabeza y definitivamente se sentía cómodo en su posición actual. Todos excepto Isabelle vestían camisetas y jeans, pero ella, por supuesto, había aparecido en un suéter negro ajustado por encima de una falda larga y aterciopelada. Ella era una de las pocas personas que podían hacer que Magnus se sintiese como si no estuviera lo suficientemente bien vestido.

Se acercó a Alec.

—Hechizo antigravedad, supongo —le dijo.

—Él sabe que nos enloquece. Y está encantado con Clary e Isabelle ahora mismo. —Alec se oía molesto y lleno de admiración al mismo tiempo, un tono que Magnus no había pensado que asociaba tanto con el hecho de tener un hijo.

—Pensé que estábamos en camino a Shanghái —susurró Magnus.

—Lo estamos —contestó Alec—. Pero si pensamos en luchar contra brujos malvados, no podemos ir solos. Por eso llamé a Jace esta mañana.

—¿Y le dijiste que trajera con él a toda la pandilla? —La puerta se abrió y apareció Simon Lovelace. Usaba una camiseta negra que decía «SUERTE CON ESO». Pero tenía una mirada inesperada: distraída, miserable. Y Magnus se preguntó por qué.

Tal vez solo se trataba del peso que los últimos años habían tenido en él. Incluso dentro de este grupo, Simon había pasado por mucho. Había sido un mundano, después un vampiro, fue aprisionado por los cazadores de sombras; había asesinado a la Madre de los Demonios, conocido al Ángel Raziel, perdido sus recuerdos para luego recuperarlos y se había graduado de la Academia de Cazadores de Sombras. Todos habían esperado que eso fuera todo. Un final feliz para Simon.

Pero no había sido así. Cuatro meses antes, Simon tuvo que realizar el ritual de Ascensión para convertirse en un verdadero cazador de sombras. Y lo que debió haber sido un momento de triunfo y celebración para todos se convirtió en tragedia, con la muerte del amigo más cercano de Simon en la Academia, George Lovelace, durante el ritual. Murió de una manera horrible, en frente de todos ellos. El recuerdo de Simon arrojándose desesperadamente al cuerpo en llamas de George y siendo sujetado por Catarina, regresó a su mente de manera espontánea. Simon había adoptado el apellido de George para honrar su memoria.

Considerando todo esto, Magnus tuvo que admitir que lo verdaderamente extraño era ver a Simon, con una sonrisa irónica y divertida en su rostro, acercarse a la esquina de la habitación

para intentar hacerse cargo de la situación. Corrió para ayudar a Clary e Isabelle, y Magnus le dirigió una mirada a Alec.

—Entonces, ¿*toda* la pandilla?

—Bueno —respondió Alec—, Jace pensó que Clary debía venir y pensé que eso estaba bien. Luego Clary sugirió que Simon viniera también; después de todo, él es su *parabatai*. Y con la actividad demoníaca al mínimo estos días, no sería mala idea que obtuviera un poco más de experiencia en el campo. Y después Isabelle se enteró y se sintió ofendida de que no se lo haya pedido a ella primero, y decidió unirse.

Magnus comenzó a preguntarse si era buena idea que Simon se uniera al viaje y las razones que Clary había tenido para insistir. Ella sabía mejor que nadie, excepto tal vez Isabelle, por lo que estaba pasando Simon y era obvio que no estaba muy bien. Debería recordar preguntarle al respecto más tarde.

Por ahora, se limitó a aplaudir, haciendo un estruendo y los tres cazadores de sombras se detuvieron en seco. Simon estaba aferrado al brazo de Max mientras este flotaba de cabeza y reía, deleitado.

—Todos los cazadores de sombras en mi casa —anunció—. Si alguien sería tan amable de alzar sus brazos para atrapar a mi hijo, procederé a lidiar con el hechizo. ¿Y dónde está el rubio con mi café?

Magnus rápidamente anuló el hechizo de su hijo con unos cuantos gestos y Max regresó al suelo; donde inmediatamente gateó hacia Alec y echó sus brazos alrededor de su pierna, emocionado. Jace regresó de la cocina con el café prometido y Magnus finalmente se sentó en el sofá.

—Muy bien, ¿entonces, qué está pasando? —preguntó.

Isabelle alzó ambas cejas.

—Primero que nada, ¿eso pasa muy seguido con Max?

Magnus se encogió de hombros.

—No *demasiado*. De vez en cuando los brujos bebés hacen magia, accidentalmente.

—No es tan malo —dijo Alec—. Solo tienes que asegurarte de tener suficiente ropa limpia y de mantener un extinguidor a la mano.

Jace saltó para sentarse en el alféizar de la ventana, logrando de alguna manera no derramar ni una sola gota de su café.

—Pensé que ibas a cambiarte.

—Y lo hice —respondió Magnus, confundido.

—Sigues usando una bata —señaló Jace.

—Estaba usando una *yukata* —le dijo Magnus—. Ahora estoy usando una túnica.

—Bueno, ambas se ven igual que una bata —respondió Jace.

—Hablemos acerca de lo que sucedió anoche —dijo Magnus—. ¿Qué fue lo que Alec les contó?

—¿Podemos ver la fisura brillante en tu pecho? —preguntó Simon.

—Simon, es grosero preguntar por las fisuras brillantes en los pechos de otras personas —lo reprendió Clary—. ¿Para qué crees que quieren el Libro de lo Blanco, Magnus?

Magnus se volvió para mirar a Alec.

—¿Entonces les contaste todo? ¿Dijiste la palabra con «S»? ¿Qué hay de la palabra con «R»? —

Alec puso los ojos en blanco.

—Si lo que estás preguntando es si les conté sobre Shinyun y Ragnor, entonces sí.

—¿Entonces sabías que Ragnor no estaba muerto, ese día que entré en su casa en Idris? —lo cuestionó Clary—. ¿Cuándo estaba con... con Sebastian? ¿Nos mentiste?

—Tenía que hacerlo —respondió Magnus—. No podía arriesgarme a que lo rastreasen y lo hiriesen. —Miró hacia el techo—. Pero luego dejó de comunicarse conmigo y creí que de verdad había muerto.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó Clary, preocupada, más de lo que Magnus habría esperado que estuviera.

—Me siento bien —respondió y se dio cuenta de que estaba diciendo completamente la verdad. Se sentía más que bien, incluso, como si hubiera tenido una noche entera de sueño y un desayuno completo a comparación de solo unas horas de sueño y el café extra fuerte de Jace—. No estoy poniendo un rostro valiente —se sintió obligado de añadir—. En serio, me siento bien. No estoy *contento* de tener una herida mágica y brillante en el pecho, pero no parece estar haciéndome daño. En otros aspectos diferentes del estético, por supuesto.

Simon alzó la mirada desde donde se encontraba tirado en el suelo con Max.

—Esa herida mística rara que tienes en el pecho se ve genial. Te añade extra misticismo.

—Lo que Alec nos contó —le dijo Isabelle—, es que Ragnor Fell está vivo, está aliado con esa bruja con la que lidiaron en Europa hace unos años y tomaron el Libro de lo Blanco para hacer algo que será de utilidad para cualquiera que sea el Demonio Mayor con el que están trabajando.

—Y por lo tanto, esas son malas noticias para nosotros —señaló Simon.



—Es malo para la Tierra —replicó Magnus.

—Eso es malo para nosotros —confirmó Simon—. Vivimos aquí.

—¿Les contaste de qué demonio se trata? —exigió Magnus a Alec. Para los otros añadió—: ¿Qué significa el nombre de Sammael para ustedes?

Se hizo silencio.

—Ah —dijo Jace—. Por eso llamaste. —Se volvió hacia Alec y él asintió.

—Es un Príncipe del Infierno, ¿verdad? —preguntó Clary.

—Un Príncipe del Infierno que ha estado muerto por *mucho tiempo* —comentó Jace—. Era el consorte de Lilith. Qué lástima que no hayan coincidido por unos cuantos años. —Los poderes de Lilith se disminuyeron enormemente desde la Guerra Oscura, destruidos por la Marca de Caín cuando estuvo dibujada en Simon. Muy poco se había visto de ella desde entonces.

—Él es más que eso —dijo Simon en voz baja, mirando hacia el suelo. No lucía como sí mismo y Magnus supuso que estaba recordando su encuentro con Lilith—. Recuerden, yo me gradúe de la Academia hace apenas unos meses. Tengo esta información más fresca que cualquiera de ustedes. —Se puso de pie para apoyarse en la pared, como si necesitase soporte para lo que estaba a punto de decir—. Sammael es el mayor de todos los Príncipes del Infierno, a excepción de Lucifer. Se dice que él fue la serpiente que apareció en el Jardín del Edén. A él se le conoce como el Padre de los Demonios, así como Lilith es conocida como la Madre.

—Todo el mundo tiene problemas con sus padres—dijo Jace—. Incluso los demonios.

Simon lo ignoró.

—La historia señala que por miles de años antes de los cazadores de sombras, los demonios podían pasar a nuestro mundo, pero solo ocasionalmente y en pequeños números. Sammael cambió eso. Hizo algo, no se sabe qué, pero debilitó las barreras entre nuestro mundo y el de los demonios. Sammael abrió el camino para que los demonios pudiesen invadir la Tierra. Y cuando el propio Sammael llegó, la devastación vino con él.

»No podía ser derrotado por ningún ser humano, sin importar cuán poderoso fuese. Entonces, cuenta la historia, que los mismísimos ángeles intervinieron y el Arcángel Miguel bajó a la Tierra para derrotar a Samael...

Jace asintió y continuó con la narrativa.

—Y Raziel bajó también y nos creó a *nosotros*. Pero nadie pudo deshacer lo que Sammael había hecho, así es como las barreras entre los mundos continúan débiles y por eso los demonios pueden seguir cruzando.

—Al menos, creo que derrotar a Sammael evitó que el problema empeorase —comentó

Clary—. Sé que los Príncipes del Infierno no pueden ser asesinados...

—Pero el golpe que lo derrotó vino de un Arcángel —señaló Magnus—. Por eso al menos se tenía la *esperanza* de que eso lo hubiese matado. Al parecer, no fue así.

—¿Cómo podemos hacer que Miguel baje y lo derrote de nuevo? —propuso Isabelle—. Así tendríamos otros mil años.

—No podemos —respondió Simon—. Estamos solos en esto. Ese es siempre el caso, ¿no? Con los cazadores de sombras. Los ángeles no están aquí para lidiar con nuestros problemas. Estamos solos.

Parecía miserable. Magnus sintió como si estuviera siendo apuñalado de nuevo, pero esta vez por un espontáneo sentimiento de preocupación por Simon. Había luchado contra demonios tanto tiempo como Clary, fue un subterráneo, estuvo cara a cara con Raziel y su moral para enfrentar todo eso logró impresionar a Magnus, su voluntad de persistir y de mantener una buena cara aun cuando la situación se veía peor que lo imposible. Simon se enfrentó a Lilith y había sobrevivido; entonces, ¿por qué la mera idea de Sammael era suficiente para alterarlo ahora?

Simon había deseado tanto poder convertirse en un cazador de sombras, para luchar frente a frente contra demonios, para ser el compañero de Clary, de Isabelle, de todos ellos. Pero ahora, no se veía como si eso hubiese ido muy bien para él.

—Sé que yo soy el tipo que está actuando normal sobre tener un agujero en su pecho —comenzó a decir Magnus—, pero... ¿puedo proveer un poco de contexto que nos haga sentir mejor? Shinyun y Ragnor mencionaron a Sammael, pero además de esa arma que Shinyun tiene, que argumenta que es de él, no tenemos idea alguna acerca de si Sammael puede volver. Shinyun y Ragnor pueden estar involucrados en una secta mundana o con un Demonio Mayor que finge ser Sammael. Lo importante es que Sammael *definitivamente* no está en nuestro mundo. Si lo estuviera, lo sabríamos. Estaría realizando fechorías. Ejércitos de demonios estarían devorando el planeta. Y eso no está pasando. —Sonrió de oreja a oreja, sintiéndose increíblemente positivo acerca de la situación—. Entonces Alec y yo iremos a Shangháí, recuperaremos el Libro de lo Blanco y todo estará genial.

—Lo que estás diciendo —dijo lentamente Isabelle—, ¿es que la buena noticia es que Sammael no ha destruido el planeta *todavía*?

—Incluso si se tratara del verdadero Sammael, ¡lo más probable es que tengamos *días* para detenerlo! —exclamó Magnus.

Clary e Isabelle intercambiaron miradas preocupadas.

Alec tenía una mirada parecida.

—Em, entonces Magnus, ¿quién va a cuidar a Max por... *días*?

Magnus movió sus manos ante el grupo reunido.

—Alguna de estas buenas personas.

—¿Bromeas? —Clary se puso de pie con un brinco—. Obviamente vamos a ir todos a Shangháí. Esto es importante, ¿no? Necesitas a todo el equipo.

Jace lucía divertido.

—Claro. Es imposible que digas eso porque estás aburrida de patrullar en Nueva York y quieres conocer lugares nuevos.

—Está bien, me aburro —admitió Clary—. Pero *también* quiero detener al Padre de los Demonios antes de que... de que se convierta en padre de más demonios, supongo.

—*Muchos* más demonios —comentó Simon—. ¿Por qué no? Vamos a luchar contra dos poderosos brujos y un demonio tan malo que se necesitó de un ángel para matarlo la última vez. Estoy seguro que toda mi experiencia en el salón de clases será de utilidad.

Isabelle se acercó a Simon y revolvió su cabello afectuosamente.

—Claro que sí, cariño, apenas un novato. Nunca fuiste un vampiro diurno invulnerable que ha estado en una dimensión del infierno ni nada por el estilo.

—No es necesario que subrayes la palabra «invulnerable» —se quejó Simon, pero aun así sonrió, un poquito.

Magnus se puso de pie y aplaudió.

—Muy bien, mis amores. Alec y yo necesitaremos empacar nuestras cosas y averiguar qué vamos a hacer con él. —Hizo un gesto hacia Max, a quien Jace había levantado sobre sus hombros. Obedientemente, Jace lo devolvió al suelo—. Y sin duda, ustedes tendrán que regresar al Instituto a tomar sus cosas, así que... —Hizo un ademán con ambos brazos—. Fuera de mi casa.

\* \* \*

PRONTO TODOS EXCEPTO CLARY SE HABÍAN MARCHADO. Alec se alejó con Max a la habitación y Magnus estaba a punto de unírseles cuando Clary lo tomó del brazo.

—Necesito hablar contigo —le dijo, en un tono tan callado como intenso.

Magnus le prestó atención. Era tan extraño ver en lo que se había convertido, en una verdadera adulta. Durante años la había visto como esa niña callada, pero siempre con esos enormes ojos, que había conocido una y otra vez por primera vez. Ella no conocía el mundo de las sombras... y fue trabajo de Magnus que se mantuviese así. Así era como siempre que su

madre la llevaba a su encuentro, siempre se presentaba en ella la misma reacción de asombro e incertidumbre. Cada vez, ella notaba sus ojos, su luminosidad y su pupila alargada como la de un gato. Y cada una de las veces, él esperaba que ella se asustara, pero en su lugar siempre mostraba curiosidad.

—¿Por qué tienes ojos como los de un gato? —preguntaba ella cuando crecía.

Magnus tuvo la oportunidad de responder algo diferente cada vez.

«Los intercambié con mi gato».

«Para poder verte mejor, querida mía».

«¿Y *tú* por qué no tienes ojos de gato?»

Se sentía extraño porque sabía que Clary no compartía esos recuerdos. La había visto crecer sin que ella lo recordase en absoluto. Hasta ese día, por supuesto, que la vio en la fiesta de cumpleaños de Presidente Miau, rodeada de los cazadores de sombras de Nueva York... y sin advertencia previa, se había convertido en la guerrera que nació para ser, era la viva imagen de Jocelyn a tan corta edad.

Ahora lucía inquieta, como si estuviera analizando la mejor manera de contarle unas malas noticias. Hace algunos años, ella habría dicho cualquier cosa abruptamente, pero ahora era su amiga y estaba preocupada sobre sus sentimientos. Era lindo, pero extraño.

—Tuve un sueño sobre ti, esta mañana. Justo antes de que la llamada de Alec nos despertase —le dijo.

—¿Era divertido? —preguntó Magnus esperanzado—. Y no uno de mal agüero, ¿verdad?

—Dejé de tener esos sueños después de la Guerra Oscura, entonces espero que no sea así. Parecía que la estabas pasando genial, en realidad —admitió Clary—. Estabas sentado en un enorme trono dorado.

—Yo también tuve ese sueño —dijo Magnus—. ¿En la cima de un montón de escaleras? ¿Me atendían un montón de criaturas grises con picos?

—No —respondió Clary—. Pero te habías convertido en un monstruo de treinta metros.

Magnus asintió, pensativo.

—¿Estamos hablando de una situación tipo Godzilla?

—Más como... una situación demoníaca. Tenías enormes dientes afilados y enormes garras salían de tus dedos. Y algo malo pasaba con tus ojos. Y había... —Se detuvo por un momento—. Había una llama roja, en forma de X, que ardía de tu pecho.

—Bueno —dijo Magnus con pesadez—, te tengo buenas noticias. En mi pecho solo hay una línea de fuego ahora mismo y no una X. Entiendo tu sueño profético. Evitaré conseguir

otro corte que termine de formar la X. Gracias por tu consejo.

—Hay más —admitió Clary—. Y esta es la parte confusa.

—Hasta ahora, esto ha sonado bastante simple —señaló Magnus.

—Estabas encadenado. Te detenían *un montón* de cadenas. Tus piernas estaban encadenadas al suelo, tus brazos, hombros y cintura a la pared. Las cadenas eran enormes, con eslabones de hierro gigantes. Su peso te aplastaba. Es impresionante que no hubieras muerto aplastado por su peso.

Magnus tuvo que admitir que eso parecía ser malo.

—Pero aquí va lo interesante —dijo Clary—. No parecía que estuvieras sufriendo ningún tipo de dolor. No parecía que estuvieras perturbado de ninguna manera. Lucías feliz. Más que feliz. Te veías eufórico. Casi... triunfante.

Ella fijó su mirada en Magnus.

—No sé qué es lo que significa. Como te dije... ya no tengo sueños proféticos. Usualmente. Pero pensé que debía contártelo de todas formas.

—Siempre es mejor prevenir que lamentar —respondió Magnus—. Espero que sea totalmente abstracto, algo así como que estaré triste pero estaré feliz de estar triste. O algo así. En lugar de que literalmente me tenga que enfrentar a verdaderas cadenas de hierro y a tener dientes enormes.

—Bueno, esperemos que sea eso —le dijo Clary.

—Vuelve al Instituto —dijo Magnus—. Yo iré a echarle un vistazo a mi familia.

Clary se marchó y Magnus, estando inquieto por primera vez desde esa mañana, fue a buscar a Alec y a su hijo para abrazarlos solo un momento. Para calentarse solo un poco.

## CAPÍTULO TRES

### UNA CORTA DESPEDIDA

*Traducido por Ela H.  
Corregido por Samn*

ALEC ESTABA COMENZANDO A FRUSTRARSE UN POCO. Llamó a Catarina y le había preguntado si podría cuidar de Max durante unos días, solo para descubrir que estaba trabajando turnos dobles en el hospital y que apenas estaría en su propia casa. Aunque terminó aceptando pasar y alimentar al Presidente Miau por las tardes. Llamó a Maia, quien resultó ser la anfitriona de los amigos de Bat. Consideró en llamar a Lily, pero terminó descartando la idea. Lily solía hablar sobre cómo Max era «tan dulce» que solo deseaba «comérselo», y aunque Alec confiaba en ella, no estaba completamente seguro de que estuviera hablando metafóricamente.

—¿Qué hay de tu madre? —preguntó Magnus. Había colocado a Max dentro de una burbuja mágica iridiscente y lo estaba haciendo rodar por el dormitorio mientras Alec sacaba las maletas del fondo de su armario.

—¿Qué? No —respondió Alec. Volteó su mirada hacia Max por un momento—. ¿Está dentro de una bola mágica de hámster?

—¡No! Bueno, tal vez, sí —confesó Magnus—. A él le gusta. ¿Por qué *no* tu madre?

—Este niño a veces flota hasta el techo —le dijo Alec—. Y le prende fue a su manta mientras duerme cada tres semana más o menos.

—Otra ventaja de la bola mágica de hámster —dijo Magnus—. Es un escudo mágico. No quisiera que Max le diera a el cable de los vecinos otra vez.

—Bueno, mi madre no *tiene* una bola mágica de hámster —se defendió Alec.

Entre gritos de entusiasmo, Magnus sacó a Max rodando hasta el pasillo.

—¡Es una cazadora de sombras! Se supone que debe ser capaz de tratar con brujos. ¡Ella te crió! —Asomó su cabeza por el marco de la puerta del dormitorio y arqueó ambas cejas—. Y crió a *Jace*.

—¡Está bien! —Alec soltó una carcajada—. Tú ganas. La llamaré.

\* \* \*

LES TOMÓ ALREDEDOR DE VEINTE MINUTOS EMPACAR SUS COSAS para el viaje y otras dos horas para arreglar todo lo que Max necesitaría durante su estadía y que ahora mismo, estaba regado por todo el departamento. Al principio, pensaron que no se llevarían mucho, pero cuando reunieron todo en un solo lugar, se dieron cuenta que habían llenado todo un baúl con sus cosas: su cochecito, su cuna plegable, una enorme pila de ropa, una caja de comida para bebés y un bolso negro donde Magnus metió algunos de los libros ilustrados y juguetes favoritos de Max, además de algunos artefactos para protegerse de los percances mágicos que Max pudieran provocar.

Finalmente y luego de sacar a un obstinado Presidente Míau de la bolsa donde se había quedado dormido, partieron y se dirigieron al Instituto.

El Instituto de Nueva York era un imponente castillo de piedra erguido entre torres de metal y vidrio. A Magnus siempre le habían gustado las iglesias de Nueva York, la forma en que destacaban en un espacio sagrado y silencioso entre el bullicio de la ciudad. Quizá era por eso que siempre había encontrado extrañamente encantadora la seriedad de los cazadores de sombras. Aunque fueran frívolos con respecto al tema —incluso Alec—, el Instituto era un recordatorio de que llevaban consigo una misión divina.

Podía ser tanto bueno como malo que los brujos tuvieran más personalidad y que fueran más desorganizados que ellos. Incluso el estatus de un «Gran Brujo» había comenzado como una broma, una forma de afecto entre los pocos brujos que quedaban de los siglos dieciséis y diecisiete que podían alcanzar cierto prestigio en la sociedad mundana y que en su mayoría los rechazaban como monstruos. Magnus calculaba que una buena mitad de los actuales «Grandes Brujos» se habían propuesto a sí mismos para tomar el puesto. Incluso las ciudades con una larga historia de Grandes Brujos, como Londres, todavía eran escogidos gracias a las apuestas durante alguna fiesta.

De hecho, Magnus era uno de esos brujos autoproclamados; toda el chiste de ser el Gran Brujo de Brooklyn era solo porque ningún otro distrito de Nueva York tenía uno. Quiso popularizar la idea, pero hasta ese momento nadie más se había atrevido, a excepción de una chica con un cuerno de unicornio que sobresalía de su frente que se declaró a sí misma la «Bruja Mediana», también de Brooklyn. Sin embargo, con los años, comenzó a sentirlo como una especie de responsabilidad verdadera. Pues al final, esto también resultó ser ventajoso para los cazadores de sombras, quienes estaban *encantados* de tener a un brujo especial al que pudieran llamar de manera confiable... incluso los Lightwood, a quienes Magnus solo llegó a conocer como miembros de un famoso grupo de cazadores de sombras comandados por

el odio, cuando llegaron a dirigir el Instituto en Nueva York. Por otro lado, Magnus estaba encantado de tener un flujo de ingresos constante y recurrente.

Cuando se enteró que los que liderarían el Instituto serían los Lightwood, se obligó a sí mismo a mantener la calma, aumentó su tarifa en un quince por ciento «pago por molestias causadas», a sus ya de por sí monstruosas tarifas y solo cuando fue absolutamente necesario, entraba en el Instituto y manejaba la situación con dignidad.

«¿Cómo han estado?; encantador clima cero apocalíptico el que estamos teniendo; disfrute de este hermoso hechizo que no se merece; por favor pague tan pronto como pueda mi absurdísima alta factura; ¿que si de vez en cuando le doy hechizos de protección a los fugitivos que se esconden de los nefilim? ¿Qué? ¡no!»

Era sumamente extraño entrar en ese mismo Instituto, con un Lightwood a su lado, cargando a su hijo entre sus brazos. Y además, teniendo a Maryse Lightwood como alguien de la familia y no como un socio comercial en el que nunca podría confiar plenamente. Se alegraba de que al menos Robert estuviera ocupado con asuntos del Inquisidor en Idris. Investigando a algunas personas, supuso.

El vestíbulo de la entrada del Instituto se extendía delante de ellos con un silencio oscuro e imponente. A Magnus siempre le había parecido que el pequeño grupo de cazadores de sombras que residía allí, estaban siempre a su alrededor. Conocía muy bien el lugar, pero de la manera en que podría conocer el vestíbulo de un hotel en el que se había hospedado muchas veces. No era su hogar, y a pesar de los esfuerzos de los Lightwood y Jace por hacerlo sentir cómodo, su guardia se mantuvo inconscientemente en alto. Tres años de estrecha colaboración y amistad con los cazadores de sombras de su ciudad no borraban las décadas de inquietantes momentos de los cuales fue testigo.

—¿Dónde está todo el mundo? —susurró Magnus, queriendo continuar con la oscura vibra que el lugar emanaba, aunque no fuese realmente necesario.

Alec se encogió de hombros. Se adentró por el pasillo como si fuera amo y señor del lugar, Magnus repuso que eso era técnicamente cierto.

—Espero que todo el mundo esté buscando su equipo y armas. Solo deberíamos ir a buscar a mi madre.

—¿Cómo sugieres que la busquemos? —preguntó Magnus.

—Ah —respondió Alec—, el Instituto posee una magia muy antigua que habita en sus paredes. Ahora la usaré para comunicarme con mi madre y la encontrará donde sea que esté. —Colocó sus manos alrededor de su boca y gritó con todas sus fuerzas—: ¡MAMAAAAAAAÁ!

La voz de Alec rebotó armónicamente contra las paredes de piedra haciendo reír a Max.

—¡Maaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! —gritó junto a Alec. El sonido comenzó a desaparecer y Magnus esperó.



—¿Y bien? —dijo. Alec alzó un dedo. Luego de un momento, hubo una explosión de llamas y un mensaje de fuego apareció frente a él. Lo tomó del aire y lo abrió, dándole a Magnus una mirada de satisfacción.

—Está en la biblioteca —leyó.

Apareció un nuevo mensaje de fuego, de la misma dirección de donde vino el primero.

—«¿Sabías que puedes enviar mensajes de fuego dentro del Instituto?» —leyó Alec—. «Me acabo de enterar» —respondió en otro mensaje y miró a Magnus con algo de desconcierto—. Por supuesto que lo sabía.

—¿A la biblioteca, entonces? —preguntó Magnus.

Apareció un tercer mensaje de fuego, Max se abalanzó para intentar atraparlo primero, pero pasó muy por encima de su cabeza. Magnus fue el que lo tomó esta vez y leyó:

—«Me encantan los mensajes de fuego, que tengan un buen día. Su amigo, Simon Lovelace, cazador de sombras». ¿Podemos irnos?

Oyeron una cuarta explosión detrás de ellos cuando salieron por la puerta del pasillo, pero ninguno volteó a verla.

\* \* \*

—SE LOS PROMETO —LE DIJO MARYSE—. Puedo encargarme de Max por unos días.

Su madre estaba de pie en el centro de la biblioteca, cerca del escritorio donde su antiguo tutor se había sentado alguna vez. Con su expresión desafiante, ocupaba su lugar en el mundo sin remordimientos, con esa postura tan erguida y firme que parecía incluso más alta de lo que realmente era, aunque tuviese la misma estatura de Isabelle. Se cruzó de brazos como si desafiara a Magnus y Alec a estar en desacuerdo con su afirmación.

—Mamá —le dijo Alec frotándose la parte posterior de su cuello—. No quiero que tengas que lidiar con alguna... emergencia que pueda ocurrir. Es un brujo.

—¿De verdad? —exclamó Maryse—. Pensé que solo se había manchado de tinta azul.

Max yacía boca abajo en la alfombra que estaba entre ellos, garabateando con la estela de Maryse en un viejo y magullado escudo que ella había encontrado en la bodega la última vez que Max los fue a visitar. La estela dejaba chispas brillantes en la superficie de acero que se desvanecían lentamente hasta volverse negras. Max estaba completamente absorto.

—¿Sabes? Últimamente te has vuelto más atrevida —le dijo Magnus con un brillo en sus ojos. Había comenzado a sacar los juguetes y libros del bolso, y a colocarlos sobre el escritorio

de Maryse. A ella no pareció importarle.

—Lo que digo —continuó Alec—, es que él aún no tiene control alguno sobre la magia que realiza. Esta mañana estaba flotando sobre el techo.

—Alec, te crié a ti, a Jace, Max e Isabelle y causaron una gran cantidad de problemas. Estaré bien. Además, Kadir estará aquí para apoyarme la mayor parte del tiempo.

Como si hubiera estado esperando a su señal, Kadir Safar entró en la habitación. Era un hombre alto, de piel oscura, rasgos elegantes y un rostro con una barba muy bien definida en su mentón. Alec no tenía muy en claro la función oficial de Kadir en el Instituto, pero al parecer se había convertido en la mano derecha de Maryse en los últimos meses. Fue de suma importancia en el entrenamiento de Alec, Isabelle y Jace mientras ellos crecían, y era un hombre inexpresivo y de pocas palabras. De alguna forma, Alec siempre había sentido que se comprendían mutuamente.

—¿Me necesitabas? —Se dirigió rápidamente hacia Maryse con las manos detrás de su espalda. Sus ojos inspeccionaron el escritorio y la nueva montaña de objetos coloridos que estaba encima—. Supongo que son las pertenencias de tu nieto. ¿Qué tienes ahí, Magnus?

En sus manos, Magnus llevaba una pila de libros ilustrados que acababa de sacar del bolso. Los movió en dirección a Kadir a modo de saludo.

—Espero que estés listo para todas las lecturas que este niño exige. —Comenzó a colocar libros sobre el escritorio de uno en uno—. *Buenas noches, Luna. El Pequeño Perrito Poky. Donde Viven los Monstruos*. Actualmente ese es un enorme éxito en nuestro hogar. El personaje principal también se llama Max.

—*Donde Viven los Monstruos* —dijo Kadir, incorporándose con dignidad—, ese me suena.

—También está este, que supongo que se llama *¿Camión?* Tiene un tipo diferente de camión en cada página con su nombre —continuó Magnus—. A Max le encanta ese, pero te advierto que no tiene un gran desarrollo narrativo.

—Camión —repitió Max. Los brujos tendían a comenzar a hablar a una temprana edad y Max no era la excepción. Dijo su primera palabra, «tritón» cuando solo tenía nueve meses, lo que provocó que Magnus comenzara a ocultar los ingredientes de sus hechizos.

—Y por supuesto —concluyó Magnus—, tenemos *El Pequeño Ratoncito Que Tuvo Una Larga Travesía*. Por Courtney Gray Wiese.

Alec dejó escapar un largo gruñido.

—¿No es de tus favoritos? —preguntó Maryse—. No lo conozco, pero no suena tan mal.

—Fue un regalo de Lily —explicó Alec—. No tengo idea de dónde lo encontró. Puede que estuviera en el Hotel Dumort.

—Por décadas —concordó Magnus—. Literalmente, el pequeño ratoncito recorre un largo camino, pero lo hace para aprender lecciones morales muy obsoletas sobre la higiene personal.

—Mmm —dijeron Maryse y Kadir al unísono.

—Es su favorito —les dijo Magnus sacudiendo la cabeza—. Desafortunadamente.

Alec suspiró dramáticamente y recitó con fuerza:

—«¡Ahora lávate los pies, oh pequeño ratón! / O nunca encontrarás el amor».

—¿Ratón? —exclamó Max animadamente.

Kadir levantó una mano para detener a Alec.

—Estoy impaciente por descubrirlo por mi cuenta. Ahora, si ya no soy indispensable. Maryse...

—Espera. Quédate un momento —insistió Maryse—. Quería darle a la noticia a Alec. Le he pedido a Jace si podría considerar asumir el cargo como director del Instituto lo más pronto posible. Espero que no te moleste.

Alec trató de ocultar la sorpresa en su rostro. No porque su madre le hubiera pedido a Jace que se hiciera cargo, sino porque iba a abandonar su posición como directora del Instituto. Nunca había dado indicio alguno de querer hacerlo. Quería preguntar la razón, pero se contuvo.

Sin embargo, Magnus no tuvo esa delicadeza.

—Pero, ¿por qué te retirarías?

Maryse negó con la cabeza.

—Dirigir un Instituto es el trabajo para alguien joven. Se necesita a alguien con la energía suficiente para ser un cazador de sombras a tiempo completo y también para mantener las relaciones con los subterráneos, organizar a los miembros del Cónclave, mantenerse en contacto con el Consejo... es demasiado.

—Pero ahora todo es más fácil —repuso Alec—. No es que no merezcas un descanso. Pero la Alianza en verdad ha hecho un cambio en la forma en que los subterráneos y cazadores de sombras pueden comunicarse. —Se dio cuenta que empezaba a sonrojarse. Siempre se sentía como si estuviera presumiendo cuando mencionaba la Alianza de subterráneos y cazadores de sombras que había creado junto a Maia Roberts, la actual líder de la manada de licántropos más grande de Nueva York, y Lily Chen, la cabeza del clan de vampiros de Nueva York. Pero estaba orgulloso del trabajo que habían hecho juntos.

—Lo ha hecho —le dijo Maryse—, y aprecio el esfuerzo que pusiste en ello. Es por eso que no te pedí a ti que dirigieras el Instituto. Ya tienes muchas cosas en qué pensar. Sin mencionar a este pequeño retoño azul.

Max levantó la mirada, sintiendo que alguien deseaba admirarlo. Le sonrió con muchas ganas a Alec mientras su cabeza estallaba en llamas azules.

—Oh, cielos —exclamó Maryse, parpadeando y retrocediendo un poco. Por el contrario, la expresión de Kadir no cambió en lo absoluto mientras tomaba un vaso con agua del escritorio y lo vaciaba sobre la cabeza de Max, apagando las llamas. Max parpadeó, sorprendido y comenzó a llorar.

Kadir miró a Alec frunciendo el ceño.

—Perdón. —Maryse recogió a Max del suelo, quien rápidamente se olvidó que tenía la cabeza mojada al ver los brillantes pendientes de Maryse y comenzar a tratar de agarrarlos.

—Es tan buena solución como cualquier otra —explicó Magnus—. Mejor tener a un niño llorando que una casa en llamas.

—Perfecto refrán para la ocasión —concordó Kadir. Viniendo de él, el cumplido parecía una declaración de amor eterno.

—¿Cuál fue la respuesta de Jace? —preguntó Alec—. ¿Aceptó?

—Dijo que necesitaba algo de tiempo para pensarlo —respondió Maryse un poco dudosa—. Pero estoy segura que aceptará. De hecho, me sorprende que no te lo haya mencionado. Pensé que ya lo sabías.

—No lo ha mencionado, para nada —dijo Alec preocupado. ¿Por qué Jace no le había dicho *nada* aún? Incluso si estuviera dudando sobre aceptar el puesto, ¿quién mejor que su *parabatai* para hablar de sus inseguridades? Además, ¿de qué tenía que preocuparse Jace, de todas formas? Alec estaba seguro que haría un gran trabajo como director del Instituto.

—Creo que no le gustaría ser el chico que tenga que defender la Paz Fría —dijo Magnus con suavidad.

—¿Él ya te lo había *contado*? —preguntó Alec. Sin embargo, Magnus tenía su punto. La Paz Fría era el nombre con el que se conocía a la terrible relación que las hadas y los cazadores de sombras mantenían hoy en día. Después de que una gran parte de Feéra se aliara con el lado enemigo de los nefilim durante la guerra unos años atrás, los cazadores de sombras impusieron severas sanciones y los obligaron a firmar un tratado que los dejó sin protección y muy debilitados. Las cosas comenzaron a volverse más tensas desde ese momento. Muchos cazadores de sombras, especialmente los del Instituto de Nueva York, no estaban de acuerdo con la Paz Fría y preferirían restaurar las relaciones diplomáticas entre ambos. Pero era trabajo del Instituto hacer cumplir la Ley, que era dura, pero era la Ley. Y era un cuento de no acabar.

—No me dijo nada —dijo Magnus—. Es solo una suposición.

Maryse se encogió de hombros.

—He tratado de mantener el control entre las expectativas de la Clave sobre la Paz Fría y las

realidades del submundo de Nueva York durante tres años. Puede lograrse. Jace sería bueno en la política si así lo decide. Y no es como si yo no estuviera *presente*. Seguiré viviendo aquí y tendré muchos consejos para darle sobre el tema. —Soltó un suspiro—. Admito que esperaba que tú supieras qué es lo que Jace piensa al respecto.

—Todavía no —admitió Alec, aunque no sabría decir cuándo sería el momento adecuado para preguntarle personalmente en medio del gran viaje grupal que estaban por comenzar.

—Parte del consejo que *puedo* darte —añadió Kadir—, acerca de trabajar en torno a la Paz Fría, sería involucrarte a ti y a los miembros de la Alianza en el problema.

—Eh, hablando de eso, ¿deberías decirles que hoy te vas a China? —preguntó Magnus.

Alec no había pensado en eso.

—De hecho, creo que sí.

Sacó su teléfono y luego de enviar un mensaje, recibió una rápida respuesta por parte Maia: «ESTOY EN EL SANTUARIO».

Alec se levantó de golpe.

—Maia dice que... ¿está en el santuario? ¿Alguien sabía que estaba aquí? ¿O incluso que iba a venir? —Intercambió una rápida mirada con Magnus que habían desarrollado durante los últimos meses, una pregunta que no necesitaba palabras que quería decir: «¿Está bien si dejo a Max contigo por un momento mientras me encargo de algo?» Y la afirmativa respuesta muda que siempre aparecía después. Era extraño haber creado un nuevo lenguaje entre él y Magnus, uno que solo estaba dedicado a su familia.

—Tal vez esté aquí para decirte que puede ver el futuro —le dijo Magnus—. Pregúntale qué sucederá en Shanghái.

Alec se excusó y se dirigió rápidamente al pasillo para bajar las escaleras hacia el santuario. Allí la encontró esperando, luciendo notablemente orgullosa de sus acciones.

—¡Alec! —exclamó Maia—. Es bueno verte. —Maia le tendió su mano a modo de saludo. Alec la tomó con cierta confusión; ninguno de los dos era tan apegado a este tipo de gesto tan cordial.

Se dio cuenta de lo que estaba pasando cuando su mano atravesó la de Maia y ella soltó un gritito de entusiasmo.

—¡Ja!

Alec recuperó la compostura y la miró desaprobatoriamente.

—Eres una Proyección.

—¡Soy una Proyección! —gritó Maia, fascinada—. Es increíble.

—Entonces, eso significa...

—Que finalmente tenemos Proyecciones que funcionan en la Guarida.

—¿La Guarida? —repitió Alec alzando una ceja.

—El nuevo nombre para el cuartel general —explicó Maia. Los licántropos de Manhattan tenían su base en una estación de policía abandonada en Chinatown—. La estoy probando.

Alec asintió, pensativo.

—Estoy a favor, pero hazlo con cautela.

—Es bueno saberlo. Como sea, *aparentemente*, hay un cartel de hadas justo debajo de la estación y es por eso que las Proyecciones no estaban funcionando. Supongo que han estado allí desde, no lo sé, la fundación de Nueva York.

—¿Un cartel de hadas? Eh... —Alec no estaba seguro de cómo hacer la siguiente pregunta: «¿Cómo lidiamos con ese problema, si se supone que la Alianza no debe estar en comunicación con las hadas?»

—Mira, nunca hablé con un hada sobre esta situación —aclaró Maia—. Solo con una bruja, ella habló con alguien en el Mercado de Sombras y de repente un día las Proyecciones ya funcionaban y alguien dejó una canasta de mimbre con bellotas en la entrada.

—Eso es muy otoñal —dijo Alec.

—Dato curioso sobre las hadas, *adoran* la moda aesthetic —admitió Maia—. No importa, ¿qué es eso de que te vas a Shanghái?

—Magnus se siente responsable por haber perdido un libro de magia, así que los dos iremos a buscarlo. No deberíamos tardar más de unos días. Además, aún cabe la posibilidad de que no exista manera de encontrarlo, si así fuera, regresaríamos en una hora —añadió Alec, aunque lo creía poco probable.

—Entonces, ¿hay algo sobre la Alianza que necesitarías advertirme?

—Cielos, no —dijo Alec—. Tú y Lily pueden manejar los asuntos de la Alianza perfectamente durante unos días. Sin embargo, podría perderme la noche de juegos.

Maia suspiró.

—Sin ti ahí, Lily va a hacernos jugar a las charadas. O a las cartas, o algo así. A veces es como una anciana. Una anciana borracha.

—Maia —advirtió Alec con reproche.

—Ah, sabes que la adoro —repuso Maia—. ¿No pensaste en llevarla? te recuerdo que habla mandarín.

—La semana pasada, la escuché decir frente a mí: «Nunca más en mi vida quiero volver a poner un pie dentro de las fronteras de China». Además, Magnus también habla mandarín.

—Claro que lo hace —resopló Maia.

—Una cosa más —dijo Alec—. Mi mamá se quedará a cargo de Max mientras estamos fuera. Nunca antes ha estado sola con él por más de unas pocas horas. ¿Podrías... echarle un ojo de vez en cuando?

—Estoy segura que Max estará bien —lo tranquilizó Maia.

—Honestamente, me preocupa más mi madre —dijo Alec.

—Vendré un par de veces —dijo Maia—. Estoy segura que puedo pensar en algunas aburridas razones burocráticas por las que necesitaría venir al Instituto de todos modos, da igual. Em, oye... —De repente, se acercó y se colocó junto a él—. Tienes compañía.

Al darse la vuelta, se sorprendió de encontrar a Jace, Clary, Simon e Isabelle, todos listos y completamente armados. En su mayoría sostenían sus habituales armas favoritas: Simon su arco, Clary su espada, Isabelle su látigo y Jace, por alguna razón, llevaba una especie de mangual<sup>1</sup> con una bola de púas unido al extremo de una cadena. Todos saludaron a Maia, mientras Jace hacía maniobras para no lastimar a nadie con el arma.

—Hicimos un montón de equipaje —dijo Clary, gesticulando lentamente detrás de Maia—. Así que Magnus puede teletransportarlo más tarde si necesitamos pasar la noche.

—Parece que las Proyecciones al fin funcionan —dijo Simon, alzando ambos pulgares en signo de aprobación hacia Maia.

—Espera... ¿cómo puedes saber que es una Proyección? —preguntó Alec.

—Es obvio a simple vista —dijo Jace—. Solo tienes que sentirlo.

—¿Puedes sentirlo? —preguntó Alec.

—Sí —concordó Simon.

—¿Y qué pasa con esa, eh, arma, Jace?

—Es un lucero del alba —le dijo Clary, en un tono profundamente apenado.

—Los luceros del alba no tienen cadenas<sup>2</sup> —repuso Alec—. Es un mangual.

---

1 NT: También conocido como «látigo de guerra/armas» o «mazo de cadena» es un arma construida a base de una «vara» y una gruesa cadena que terminaba con una bola con enormes púas o pinchos de hierro o metal. Mayormente se usaba en la Edad Media, esta quedaba sujeta por anillos fijos a un mango de madera, parecido al de los mayales. Curiosamente, esta arma fue prohibida en España.

2 NT: Es un arma profundamente mal asociada con el mangual; los luceros del alba, de hecho, se cree que son de las armas más «primitivas» en el entorno medieval, incluso han sido mencionadas en la mitología griega. Jace la utiliza en nombre al apellido “Morgenstern” el cual es el nombre con el que se le conoce al arma en *alemán*, en *inglés* se le dice “Morning Star”.

—Quiere que lo llamemos lucero del alba —susurró Clary, en un tono aún más lúgubre—. Ni siquiera eres un Morgenstern —le espetó a Jace—. *Yō* soy una Morgenstern.

—Todavía estoy estrechamente asociado con el apellido —insistió Jace—. Solo estaba pensando... en lo increíble que sería que mi arma distintiva fuera un lucero del alba, ¿no lo creen?

—¿O sea que lo haces para lucir como el chico de una portada de un álbum de heavy metal? —dijo Simon.

—No sé qué es eso y no quiero saberlo —le dijo Jace—. Lo que quiero decir es que, ¿no me vería asombroso?

—Claro que sí, cariño. —Clary soltó un suspiro—. Mira —añadió, volteando a mirar a Alec—, por la cara de preocupación que tienes, se lo que estás pensando. Dejaremos que siga con esto durante una semana más o menos. Si no se cansa para entonces, podremos intervenir.

—Me parece justo —aceptó Alec.

—Si no lo intento, no sabré si voy a fallar —concordó Jace—. Tal vez veré que no es lo mío y dejaré de usar el lucero del alba. Aún me quedan los cuchillos serafín, no importa. Y tengo alrededor de cuatro o cinco cuchillos conmigo ahora mismo que ya estaban en mi ropa cuando me la puse esta mañana.

Alec sintió una oleada de cariño por su *parabatai*.

—Ni siquiera me preocupas.

Se despidieron de Maia y ella se desvaneció justo cuando Magnus apareció en la puerta del Santuario. Se había cambiado de ropa, solo el Ángel sabía de dónde había sacado el nuevo conjunto, y ahora vestía un traje de terciopelo azul marino, con una camisa y corbata azul a juego. Dentro de sí, Alec siempre había pensado que Magnus se veía absolutamente guapo con un traje y estaba contento de que su novio hubiera tomado esa decisión estética. También se dio cuenta que el traje impedía cualquier posibilidad de que su resplandeciente herida fuera visible.

Detrás de Magnus estaba su madre cargando a su hijo en brazos. Incluso después de medio año, aún sentía extraño pensarlo así: «Mi hijo». Sabía que era extraño, pero agradable. Maryse y Max comenzaron a despedirse animadamente.

—Deséale suerte a tus papás en su misión —le dijo Maryse—. Esperemos que recuperen el libro mágico de la malvada mujer que lo robó. —Alec bajó un poco la cabeza. Todos habían acordado, por petición de Magnus, no contarle a la Clave sobre Ragnor. Así que todo lo que Maryse sabía, era que una bruja llamada Shinyun Jung, una conocida de Magnus, había robado el Libro de lo Blanco y que se dirigían a Shanghái para encontrarla.

Alec se acercó a ellos y besó a Max en la frente.



—Sé amable con tu abuela, ¿de acuerdo, pequeño? —Max puso una mano en su nariz como respuesta. Rápidamente, Alec se despidió de su madre con un beso en la mejilla y se alejó como si hubiera completado una misión exitosa, ocultando la conmoción que ese gesto le había causado.

—Niños, tengan mucho cuidado ahí fuera —dijo Maryse.

—Mamá, ya somos adultos —se quejó Isabelle.

—Lo sé —respondió Maryse acercándose para abrazar a su hija. Se volvió hacia Jace y después de un momento, él también le permitió abrazarlo—. Pero tengan cuidado de todos modos.

Le lanzó un beso a Magnus y se retiró, cerrando la puerta detrás de ella.

Alec se echó a reír.

—Esta no es la forma en la que estoy acostumbrado a ser enviado a una misión. Es muy emocional en comparación a los viejos tiempos.

—¿Te refieres a la época en la que tenías que escabullirte escondido en la oscuridad? —preguntó Jace—. Te soy sincero, no la extraño en lo absoluto.

—Bien, ya que estamos en el Santuario —los interrumpió Magnus—. Puedo hacer el Portal desde aquí sin ningún problema. —Con algunos movimientos de sus manos, se concentró en la construcción del Portal. Alec lo observó. Magnus podía ser extremadamente elegante incluso cuando no era su intención serlo; la destreza con la que hizo su conjuro a través de los gestos y palabras que componían la invocación del Portal fue algo hermoso para la vista, un recordatorio de que Alec no solo amaba a Magnus, sino que también seguía admirando muchas cosas de él.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando el Portal se abrió y la expresión de Magnus cambió de concentrada a alarmada en un instante. El paisaje a través del Portal definitivamente no se veía como si fuera un lugar en la Tierra. Los colores no parecían correctos.

De ese lugar comenzaron a emerger una docena de criaturas escarabajo demoníacas, cada una del tamaño de una pelota de baloncesto.

Magnus soltó un grito de sorpresa y comenzó a agitar sus manos frenéticamente para tratar de cerrar el Portal.

—*Kalqa'il* —murmuró Alec al cuchillo serafín que acababa de desenvainar y se lanzó hacia el escarabajo más cercano.

—¡Son demonios de Elytra! —exclamó Simon—. Eso creo.

—¿Hay algún otro dato que quieras compartir con la clase? —preguntó Jace, empuñando su mangual—. ¿Además de su nombre, tal vez? ¡Buenos días, demonios Elytra! Bienvenidos a

nuestra dimensión. Su tiempo aquí será instructivo, pero corto.

—Tengo una idea —dijo Isabelle. Rápidamente le dio una patada al escarabajo más cercano y cuando lo volteó sobre su espalda, hundió una hoja en la parte blanda de su cuerpo, debajo de su duro caparazón—. Patéalos.

—Entendido —dijo Jace. Hizo girar su mangual y después de un momento de lucha, finalmente lo estrelló contra el costado de un Elytra, que rápidamente soltó un chirrido y desapareció—. ¡Oigan! Eso también funciona. Si tienen un mangual.

—¡Ja! ¡Te dije que era un mangual! —gritó Alec, pateando a su propio escarabajo.

La pelea no duró mucho y cuando las cosas se tranquilizaron, Alec corrió de inmediato hacia Magnus, quien apenas había obtenido una pequeña arruga en su traje, aunque Alec lo había visto deshacerse de dos escarabajos con llamas de fuego azul.

»¿Qué fue lo que pasó? —preguntó.

Magnus negó con la cabeza.

—No tengo idea. Eso era Shangháí, pero no nuestro Shangháí. Eso no suele suceder. Y con eso me refiero a que nunca sucede. No abres una puerta a un mundo alternativo por accidente. Ya es bastante difícil hacerlo a propósito. —miró a su alrededor por un momento—. Clary, ¿puedes intentar reactivar el Portal que cerré?

Clary miró a Magnus, sorprendida. Alec ocultó su propia expresión, pero estaba igualmente desconcertado.

—Por supuesto —respondió Clary. Sacó su estela y se puso a trabajar.

Se hizo un espectral silencio.

—¿Podría ser por la espina? —preguntó Alec, alguien tenía que hacer la pregunta.

Magnus vaciló.

—No lo sé —admitió—. Nos hemos apresurado a prepararnos para irnos y ni siquiera he buscado en Google la palabra Svefnthorn.

—Yo lo googleé —dijo Jace para sorpresa de Alec—. Mientras estábamos empacando nuestras cosas.

—Tú —dijo Alec—, lo googleaste.

—Ajá —respondió Jace—. Sonaba nórdico, así que fui a la biblioteca y lo busqué en la Saga Concordance, como una persona normal. Eso es googlear, ¿no?

—Algo así —le dijo Simon.

—¿Y bien? —preguntó Isabelle.

Jace se encogió de hombros.

—Significa «espina del sueño». Se mencionan un par de veces en la mitología. Algún dios usa el Svefnthorn para poner a otro dios en un sueño mágico. Ya sabes, lo que cualquier dios le haría a otro.

—No me hizo dormir —dijo Magnus dubitativo—. Nadie dijo nada sobre dormir.

—Bueno, es solo mitología mundana —dijo Jace—. No tuve tiempo de revisar nuestros propios archivos, ni en textos demoníacos.

—Desafortunadamente —dijo Magnus—, lamento informar que la biblioteca del Instituto de Shanghái puede estar principalmente en chino. Para fortuna de ustedes, estamos viajando a una ciudad que alberga una de las mayores maravillas del submundo: el Palacio Celestial.

—¿Porque un palacio nos ayudaría? —preguntó Simon.

—Porque —respondió Magnus, claramente disfrutando el momento de atención, lo cual Alec encontró adorable—, el Palacio Celestial tiene una de las cosas más importantes: una librería.

A unos metros de distancia donde estaba trabajando, Clary movió ambos brazos; había logrado abrir el Portal.

—¿Se ve bien? —dijo con incertidumbre.

Magnus se acercó para mirar a través de él y se encogió de hombros.

—El cielo es del color correcto hay estrellas, la luna está en el cielo, los edificios se ven bien, no hay escarabajos gigantes. Yo digo que entremos.

—Es un discurso muy alentador, Magnus —le dijo Jace.

—Qué más da —dijo Isabelle.

Todos se reunieron y juntos atravesaron el Portal. La brisa fresca se convirtió en una suave nube envolvente de humedad. El bajo estruendo del exterior de las ventanas del Santuario fue reemplazado por una orquesta cacofónica de autos que tocaban la bocina y el clamor constante de una calle de la ciudad inundada de gente en medio de la noche. En el cielo nocturno, las luces de brillantes colores parpadeaban con avidez.

Fue entonces cuando la vista de Alec pareció inclinarse; ese cielo estaba en el lugar equivocado. Y él estaba cayendo. Todos estaban cayendo. Y cayeron durante mucho tiempo.

PARTE II

# Shanghái



# CAPÍTULO CUATRO

## LUGARES CELESTIALES

*Traducido por Alex Aramburo  
Corregido por Barragán y Samn*

ERA UN MILAGRO QUE NO HUBIERAN LASTIMADO A ALGUIEN. Los cazadores de sombras cayeron del a través del marco nacarado del Portal, a tres metros del suelo y cayeron en el pavimento en medio de una enorme multitud atestada de personas.

Todos aterrizaron a salvo o al menos amortiguaron perfectamente bien su caída como para sufrir tan solo unos pocos moretones. Alec se puso de pie con cuidado, aliviado de usar un glamour para invisibilidad. Donde sea que estuvieran, estaba *atestado* de gente.

Anochecía en Shanghái, se sentía agradablemente cálido y mientras se enderezaba, Alec se dio cuenta que estaban de pie en una enorme vía peatonal que se alargaba en ambas direcciones más allá de lo que sus ojos podían ver. La multitud era densa —parecida a la de Manhattan— y ambos lados de la calle estaban bordeados por edificios que brillaban con letreros enormes y muy iluminados. Cada muro estaba inundado de colores neón y anuncios vívidos. Grandes letreros verticales en caracteres chinos colgaban de cada edificio en las calles, pintando las paredes de un arcoíris eléctrico de azul, rojo y verde. A lo lejos, vio una estructura en forma de aguja que se elevaba vertiginosamente hacia el cielo nocturno, brillando en ondas moradas deslumbrantes. A su alrededor estaba el resto del horizonte de Shanghái; una parte estaba a medio construir y rodeada de grullas, y otras partes se iluminaban para erguirse como tótems por encima de la bulliciosa ciudad de los barrios bajos.

Había letreros en inglés entre que estaban en chino.

—¡Se parece al Times Square! —exclamó Isabelle animadamente—. El Times Square de Shanghái.

—Es más genial que Times Square —dijo Simon, mirando el espectáculo ante él—. Tiene más neón, láseres y bancos de luces de colores, y menos pantallas gigantes.

—Hay muchas pantallas gigantes —le dijo Clary—. Y no es Times Square. Bueno, es algo parecido, pero luce más como la Quinta Avenida. Estamos al este de la calle Nanjing, una gran zona comercial sin autos.

—Entonces —dijo Simon—, ¿pensaron que era mejor abalanzarse sobre las ofertas antes de encontrar a los brujos malvados?

—No son necesariamente malos —se defendió Alec—. Son, eh, brujos que cayeron en el mal camino.

—Brujos guiados al mal camino que toman malas decisiones —corrigió Isabelle.

—No —explicó Clary—. Quiero decir... leí sobre este lugar en mi teléfono esta mañana. Estaba buscando los lugares más famosos para visitar en Shanghái. No quería terminar aquí. Trataba de ir al Instituto y no estamos ni cerca.

—Oigan —dijo Alec, un espasmo de preocupación lo atravesó—, ¿dónde está Magnus?

Todos miraron a su alrededor. Alec contenía sus emociones de la manera en que pondría presión a una herida sangrante. No podía entrar en pánico en ese momento. Eso no ayudaría a Magnus.

—¿Clary puedes ver por el Portal? —le indicó—. ¿Magnus todavía está del otro lado? —Entrecerró los ojos para ver el pequeño cuadrado brillante que flotaba muy por encima de sus cabezas.

Clary retrocedió y negó con la cabeza.

—No, nada.

Alec sacó su teléfono y llamó a Magnus. No contestó. Alec todavía no entraba en pánico. En vez de eso, envió un mensaje:

«ESTAMOS EN EL ÁREA COMERCIAL DE LA CALLE NANJING, ¿DÓNDE ESTÁS?»

Se quedaron ahí esperando, con la multitud inconsciente fluyendo a su alrededor, se mantuvieron escondidos dentro de su glamur. Alec no estaba seguro de lo que harían si no encontraban a Magnus. ¿Tendrían que seguir adelante con la misión? ¿Cómo sería posible que eso funcionara? Magnus era el único de ellos que hablaba mandarín y era quien tenía el trozo de la capa de Ragnor que se necesitaba para rastrearlo. Podrían ir al Instituto, en sí era un plan que implicaba conseguir dinero, encontrar un taxi y esas cosas. Pero incluso así, Magnus les comentó de su larga relación con la familia Ke, quienes dirigían el lugar. Alec había esperado contar con la ayuda de Magnus cuando llegaran.

Los demás miraban a Alec con preocupación. Jace se acercó un poco, no tanto como para poner su mano en el hombro de Alec, pero sí como estuviera a punto de hacerlo. De hecho, Alec sabía que si Magnus no aparecía y pronto, no habría más misión, sin importar cuántos ejercicios mentales hiciera al respecto en su cabeza. Incluso si el peligro de un Príncipe del Infierno acechara en el futuro, Alec abandonaría todo lo demás y primero iría en busca de Magnus; donde sea que estuviera.

El teléfono de Alec sonó.

Lo tomó y levantó la tapa<sup>1</sup>. Era un mensaje de Magnus. Todos se arremolinaron a su alrededor para leerlo:

«QUISE NADAR UN POCO. ENCUÉNTRAME FRENTE AL MCDONALD'S QUE ESTÁ CERCA DE LA CALLE GUIZHOU».

Alec sintió la mano de Jace rozar su espalda ligeramente, un consuelo silencioso: «¿Lo ves hermano? Todo está bien».

—¡Claro que hay un McDonald's! —exclamó Isabelle, y se fueron usando el GPS del teléfono de Simon para guiarse.

En ocasiones Alec pensaba que el mundo moderno eventualmente sobrepasaría a los cazadores de sombras, a pesar de sus mejores intentos de mantenerse al margen. Era inevitable si vivías en una gran ciudad; solo caminar por ahí requería cierta comprensión del mundo mundano y cómo funcionaba. Alec fue arrojado en uno de los lugares más concurridos de una de las ciudades más grandes del mundo, tan lejos de su hogar mientras estuviera en el planeta. Y aun así, sentía cierta familiaridad: las calles comerciales de la gran ciudad eran nada más ni nada menos que eso. Los letreros estaban en chino y la estética no era la misma, pero el sentimiento era igual: la noche, las luces, la gente, las familias, las parejas extrañas y los empleados solitarios que solo trataban de atravesar la multitud para llegar a casa. Debería sentirse totalmente extraño para Alec, pero no lo fue. Era algo nuevo. Sin embargo, había algo en ese lugar que ya conocía. Se sorprendió al encontrar muchas cosas en su vida que funcionaban de esa manera cuando les daba la oportunidad.

Se encontraron con Magnus en el punto donde el área peatonal de la calle terminaba y comenzaba el tráfico vehicular. El cabello del brujo estaba, extrañamente, empapado y con las puntas levantadas. Su ropa estaba seca, pero no era la misma que llevaba puesta cuando cruzaron el Portal. Alec se sintió un poco decepcionado —amaba que Magnus usara traje—, pero quizá había elegido mezclarse sabiamente entre la gente: pantalones negros, una elegante camisa de botones negra y una chaqueta de motociclista de cuero negro. Lucía como un sexy piloto de carreras y Alec estaba totalmente de acuerdo al respecto.

Magnus se acercó a Alec, colocó sus brazos alrededor de su cuello y lo besó. Alec le devolvió el beso apasionadamente, con alivio corriendo por sus venas. Le habría gustado tomar a Magnus por la camisa y acercarlo para besarlo hasta que ambos se cayeran sobre sí, *pero* estaba frente a su hermana, su *parabatai*, la novia de su *parabatai* y el *parabatai* de ella. Tenía que trazar un límite en alguna parte. Le devolvió el beso a Magnus de la manera más pasional que pudo; Magnus estaba junto a él y estaba bien. Alec sintió que su cuerpo se relajaba.

—Me parece que tú tampoco llegaste al Instituto —supuso Clary cuando pasó una considerable cantidad de tiempo.

---

1 NT: Se debe recordar que era el año 2010, los teléfonos de ese entonces aún no eran de pantalla touch.

Magnus rompió el beso.

—¿Está bien que dos hombres se besen en una calle concurrida de Shanghái? No sé si te besaría de esa forma en Times Square —dijo Alec.

—Cariño —le respondió Magnus tranquilamente—, somos invisibles.

—Ah —farfulló Alec—. Cierto.

—En efecto, no fui al Instituto —le mencionó Magnus a Clary—. Terminé a diez metros arriba del río Huangpu. —Vio la mirada alarmada de Alec—. Luego pasaron unos segundos y terminé dentro del río Huangpu.

—¿Qué hiciste? —preguntó Jace.

—De forma elegante di una voltereta en el aire y aterricé de pie sobre el lomo de una afable marsopa —respondió Magnus.

—Eso es *tan* creíble —espetó Simon, alentador como siempre.

Magnus hizo un ademán con su mano.

—Así es como deseo que piensen de mí. Cabalgando una marsopa hasta la costa con el único propósito de unirme a ustedes. No lo entiendo. Van dos Portales seguidos que han terminado mal, en una forma en que los Portales no deberían salir mal. ¿Cómo nos separamos?

—Creo, que todos esperábamos que tú supieras la respuesta —confesó Jace.

—Yo solo los dibujo —dijo Clary—. Eso no significa que entienda la magia que los controla.

—Da igual, no usaremos más Portales por un tiempo —les dijo Magnus.

Tomó el trozo de la capa de Ragnor de su bolsillo con un movimiento gentil y se la entregó a Alec. Jace sacó su estela e hizo un ademán hacia Alec, quien obedientemente extendió su mano para que Jace revitalizara la runa de rastreo.

—Esta runa solo nos dará una dirección y Shanghái es enorme —anunció Alec—. ¿Cómo haremos esto?

—Tomaremos un taxi —respondió Magnus, señalando a la calle—. Así que deshagan su glamour. —Los taxis en Shanghái parecían ser de una variedad de colores, pero todos eran plateados en la mitad inferior y el mismo modelo de auto. Así que era bastante sencillo ubicarlos en el tráfico. Uno de ellos, con un tono violeta vivaz, se detuvo rápidamente.

Magnus observó el tamaño de su grupo

—Dos taxis.

Alec le hizo señas a un segundo taxi; Magnus habló rápido con el conductor del taxi nuevo y después subió al primero.



—Espera, ¿qué le dijiste? —dijo Alec.

—Le dije que siguiera al primer taxi. Y que el hombre de cabello oscuro con brillantes ojos azules se encargaría de la tarifa. —Dudó un poco—. Alec... si Ragnor no sabe que los estamos rastreando y está en Shanghái, todavía estará aquí mañana. Si no quieres ir a buscarlo con nada más que con esta runa de rastreo, en verdad lo entiendo. Podemos quedarnos en un hotel, conozco algunos lugares grandiosos, y mañana temprano podemos ir al Instituto y hacer esto con los medios adecuados.

Alec trató de no dejarse llevar por su cambio radical.

—Magnus, me conmueves, pero debo preguntar... ¿evitas encontrar a Ragnor porque no sabrás lo que harás cuando lo encuentres? ¿De eso se trata esto?

—Esta conversación es una montaña rusa —dijo Isabelle asomando su cabeza por la ventana trasera del segundo taxi—. Pero mi mandarín es inexistente, el de Jace es realmente horrible y este taxista ya empezó el kilometraje.

—No —respondió Magnus, ignorando a Izzy—. Es solo que... encontrar a Ragnor es mejor que no tener pistas, pero es totalmente lo contrario de cómo quiero hacer esto. No quiero luchar contra él para conseguir el Libro. Ni siquiera quiero luchar contra Shinyun.

—Son las únicas pistas que tenemos, amor mío —le dijo Alec—. Así que creo que tenemos que entrar a los taxis.

—Está bien —dijo Magnus y besó a Alec—. Vamos.

Ambos subieron al asiento trasero del primer taxi; reuniéndose solo con Simon, que tenía el mapa abierto en su teléfono y los saludó con sus dos pulgares en alto, sin embargo, su expresión fue distante.

Magnus se volvió hacia Alec.

—Bueno, ¿entonces en qué dirección?

—Todavía al oeste. —Alec apretó el trozo de tela.

Magnus se inclinó hacia delante y habló en mandarín con el conductor, apuntando una dirección. El chofer pareció sorprendido pero, después de una breve negociación, accedió.

—Solo dime cuando debemos dar vuelta —le dijo Magnus, Alec asintió y los vehículos desaparecieron en la noche.

\* \* \*

LA ÚLTIMA VEZ QUE MAGNUS ESTUVO EN SHANGHÁI FUE HACE VEINTE

AÑOS. Habían pasado solo meses desde el renacimiento de la ciudad; su repentina y extraña segunda vida, en la cual se convertiría en la ciudad más grande de China quedaría inundada en dinero y un nuevo crecimiento. Incluso ahora se estaban construyendo nuevos rascacielos y nuevas luces brillantes donde quiera que Magnus mirara. Todavía era el mismo lugar, todavía era Shanghái. Pero había cambiado tanto en tan poco tiempo.

Salieron del centro de la ciudad, dejando las lujosas luces de la calle Nanjing atrás. Atravesaron el enérgico distrito de Jing'an hasta que estuvieron en los vastos bloques residenciales que se alejaban para siempre en la distancia, de los nuevos rascacielos y algunos complejos de departamentos con jardín. Unas cuantas vueltas más e ingresaron a un vecindario más antiguo, un lugar olvidado del Shanghái donde las opulentas marcas internacionales y los rascacielos eran reemplazados lujosamente con un lustre brillo de modernidad.

Mientras los autos conducían, Magnus trataba de explicar la inusual situación del submundo en Shanghái

—En el siglo diecinueve —les contó—, Shanghái estaba dividida en un montón de concesiones internacionales: eran terrenos arrendados a otros países dentro de la ciudad. Gran Bretaña tenía uno, Francia y Estados Unidos. Todavía eran oficialmente parte de China, pero los otros países podían hacer lo que quisieran dentro de las fronteras de las concesiones. Cuando eso pasó, los subterráneos de Shanghái hicieron su propio acuerdo y se les concedió su propia concesión.

—¿Qué? —preguntó Alec, volteando a ver Magnus—. ¿Hay un barrio permanente dirigido solo por subterráneos en este lugar?

—Probablemente habrá algunos mundanos con la Visión que también vivan ahí —dijo Magnus—. Pero sí.

—Si tienen todo un barrio, ¿eso significa que no hay un Mercado de Sombras en Shanghái?  
Magnus rio.

—Oh, claro que hay un Mercado de Sombras.

Las calles rápidamente se volvieron muy estrechas para los taxis, y Magnus y los otros los dejaron para seguir a pie. Simon lucía realmente pálido, aunque no al estilo vampiro que una vez tuvo.

—Los cazadores de sombras *no se marean* —se burló Jace.

—¿Tu padre te enseñó eso? —espetó Simon, sus pies se tambalearon ligeramente—. ¿Alguna vez en su vida se subió a un auto? ¿En su vida se habrá subido a un auto *en Shanghái*?

Clary e Isabelle intercambiaron una mirada.

—Simon, ¿estás bien? —dijo Clary.

—Oigan, ¡ustedes a los que no les sienta bien el tráfico intermitente!, también sirven al Ángel —los llamó Alec—. ¿Podemos irnos?

En ocasiones, Magnus no estaba seguro de que ser un cazador de sombras fuera mejor para Simon de lo que ser vampiro había sido. Ya no era un no muerto; eso era bastante bueno, por supuesto. Pero había una cierta intensidad de machismo que podría entrometerse incómodamente por los bordes de la cultura de los cazadores de sombras. Valentine ejerció esa narrativa de fuerza innata y de supremacía, como un arma. Era una actitud que siempre amenazaba con resurgir entre los nefilim. Para doblarse y retorcerse en sí misma para encajar en eso estuvo cerca de romper a Jace. Si no hubiera sido por Alec, Isabelle y Clary...

La runa de rastreo los guió a uno de los espacios restantes del viejo Shanghái, lejano a los amplios bulevares y los brillantes centros comerciales plateados. Tuvieron que caminar en fila india para evitar obstruir el paso de los peatones y los ciclistas. Ese lugar también estaba atestado de gente. En todas partes había un flujo de personas, bicicletas y animales, eran como la corriente de un río, de una manera que le recordaba a Magnus a las docenas de ciudades en las que había estado y que siempre eran las mismas y al mismo tiempo nuevas. Shanghái, Singapur, Hong Kong, Bangkok, Yakarta, Tokio, Nueva York...

Magnus no se lo había contado a nadie todavía, pero sentía algo dentro de la resplandeciente grieta en su pecho, un creciente nudo de magia. Sabía que no era magia malvada. Ni siquiera una magia extraña. Era su propia magia, convergiendo dentro de él. Estaba creando una especie de aura en los bordes de su visión de un azul brillante y eléctrico. Parecía tirar y doblarse en respuesta de otras auras de las que Magnus ni siquiera habría notado si no fuera por ella.

No estaba seguro de cómo sacarlo a colación. Creyó que encontrarían a Ragnor y gracias a él, encontrarían a Shinyun y que si tenían suerte, ella le explicaría toda la situación. O al menos, esperaba que eso pudiera esperar hasta que pudieran hacer un poco de investigación mañana en la mañana.

Clary estaba examinando una serie de signos escritos a mano con rotulador grabados en las ventanas de un escaparate cerrado. Magnus los señaló por encima de ella.

—Es una peluquería. Esa es solo su carta.

—Isabelle —susurró Simon—. ¿Podemos llevar a casa una de esas gallinas?

—Claro —le dijo Isabelle—. Puedes llevarte todas las que puedas atrapar.

—No lo alientes —la reprendió Clary. Se volvió hacia Magnus—. ¿Este es el tipo de lugar en el que Ragnor se encontraría?

Magnus miró alrededor de los carriles angostos, las paredes de concreto estaban tachonadas con avisos, anuncios y grafitis stencil<sup>2</sup>; podía oler a los animales, la comida, la basura y la

---

2 NT: También conocido como «plantilla», es una técnica que consiste en crear una imagen o forma en negativo eliminando la superficie plana, o el fondo y así se crea la plantilla. Por consiguiente, se coloca sobre un soporte y se aplica pintura en spray sobre ella, de forma que la imagen positiva queda plasmada sobre dicha superficie.

población concurrida. Nada cambiaba durante décadas en un lugar que parecía que se transformaba a sí mismo con cada hora que pasaba.

—Este no es un lugar donde Ragnor viviría —dijo lentamente—. Pero sí es exactamente donde se escondería.

—A no ser que sepa que vamos tras él —supuso Jace.

—Si lo sabe —dijo Magnus—, ¿por qué estaría en Shanghái? Es un experto en la magia dimensional. Bien podría hacer un Portal a cualquier otra parte. Podría ir al Laberinto Espiral y esconderse si quisiera. Pero no saben que está siendo... controlado o lo que sea.

—Pero la runa de rastreo dejó claro que aún está en Shanghái —le dijo Alec—. Así que no debe saber que lo estamos buscando.

—O —volvió a hablar Jace—, quiere que lo encontremos.

Magnus no había pensado en eso, pero estaba de acuerdo en que era una posibilidad. Ser esclavo de Sammael y ser amigable con Magnus no eran posibilidades necesariamente incompatibles, al menos no en la mente de Shinyun, y probablemente tampoco en la mente de Ragnor.

Por otro lado, ¿acaso Ragnor esperaba que él llegara con cinco cazadores de sombras? ¿Uno?, seguro que sí, ¿pero cinco?

Se estaba poniendo nervioso. Sintió un cosquilleo en su herida.

La runa de rastreo los guió a un edificio de departamentos color blanco deslavado en mal estado. Un grafiti negro manchaba un lado de la pared, sobre la pintura descarapelada. Entraron con Alec a la cabeza y lo siguieron por dos tramos de escaleras hasta una sucia puerta de departamento en un lóbrego pasillo alfombrado. Magnus estuvo a punto de llamar a la puerta, pero titubeó.

Alec lo miró de soslayo y golpeó la puerta por él. Después de un momento, esta se abrió revelando a un caballero hada con patas de cabra, calvo y barbudo que se quedó boquiabierto de horror al descubrir un escuadrón entero de cazadores de sombras en su puerta.

—¡No pueden entrar! —aulló en shanghainés, más alto de lo que Magnus habría esperado.

—Ellos no hablan nada de chino —Magnus le respondió cortésmente en mandarín—. En inglés, por favor. No es como si fuera tan difícil para un hada.

El hada no apartó sus ojos abiertos de par en par de los cazadores de sombras.

—¡Ustedes no pueden entrar! —exclamó en inglés.

—Hola —le dijo Alec—. En realidad no tenemos ningún problema con usted y lamentamos molestarlo. Nosotros...

—¡Nunca encontrarán nada! —chilló el hada—. Mis manos están limpias, ¿me oyeron? ¡Limpias!

—Estoy seguro de que lo están —afirmó Alec—. Estamos buscando a un brujo. Es muy fácil reconocerlo. Es verde...

—Muy bien —confesó el hada. Se inclinó más cerca—. Si confieso algo de lo que he hecho, ¿me darán inmunidad? Puedo ayudarlos a atrapar unos peces gordos. Criaturas *importantes*.

—Dime más —le dijo Jace.

Alec le lanzó una mirada de advertencia.

—No necesita hacer eso —le dijo—. Solo basta con decirnos si ha visto a nuestro amigo. Creemos que podría haber entrado a su departamento.

—No estamos interesados en los peces gordos —aclaró Magnus.

Jace abrió la boca.

—Estamos un *poquito* interesados, ¿verdad?

—Puedo entregarles a Lenny el Calamar —respondió el hada fervorosamente—. O delataré a Bobby Dos Piernas. ¿Qué les parece Medias McPherson?

Alec enterró su cara entre sus manos y Magnus contuvo una sonrisa. Si era sincero, la paciencia y el profesionalismo de su novio eran algo hermoso de contemplar.

—Retrocedamos un poco —le dijo Alec—. ¿Alguna vez ha escuchado de un brujo llamado Ragnor Fell?

El hada dejó de hablar y entrecerró los ojos suspicazmente en dirección a Alec, como si tratara de percibir una artimaña.

—No tengo que contestar a ninguna de tus preguntas.

—¿Ya pensamos en usar el papel del «policía malo»? —preguntó Jace con un ligero gruñido en su voz—. Me siento cada vez más inclinado a hacerlo.

—Está bien —dijo el hada—. Nunca he escuchado de alguien con ese nombre.

—Espere un momento —le dijo Alec, volviéndose hacia el grupo—. ¿Podemos darle a este tipo algo de espacio? Está muerto de miedo. Si cinco hadas vinieran inesperadamente a su puerta también actuarían así de trastornados.

—Por supuesto —respondió Jace, intercambiando una mirada con él—. Vamos, chicos. Démosle espacio. —Ellos se alejaron en dirección al pasillo solo un poco; Magnus fue con ellos. Alec se inclinó hacia la puerta y habló con el hada. Después de un minuto más o menos, salió al pasillo con una expresión neutral—. Voy a pasar y hablaré con el señor Rumnus un minuto. Magnus, ¿podrías venir conmigo?

De alguna manera, Alec había tranquilizado al hada lo suficiente para dejarlo entrar. Magnus tuvo que recordarse que Alec tenía una habilidad innata para hablar con los subterráneos que desconfiaban de él. Algunos de esos subterráneos se habían convertido en sus amigos más cercanos.

—¿Sabe que su nombre es...? —preguntó Simon en voz alta.

—Lo sabe —dijo Alec.

Simon asintió, satisfecho<sup>3</sup>.

Magnus siguió a Alec dentro del departamento. Era un pequeño lugar andrajoso, bastante normal. Quizá demasiado normal para que viviera un hada con patas de cabra, pensó Magnus. Empezó a liberar su magia por toda la habitación, tratando de mantener los movimientos de su expresión y de sus manos tan neutral como fuera posible.

—El señor Rumnus dice que últimamente han ocurrido algunos negocios turbios de brujos en Shanghái —le dijo Alec.

—¿Qué tipo de negocios turbios? —preguntó Magnus—. ¿Cómo guerras por el territorio? —Estaba distraído. Esperaba encontrar alguna firma mágica, algún residuo al menos. La runa de rastreo los había traído hasta aquí, así que Ragnor *tenía* que estar aquí; la runa *decía* que lo *estaba*. Pero no veía lugar alguno en donde pudiera estar. El departamento era una sola habitación, todo el lugar era visible desde un solo punto de vista; la puerta del baño estaba abierta y revelaba que no había nadie. Definitivamente no había otro ser mágico en la habitación más que él y el hada. ¿Cómo podría ser un callejón sin salida?

—¿Qué estás haciendo con todos estos cazadores de sombras? —le dijo el señor Rumnus a Magnus de la nada.

—Él es mi novio —dijo Alec—. Y también uno de los Grandes Brujos.

—Así que te van los de las grandes ligas, ¿eh? —le dijo el hada a Alec con un tono desconfiado.

—Agh —exclamó Magnus.

—Este no es tu departamento, ¿verdad Rumnus? —preguntó Alec con aspereza.

—¿Qué? —titubeó el hada.

—Tú no vives aquí. Mira eso. —Hizo un ademán hacia una gran escultura de más de dos metros de alto. Parecía un banco de peces abstractos interceptando contra una bandada de pájaros abstractos. Era maravillosamente espantosa—. Es hierro forjado. ¿Tienes una gigantesca escultura de hierro forjado en tu sala?

—Además —añadió Magnus—, esa enorme silla de plástico con forma de mano no es para

---

3 NT: Una muy probable referencia al «señor Tumnus», un sátiro y personaje de la saga de libros de «Las Crónicas de Narnia» escrita por C. S. Lewis.

nada al estilo de las hadas. —Y entonces, su cuerpo se dobló de dolor.

Su cabeza comenzó a doler tan repentinamente como si lo hubieran golpeado con fuerza. Un aullido agudo, callado pero cada vez más fuerte, empezó a palpar en la nuca de su cabeza.

Sintió que unas manos lo sujetaban y la voz de Alec comenzó a gritar.

—¡Magnus! —Y fue como si estuviese muy lejos. Con trabajo pudo levantar su cabeza, a tiempo para ver el techo abrirse y notar el torbellino de nubes de un mundo demoníaco aparecer detrás de un brillante Portal.

\* \* \*

TAN PRONTO COMO EL PORTAL SE ABRIÓ Y EL VIENTO EMPEZÓ A SOPLAR, Alec supo que los demonios se acercaban. Tomó su arco y lanzó un grito hacia la puerta de entrada que estaba abierta.

—¡Es una trampa!

Isabelle fue la primera en llegar con su látigo ya blandido.

—Claro que es una trampa —espetó.

—Y claro que no nos pusimos runas de combate —anunció Jace, uniéndose a ella.

Los demonios empezaron a llover en la habitación a través del Portal. Estos eran demonios que Alec nunca había visto antes, serpientes enormes con brillantes escamas negras y con rostros humanos soltando gritos silenciosos. Tan pronto como aparecieron, empezó a disparar. Simon entró, tenía una flecha preparada en su arco, parecía más alarmado de lo que Alec habría esperado. Clary llegó con dos resplandecientes cuchillos serafín.

Fue una pelea extraña. Rumnus se había escondido debajo de una mesa y estaba apretujado con sus ojos cerrados como si deseara que todo terminara. Magnus tenía una de sus manos levantada y unas chispas volaban de ella de manera desigual, a veces golpeaban demonios y otras veces dejaban pequeñas marcas de quemaduras en las paredes y muebles. Su otra mano estaba en su sien y sus ojos se estaban cerrando; se veía como si estuviera luchando contra una migraña, aunque Magnus no era conocido por tener migrañas. Alec quería ir con él, pero la habitación se había convertido en un abarrotado desastre de demonios serpiente y objetos afilados.

Lo que sea que causara que las serpientes aparecieran, no perseguía ningún tipo de estrategia de combate. Continuaron cayendo en la habitación como si una mano invisible gigante las arrojara al azar. Algunas aterrizaban de manera recta, pero otras caían enredadas en un nudo desastroso o aterrizaban sobre sus propias cabezas, haciendo que fuera más fácil matarlas.

Clary le dio vuelta a la habitación dando muerte a esas cosas de manera gloriosa.

Alec giró para evitar una mordedura de un demonio y encontró a Jace, con sus brazos inmovilizados por dos serpientes. Rápidamente, les arrojó flechas a ambas y en un segundo Jace quedó libre; dio un saltó hacia adelante y enterró su cuchillo serafín en la cara del demonio que Alec había olvidado, el cual venía detrás de él.

Intercambiaron una mirada de soslayo para confirmar que el otro estaba bien y regresaron al combate.

Todo acabó rápidamente, considerando el número de demonios y la falta de preparación de los cazadores de sombras para una pelea. Desde la perspectiva de Alec, había muchas serpientes y después ya no quedó una sola, únicamente su propio jadeo pesado y el de sus amigos mientras recuperaban el aliento; ya no se encontraban en peligro inminente.

Y de la nada, del Portal una versión gigantesca de una serpiente con el rostro humano y su grito silencioso apareció, fácilmente medía tres metros de ancho. Abrió su boca distendida y *chilló*, sus ojos buscaron algo. Vio a Magnus, quien todavía seguía agarrando su cabeza; apretaba sus dientes y las puntas de sus dedos resplandecían con las chispas de su mano extendida, pero parecía que no provocaba ningún efecto perceptible.

Simon disparó una flecha hacia el Portal; atravesó la cara de la criatura y se desvaneció en la nada. Volteó a ver a Alec con una expresión de pánico y este se encogió de hombros.

Y tan repentinamente como apareció, la cara del demonio se desvaneció. El Portal se disipó en un abrir y cerrar de ojos, dejando solo el vacío y agrietado techo del departamento, y el sonido del latido de Alec en sus oídos.

Inmediatamente, se acercó a Magnus y puso su mano en el hombro de su novio.

—Estoy aquí. ¿Estás bien? —le dijo mientras se inclinaba junto a él.

Magnus apartó su mano de su frente y parpadeó en dirección a Alec.

—Estoy bien —le dijo. Se veía extrañamente inestable, como una caña atrapada en el viento—. El dolor de cabeza está disminuyendo. Eso era... eso fue *algo*. Creo que nunca he...

Se detuvo y una dura mirada cruzó su rostro.

»Tú —espetó, pasando de Alec al hada, que se iba a volver a esconder debajo de la mesa.

—Creo que podemos... —empezó a decir Rumnus.

—¡Tú! —bramó Magnus. Alec se sorprendió, no porque Magnus estuviera enojado, sino por la ferocidad de su voz. Magnus se mantenía calmado en casi todas las situaciones. Esa era una de las mayores consistencias en la vida de Alec. Y en ese momento, Magnus se encontró extendiendo una mano, que hizo que Rumnus se tambaleara y cayera al suelo sobre una pila de objetos.



—Este no es tu departamento —le dijo Magnus con un tono peligroso en su voz—. Tampoco es el departamento de Ragnor. De hecho, este no es el departamento de *nadie*. — Puso sus manos sobre su cabeza y una enorme tormenta eléctrica emergió de sus manos, restallando tan ruidosamente como la cara de demonio había gritado. Los rayos de energía azul volaron abruptos y caóticos alrededor de la habitación y cuando se despejaron, Alec pudo observar que Magnus disipó algunas ilusiones poderosas; más fuertes que cualquier glamur que él hubiera visto antes. Y en efecto, el departamento estaba vacío... abandonado incluso. Sin muebles, ni alfombras y con una bombilla rota colgando de un simple enchufe en el techo. Magnus volvió su mirada hacia Rumnus, que ya estaba de pie—. ¿Qué tienes que decir al respecto? —vociferó.

Rumnus consideró sus opciones y habiendo tomado una decisión, gritó:

—¡La poli nunca me atraparé con vida! —Corrió hacia la ventana y saltó antes de que cualquiera pudiera detenerlo.

Lo vieron caer en picada. Pero antes de que golpeará el suelo, unas enormes alas de pájaro marrones salieron de su espalda, dio un aleteo y voló en dirección a la noche.

—Qué tal eso —susurró Alec ante el silencio.

Magnus respiraba con dificultad. Su mano estaba apretada con fuerza sobre su pecho. Justo sobre su herida, Alec lo notó. Se acercó a Magnus con cautela.

—Bueno —dijo Clary—, ¿entonces qué fue *todo eso*?

Magnus fue a sentarse a una silla, pero pareció recordar que no existía ninguna y se deslizó lentamente hasta el suelo.

Soltó un suspiro.

—No estoy seguro.

—Empecemos en la parte en donde no había demonios serpiente —dijo Alec. Se cruzó de brazos y se volvió hacia Magnus—. ¿Qué fue *eso*? Eso no es propio de ti. No te enojas de esa manera.

—A menudo me enojo así —replicó él—, cuando me encuentro con subterráneos mentirosos que trabajan con demonios.

—¿Y asumimos que está trabajando con ellos debido a todos los demonios que cayeron del techo? ¿Y a la demoníaca cara que nos gritó? —preguntó Jace.

—Sí —afirmó Magnus. Parte de la adrenalina de la pelea parecía estar drenándose de él. Miró a Alec—. Perdón. Solo estoy frustrado.

—No bromeas —dijo Isabelle—. ¿Dónde está Ragnor? ¿Por qué la runa de rastreo nos trajo aquí en lugar de donde en verdad está? ¿Cómo supo que lo estábamos rastreando? ¿Él

envió esos demonios? ¿Lo hizo Shinyun Jung? ¿Hay alguien más con quien estén trabajando pero que no conozcamos su existencia?

Alec lo pensó.

—Eran un puñado de serpientes, pero definitivamente no eran suficientes para ser una verdadera amenaza para todos. Lo que significa que esto fue una advertencia ...

—O —continuó Jace—, ellos no sabían que traerían a otros cuatro cazadores de sombras con ustedes.

—Entonces, ¿a dónde vamos ahora? —preguntó Simon. Tenía sus manos metidas bajo sus brazos cruzados y parecía inquieto.

Todos voltearon a ver a Magnus, quien suspiró pesadamente.

—¿Qué dice la runa de rastreo?

Alec sacó el trozo de tela de su bolsillo e intentó de nuevo con la runa. Se encogió de hombros.

—Dice que estamos en el lugar correcto.

—Podemos intentar ir al Instituto. Ver qué es lo que ellos saben sobre estos «brujos malévolos» que mencionó el hada —dijo Simon.

—No —respondió Alec bruscamente y Simon retrocedió de un salto—. No encendamos más alarmas de lo que ya hemos hecho. Necesitamos controlar el flujo de información que la Clave sabrá.

—Nosotros *somos* la Clave —espetó Isabelle—. Esto no es como hace unos años, cuando éramos muy jóvenes para tener una voz.

Jace negó con la cabeza.

—Alec tiene razón. Somos una pequeña parte de la Clave y nuestro acercamiento a los asuntos de los subterráneos está lejos de ser universal o siquiera normal, de los estándares considerados por los neflim. No sabemos en qué nos estamos metiendo.

—En realidad, lo sabemos —dijo Magnus, parecía que se estaba recuperando. Se levantó del suelo y sacudió con cuidado el polvo de su chaqueta—. El Instituto de Shanghái es dirigido por la familia Ke, ha sido así por años. Son buenas personas. Son la familia de Jem Carstairs... o el Hermano Zachariah. Pero... —agregó mientras Jace abría su boca para responder—, ahora solo les traeremos problemas. Se está haciendo tarde y *no* voy a dormir en el catre de una habitación de sobra del Instituto. Voy a hacer una llamada y entonces, nos quedaremos en mi hotel favorito de la ciudad. —Alec sintió un cálido alivio, este era el Magnus que él conocía—. Cuando viajan conmigo —les recordó Magnus—, lo hacen con *estilo*.

# CAPÍTULO CINCO

## TABLERO DE AJEDREZ

*Traducido por Alex Loom  
Corregido por Beatriz y Samn*

MAGNUS SIEMPRE SE QUEDABA en el mismo hotel en Shanghái, sobre todo por nostalgia. Había encontrado en gran medida que la nostalgia era una droga peligrosa de la cual había que alejarse; de lo contrario habría desperdiciado mucho de su tiempo de tristeza por Manhattan cuando todavía tenía tierras de cultivo, o por la corte del Rey Sol, o por los días cuando Coca-Cola contenía drogas reales. En este caso, se sintió complacido porque había dormido en el hotel unas cuantas veces antes de que siquiera fuera un hotel, cuando era una residencia privada del notorio jefe de la mafia Du Yuesheng. Era una lujosa villa de estilo occidental en la Concesión Francesa, repleto de columnas clásicas blancas, guirnaldas de piedra y balcones con pilares enroscados con oro. Magnus aseguraba que Du la había comprado en los años treinta con el propósito principal de organizar las fiestas más escandalosas de la ciudad y él consiguió entrar a varias de las más inmorales de la ciudad en esos años. Du Yuesheng había sido un hombre peligroso, violento, pero extremadamente inteligente: demasiado inteligente para suponer que Magnus tenía interés alguno en el opio. Generalmente hablaban de ópera y cantantes de ópera.

Ahora, décadas después de su muerte, era el Hotel Mansión. Le recordó a Magnus a una época anterior; no una mejor época, solo una época anterior. Pero, ¿quién podría seguir vivo hoy en día que pudiera recordar cómo era el Hotel Mansión? Solo los mundanos más viejos, si es que quedaba alguno. El lugar estaba decorado con reliquias de antaño, de días más decadentes: una vieja pipa para opio, un fonógrafo que todavía tocaba ópera por los altavoces crepitantes, fotografías sepia en las paredes que Magnus había removido mágicamente, sillas de terciopelo oscuro y armarios tallados de ébano. Era un gran placer cruzar las puertas y subir los escalones, pasar junto a pequeños guardianes de piedra y fuentes, y acercarse a la opulenta fachada de cristal blanquecina con anticipación.

Magnus miró a los otros. Se habían colocado *iratzes* y curado sus propias heridas, pero todavía estaban bastante desaliñados por la pelea, así que mantuvieron su glamour y esperaron afuera mientras él entraba a reservar las habitaciones.

Magnus regresó con las llaves colgando de sus dedos y se dividieron en tres grupos. Magnus había reservado una suite con balcón para él y para Alec; abrió la puerta con un ademán.

Alec miró a su alrededor, pensativo. Magnus no pudo evitar recordar al joven hombre que Alec había sido cuando visitaron por primera vez Venecia, la forma que tocó todo en su habitación de hotel, maravillado y sus curiosos dedos.

Ahora, sonreía.

—Es muy tú.

Magnus soltó una carcajada.

—¿Porque es opulento, pero de buen gusto?

—Sí, pero... estoy seguro que hay hoteles mucho más lujosos en Shanghái. Con más joyas, más oro y más brillantina.

—No siempre soy exigente —protestó Magnus, sentándose en el borde de la cama.

—Exacto —le dijo Alec y se inclinó para besarlo—. Este hotel se siente como una pieza del pasado. No el Shanghái moderno de cristal y acero, sino un lugar diferente. Tampoco es más tranquilo, para nada, solo es... diferente.

Magnus sintió que su corazón estaba hinchándose de amor por este hombre que lo entendía tan bien.

—Es mucho mejor que cualquier cuarto de sobra en el que el Instituto te pondría... —fue todo lo que pudo decir.

Alec lanzó su chaqueta sobre una silla al momento de entrar y ahora se quitaba su playera. Sonrió cuando le pasó sobre la cabeza.

»Bueno —continuó Magnus—, mi tarde se pone cada vez mejor y mejor.

—Es bueno que pienses que las cicatrices son sexys —dijo Alec. Se rozó el brazo e hizo una mueca—. Siento como si un demonio serpiente me hubiera atropellado. Necesito una ducha. Ya vuelvo. Mantén esos pensamientos.

Magnus lo jaló hacia sí por otro beso y entonces, solo por si acaso, plantó otro a un lado de su mandíbula. Alec inhaló profundamente y cerró sus ojos. Mordió el labio inferior de Magnus con gentileza y se apartó.

—*Ducha.*

Cediendo, Magnus cayó sobre la cama y dejó que sus ojos se cerraran.

La última vez que había estado en Shanghái había sido en 1990, con Catarina. Era la primera vez que había puesto un pie en la ciudad desde que las cosas se habían puesto mal ahí, en los años cuarenta y permanecieron mal a través de los años cincuenta, sesenta y setenta. Una

familia de mundanos con la Visión había encontrado y adoptado a una joven bruja, era solo una bebé, y necesitaban desesperadamente a alguien que les enseñara cómo criar a un subterráneo. Los brujos de Shanghái eran de un lote muy extraño en aquel entonces, eruditos obsesionados con la astrología china y desinteresados en los problemas de una niña extraviada; la habrían apartado de los mundanos y dejado que corriera en las calles de la Concesión de Sombras, bajo el cuidado de cualquier subterráneo que estuviera cerca. Las partes interesadas hallaron a Catarina y ella había convencido a Magnus de ir con ella como su intérprete, Magnus sospechó que también fue porque estaba preocupada por él.

La niña bruja tenía un aspecto asustadizo con enormes orejas de murciélago, de quizá tres años. Cuando miró a Magnus por primera vez, se fue a esconder en la pequeña cocina con sus nuevos padres y Catarina; rompiendo en llanto, lo que no le pareció un gran comienzo.

Así que mantuvo su distancia mientras Catarina hablaba con los padres. Afortunadamente, sabían sobre el submundo y Magnus se encontró escribiendo listas en chino de suministros mágicos mientras Catarina recitaba sus recomendaciones en inglés. Cuando hubo una pausa, él intentó dirigirle una sonrisa a la niña —que aparentemente se llamaba Mei—, y ella se escondió detrás de la pierna de su madre.

¿Acaso era por sus ojos? Volvió a traducir para Catarina, sintiéndose cohibido. Esta era una experiencia extraña para él.

En algún punto los padres fueron a una habitación diferente de la casa, tal vez para discutir la situación con un pariente más viejo que no se encontraba en un buen estado de salud para emerger. Le preguntaron a Catarina si ella podría vigilar a Mei y por supuesto que aceptó.

Mei se acercó lentamente a Magnus, sus ojos estaban abiertos de par en par y sus orejas temblaban ligeramente. Magnus intentó parecer lo más inofensivo posible. Pensó que lo estaba haciendo bien, pero de repente, ella chilló y se alejó.

Magnus alzó sus manos, totalmente rendido, y Mei se alejó todavía más y comenzó a sollozar.

Catarina hizo un sonido de desaprobación hacia Magnus.

—¿Qué estás haciendo? ¡Háblale! ¡Interactúa con ella!

—No le caigo bien —se defendió Magnus—. Creo que le asustan mis ojos.

—Oh, por el amor de Dios —dijo Catarina, impaciente—. Ella no le tiene miedo a tus ojos. Es solo que no te conoce.

—Bueno —dijo Magnus—, le estoy dando espacio.

Catarina puso los ojos en blanco.

—No les das *espacio* a los niños, Magnus. Ya ha estado muy sola. —Ella se acercó a Mei y se arrodilló para abrazarla. Mei inmediatamente metió la cabeza en el pecho de Catarina, y ella solo la sostuvo sin moverse—. Esta niña es muy afortunada —le dijo en voz baja—. Una bruja

criada por padres mundanos que la aman es... bueno, es afortunada.

—Eres muy afortunada, Mei —le dijo Magnus a Mei en mandarín, con la voz más gentil que pudo pronunciar.

Mei se asomó del lugar en donde había enterrado su rostro contra Catarina y miró a Magnus de reojo, con un rostro de curiosidad.

»Y un día, ¡tendrás un gran poder! —exclamó Magnus con alegría.

Mei rio y Catarina le dio a Magnus una mirada de sufrimiento. Pero Magnus estaba complacido consigo mismo.

—¿Lo ves? —le dijo Catarina—. No es tan difícil.

Magnus algunas veces se preguntaba si la niña lo recordaba. Probablemente no; él no recordaba mucho de cuando tenía tres años. ¿Pero, por qué le importaba? Compartió una hora en su vida, hacía décadas.

Era extraño, influir en la vida de alguien y que ellos no lo recordaran.

\* \* \*

SINTIÓ QUE LA CAMA SE HUNDÍA a su lado, y abrió los ojos para descubrir a Alec junto a él. El cabello de Alec estaba mojado, gotaba sobre sus hombros y era más negro que la tinta derramada.

—Es nuestra primera noche sin tener a Max en la habitación de al lado —Magnus le dijo en un susurro—. Solo por unos días.

—Supongo que podemos tomarnos nuestro tiempo —dijo Alec, recorriendo uno de sus dedos por debajo del borde superior de los pantalones de Magnus.

Magnus se estremeció. Olvidó la respuesta mordaz que iba a decirle; solo Alec era capaz de dejarlo vulnerable por completo y reducirlo a un trastabilleo de partes que deseaban una sola cosa.

—Creo que tienes razón —le dijo. Y por un rato, no hubo más charla. Alec se deslizó en los brazos de Magnus, y él solo fue pura piel cálida y desnuda, y cabello húmedo y besos que sabían a lluvia.

Se besaron, al principio de manera cuidadosa, como lo habían hecho cuando recién comenzaron a salir y luego con un sentimiento más profundo de deseo. Magnus deslizó sus manos por la espalda de Alec, sus palmas siguieron la curva de su espalda y el músculo duro de su dorsal ancho. Sus labios rozaron la mejilla de Alec, el pequeño lugar detrás de su oreja que

a Alec le gustaba. Había algo insaciable en su conexión, algo que habían limitado y contenido por un tiempo. Magnus se recordó que no había ningún niño en la habitación de al lado, no había oportunidad de que un llanto parecido al de una estruendosa sirena arruinara el momento y declarara el momento terminado abruptamente. Extrañaba muchísimo a Max. Pero también había extrañado esto.

Alec llegó a los botones de la camisa de Magnus y empezó a desabrocharla. Magnus se enfocó en distraer a Alec mientras él intentaba concentrarse en los movimientos unísonos y elegantes. Normalmente esto conducía a que terminara de arrancar su camisa debido a la frustración, con los botones volando por doquier, lo que Magnus siempre disfrutaba. Esta vez, sin embargo, Alec consiguió mantener la calma y Magnus se deshizo de la camisa primero de un hombro y luego del otro. Alec descendió un poco besar el cuello de Magnus y la parte superior de su pecho, y luego se detuvo.

Magnus abrió los ojos. Alec estaba mirando la herida que el Svefnthorn le había causado, era una cuchillada diagonal que cruzaba su corazón, resplandeciendo ligeramente en un cambiante rosa rojizo. Alec había visto la herida la noche que Magnus la recibió, pero no estuvo cara a cara con ella de esa manera.

Alec continuó mirando el pecho de Magnus, su cabeza seguía inclinada. Magnus lo miró, desconcertado. Lentamente y pensativo, Alec lamió su dedo, luego lo dejó caer, manteniendo contacto visual con Magnus y trazó con la yema de su dedo húmedo por toda la longitud de la herida.

—¿Duele? —le preguntó con voz ronca.

—No —respondió Magnus—. Solo es un remanente de magia. No se siente tan diferente a como si no estuviera ahí.

Alec alzó su mano para tocar el rostro de Magnus, las yemas de sus dedos rozando la curva de su ojo, descendiendo por su mejilla, cerrándose debajo de su mandíbula para que Magnus se quedara quieto por un momento. Y luego Alec dejó escapar un largo suspiro. Magnus no había notado la tensión que Alec cargaba consigo, pero sintió cuando se disipó y la línea tensa de los hombros de su novio se alivió.

Magnus tuvo que sentarse de nuevo. Enrollando la camisa, ahora su cuerpo quedó completamente libre y la lanzó a un lado. Tomó a Alec entre sus brazos y lo sentó en su regazo, y Alec lo besó nuevamente. Magnus pasó una mano por el cabello de él y tiró un poco para acercarlo aún más, atrapando el aliento bruscamente desgarrador de Alec en su propia boca. El beso pasó de ligero a apasionado. Magnus enroscó dos dedos en el nudo que sujetaba la toalla de Alec y selló el espacio entre ellos, de modo que ni la luz de la luna que atravesaba las cortinas pudiera deslizarse entre sus cuerpos. Alec no rompió ese deseoso e irrompible beso mientras sus manos se deslizaban por los brazos de Magnus y sus besos se volvieron más salvajes, era el mismo salvajismo en contraste a la dulce interacción del tacto, el calor y el placer.

Sus cuerpos quedaron unidos con fuerza. La cabeza de Magnus estaba repleta de humo y su piel vivaz con fuego mientras se agachaba y hábilmente removía la toalla de Alec. La toalla rápidamente siguió el camino de la camisa.

—Seguimos siendo nosotros —Alec le susurró a Magnus, y Magnus sintió una oleada de amor y deseo que lo atravesó, ferviente deseo. Amaban a Max, lo amaban más que la vida misma, pero también era cierto que todavía eran ellos.

—Por ser siempre nosotros —murmuró Magnus y tiró de Alec hacia la cama junto a él.

\* \* \*

DESPUÉS, SE ACOSTARON EN LOS BRAZOS del otro, respirando silenciosamente. La luz de la luna entraba por la ventana y el ambiente resplandecía con la Concesión Francesa. Un periodo de tiempo desconocido transcurrió y luego Magnus escuchó la voz apagada de Alec.

—Odio arruinar el momento, y honestamente estaría feliz de solo permanecer aquí y no moverme nunca más, pero... necesito dormir, o vamos a tener que luchar contra demonios y el jet lag.

—Entiendo —dijo Magnus levantando su mano en el aire y luego la agitó, haciendo espirales de polvo dorado en el aire que, sabía que caerían suavemente sobre ellos y los adormecerían en un sueño tranquilo.

En realidad, ese era el plan. Lo que pasó después fue que Magnus sintió una sacudida de explosión mágica en su mano desde el cálido nudo en el centro de su pecho, y una cantidad excesiva de polvo para dormir apareció, para luego caer como un montón, directo a sus caras. Alec soltó un balbuceo y se rio.

—¿Qué fue *eso*? —preguntó, ya había cerrado sus ojos y cayó rendido contra la almohada, para después empezar a roncar gentilmente.

—Parece que tengo algunos problemas para calib... —dijo Magnus y luego también se quedó dormido.

\* \* \*

LA MAÑANA SIGUIENTE MAGNUS se despertó solo. Alec se había levantado al amanecer, junto con los otros cazadores de sombras y habían ido al Instituto. Alec dejó una nota diciendo que había dejado dormir a Magnus porque parecía necesitarlo... lo que hizo que él comenzara a sospechar de inmediato. Después de todo, él tenía una conexión más directa a la familia Ke



que cualquiera de ellos; ¿por qué no querrían que fuera con ellos?

Llegó a rastras y cansado hasta el baño. Se echó agua en su rostro exhausto y miró fijamente al espejo de marco dorado sobre el lavabo de porcelana y nogal. La línea irregular tallada sobre su pecho le devolvió la mirada, todavía emanaba su extraña luz. Estaba siendo ridículo, se dijo a sí mismo: Alec siempre era franco con él y si había dicho que dejó a Magnus dormir porque parecía necesitarlo, entonces seguramente estaba diciendo la verdad.

Las cortinas de terciopelo estaban bien cerradas a través de las altas puertas del balcón, el traqueteo y ronroneo de la ajetreada mañana de la ciudad quedaba amortiguado gracias a ellas. La penumbra hizo que todo se viera sombrío, incluso ante los ojos de Magnus. Abrió las cortinas y entrecerró los ojos por la luz.

Se vistió. Shanghái era de clima cálido y sofocante, como siempre, por lo que Magnus optó por unos pantalones de lino blancos, una guayabera y un sombrero panameño blanco. Bajó las escaleras, preguntándose si era muy tarde para el desayuno. Al lado del hotel había un jardín privado, sus paredes eran altas, blancas y adornadas con arcos de piedra blanquecina hecha para parecerse a la herrería forjada. Se encontró a sí mismo deambulando en él, disfrutando del sol en su rostro. Los turistas paseaban por los caminos de grava, vestidos con elegancia; Magnus contó al menos diez idiomas siendo hablados en sus inmediaciones. Flores de color rojo oscuro crecían en los arbustos, hojas de color verde esmeralda ofrecían sus corazones al cielo. Ramas de otros árboles se curvaban sobre las paredes como si también quisieran entrar al jardín. Había bancas esparcidas y un puente de piedra en un patrón geométrico angular, conduciendo a una pequeña pagoda verde amarillento abierta al lugar y resguardada por una criatura de piedra.

En ese puente estaba Shinyun.

En un cambio significativo de sus habituales ropas más tradicionales, ella optó por usar un traje de sastrería más formal, parecía estar dedicado a los negocios y era de color rojo sangre. El Svefnthorn estaba atado a su espalda, su fea punta retorcida sobresalía detrás de su cabeza.

Magnus supo que esto era mucho con lo que lidiar antes de tomar su café.

—¡Magnus! —bramó Shinyun con brusquedad—. Quédate ahí. —Miró a su alrededor—. O tendré que lastimar a uno de estos pequeños viajeros. ¿Cómo los llaman? Turistas.

Magnus sopesó sus opciones. Eran sombrías. Ninguno de los turistas había volteado a ver a Shinyun cuando ella habló: supuso que usaba un glamour. Podía intentar lanzar algo de magia protectora, pero era probable que al menos unos pocos mundanos salieran heridos o asesinados y él no estaba tan seguro de la extensión de los poderes de Shinyun.

No se movió cuando Shinyun se aproximó. En silencio, empezó a rodearse con salvaguardas. Al menos podría protegerse de otra estocada de la espina.

—Si quieres pelear —le dijo Magnus con un tono de ligereza en su voz—, tendré que

agendarte en mi calendario. No puedo hacer nada sin antes haber comido.

—No hay necesidad de recurrir a eso si no haces nada estúpido —le respondió ella—. Solo quiero hablar.

—Si quieres hablar —dijo Magnus—, será mejor que te prepares para hablar en el desayuno.

Shinyun se enderezó con un porte digno.

—Lo estoy. —Sacó una bolsa de plástico de su bolso—. ¿Te gusta el *cí fàn*?

—Sí —respondió Magnus, mirando los pequeños paquetes de arroz glutinoso—. Los adoro.

Unos pocos minutos después se encontraron sentados en las bancas del jardín. Era una hermosa mañana, soleada y ventosa. Los osmanthus florecían en Shanghái y el viento trajo su suave aroma, parecido al durazno o como al chabacano. Masticó un bocado de puerco y verduras en escabeche, y se sintió un poco mejor. Desafortunadamente, esto le recordaba que estaba desayunando con una persona inestable, que lo había apuñalado la última vez que se vieron, con un arma que cargaba consigo en ese momento y quien, si los sueños de Clary significaban algo, tal vez intentaría apuñalarlo otra vez. Por otro lado, al menos estaba bastante seguro que el desayuno no estaba envenenado.

Magnus se comió otro *cí fàn* de un bocado y verificó sus salvaguardas. Seguían en su lugar. Ni siquiera el ataque de un rinoceronte sería capaz de atravesarlas.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó con la boca llena—. Pregunto solo por curiosidad profesional.

—Hemos estado en Shanghái por meses —respondió Shinyun—. A estas alturas es obvio que hemos reunido un equipo de informantes por toda la ciudad.

—Por supuesto que lo hicieron —murmuró Magnus. Si resultaba que él y sus amigos no habían sido capaces de encontrar a Ragnor solo porque él tuvo más éxito rastreándolos a *ellos*, estaría muy enojado. Esperó que los otros no se hubieran enfrentado a Ragnor en su camino al Instituto o algo parecido. Por otra parte, también esperó que no volvieran antes de que él se hubiera ingeniado la forma de cómo deshacerse de Shinyun—. Así que, eh... ¿cómo está tu malvado señor? ¿Cómo van sus planes malvados?

—La única asesoría que Sammael necesitaría, sería la suya y de nadie más —respondió Shinyun—. Sigo su mandato sin cuestionar. Es muy relajante, si te soy sincera.

—¿Así que ni siquiera sabes qué es lo que está tratando de hacer? ¿Sabes por qué quería el Libro de lo Blanco? ¿Sabes por qué quería a *Ragnor*?

—Ah, esa es bastante fácil. —Shinyun dio un mordisco a su comida—. Él quería que Ragnor le encontrara un reino. Y así lo hizo. Hace tiempo atrás. Pero para entonces él ya había aceptado la victoria de Sammael y se convirtió en su fiel seguidor.

—¿Su *fiel* seguidor? —repitió Magnus, mirando el Svefnthorn—. Eso no se parece mucho al Ragnor Fell que conozco.

—Sammael no es como los otros demonios —explicó Shinyun. Miró a Magnus con un ceño pensativo—. Piensas que soy una tonta, al unir mi destino a la Serpiente del Jardín.

—No, no —protestó Magnus—. La Serpiente del Jardín, suena muy confiable.

—No es un asunto de confianza —le dijo Shinyun—. Sé lo que hago.

—Bueno —dijo Magnus—. ¿Qué estás haciendo?

—Aquí en la Tierra —le explicó Shinyun—, el poder es una cosa complicada y extraña. Los humanos se otorgan poder los unos a otros; es intercambiado, se gana y se pierde... es muy abstracto. Pero *allá*... —Hizo un gesto por encima de sus cabezas.

—¿En el cielo? —preguntó Magnus.

—Más allá de nuestro propio mundo, en los mundos de los demonios y ángeles, y cualquier otra cosa que esté afuera. Allá afuera el poder no es una pieza abstracta de la cultura humana. El poder *es poder*. Lo que en la Tierra se le llama magia es solo el poder conocido con otro nombre, el poder ejercido aquí en este reino.

—Y tú quieres poder —comprendió Magnus. A pesar de sus principios, esto le interesaba un poco. Siempre había sabido que existían Príncipes del Infierno y arcángeles chiflados allá afuera, jugando con la humanidad como si fuera un tablero de ajedrez. Esto era como un vistazo a la sala de juegos.

—El poder es todo lo que cualquiera pudiera desear —afirmó Shinyun—. El poder es la habilidad de escoger lo que ocurrirá, desear algo y hacer que suceda. Los ideales de los que habla la humanidad: tener libertad, hacer justicia... es solo el poder conocido con otro nombre.

—Te equivocas —repuso Magnus con gentileza—. E incluso si en alguna parte, allá afuera en algún abismo primordial, estuvieras en lo correcto, eso no importa. Porque vivimos aquí en la Tierra, donde el poder es complicado e interesante, en vez de cósmico y aburrido.

Shinyun hizo una mueca, mostrándole los dientes, fue una visión extraña dada la inexpresividad de su rostro.

—Quizá pudiste tener razón en algún momento en la historia de la Tierra —le dijo—, pero luego Sammael liberó a los demonios cósmicos y aburridos sobre ella, y Raziel soltó a los cósmicos y aburridos cazadores de sombras para pelear contra ellos. —Negó con la cabeza—. Tal vez no lo entiendes. Naciste de una importante descendencia. No sabes lo que es estar en este mundo como alguien débil.

Magnus soltó una carcajada.

—Nací en una familia de granjeros sucios y pobres en un imperio colonial opresor. Ahora

vivo feliz, pero...

—Pero claro que no estoy hablando de tus padres mundanos —siseó Shinyun—. Me refiero a *Asmodeus*.

Magnus lo pensó y miró a su alrededor; no había nadie observándolos. Nadie tampoco intentó sentarse en su banca; en ese sentido, un glamour era útil.

—Cualquier brujo —prosiguió Shinyun con una voz más tranquila pero no menos intensa—, que piense que es más parecido a los humanos que a los demonios, o que crea que los humanos merecen su protección... ese brujo se engaña a sí mismo. No es un humano. Es un demonio vuelto aborigen.

—Mira —dijo Magnus, mientras ella lo miraba con sus ojos saltones—, lo entiendo. Entiendo por qué intentarías buscar al demonio más grande, al más malo de todos ellos y que lo convirtieras en tu protector. Pero no necesitas hacerlo. No necesitas a *ningún* demonio. Eres una bruja: ya ejerces un poder mágico con el que los humanos ni siquiera podrían soñar. ¡Y eres inmortal! Las personas te envidiarían, Shinyun. Eres la única que no lo sabe. Sienta cabeza. ¡Inicia una familia! O tal vez, adopta a un niño.

—Vivir por siempre no es un *poder* cuando tu vida es una tragedia —respondió Shinyun.

Magnus suspiró.

—*Cada vida* de un brujo empieza como una tragedia. No existe una historia de amor en los orígenes de ningún brujo. Pero puedes escoger. Escoge en qué clase de mundo quieres vivir.

—*No es así* —espetó Shinyun—. Los peces se comen a los peces más pequeños. Los demonios se comen a los demonios más pequeños.

—Eso no es todo lo que sucede en el mundo —insistió Magnus—. Shinyun. —Apoyó su mano sobre el hombro de ella—. ¿Por qué viniste a verme? No puede ser para ganar esta discusión.

Shinyun soltó una risita, resultó ser una transición desconcertante de su actitud previa.

—Vine a darte el regalo que te prometí en Brooklyn. *Y quería* ganar esta discusión. Ahora puedo hacer ambas cosas al mismo tiempo.

Arremetió contra él, su mano fue un movimiento fugaz; Magnus ya estaba de pie, levantó su mano y el fuego azul chisporroteó de su palma.

Algo lo apuñaló y lo atravesó. Soltó un jadeo.

Se había preparado para cuando Shinyun lo atacara con el Svefnthorn, se había rodeado de magia para bloquearla, pero sus salvaguardas se destrozaron como el vidrio cuando el Svefnthorn se dirigió directo a la herida que ya había creado en su pecho.

Se sintió como un espasmo de magia, no fue del todo dolor ni del todo placer, pero fue

abrumador; fuera cual fuera su valencia, hizo que Magnus cayera de rodillas. Miró a la espina que sobresalía de su pecho por segunda vez. Soltó una temblorosa respiración.

—¿Cómo...?

Shinyun se cernió sobre él.

—La espina ya es parte de tu magia, Magnus —explicó en un tono tanto de satisfacción como de lástima—. Tu magia no puede protegerse de sí misma.

Ella retorció la espina en su pecho, como una llave que abría un candado.

—No puedes protegerte contra el Svefnthorn. —La retorció nuevamente antes de finalmente retirarla de su pecho. No había sangre en la punta, pero Magnus creyó ver brillantina con una luz azul mientras Shinyun la devolvía a su vaina—. No me digas que no la has investigado desde que te conté sobre ella.

—Es de la mitología nórdica y pone a las personas a dormir —respondió Magnus—. Excepto que, está claro que está conectada a Sammael de alguna forma, quien no es parte de la mitología nórdica, así que no. Ahora que lo digo en voz alta, supongo que hasta ahora, solo hemos hecho la investigación más mínima y básica.

—Olvida el mito mundano —le dijo Shinyun—, tiene una vasta historia. Mi primera tarea para Sammael era recuperarla de su escondite y adaptarla para mi señor. Fue toda una aventura, en realidad. Me enfrenté a varios peligros y me involucré en varias intrigas diminutas...

—Por favor —la interrumpió Magnus, levantando la mano—. No me importa. —Puso su mano en su pecho, sintió el calor emanando de la herida. El nudo de magia en su pecho continuaba palpitando y latiendo como un segundo corazón, más fuerte que antes. Se sentía... bueno, de hecho, se sentía muy bien.

Shinyun se sentó a un lado de donde Magnus se arrodilló en el césped. Parecía muy tranquila.

—Pronto lo entenderás —le dijo, como si estuviera confiándole un secreto—. Me apuñalé a mí misma tan pronto como obtuve permiso para hacerlo. Nunca me he arrepentido. Pronto apreciarás lo que he hecho por ti.

—Si no lo hago —dijo Magnus—, ¿volverás a apuñalarme?

Shinyun negó con la cabeza. Parecía emocionada, como si hubiera estado esperando un largo tiempo para contarle algo a Magnus y ahora había llegado el momento.

—No —respondió—. Ahora tienes una opción. Ahora tú *elegirás* recibir la herida de la espina.

Magnus sabía que ella quería desesperadamente que le preguntara a qué se refería. Se negó a darle esa satisfacción y solo esperó silenciosamente mientras Shinyun lo observaba con ansiedad latente.

—Una vez que hayas probado el poder de la espina por segunda vez... —prosiguió finalmente.

—Por favor, no digas «probado» —la interrumpió Magnus, derrotado.

—... estarás conectado al poder de mi señor. Una tercera probada...

—Por favor —rogó Magnus.

Shinyun hizo un gesto de impaciencia.

—Una tercera *herida* de la espina te hará totalmente tuyo. Él se convertirá en el amo de tu voluntad y con tu recién descubierto regalo, le servirás.

Magnus la miró con preocupación en sus ojos.

—¿Por qué haría algo así?

—Porque —le respondió, casi saltando sobre sus rodillas con alegría contenida—, si no eres herido una tercera vez, la espina te quemará desde el interior. Serás consumido por su llama. Solo si aceptas a Sammael en tu corazón podrás evitar la muerte.

Magnus puso de nuevo la mano en su pecho, sobresaltado.

—¿Qué? —proclamó—. Así que, *literalmente*, ¿tengo que aceptar a Sammael en mi corazón? ¿O me muero?

—Así es como funciona —afirmó Shinyun—. No hay magia alguna que pueda revertir el curso de la espina una vez que ha penetrado en ti. —Tocó juguetonamente el pecho de Magnus. Él le dio un manotazo—. Pronto te darás cuenta de que esto es lo mejor que te pudo haber pasado.

—Me sorprendería —le dijo Magnus, forzándose a levantarse—, si llega a superar la lista de «las peores cosas que me han pasado». Pero te mantendré al tanto. —Respiró hondo, con sus pensamientos rondando sobre la herida y miró a Shinyun—. Creí que habías aprendido. Intentamos ayudarte, en verdad lo intentamos.

—Y ahora te estoy ayudando —contestó ella—. La próxima vez que nos veamos, te sentirás diferente. Lo prometo.

—¿Y cuándo será eso?

—El tiempo está más próximo de lo que piensas. El tiempo quizá está más próximo de lo que yo creo. —Shinyun casi estaba bailando, estaba tan complacida con sus acciones.

—¿Eso qué significa? —Magnus gritó exasperado—. ¿Por qué estás tan loca?

Pero una niebla rojo sangre apareció bajo los pies de Shinyun y quedó rodeada rápidamente en una nube ascendente que la cubrió por completo. Cuando se disipó en la briza mañanera, ya no estaba.

# CAPÍTULO SEIS

## TIAN

*Traducido por Nais  
Corregido por Samn*

NO ERA ALGO QUE ADMITIRÍA a cualquier persona salvo a sus amigos más cercanos, pero Alec tenía en su cabeza una lista de los Institutos que más deseaba visitar.

Obviamente había miles de Institutos que le *gustaría* visitar. Esta lista era un simple top diez.

Por supuesto estaba el Instituto de Maui, donde no había paredes externas y muy poco techo y, se decía, que la actividad demoníaca era mínima. El Instituto de Ámsterdam, con un enorme navío invisible anclado de forma permanente en la bahía IJ. El Instituto de Cluj, un gran castillo de piedra que sobresalía sobre el cielo, por encima del límite de las Montañas de los Cárpatos. Y luego estaba el Instituto de Shanghái.

A diferencia de cualquier otro Instituto sobre el cual Alec podía pensar, el de Shanghái era un lugar que había sido bien conocido y sagrado para los mundanos mucho antes de que los cazadores de sombras fueran creados. En algún momento, el edificio había sido parte del Templo Longhua, un complejo de los monasterios y santuarios budistas que había resistido por casi dos mil años. Constantemente, se realizaron trabajos, reparaciones y modernizaciones en ese complejo a lo largo de los siglos, y los cazadores de sombras habían tomado la oportunidad de reclamar algunos de los terrenos no utilizados para hacerlos su hogar en la historia temprana.

Caminando en la mañana cálida y soleada con sus amigos, Alec se detuvo afuera del complejo de templos para admirar el paisaje más famoso, la Longhua Pagoda, una torre de seis tejados con cuevas volcadas, apilada alrededor de un octágono carmesí y ocre que se elevaba hacia el cielo. Alec había visto imágenes de esta pagoda docenas de veces.

—No puedo creer que realmente estoy aquí —admitió en voz alta.

—Podrías haber venido en cualquier momento —señaló Isabelle detrás de él—. Tenemos Portales.

—Es solo que antes no aproveché la oportunidad —le dijo Alec—. Debería visitar los otros Institutos de mi lista, cuando llegemos a casa. —El breve y desleal pensamiento: «Debí haber

visitado estos lugares antes de tener un hijo» pasó por su mente y se desvaneció tan pronto como apareció. No era como si él y Magnus fueran a tomar un vuelo en un avión comercial mundano con Max. Solo tendrían que llevarlo a través de un Portal. Suponiendo que los Portales no siguieran dirigiéndose a lugares equivocados, ni estuvieran infestados de demonios escarabajo.

La pagoda era hermosa, pero la presencia de la multitud de turistas mundanos de repente se sintió abrumante para Alec. Se dio la vuelta.

—Sigamos.

El Instituto estaba hecho del mismo ladrillo que la mayoría de los otros edificios del templo, con aleros al revés y ventanas hexagonales. En una torre fuera de su eje central había una campana de cobre, la gemela de la del campanario mundano que estaba cerca. Las campanas fueron un conjunto creado para ahuyentar a los demonios y mientras los mundanos tocaban su campana solo de vez en cuando, los cazadores de sombras daban la bienvenida al anochecer tocando la suya. Alec se preguntaba si llegaría a escuchar cuando lo hicieran. Desde ya estaba pensando cómo encontrar una excusa para volver aquí antes de que se fueran.

Mientras subía las escaleras hacia las enormes puertas dobles, titubeó un poco. Dejar a Magnus había sido una decisión difícil, pero su novio necesitaba descansar. Magnus lidiaba con mucho estrés, la paternidad a su vida actual ya de por sí le restaba horas menos a su sueño y ahora estaba presionándose más a sí mismo. Lo mínimo que Alec podía hacer por él era dejarlo dormir por hoy. Era verdad que Magnus conocía a la familia Ke, quien dirigía el Instituto y sin duda él se uniría a ellos pronto, pero Alec estaba seguro que tan solo ellos podrían arreglárselas si iban a un Instituto amigable sin ayuda. Iban completamente equipados y llevaban runas, por lo que serían reconocibles de inmediato.

Comenzó a subir las escaleras nuevamente, pero se quedó paralizado cuando las bisagras de las puertas gigantes crujieron ruidosamente y luego se abrieron de par en par.

Alec se quedó algo sorprendido al descubrir que detrás de la puerta estaba un chico muy joven —tal vez de dieciocho, unos años más joven que Alec—, alto y delgado, con cabello negro de corte recto y cejas pobladas. Llevaba puesto su equipo de batalla de un oscuro y brillante color borgoña, el color de la famosa laca de sangre de buey de los cazadores de sombras de China, que entraba y salía de moda cada pocas generaciones. A Alec le recordaba a alguien, pero no podía recordar a quién.

Clary levantó su mano a modo de saludo y comenzó a hablar, pero el chico estaba mirando a Alec.

—¿Eres Alec Lightwood? —preguntó, en inglés neutral.

Alec alzó sus cejas, sorprendido.

—Oh *no*, Alec ahora es famoso —se lamentó Isabelle.



El chico se volteó a verla.

—Y tú debes ser Isabelle, su hermana. Vengan —les dijo, haciendo un gesto para que entraran—. Los esperábamos a todos.

\* \* \*

EL INSTITUTO SE SENTÍA sorprendentemente vacío. Resulta que solo había cuatro cazadores de sombras presentes, el resto estaba afuera «investigando la situación de los Portales» les explicó el chico.

—Perdónenme —les dijo cuando todos entraron y cerraron la puerta tras ellos—. No es mi intención lucir misterioso. Soy Ke Yi Tian, pueden llamarme Tian y me dijeron que los esperara. A Alec e Isabelle Lightwood, así como también a Clary Fairchild, Jace Herondale y Simon Lovelace.

—¿Entonces, Alec no es famoso? —Isabelle sonaba decepcionada.

—¿Dijo quién? —preguntó Jace. Sonaba cauteloso; Alec no lo culpaba.

—Un miembro de mi familia —respondió Tian—. Ya no es un cazador de sombras, pero sigue... manteniendo vigilados a aquellos que considera que son personas de interés.

—Eso no sonó absolutamente amenazante —susurró Simon.

—No lo es —lo tranquilizó Clary—. Se refiere al Hermano Zachariah.

—Ex Hermano Zachariah —dijo Tian. Los miró y señaló la puerta—. ¿Deberíamos caminar y hablar en el huerto de duraznos?

Todos intercambiaron una mirada.

—Sí. Sí, eso parece ser muy agradable.

El huerto de duraznos era un espacio hermoso y agradable, bien sombreado y equipado con pequeñas mesas y taburetes de madera colocados en todas partes para sentarse. Tian los dirigió hacia uno de ellos, y Simon y Clary se sentaron, mientras el resto de ellos permanecieron de pie.

—Entonces, ¿están aquí por lo de los Portales?

—Más o menos —dijo Alec—. ¿Exactamente, qué está pasando con los Portales?

Tian se sorprendió.

—Los Portales están actuando extraño en todo el mundo. Esto empezó solo hace unos pocos días, pero se convirtió en un gran desastre rápidamente. Supongo que ustedes sabrán...

¿no viajaron a Shanghái en Portal?

—Sí —respondió Clary—, y tienes razón, estaban... actuando extraño. Asumimos que solamente nos pasó a nosotros.

—Todos pensaban lo mismo —afirmó Tian—. Pero son todos. Los Portales se dirigen a los lugares incorrectos, no se abren por completo o están llenos de demonios. Todos están investigando ahora mismo.

—Creemos que nuestra misión puede estar relacionada indirectamente con los Portales de alguna manera —confesó Alec, cuidadosamente—, pero estamos en Shanghái para buscar a una pareja de brujos, un hombre y una mujer para ser exactos. Hace poco robaron un poderoso libro de hechizos de Nueva York y creemos que son demasiado peligrosos para permitirles que se queden con él.

Tian tiró ansiosamente de una rama, su pelo oscuro caía frente a sus ojos.

—Bueno, las buenas... y las malas noticias, son que casi todos los subterráneos en Shanghái viven en el mismo vecindario.

—La Concesión Subterránea —anunció Alec.

—Exactamente. Pero hay *muchos* subterráneos en la ciudad. *Muchísimos*. Yo mismo lo sé... esa es mi área de patrullaje.

—¿Te dejan patrullar ahí? —preguntó Isabelle.

Tian asintió.

—La relación entre cazadores de sombras y subterráneos siempre ha sido muy buena en Shanghái —respondió con algo de orgullo.

—¿Incluso ahora? —dijo Alec.

Tian hizo una mueca.

—Hacemos nuestro mejor esfuerzo. Se trata de conocer a tu gente, construir relaciones con ellos, confiar en ellos; de esa forma cuando la situación lo amerite, confiarán en ti.

Alec se dio cuenta que le agradaba este chico.

—¿Tienes alguna sugerencia?

Tian asintió.

—Si pueden esperar, deberían ir al Mercado de Sombras mañana. Hay pocas personas con las que pueden hablar... pero, en realidad, el mejor lugar para empezar sería con Peng Fang. Él es un vampiro vendedor de sangre...

—Ya lo conocemos —dijo Alec con aire sombrío. Isabelle y Simon intercambiaron miradas

de desconcierto.

—Y hay otros. —Tian titubeó—. ¿Se ofenderían si los escolto? Las cosas son mejores en Shanghái que en otras partes, pero muchos subterráneos todavía se vuelven cautelosos ante neofilms desconocidos.

—Oye —exclamó Simon a la defensiva—, aquí Alec es el fundador de la Alianza de Cazadores de Sombras y Subterráneos. Él tiene la aprobación de los subterráneos.

—No tengo la «aprobación de los subterráneos» —espetó Alec.

—Si algún cazador de sombras la tiene, eres tú —insistió Simon.

—Los llevaré y presentaré —les dijo Tian—. Ellos me conocen. Y ustedes van a querer separarse cuando deambulen por ahí. Que haya seis cazadores de sombras juntos en un Mercado de Sombras parece como si algo estuviera por suceder. —Les regaló una sonrisa—. Vengan al hogar de mi familia mañana. Podemos desayunar juntos y luego iremos al Mercado.

—Pero el Mercado se pone en la noche —dijo Simon.

La sonrisa de Tian se volvió más amplia.

—Bienvenido a Shanghái, casa del único e inigualable Mercado Solar.

—¿Qué...? —comenzó Simon.

—Los vampiros tienen una sección oscura del Mercado que se ha cerrado para que lo usen —explicó Tian.

Simon asintió satisfecho.

—Escuché algo sobre una librería —añadió Alec—. El Palacio Celestial.

Las cejas de Tian se elevaron.

—Está cerca. Podemos detenernos ahí también. Es... —Titubeó—. Es propiedad de las hadas y cuenta con trabajadores de Feéra. Llamarán la atención. La concesión entera sabrá que un grupo de cazadores de sombras extranjeros está en el Palacio en minutos.

—¿Eso causará problemas? —preguntó Jace.

Tian se encogió de hombros.

—Probablemente no. Solo provocará chismes. Si no quieren que los monarcas hada, los clanes de vampiros o el Laberinto Espiral sepan que están en Shanghái, eso no será posible en el momento que entren.

—¿Por qué no querríamos que supieran que estamos en Shanghái? —preguntó Alec.

Tian titubeó.

—¿Puedo hablar con franqueza? —preguntó. Cuando ellos asintieron, él prosiguió—. Una de las maneras en las que las cosas se mantienen amistosas entre todos nosotros aquí en Shanghái es que nosotros, los cazadores de sombras, tratamos de tomar las situaciones como vienen y encontrar soluciones con lo que tenemos a la mano.

—No estoy segura de a dónde quieres llegar —le dijo Clary.

Tian se aclaró la garganta.

—Nuestro objetivo es la estabilidad total del lado de las sombras de la ciudad. Eso a veces significa permitir algunas actividades de los subterráneos que normalmente no podrían ser consideradas aceptables. Siempre debido a importantes circunstancias atenuantes; ustedes entienden.

—Ah, entiendo —dijo Jace—. Estás diciendo que, si vamos a la concesión juntos, puede que veamos algunas cosas ilegales y quieres saber si podemos dejarlo pasar.

—¿Es eso lo que estás diciendo? —preguntó Alec.

—No lo diría exactamente con esos términos, pero... sí —admitió Tian.

Ellos intercambiaron una mirada.

—Si bien todos somos conocidos principalmente por nuestra estricta adhesión a las normas y al espíritu de la Ley... —dijo Jace con un tono precavido en su voz.

—Obviamente —dijo Isabelle en acuerdo.

—... también somos visitantes en este lugar, y entendemos que las circunstancias a veces suelen ser complicadas y tienen mucha historia. Además, somos del Instituto de Nueva York así que somos expertos en dejar pasar esas cosas.

Jace le guiñó un ojo. Tian quedó desconcertado.

—No estamos aquí para interferir con la manera en la que ejercen su cazamiento de sombras —aclaró Alec, a modo de consuelo.

Tian frunció el ceño.

—¿Esa palabra existe en inglés? ¿«Cazamiento de sombras»?

—No —respondió Isabelle—. Nadie dice eso.

—Bueno, tal vez deberíamos empezar a hacerlo —se defendió Alec ante el comentario de Isabelle. Ella le sacó la lengua.

—Entonces, ¿cómo está la actividad demoníaca aquí? —preguntó Clary.

—No es buena. Se está poniendo peor. —Tian se enderezó. Parecía inquieto—. Regresemos adentro. Me gustaría ver si mi padre ha regresado de sus rondas.

Mientras caminaban, les seguía explicando varias cosas.

—Por una parte, en una ciudad así de grande, siempre habrá idiotas que invocan nuevos demonios, de hecho, esos viejos demonios que aparecieron hace siglos, todavía andan por ahí. En realidad, hemos tenido muchos de esos últimamente. Demonios extraños, que no se han visto en Shanghái desde hace cien años. Cosas que tienes que buscar en un libro cuando vuelves de luchar contra ellas.

—¿Alguna idea de por qué?

—Un montón de teorías. Pero ninguna es realmente sólida. Es gracioso. Durante décadas, Shanghái era conocida como esa ciudad muy segura, con muy pocos demonios y segura para subterráneos. Y luego, en el tiempo después de Yanluo...

Volvieron al vestíbulo de la entrada del Instituto y Tian estaba a punto de seguir hablando cuando hubo un repentino y fuerte golpe en las puertas de entrada. Tian miró fijamente las puertas, luego fue a responder a la llamada con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —preguntó Alec.

—No se puede *llamar* a esta puerta —dijo Tian—. Tiene medio metro de espesor. Nadie puede golpear con tanta fuerza.

Abrió la puerta y detrás de ella, bajo el resplandor de la mañana, estaba Magnus. Su cuerpo estaba encorvado, tenía las manos en las rodillas y jadeaba, como si hubiera estado corriendo con toda su energía de voluntad.

—¡Magnus! —Alec corrió hacia él.

Magnus tenía los ojos desorbitados, no parecía ser él, de ninguna manera. Miró a su alrededor, al grupo y luego a Tian.

—Debes ser Tian —jadeó—. Soy Magnus Bane, gusto en conocerte. Todos ustedes —añadió en dirección a los demás—, salgan de aquí y traigan armas. Ahora.

\* \* \*

ALEC SIGUIÓ A MAGNUS a través de las puertas. Detrás de él, Isabelle soltó un jadeo.

Unas sombras tan espesas como cortinas cubrían la parte baja del cielo, lo que parecía ser una pequeña nube de una tormenta que acechaba a baja altura. No llovía, aunque un trueno retumbó. El área debajo de la nube estaba oscura como la noche y de la niebla hirviente en el fondo de la nube salieron demonios, docenas de ellos.

En el centro de la lluvia de demonios que caían, a treinta metros sobre el suelo, Shinyun

flotaba con las manos levantadas. La luz brillaba a su alrededor, era de un color carmesí e inestable.

—Entonces, pongámonos al día —dijo Magnus.

Tian emergió del Instituto, ahora sosteniendo algo unido a un cordón plateado, el cual hizo resonar junto a él.

—¿Quién es esa?

—Esa es una bruja muy mala a la cual no le agrado —dijo Magnus—. Eso es lo primero. Lo segundo es que no estoy cien por ciento seguro, pero *creo* que ella puede estar controlando algunos demonios.

Los demonios que aterrizaron los comenzaron a rodear y se fusionaron en sus diversas formas distintas. Había criaturas que parecían hechas del propio banco de nubes, con ojos fríos de color blanco hueso. Había más demonios serpiente, con los que habían luchado en el departamento del hada y esqueletos sonrientes.

Alec se había acercado a Magnus y estaba pegado a él.

—¿Cómo nos encontró?

—Ella me encontró a mí —respondió Magnus—. En el hotel.

—¿Cómo? —preguntó Clary.

Magnus puso los ojos en blanco.

—Tal parece que tiene espías en todos lados.

—¿Te atacó? —preguntó Jace.

—Sí, pero luego salí del hotel para venir al Instituto y ella apareció cuando estaba a medio camino y me atacó *de nuevo*, esta vez con demonios.

—¿Eso quiere decir que te volvió a apuñalar con la espina? —preguntó Alec, alarmado.

—No hay tiempo para hablar de eso...

Alec se volvió hacia Magnus y lo agarró por los hombros.

—¿Te volvió a apuñalar? —repitió de nuevo con una voz más intensa.

—Sí —respondió Magnus.

Fue como si también hubieran apuñalado a Alec. Él cerró los ojos.

—Y se pone peor. Pero realmente *no* tenemos tiempo para eso. Ahora mismo tenemos que lidiar con su pequeño ejército. Me siguieron hasta aquí.

—¿La guiaste hasta nosotros? —Simon quedó anonadado.

—Bueno —se explicó Magnus, irritado—, no creí que pudiera manejarla a ella y a todos los demonios por mi cuenta. ¿Qué hubieras sugerido que hiciera?

Alec no dijo nada. Normalmente, Magnus hubiera sido capaz de neutralizar a Shinyun fácilmente; él era un brujo mucho más poderoso que ella. O ella se había vuelto más poderosa o Magnus se había vuelto más débil. O ambos. Y ahora lo habían vuelto a herir.

Sacó su arco y disparó un par de flechas a los círculos de niebla; quedaron atascadas, por lo que debía haber *algo* sólido ahí.

—¡Tian! —exclamó—. ¿Estos demonios son comunes? ¿A qué le estoy disparando?

—Las serpientes son Xiangliu... ¿no las tienen en América? —Hubo un destello y la cuerda que Tian estaba girando repentinamente estalló en dirección delantera, en ángulo recto y Alec vio que al final de la cuerda había una hoja de *adamas* en forma de diamante, que cortó la cabeza de uno de dichos Xiangliu—. Las nubes son ala, son más molestas que nada.

—Ay, amigo —dijo Isabelle, corriendo hacia Tian, con un báculo delgado en la mano—. ¿Qué arma *es* esa? Es impresionante.

Tian se sintió complacido.

—Dardo de cuerda. —Con agilidad, hizo girar el arma que regresó alrededor de su cuerpo atrapándola cerca de la hoja para recuperar el control.

—Quiero uno —anunció Isabelle. Azotó el extremo del báculo y una cuchilla larga curvada, como una cimitarra, se desplegó y encajó en su lugar en su extremo.

Simon dejó caer su arco y sacó dos cuchillos serafín que brillaban en sus manos como faros en la oscuridad antinatural.

—¿Esa es una bisarma? —le preguntó a Isabelle.

Isabelle empaló un esqueleto con en el extremo del arma, luego lo azotó contra el suelo y empaló un segundo esqueleto antes de que el primero cayera.

—Es una *guja* —respondió ella, con una sonrisa maliciosa dirigida a Simon.

—Dios, te amo —dijo Simon.

—¿Alguien puede lanzarles una cubeta con agua a esos dos? —exclamó Magnus—. Miren, lamento haberla traído aquí. No sabía qué hacer. Shinyun... voy a intentar hablar con ella.

—¿Puedes volar hasta donde está? —preguntó Alec.

—Sí, pero voy a necesitar ayuda si no quiero que me arrojen del cielo.

—Te cubriremos —dijo Alec.

—Yo me encargo de los esqueletos —afirmó Simon.

—Yo ya me estoy encargando de los esqueletos —le dijo Isabelle. Miró a Simon de arriba abajo, la preocupación de la batalla se mostró en su rostro—. ¿Te encargas de esto?

—Bueno —dijo Simon—, puede que solo haya sido un cazador de sombras por poco tiempo, pero me he preparado *toda mi vida* para pelear contra esqueletos guerreros. Yo me encargo.

Jace había desaparecido. Alec echó un vistazo al enjambre de demonios y derribó un ala del cielo con dos flechas veloces. Pronto vio a Jace, que estaba dando grandes volteretas en el aire, mucho más alto de lo que cualquier mundano podría y azotando su mangual contra cualquier cosa cerca de él. El dardo de cuerda de Tian provocaba que el Xiangliu se movieran de un lado a otro y se mantuvieran alejado de sus arcos impredecibles, y cuando Alec lanzó más flechas de fuego, notó que Clary se había posicionado de modo que el desorientado Xiangliu esquivara a Tian y se dirigiera directamente a sus cuchillos serafín.

Detrás de Alec, volaron chispas de los dedos de Magnus hacia el suelo y se elevó en el aire hacia Shinyun. Alec lo miró, dejando de respirar ante la espera. Había algo diferente en las chispas... Parecían... ¿más precisas? Y entonces, hubo una extraña neblina sobre toda la batalla, como si miraran a través de la bruma de un fuego caliente.

Alrededor de Alec, los otros cinco cazadores de sombras acabaron con los demonios en la tierra. Alec mantuvo sus ojos en Magnus, derribando a los demonios de las nubes con flechas precisas si se dirigían hacia él.

—¡Alec, detrás de ti! —gritó Simon y Alec se dio la vuelta justo a tiempo para ver a un Xiangliu de aspecto sorprendido abrirse camino hasta desaparecer. El dardo de cuerda de Tian flotó unos centímetros frente a la cara de Alec y luego se alejó. Alec miró a Tian, quien le guiñó un ojo.

La mirada de Alec regresó a Magnus.

\* \* \*

MAGNUS VOLÓ HACIA SHINYUN y se preguntó si ella intentaría derribarlo del cielo. Mantuvo su mirada en ella; tenía que confiar en que Alec lo cubriría. *Confiaba* en Alec para mantener su camino despejado.

—¡Shinyun! —gritó mientras llegaba a ella, para ser escuchado sobre el viento y el retumbante telón de fondo de los truenos. Pero también porque estaba demente—. ¿Me das un hermoso regalo y luego nos atacas? ¡Pensé que nuestra conversación salió bien!

Shinyun lo miró impasible.

—Podrías convocar a un ejército igual de grande, ¿sabes?



—No es cierto —dijo Magnus—, pero tampoco es como si lo hiciera. Por un lado, es extremadamente ilegal. —Shinyun soltó una carcajada—. Por otro lado, entonces tendríamos el *doble* de demonios, en lugar de una *matanza* de demonios, que es lo que prefiero.

—Oh, pero podrías tenerlo —le dijo Shinyun. Hubo una ráfaga de viento y Magnus se dio cuenta que dos demonios *ala* se dirigía con rapidez hacia él, uno de cada lado. Se dio cuenta con un gesto de amargura, que Shinyun estaba tratando de hacer un punto.

«Bueno, está bien. ¿Qué tal este punto?»

Con un rugido, Magnus extendió sus brazos, dejando que la burbuja de magia que estaba hirviendo en lo profundo de su pecho, llegara a un punto de ebullición. Los rayos salieron de ambas manos, azul brillante y con bordes de cuchillo. Los demonios *ala* fueron partidos por la mitad por los dos rayos y cayeron. Magnus bajó sus manos; para su sorpresa, no tuvo problemas en mantenerse flotando durante su ataque.

Mientras que la cara de Shinyun estaba tan inexpresiva como siempre, Magnus tuvo la clara impresión de que le sonreía.

—¿Ves? Sea lo que sea que pienses de mi señor, el poder del Svefnthorn es innegable.

—¿Qué piensa tu señor de *mí*?

Ella rio.

—Todavía no sabe nada sobre ti. Pero creo que estará muy complacido cuando lo haga.

—¿Por qué lo estaría? —preguntó Magnus con incredulidad—. ¿Porque estás fortaleciendo a uno de sus enemigos?

Ella volvió a reír.

—No conoces para nada a Sammael.

—Estoy de acuerdo —dijo Magnus—. No lo conozco. —Miró a su alrededor—. Parece que mis amigos casi han terminado de deshacerse de tu ejército de demonios.

Shinyun se encogió de hombros.

—Hay más de donde vinieron. Pero yo me iré. Solo quería que tú y tus amigos vieran una pequeña demostración de lo que la espina es capaz de hacer.

Levantó ambas manos y en un movimiento uniforme, los demonios que estaban muy por debajo de ellos se congelaron. Como si fueran uno, se volvieron para mirar a Shinyun. Magnus vio a uno de ellos contraerse y desaparecer en el momento en que un cazador de sombras, no pudo decir quién, aprovechó la oportunidad para clavarle una espada en la espalda.

Ella hizo otro movimiento y todos los demonios restantes se elevaron en el aire. Se levantaron hasta que fueron dirigidos hacia la nube negra de cuya sombra habían estado luchando.

—Espera —dijo Magnus—. ¿Dónde está Ragnor? Quiero... *necesito* hablar con él.

—Le pasaré el mensaje —murmuró Shinyun, desinteresada—, pero está muy ocupado.

—¿Cómo evadió nuestra magia de rastreo? —exclamó Magnus—. ¿Qué intentan lograr?  
*¿Dónde está el Libro?*

Shinyun solo se rio. Se elevó hacia la nube de tormenta sobre ella y no paró de reír. Magnus tuvo que aceptar que tenía cierto estilo clásico de villanía.

Después de que Shinyun entró en la nube, todo quedó en quietud. En silencio, durante unos dos minutos, la nube de tormenta se desvaneció, aligerándose, se disipó en volutas de niebla voluminosa. Se había ido; Shinyun y sus demonios se habían ido.

Y otra vez, era un día soleado.

\* \* \*

ALEC OBSERVÓ A MAGNUS DESCENDER, su cabello rizado estaba despeinado por el fuerte viento. Aterrizó ligeramente, con la gracia de un gato y miró a Alec.

Alec se sintió aliviado. Estaba aterrado. Tenía preguntas.

También notó la expresión de Tian. Se veía afectado y Alec se preguntó si no había estado cerca de la magia de brujos anteriormente. Pero Tian no estaba mirando a Magnus.

—Baigujing —dijo Tian. Miró al cielo y luego volvió a mirar a Alec—. Los esqueletos. Eran las hijas de Baigujing.

—¿Quién? —pregunté Isabelle.

—Ayy, yo sé, yo sé —exclamó Simon, levantando la mano y saltando de puntitas. Isabelle lo miró y él bajó la mano—. Lo siento. Acabo de ascender la primavera pasada —le dijo a Tian.

Tian hizo un gesto aprobatorio.

—No, adelante, si quieres explicarlo.

—Baigujing es un Demonio Mayor. Aparece en *Viaje al Oeste* —añadió—. El libro. Eh, es una cambiaformas, pero su forma real es un esqueleto. Y tiene unas... servidoras.

—Sus hijas —afirmó Tian. Inhaló profundamente—. La mismísima Baigujing es... bueno, ni ella ni sus servidoras han sido vistas en nuestro mundo en mucho tiempo.

—Como nos dijiste—dijo Clary—, han localizado demonios que nadie había visto en mucho tiempo.

—Estos demonios eran parte de un ejército —dijo Tian, negando con la cabeza—. Baigujing era líder de ese ejército. Pero ese ejército fue destruido y dispersado hace generaciones. Esto debería ser absolutamente imposible. Y hay más...

—Muchas cosas imposibles han sucedido últimamente —dijo Magnus, uniéndose a los demás.

Simon cruzó los brazos y miró al brujo con los ojos entrecerrados.

—Entonces, ¿volar? ¿Ahora puedes volar? ¿Eso ya será algo común?

—Yo... realmente no lo sé —respondió Magnus. Sonaba distante. Le dio a Tian una débil sonrisa—. Ke Yi Tian, ¿verdad? Soy Magnus Bane. Gran Brujo de Brooklyn.

—Ya has superado la altura de cualquier otro brujo que he conocido —le dijo Tian.

Magnus lo señaló.

—Buena. ¿Crees que exista algún lugar en el que pudiera descansar un minuto?

Alec estuvo al lado de Magnus en menos de un segundo, su brazo lo rodeó, dejando que Magnus se apoyara en él con fuerza. Magnus estaba pálido, le faltaba el aliento.

—Necesita descansar —le dijo Alec a Tian—. ¿Podemos llevarlo al Instituto?

Tian negó con la cabeza.

—Eso traerá más problemas, no menos. Toda mi familia conoce a Magnus, pero hay otras personas entrando y saliendo del Instituto constantemente ahora que este asunto de los Portales está sucediendo. Y esta bruja que los odio podría encontrarlos de nuevo.

—¿Qué sugieres? —preguntó Alec.

Tian sonrió.

—¿Cómo te gustaría conocer a mi abuela?

# CAPÍTULO SIETE

---

## CASA KE

*Traducido y corregido por Samn*

MAGNUS QUISO ABRIR UN PORTAL a la Casa Ke. Pero todos votaron *en contra* de abrir uno, considerando la situación que sucedía con los Portales, pero Magnus tenía un buen presentimiento.

Magnus sabía que tenía que dormir y lo más pronto posible. Pero también se sentía increíblemente bien. Abrió un Portal como si fuera un espiral creciente. Y en un dos por tres, los demonios escarabajo comenzaron a salir; cada una de las criaturas tuvo un segundo para asombrarse por presenciar la luz del día y luego explotaron en una ola de icor. Aproximadamente un minuto y cincuenta demonios escarabajo después, Magnus cerró el Portal y suspiró.

—No pude soportar ver sus antenitas derrotadas ni un segundo más —les dijo.

Sus amigos lo miraron preocupados. Tian elevó una ceja y le mostró su teléfono a Magnus.

—Llamaré a unos taxis.

Un rato después, Magnus miraba la ciudad a través de la ventana mientras pasaban por la Universidad de Jiao Tong y se dirigían a unas zonas residenciales. Magnus no había visitado la Casa Ke desde hacía más de... ochenta años. Shanghái no solo sufrió una sola transformación sino muchísimas y se apilaban una sobre otra desde ese entonces.

Recordó la primera vez que fue a París después de la renovación de Haussmann. Se quedó de pie en la Île de la Cité anonadado, incapaz de comprender todo lo que lo rodeaba. Veía el río; las torres de Notre Dame a un par de calles a lo lejos. Ya antes había estado de pie en el mismo lugar geográfico docenas de veces, pero esta vez no tenía idea de dónde estaba.

Y en este momento le pasó lo mismo. Las casas nuevas del Shanghái moderno estaban repletas de ventanas.

«No», pensó Magnus mientras lo ayudaban a salir del auto. «Eso no es lo extraño. *Esto* es lo que es extraño». Las enormes puertas dobles resplandecían en rojo metálico, colocadas en paredes lisas de concreto gris hacían imposible ver más allá de ellas. Esas puertas eran iguales a las que él recordaba. Era tan extraño, ver algo que no había cambiado.

Las salvaguardas permitieron a Tian entrar y él les indicó a sus invitados con un ademán que los siguiera. Y lo hicieron un poco renuentes. Magnus había notado lo sorprendidos que Jace e Isabelle lucieron cuando Tian les dijo que la casa solariega de la familia Ke no era el Instituto y que los miembros de la familia que se retiran del deber del Instituto o solo eran parte del Cónclave de Shanghái, siempre habían vivido aquí.

Magnus recordaba que la propiedad en sí era enorme, pero la casa principal era modesta. Estaba seguro que tuvo sus renovaciones desde los años veinte, pero el corazón del hogar parecía exactamente el mismo: de columnas de ladrillos rojos, soportes dougong<sup>1</sup> y un techo con un diseño de líneas rectas, simple y modesta, pero obviamente protegida por las clásicas bestias de las vigas que estaban en las esquinas del techo, bellísimos leones y caballos esculpidos que conmemoraban la unión de la familia Ke y la de otra parentela hacía siglos. Magnus notó que los soportes actualmente estaban pintados de azul. Un azul que parecía oscurecerse mientras más lo veía. Escuchó la voz de Alec y cerró sus ojos.

En verdad estaba muy cansado.

\* \* \*

SE DESPERTÓ EN UNA HABITACIÓN pequeña y acogedora; por la ventana se podía ver el sol desapareciendo lentamente del cielo. Se sentía renovado, como si hubiera dormido por un día entero. Quería buscar a Alec.

Salió de la cama y miró la herida en su pecho que quedaba expuesta por el dobladillo de su bata. (Aparentemente notó que lo habían vestido con una bata y asumió que Alec lo había hecho. *Esperaba* que hubiera sido Alec). Ahora tenía dos cortes que formaban una X sobre su corazón e hizo una mueca de dolor al recordar el sueño de Clary. Al menos todavía no tenía cadenas. Cuando tocó la X se sintió cálida, como si fuera un corte infectado, pero no sintió dolor alguno cuando la presionó. Las pequeñas llamas de luz que salieron flotando de la herida no se sintieron en absoluto. Si era sincero, la herida se sentía bien. Detrás, el corte albergaba el núcleo de la magia que claramente le pertenecía a él, sin embargo sintió como si los hilos de la misma atravesaran la herida en busca de... ¿qué? ¿La espina?

¿Sammael?

Encontró su ropa doblada sobre una silla junto a la cama y se cambió, quitándose la bata. Después se fue trotando a la sala de estar. Al otro lado del pasillo había una pequeña habitación de descanso, la cual estaba decorada mayormente con armas —*de cazadores de sombras*, notó Magnus dando un suspiro—, y luego vio a un hombre sentado en una de las sillas. Estaba

---

1 NT: (En chino: 斗拱) es un único elemento estructural que surge de la intersección de dos tablo- nes de madera, es uno de los elementos más característicos de la arquitectura tradicional china, japonesa y coreana.

inclinado hacia delante, como si estuviera perdido en sus pensamientos, o tal vez solo estuviera tomando una siesta, y Magnus no podía ver su rostro.

«Es gracioso», pensó «la familia Ke todavía se parece a...»

El hombre levantó la cabeza y Magnus se sorprendió.

—¿Jem? —preguntó. Lo dijo en un susurro, como si fuera un secreto.

Jem se puso de pie. Magnus notó que tenía buen aspecto, a pesar de tener ciento cincuenta años, incluso después de haber sido un cazador de sombras y un Hermano Silencioso y después de todos esos años, finalmente acabar como un mundano. Incluso en los tiempos modernos, Jem seguía teniendo un estilo parecido al que usaba cuando solía ser joven: usaba una camisa blanca lisa con botones perlados, pero sobre ella llevaba un abrigo largo y marrón con un corte al estilo victoriano. Si se hubieran encontrado en otras circunstancias, Magnus le habría preguntado por el nombre de su sastre.

Sin decir nada, Jem se acercó y le dio un abrazo a Magnus. Su amistad había perdurado todo este tiempo. Existían muchas desventajas al ser un brujo, pero ser abrazado por un amigo que te conocía desde hacía más de un siglo no era una de ellas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Magnus—. No es que no me alegre verte.

—Tengo todo el derecho de estar aquí —respondió Jem guiñándole un ojo—. Por algo soy parte de la familia Ke. Ke Jian Ming, por si no lo recuerdas.

—¿Así que... ¿solo es una coincidencia? ¿Solo viniste a saludar a la familia? ¿Tessa vino contigo?

El semblante de Jem se tornó repentinamente serio.

—Tessa no está conmigo y no, no es una coincidencia que me encuentre aquí.

Llevó a Magnus afuera y caminaron cerca del estanque. A Magnus le pareció que tenía una forma diferente a la última vez que lo vio cuando estuvo aquí, en ese entonces era hermoso y hoy en día lo seguía siendo. Los abetos y sauces se inclinaban hacia el agua, sus ramas eran demasiado bajas así que se hundían en el estanque. Protegían a las carpas koi doradas, oscuras y blancas que habitaban bajo el agua, solo eran visibles como unas sombras movibles en el agua verdosa.

Un puente rojo, con la pintura descarapelada por los años, se arqueaba sobre el estanque y llevaba a un jardín con un suelo de tierra donde una niña que usaba un traje de combate, de tal vez once o doce años, practicaba contra unas figuras de madera.

—¿Sabes?, yo nací aquí —dijo Jem—. Antes de que mis padres dirigieran el Instituto. —Miró al sol reflejado en el agua del estanque.

—¿Dónde está Tessa? —preguntó Magnus.

—En el Laberinto Espiral —respondió Jem y Magnus soltó un suspiro de alivio—. Pero no fue por decisión propia. La estaba persiguiendo una bruja. Creo que es una conocida tuya. Su rostro es como una máscara inmóvil.

—Shinyun Jung —afirmó Magnus—. En efecto, la conozco; de hecho acabo de llegar de luchar contra ella y de su brigada de monstruos.

—Eso escuché de los otros —dijo Jem.

—¿Por qué Shinyun estaría tras de Tessa? —preguntó Magnus.

Jem lo miró sorprendido.

—Bueno, porque es una maldición antigua, obviamente. Igual que tú.

Magnus parpadeó.

—¿Te refieres a que es la hija de un Príncipe del Infierno? ¿Como yo?

—No. Es más que eso. Tessa fue al Laberinto, no solo a esconderse sino a investigar. Las maldiciones antiguas no solo son los hijos de los Príncipes del Infierno. Son los hijos de los príncipes que más tiempo han vivido. Solo pueden vivir nueve de ellos en un solo momento y conozco a dos de ellos. Y estoy hablando con uno de ellos en este instante mientras que estoy casado con la otra.

Magnus lo miró pasmado.

—No sabía que se habían casado. —Jem y Tessa habían pasado por tantísimas cosas; le alegraba saber que finalmente habían llegado a un punto donde ambos podían estar en paz, juntos—. Felicidades.

—Bueno, no del todo —respondió Jem—. Nos casamos por la ley de los mundanos... fue algo privado, si te soy honesto y en secreto, no invitamos a nadie más que a los funcionarios necesarios. —Su vista se dirigió al agua—. Deseábamos una boda con tantas ganas, con nuestros amigos y familia, pero... tenemos una vida difícil. Hemos pasado tanto tiempo buscando algo que muchísima gente mala también desea encontrar. Cosas más peligrosas que Shinyun nos han acechado. No le podía pedir a mis amigos o a los descendientes de Tessa que vinieran a una boda donde podrían correr peligro.

—La verdad, a mí me suena como una fiesta fascinante —dijo Magnus, pero la profunda tristeza en los ojos de Jem le destrozaron el corazón—. Mira... creo que tengo una idea de cómo organizar una boda para ambos, que sea segura y con todas las personas que deseen. Cuando nos libremos de esta situación, te mostraré cómo.

—Gracias —le dijo Jem. Tomó la mano de Magnus—. Muchas gracias. Haré lo que sea necesario para ayudarte con Shinyun. Cuando el Laberinto nos dijo que estaba en Shanghái, vine para ver si el Instituto sabía algo. Y no fue así, pero luego aparecieron ustedes. Solo he estado aquí desde hace un par de días, a comparación suya.

—Bueno —dijo Magnus—, ¿qué has averiguado?

Jem soltó un suspiro.

—Los Portales no sirven.

—Shinyun está trabajando para Sammael —susurró Magnus en voz muy bajita—. *Sammael*, Sammael —añadió expresivamente.

Jem elevó ambas cejas.

—Bueno, ese no es un nombre que escuchas todos los días. Ya que la Tierra no se encuentra en una guerra apocalíptica demoníaca en este preciso momento, supongo que no se encuentra aquí ahora mismo.

—Yo también lo creo, pero no sé cómo es que Shinyun se ha estado comunicando con él o dónde es que está. Es más, tampoco sé qué forma tiene en este preciso momento —pensó Magnus en voz alta—. Si te hace sentir mejor, no creo que Sammael esté interesado en Tessa. Shinyun me dijo que ni siquiera le ha dicho a Sammael sobre *mi* parte dentro de su plan.

Jem se tomó un momento para pensarlo.

—No me hace sentir mejor. —Suspiró—. Supongo que era inevitable. Ambos sabemos que los Príncipes del Infierno realmente no pueden ser asesinados. Simplemente se van pero al final regresan. Han pasado mil años; me sorprende que haya tomado tanto tiempo.

Magnus soltó una carcajada.

—¿Sabes qué es gracioso? *Por poco* llega a encontrarse con Lilith.

Tian apareció en una esquina del jardín de abajo, donde la niña estaba practicando. Vestía su característico traje de combate de color borgoña, las líneas plateadas de su arma de dardo de cuerda estaban enlazadas alrededor de su cuerpo. Se inclinó para hablar con la chica.

—Debo ir a buscar a Alec —le dijo Magnus—. ¿Sabes dónde están los otros?

—En el cuarto de entrenamiento, creo —respondió Jem—. Estaban calentando...

Se detuvo cuando una anciana de largo cabello grisáceo atado en dos trenzas apareció en la casa y los miró desde arriba. Sostenía una cuchara de madera del tamaño de una espada larga y una cacerola que duplicaba el tamaño de la cabeza de Magnus. En cada parte superior de sus brazos había una enorme runa de equilibrio.

También había runas en la cuchara.

—Mamá Yun —dijo Jem con suavidad—. Es la abuela de Tian.

—Tus amigos los esperan en la mesa para cenar —le espetó Mamá Yun a Jem en mandarín—. Lo cual es más de lo que puedo decir de ti. O de ella. —Hizo un gesto con su cuchara hacia la niña que estaba entrenando—. ¡LIQIN! —bramó con todo el aire que tenía en sus



pulmones—. ¡Entra a comer, muchacha! Tú igual, *xiao* Tian.

La niña detuvo su pierna en medio de una patada en el aire y la bajó lentamente. Se giró y notó que Magnus y Jem la estaban mirando, y se sintió avergonzada.

—Es una de las primas Ke —dijo Jem—. Liqin. Tian es como si fuera su hermano mayor, ya que es hijo único.

La chica, que parecía carecer de la misma expresión seria que también le faltaba a Tian, le dio un asentimiento a Jem y se apresuró a obedecer la advertencia de Mamá Yun.

—Hola, Liqin —le dijo Magnus, saludándola con la mano.

La chica se detuvo y puso los ojos en blanco.

—En realidad me llamo Laura. Soy de Melbourne. La tía Yun solo me llama por mi nombre chino, a pesar de que habla inglés *perfectamente bien*. —Las últimas dos palabras las dirigió a un blanco mucho más específico.

—Hola, Laura —le dijo Magnus y volvió a saludarla.

Ella se sonrojó y bajó la cabeza, alejándose en busca de comida.

—Y *tú* —Yun se dirigió a Jem, aún hablando en mandarín—. Jian. Es mejor también que entres de una vez. Con tu amigo.

—Yun, *mei mei* —dijo Jem, enderezándose completamente, haciendo notar su altura y complexión. Magnus sonrió al escuchar que Jem se dirigía a Yun como *hermanita*: lo cual era relativamente cierto, ella era más joven que Jem, aunque se veía décadas más mayor—. Soy tu tata tata tío—primo, o algo así y no permitiré que me hables así. Pero sí, Magnus —añadió en un susurro—, mejor vamos. No querrás verla enojada.

\* \* \*

DENTRO DE LA CASA KE, le tomó toda la voluntad de Alec no gastar su tiempo en vigilar a Magnus mientras dormía. Cuando supieron que el Hermano Zachariah —que ahora era Jem Carstairs—, estaba en ese lugar, le permitieron examinar a Magnus y les dijo que por ahora, lo que Magnus más necesitaba era descansar. Así que Alec lo dejó dormir.

Al inicio se sintió desprotegido dentro del hogar de unos extraños, sin Magnus siendo la persona amistosa, que brindaba tranquilidad y hacía que todos se sintieran cómodos a su alrededor. Por suerte Alec tenía la manía de apegarse a las personas extrovertidas y confiadas, así que Jace e Isabelle hicieron todas las introducciones y explicaciones, mientras que él, Clary y Simon se mantuvieron en la retaguardia. Al menos eso fue hasta que llegó Jem, por lo cual Clary y Simon se alejaron para hablar con él y explicarle lo que sucedía.

Alec aún no conocía tan bien a Jem, a pesar de ya haberlo visto varias veces. Era la misma situación con los viejos amigos de Magnus, los que literalmente tenían cientos de años de amistad —bueno, un siglo y medio de amistad, en el caso de Jem—, parecían estar rodeados por una barrera inquebrantable. Pero el mismísimo Jem era inexplicablemente amable y había venido a hablar con Alec, para asegurarle que Magnus estaba bien y que había usado bastante magia en muy poco tiempo, y que se sentiría mejor después de una buena siesta, y que mientras tanto, Alec podría disfrutar de los alrededores y así conocer al resto de la familia.

Hoy en día, los únicos que vivían en esa residencia era la abuela de Tian, a quien Jem llamaba Mamá Yun y su prima Liqin, quien miró con ojos muy atentos a Clary y luego desapareció corriendo. A los invitados se les dio té y luego se les mostró la propiedad, que estaba repleta de historia de los cazadores de sombras al igual que el mismo Instituto. Sintió que era una desgracia que ninguno le prestara suficiente atención al lugar. Todavía estaban algo aturridos por el combate contra Shinyun y su ejército de demonios.

Mientras Magnus dormía y Yun preparaba la cena, Tian llevó a sus invitados al comedor, donde una larga mesa de palisandro invadía la mayoría del espacio. Se sentó dando un suspiro y pasando sus manos por su cabello.

—Por favor, siéntense —les dijo—. Sé que los he llevado de aquí para allá por toda la casa sin sacar a relucir la discusión, pero necesitaba tiempo para pensar.

Alec y Jace intercambiaron una mirada de alivio compartido. Alec sabía que Jace se había contenido con uñas y dientes para evitar exigir respuestas sobre las supuestas guerreras esqueleto extintas. Todos se sentaron y fijaron su atención en Tian.

—Necesito saber —comenzó a decir Tian—. ¿Quién era esa bruja? La que controlaba a las hijas de Baigujing.

—Shinyun Jung —respondió Alec—. Una bruja que solo sabe tomar malas decisiones. ¿Qué implica que tenga el poder sobre las hijas de Baigujing?

—Ellas son tenazmente leales a la mismísima Baigujing. Y esta Jung Shinyun es una bruja que puede controlar a Baigujing, debe ser alguien realmente poderosa. —Tian miró a Alec—. Supongo que es la misma bruja que robó el libro que están buscando.

Alec asintió.

—Tal vez tenga que explicarles un poco de la historia de los demonios en Shanghái —dijo Tian—. Intentaré ser breve.

—¿Y si usas un libro tridimensional? —dijo Jace. Clary lo pateó por debajo de la mesa.

Tian les explicó que los neflim de China, especialmente los de Shanghái, han sufrido tormento de cientos y cientos de años, desde los siglos dieciocho y diecinueve, gracias a Yanluo, un Demonio Mayor que incluso los mundanos de Asia Oriental conocían como el Rey del Infierno. Él se unió a otros demonios igualmente poderosos, incluyendo Baigujing y juntos

crearon una siniestra guerra contra los mundanos, subterráneos y cazadores de sombras por igual.

Cuando Yanluo atacó al Instituto Shanghái en 1872 y asesinó a varios cazadores de sombras, se convirtió en el némesis de la familia Ke. Lo persiguieron por toda China y finalmente lo masacraron brutalmente en 1875... Tian pareció realmente orgulloso por ese dato.

—Está muerto —afirmó Jace—. Así que ya no es nuestro problema, ¿creo?

—¿Qué hay de Baigujing? —preguntó Isabelle.

—A eso voy —dijo Tian—. Yanluo ya no es el actual Rey del Infierno, obviamente. Ni siquiera es un Príncipe del Infierno. Los mundanos lo llamaban el Rey del Infierno porque en su reino, Diyu, se creía que era ese era el submundo de los humanos. *Era* un lugar horrible. Nadie sabe cómo es que Yanluo llegó a gobernar sobre Diyu, pero solía torturar las almas de los mundanos y entretenía a su séquito de demonios dando espectáculos sangrientos con masacres y puros tormentos. —Soltó un suspiro—. Por mucho tiempo, el único pasaje permanente entre Diyu y nuestro mundo... o cualquier otro mundo en realidad, fue un Portal que estaba aquí en Shanghái. Este existió antes de que los humanos pudieran hacer sus propios Portales, claro y Yanluo iba y venía de un mundo a otro sin que nadie pudiera detenerlo. Pero cuando murió, el Portal se cerró para siempre y su séquito quedó atrapado en Diyu. Baigujing y sus hijas estaban entre ellos.

—Bueno, ahora son libres —dijo Simon amargamente.

—¿Puede ser que el Portal que se cerró se haya abierto de nuevo? —preguntó Clary—. ¿Deberíamos verificarlo?

—Nadie sabe dónde está... o estaba —dijo Tian—. Durante la muerte de Yanluo, Shanghái estaba a mitad de una enorme expansión, los territorios europeos buscaban establecer sus dominios aquí y explotaban cosas por doquier. No estamos seguros de lo que le pasó al Portal. Como sea, nadie lo ha vuelto a ver desde la muerte de Yanluo. La mayoría cree que se desvaneció cuando murió. Era el tipo de demonio que no habría querido que alguien más lo usara si él no podía hacerlo.

Li Qin entró de repente y se sentó en la mesa casi con una disciplina militar y Tian interrumpió su relato para preguntarle cómo había ido su entrenamiento. Alec se sorprendió cuando ella le respondió con un seguro acento australiano. Y entonces Jem llegó con Magnus.

Los cazadores de sombras se levantaron de la mesa al mismo tiempo para recibirlos y para revisar a Magnus, pero Alec se aseguró de ser el primero en llegar a él. Sujetó a Magnus de la cintura con un agarre veloz.

—Ni siquiera me di cuenta que estabas despierto —le dijo en voz baja—. ¿Cómo te sientes?

—Hambriento —respondió Magnus—. Aparte de eso, estoy bien. —Casi sin darse cuenta acarició su camisa, poniendo su mano sobre su herida.

Alec lo besó, con fuerza y ferocidad, como si intentara asegurarse que Magnus estaba bien. Magnus le devolvió el beso y Alec sintió que algo de tensión abandonaba su cuerpo mientras lo hacía.

Después de un par de segundos, Isabelle soltó un sonoro silbido lobuno y Alec se apartó, sonriendo tímidamente. Magnus le dio una mirada comprensiva y besó su mejilla.

—Eso fue encantador —le dijo.

Alec lo abrazó un poco más fuerte y Magnus volvió a hablar.

—Estoy bien. —Sin embargo, Alec supo con ironía, que Magnus siempre diría que se encontraba bien.

—No lo estás —susurró Alec—. Dijiste que Shinyun te volvió a apuñalar.

Magnus suspiró y desabotonó su camisa, revelando la herida que ahora tenía forma de una áspera X en su pecho. Se escuchó una aguda contención de aliento de los cazadores de sombras reunidos. Clary puso su mano sobre su boca; ella fue la que más sorprendida se vio a comparación de los otros.

—Tengo noticias incluso peores —dijo Magnus—. Pero creo que Tian estaba contando una historia y detesto interrumpir.

Tian pareció atónito.

—No, por favor. Esto parece más importante.

—Si me atrapa por tercera vez —continuó Magnus—. Me volveré sirviente de Sammael.

—Bueno —dijo Alec—, entonces tendrás que esconderte de inmediato. O ir al Laberinto Espiral.

—Aquí estás a salvo —dijo Jem—. Esta casa tiene increíbles salvaguardas.

—No puedo ocultarme —protestó Magnus de forma obstinada—, porque si *no* me vuelven a apuñalar una tercera vez, el poder de la espina me quemará desde el interior y moriré.

Hubo un espectral silencio. Lo único que Alec pudo escuchar fue su propia respiración, intensa e irregular ante sus propios oídos. Vio que Jace lo miraba con sus ojos repletos de preocupación, pero su propio temor era demasiado profundo para que incluso el consuelo de su *parabatai* lo pudiera reconfortar.

—¿Entonces qué vamos a hacer? —preguntó Simon. Su voz sonó desolada.

—Derrotar a Sammael —dijo Jace, su voz fue determinada.

—Destruir la espina —sugirió Isabelle.

Alec los miró con cuidado, pero ninguno de ellos pareció estar bromeando.

—No sé qué tan fácil será realizar cualquiera de esas cosas —dijo Magnus.

Clary hizo una mueca socarrona.

—No creí que nos trajeras hasta acá para realizar tareas fáciles —le dijo.

—Nos encargaremos de todo —afirmó Magnus. Miró a Alec, quien le devolvió la mirada con la misma determinación—. *Lo vamos a hacer* —reafirmó.

Sin embargo, las posturas de Alec al respecto tendrían que esperar, ya que la puerta se abrió y Yun entró, cargando una enorme bandeja de comida. Alec se dio cuenta que su enorme cuchara estaba envainada en su espalda, lo cual parecía apropiado.

—¡Ninguno de ustedes está sentado! —gritó y todos se apresuraron a volver a la mesa—. ¡Bienvenido! —añadió, dirigiéndose a Magnus con el mismo tono gritón.

Magnus le habló en mandarín y ella pareció suavizar su semblante. Él tenía ese efecto en las personas. Ella le respondió en mandarín durante un momento y luego prosiguió a hablar en inglés.

—Jian me dice que son personas extraordinarias y él juzga bien a las personas, bueno *casi siempre*, incluso si ya no es un cazador de sombras. —Le guiñó un ojo a Jem y comenzó a servir los platos.

—¿Deberíamos seguir hablando de Yanluo? —Simon le preguntó a Tian. Magnus negó con la cabeza violentamente, diciéndole «no» a Simon—. ¿O... no? —añadió.

—Está bien, Magnus. —Jem sonrió con delicadeza—. Es que, tengo mi propia historia con Yanluo, no es nada.

Tian comenzó a servirse ricotta de tofu y verduras usando uno de sus platos. Hizo un ademán para que los demás se le unieran.

—Coman antes de que mi abuela comience a ofenderse —les dijo—. No tengo problema en decirles qué son cada uno de los platillos si es que...

Pero los cazadores de sombras no necesitaron otra indicación y se lanzaron al festín, mientras Alec notaba que la comida china era diferente a la de Nueva York aunque definitivamente tenía su parecido. El platillo más familiar en la mesa eran los dumplings de sopa, el cual formó una notoria reacción en Tian que dejó en claro que eran una señal de que Yun había sacado todos los platos para sus invitados. Comenzó a explicarles cómo se comían pero se detuvo rápidamente cuando se dio cuenta que todos en la mesa habían tomado una cuchara y abrían con delicadeza la punta del dumpling para dejar que el vapor se liberara y así pudieran beber la sopa en su interior.

Simon sonrió ante el rostro sorprendido de Tian.

—*Xiaolongbao*, ¿no? —le dijo—. En realidad, es la única palabra en chino que conozco. ¡Ah!

También *char siu bao*. La mayor parte de mi conocimiento en chino está relacionado con las palabras que tengan *bao* en ellas.

—*Char siu* es cantonés —espetó Yun sobre su hombro mientras volvía a la cocina.

—No pretendía ofenderla —dijo Simon, luciendo mortificado.

Jem puso los ojos en blanco.

—No está molesta. Así es como normalmente expresa la información útil que posee.

—Ella me entrenó —dijo Tian—, y a una generación completa anterior a la mía.

—Me aterroriza —admitió Magnus con una admiración sincera.

—Debiste verla en sus días de gloria —dijo Jem—. Pero ese era un Shangháí diferente. Su linaje es especial... es la nieta menor de Ke Yiwen.

Magnus se sorprendió. Isabelle se detuvo a mitad de cortar una albóndiga de cabeza de león del plato de Simon para su propia degustación.

—¿Quién es ella?

—Es quien mató a Yanluo —explicó Tian con la boca llena de comida—. Pero Jem sabe más del asunto que yo.

La expresión de Jem era sombría y un poco distante. Alec la conocía bien. Era la mirada que Magnus ponía cuando pensaba en algo que había sucedido hacía mucho tiempo atrás pero que su recuerdo todavía lo atormentaba.

—Unos años antes de que mataran a Yanluo, invadió el Instituto de Shangháí, capturando a mis padres y a mí, y me torturó frente a sus ojos. Para devolverles los que les debía.

Su voz era calmada, pero era comprensible, Jem ya había vivido dos vidas enteras desde ese entonces. Alec no se sorprendió al ver a Magnus extender su mano y posarla sobre el brazo de Jem.

—¿Qué les debía? —preguntó Clary, sus ojos verdes estaban abiertos de par en par, llenos de preocupación.

Magnus les explicó que la madre de Jem había destruido el nido de Yanluo, así que el demonio buscó venganza usando a su hijo. Les contó sobre la droga demoníaca, el *yin fen*, sobre cómo Yanluo se la había inyectado a Jem durante días sin descansar, para que su cuerpo se volviera dependiente de la droga y así, la tendría que tomar para siempre o morir... solo el haberse convertido en Hermano Silencioso pudo terminar con su adicción y únicamente el fuego celestial, que recorrió el cuerpo de Jem mientras sujetaba a Jace mientras este se quemaba con el fuego, lo curaron permanentemente.

—Recuerdo esa parte —dijo Clary con voz sombría.

—Yo *más o menos* —intervino Jace—. Ese fue un momento raro en mi vida.

—No me digas. Tú *nunca* eres raro —le dijo Isabelle con inocencia.

—Todavía hemos visto la existencia del *yin fen* de vez en cuando —dijo Tian—, pero ya no es igual a la época del tío Jem. Los licántropos jóvenes lo transportan de Macao o Hong Kong. Los subterráneos de aquí son bastante inteligentes sobre no relacionarse con ellos; conocen cuáles son los peligros.

—En Singapur —comenzó a decir Magnus, rascando su herida involuntariamente—, los cazadores de sombras te matarían en el acto si te atrapan usándola.

—¿Eso no rompe con los Acuerdos? —preguntó Simon con incredulidad. Magnus se encogió de hombros.

—Al menos sobreviví —dijo Jem, continuando con la historia—, no como mis padres. La hermana de mi madre, Yiwen, dedicó su vida a la venganza y un par de años después, claro que, yo me había ido a vivir al Instituto de Londres, ella y mi tío Elias Carstairs rastrearon a Yanluo y lo mataron. —Hizo un movimiento de cabeza en dirección hacia el lugar donde Yun había desaparecido—. Mamá Yun es la nieta más joven de Yiwen, la única que sigue con vida. —Sonrió—. La segunda Ke más antigua en seguir con vida.

Alec se sirvió otra porción de pollo agridulce y sintió como si no perteneciera aquí. Era un sentimiento que tenía de vez en cuando, cuando la vida anterior de Magnus, sucedida antes de que él naciera específicamente, surgía ante sus ojos. Magnus y Jem tenían una historia bastante compartida, su relación era demasiado longeva y compleja que... por un momento sintió un pinchazo de celos y luego se detuvo; era obvio que su relación con Magnus era completamente diferente a la que tenía con Jem, y era estúpido de su parte que les tuviera envidia por tener una historia compartida...

Y entonces sus pensamientos cambiaron de dirección, y en su lugar, pensó en Jem, tan joven, asustado y gritando; en los padres de Jem, mirando con terror e impotencia mientras torturaban a su hijo frente a ellos por días enteros. Y luego se dio cuenta que ahora, el mayor temor que tenía, era el miedo de esos padres: se imaginó pudiendo soportar su propia tortura, su propio dolor pero el solo pensamiento de ver a Max sufriendo, de sus gimoteos, de la impotencia de Alec... se estremeció y atrapó la mirada de Magnus. Magnus lo observaba con lo que Alec consideraba que era su mirada gatuna: con sus párpados estrechos y bien delineados, serios y enigmáticos. Le sonrió y Magnus le devolvió la sonrisa, pero llevaba un peso de cansancio consigo.

Después de la cena, Magnus desapareció abruptamente, sin embargo Alec quedó atrapado entre sus amigos por un par de minutos más. Liqin se acercó con timidez hacia Clary para pedirle consejos sobre un asunto; la conversación terminó dirigida en el entrenamiento, las armas y runas, y Alec se escabulló saliendo al fugaz atardecer que se cernía sobre el patio trasero de la casa, ahí encontró a Tian, Jem, Yun y Magnus reunidos en un pequeño círculo,

todos miraban al cielo. Magnus tenía los brazos cruzados fuertemente sobre su pecho de forma protectora y Alec no supo la razón, porque la conversación sucedía en un susurrante y veloz mandarín.

Magnus lo divisó y le hizo un ademán para que se acercara. Alec se deslizó hasta donde estaba y descansó su brazo rodeando los hombros de Magnus; se sintió aliviado cuando Magnus recargó su peso contra él, aunque mantuvo sus brazos cruzados.

—Yun nos decía que el Instituto de Shanghái le envió un mensaje de fuego esta tarde —dijo Jem—. Están preocupados porque la mayoría de los demonios que se han visto en la ciudad son de la época de Yanluo y están relacionados con Diyu. Pero Yanluo murió y Diyu quedó cerrado, por muchísimo tiempo.

—Las hijas de Baigujing con las que luchamos hoy —dijo Tian—. En realidad son más leyendas para mi generación; nadie ha luchado contra ellos desde hace años.

—Incluso para mi generación —afirmó Yun en un susurro firme—. Los Xiangliu también fueron raros para toda mi familia, pero el Instituto dice que ahora se han visto en todos los callejones oscuros.

—¿Creen que Yanluo ha regresado? —preguntó Alec, sin mirar a Jem.

Aunque Jem fue el primero en hablar.

—No lo creo. Yanluo no era un Príncipe del Infierno; podía morir y lo *mataron*. Pero alguien más pudo conseguir acceso a Diyu y así permitió que sus demonios regresaran a nuestro mundo.

—Un millón de yuanes a que es Shinyun —dijo Magnus con voz severa—. Y Ragnor.

—¿Pero por qué? —dijo Tian.

—Por muchas razones —anunció Alec. Había llegado a la misma conclusión desde hacía rato—. Sabemos que dieron su juramento de fidelidad a Sammael... —Yun miró con fiereza a Alec, sus ojos se abrieron ampliamente—, pero no sabemos dónde está Sammael en este momento, o qué poder tiene, o incluso si Shinyun y Ragnor hablan con él directamente —prosiguió—. Tal vez es una distracción de sus planes. Tal vez Sammael tiene un interés especial en Diyu.

Magnus soltó una larga respiración contenida.

—Tal parece que Ragnor le halló un reino a Sammael.

—Un millón de yuanes a que... —comenzó a decir Alec.

—Sin apuestas —le dijo Tian—. Si Sammael ha tomado Diyu, entonces está a un paso de volver a pisar nuestro mundo.

—Está a un *reino de distancia* —dijo Jem—. Hay unas salvaguardas que mantienen a Sammael



alejado de la Tierra, se han mantenido en su lugar desde que el taxiarca lo derrotó. Pero solo es cuestión de tiempo.

—Tal vez es menos del que pensamos —dijo Magnus—. Tienen el Libro de lo Blanco y no sabemos para qué lo quieren. No sabemos dónde se encuentra este Portal antiguo o si Sammael intentará reabrirlo. Quizá ya lo hizo y es por eso que los demonios están aquí.

—No sabemos *nada* —repuso Alec, frustrado. Por el rabillo de su ojo, vio a sus amigos junto con Liqin, caminando hacia el anochecer en dirección al área de entrenamiento. No quería alejarse del lado de Magnus, pero ansiaba unirse a ellos, perderse en la regularidad de los combates y el entrenamiento. Sabía que los otros le estaban dando espacio a él y a Magnus, para que él pudiera reconectarse con Jem y Yun. Alec no pudo evitar preocuparse porque Magnus en realidad estuviera más vulnerable de lo que los demás creían: él siempre proyectaba una imagen de una confianza irrefutable, pero Alec comprendía que sin importar lo cercano que fuera Magnus a Clary, Jace o Simon, existía un lado privado de él que solo unos cuantos pocos veían con poca frecuencia. Catarina. Jem y Tessa. Ragnor—. Tenemos que encontrar a Ragnor —continuó—. Él hablará contigo, Magnus, sé que lo hará... incluso si intenta convertirte al lado oscuro, aún así hablará contigo.

—Ragnor es bueno cuando quiere ocultarse, si no quiere ser encontrado —dijo Magnus—. Tendría que buscar un tipo de magia inusual para intentar hallarlo, dado lo fácil que se escabulló de la runa de rastreo.

—Entonces creo que nuestro próximo paso es investigar —les dijo Tian—. Mañana iremos al Mercado Solar. Tengo contactos allá. Podemos comenzar con Peng Fang...

Magnus soltó un quejido sonoro.

—No es tan malo —le dijo Alec.

—Supongo que es preferible a *Sammael* —admitió Magnus.

—Y hay otros más —mencionó Tian—, y el Palacio Celestial, para buscar la información necesaria.

—¿Qué hay de la biblioteca del Instituto? —preguntó Alec, sorprendido.

Tian se encogió de hombros.

—La biblioteca del Instituto está organizada cuidadosamente y contiene libros útiles que son verídicos. Sin embargo, el Palacio Celestial tiene lugares oscuros repletos de libros inundados de rumores e insinuaciones. Algo me dice que tendremos mejor suerte allá.

—Adoro los rumores e insinuaciones —dijo Magnus.

—Deberían darle una visita a Mo Ye y a Gan Jiang —señaló Yun. Tian frunció el ceño.

—¿Qué? —dijo Alec.

—Herreros de Feéra —explicó Tian—. Solo trabajan con... cita previa. Abuela, no creo que las armas sean lo que...

—Si la horda de Diyu ha vuelto —dijo Yun severamente—, entonces necesitarán más que cuchillos serafín. Mo Ye y Gan Jiang conocen la lucha contra Yanluo y su progenie desde hace cientos de años, incluso antes de que nacióramos. Sí, incluso tú —añadió dándole un asentimiento a Magnus.

—Además son herreros, puede que también sepan sobre Svefnthorn. Así que, si no me equivoco, esta es la lista de las cosas que necesitamos hacer —dijo Alec, mostrando los dedos de ambas manos—. Shinyun, Ragnor, Yanluo, Sammael, el Portal a Diyu, Svefnthorn, el Libro de lo Blanco y otro libro mágico, probablemente.

—Bueno —anunció Magnus con amabilidad—, ese suena como un día atareado y sé que necesitaremos una buena noche de descanso. Alec y yo debemos llamar a casa para saber del bienestar de nuestro hijo, fue un placer disfrutar de su compañía esta noche. ¿Alec?

Le volvieron a agradecer a Yun por su hospitalidad y Magnus, quien no dejó de cruzar sus brazos, lo llevó hasta el atrio de su habitación. Alec lo siguió, teniendo un inseguro presentimiento en su pecho.

\* \* \*

TAN PRONTO COMO CERRARON la puerta de la habitación, Magnus se volvió y empujó a Alec contra ella, con fuerza. Lo besó ferozmente, ahogándose en el sabor de Alec, en el ligero tacto de él contra su boca —Alec creía que era algo desastroso pero Magnus era fan del asunto—, la fuerza de los brazos de Alec sostuvieron con firmeza la nuca de Magnus y sirvieron para profundizar el beso.

Cuando se apartó, los ojos azules de Alec estaban sorprendidos y resplandecientes, su boca estaba curvada de manera adorable.

—Eso fue inesperado.

—Te extrañé —le dijo Magnus, jadeando y Alec, bendito sea, no le preguntó a qué se refería, tampoco le mencionó que habían estado juntos todo este tiempo, lo único que hizo fue devolverle el beso. Sin apartarse de sus labios, las manos de Magnus acariciaron la base de la garganta de Alec y comenzaron a desabrochar su chaqueta de combate. Alec, riendo, empezó a desatar los botones de la camisa de Magnus, aflojando la prenda. Magnus besó la garganta de Alec y Alec soltó un pequeño gemido de placer, pero continuó desatando los botones cuidadosamente y con fastidio, sus manos temblaron ligeramente. Ese siempre era Alec. Magnus recordó con diversión sobre la primera vez que Alec desgarró su camisa, cuando apenas comenzaron a salir. Siempre recordaba la adorable mirada sorprendida de Alec, como

si no hubiera sido capaz de creer que le había roto la camisa a alguien.

Alec comenzó a besar el cuello de Magnus de manera gentil pero urgente. Magnus se preguntó, de manera distante, qué haría al llegar a su herida que la espina había provocado, la cual supuraba de magia escarlata. Ignoró ese pensamiento e inclinó su cabeza para revolver sus manos entre el hermoso cabello negro de Alec y plantó un beso en su punto sensible detrás de su oreja. Alec murmuró algo sin sentido y retrocedió para quitarse su chaqueta por completo y la tiró al suelo. Le sonrió a Magnus y también lo ayudó a quitarse su camisa.

Alec se detuvo y lo contempló. Pero Magnus se dio cuenta que no miraba su herida. En su lugar, miraba una y otra vez los brazos de Magnus con un repentino miedo. El cálido y forzoso deseo que se había extendido por todo el cuerpo de Magnus mientras besaba a Alec, fue reemplazado por una sensación helada, fue como un hielo que descendió lentamente por su garganta hasta instalarse en su estómago.

—¿Qué sucede? —preguntó. Y extendió sus brazos para mirar, entonces lo notó.

A mitad de cada una de sus palmas estaba la silueta de una estrella, como las puntas filosas de un... bueno, un mangual. Extendiéndose de cada estrella, se interconectaban unos eslabones en la parte interna de sus brazos, de un color rojo furioso y burbujeante.

Alec alargó su mano, algo inseguro y respirando con dificultad, y con una enorme gentileza deslizo sus dedos sobre los eslabones. Se elevaban sobre su piel, de forma rígida e hinchados. Se extendían pasando por los bíceps de Magnus y bajaban por sus suaves pectorales de su pecho hasta llegar a la propia herida.

—Cadenas —murmuró Alec para sí mismo y luego alzó la mirada hacia el rostro de Magnus, su expresión fue intensa—. Parecen cadenas. —Titubeó por un momento y luego añadió—: ¿Lo sabías?

—No —respondió Magnus—. No se sienten... en absoluto. Quiero decir, no más de lo que la herida se siente...

—¿Y cómo se siente la herida? —preguntó Alec. Estaba mirando los ojos de Magnus como si pensara que encontraría la solución en ellos, pero Magnus no tenía respuestas que darle.

—Cálida. Extraña. No... no duele —añadió.

—Debemos buscar a Jem —le dijo Alec.

—¡No! —exclamó Magnus—. Él no sabe nada al respecto.

—Entonces al Laberinto Espiral —dijo Alec—. *A alguien.*

—No —repitió Magnus—. Mañana iremos al Mercado y al Palacio, y allá obtendremos respuestas.

—¿Y si no es así? —Alec estaba apretando el hombro de Magnus, su agarre era tenso.

Magnus dudó y Alec cerró sus ojos, angustiado y con el ceño fruncido—. ¿Por qué nunca dejas que te ayudemos? —preguntó en voz baja—. No tienes que lidiar con esto por tu propia cuenta.

Magnus extendió su mano y con un movimiento gentil quitó la mano de Alec de su hombro, pero siguió sosteniéndola.

—No hago esto solo. Hasta donde sé, lo hago con un equipo entero de baseball. Jace, Clary, Simon, Isabelle, Tian, Jem y tú... me sorprende que Maia y Lily no se nos hayan unido también.

—¿Acaso desearías que no estuviéramos contigo? —preguntó Alec—. ¿Desearías que yo no estuviera aquí? ¿Desearías que no lo supiera? ¿Que no supiera nada de esto?

—No —repitió Magnus. ¿Alec estaba *enojado*? Soltó un lento suspiro—. Te lo dije, no sabía de la existencia de las cadenas...

—¿No te preocupa? ¿Acaso no te sientes *afectado* por esto? —preguntó Alec y Magnus entendió que no estaba enojado. Estaba aterrorizado—. No tienes que actuar como si todo estuviera bien, no conmigo. Soy la persona con la que jamás tienes que actuar de esa forma.

Magnus sonrió y envolvió sus brazos alrededor de Alec, atrayéndolo en un fuerte abrazo. Fue un alivio sentir que Alec le permitía hacerlo.

—Eso lo sé. Y tú me conoces —le murmuró en su oído, las hebras del cabello de Alec le hicieron cosquillas en su nariz con ese cálido aroma de jabón, sudor y sándalo que lo hacían sentir en casa—. Intento tomar la vida paso por paso.

Pudo sentir el largo suspiro que abandonó el cuerpo de Alec y la tensión cediendo un poco.

»Y claro que estoy preocupado —continuó susurrando en el oído de Alec—. Claro que me molesta. No comprendo con exactitud lo que sucede y la única persona que puede explicármelo está...

—¿Chiflada? —murmuró Alec.

—En realidad me refería a Ragnor —admitió Magnus—. Que se encuentra poseído por Sammael. Pero lo resolveremos. Juntos. Mañana. Mañana podrás ayudar. Ahora necesito... descansar. —Le dio un pequeño beso a Alec en la frente y se alegró al ver que su novio se permitía sonreír un poco.

Alec se volvió hacia él y posó su mano sobre el corazón de Magnus, justo encima de su herida.

—Si murieras —le dijo—, una parte de mí también moriría. Así que recuérdalo, Magnus. No solo es tu vida. También es mía.

Hace muchísimo tiempo, alguien le había dicho a Magnus que los seres humanos nunca

podrían amar de la forma en que los inmortales lo hacían; sus almas no tenían la fuerza suficiente para hacerlo. Pues esa persona nunca había conocido a Alec Lightwood, ni a nadie parecido a él, eso lo sabía Magnus y sus vidas debieron ser las más desdichadas por esa razón. La fuerza del amor de Alec hacían que sus sentimientos fueran modestos en comparación y su cariño lo elevaba como una ola, la cual permitió que lo llevara hacia Alec, juntos hacia su cama, con sus manos unidas mientras se movían al unísono, sofocando sus gemidos contra los labios del otro.

\* \* \*

UNAS HORAS DESPUÉS, MAGNUS estaba dormido, pero Alec se mantuvo despierto, escuchando a los insectos y pájaros cantando sus melodías nocturnas. La luna brindaba una luz cremosa por la ventana. Luego de un rato, se levantó de la cama, se vistió y salió de la habitación.

Caminó por el terreno de la casa, rodeando los bajos muros de ladrillo que marcaban sus fronteras, rozándolos con sus dedos. Se sentía inquieto y ajeno a su cuerpo. Le preocupaba Magnus y quería *actuar*, no dormir, pero no podía formar un plan o siquiera pensar en los pasos de uno en uno.

Sorprendentemente, Jace estaba sentado sobre el muro de ladrillos, mirando el cielo. Se giró y miró a Alec acercándose.

—¿Tampoco puedes dormir?

—¿Y a ti qué te aflige tan tarde en la noche? —le preguntó Alec—. Yo soy quien tiene un novio con una enorme X mágica tallada en su pecho provocada por una tipa loca.

—A todos les pasa algo —le dijo Jace y Alec pensó que eso era probablemente cierto.

—Maryse me pidió ser quien dirija el Instituto —añadió Jace como si no fuera nada importante.

Alec no le dijo: «Lo sé», solo formuló una pregunta.

—¿Vas a hacerlo?

Jace se encorvó y se giró hacia él.

—No lo sé.

—¿Por qué no? —preguntó Alec—. Serías bueno en el trabajo. Serías un líder increíble.

Jace negó con la cabeza y sonrió.

—Soy bueno siendo el chico que se lanza primero a la batalla. Soy bueno matando hordas

de demonios. Tal vez eso es lo que hago mejor.

—¿No quieres un trabajo de oficina? —preguntó Alec, divertido—. Sabes que no vas a dejar de patrullar. No hay suficientes cazadores de sombras para eso.

—Es solo que no creo que sea bueno en los asuntos relacionados con dirigir un Instituto. ¿Estrategias? ¿Diplomacia?

—Eres bueno haciendo eso —protestó Alec—. ¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza de que solo eres bueno luchando? Mas vale que no sea Clary.

—No —respondió Jace, desanimado—. Clary cree que debería hacerlo.

—Yo también lo creo —afirmó Alec.

—Ninguno de nosotros tiene que hacerlo —le dijo Jace—. La Clave puede mandar a alguien más de otro Instituto, si es necesario. A un adulto.

—Jace —le dijo Alec—, somos adultos. Ahora somos adultos.

—Por el Ángel, qué *horrible* —exclamó Jace, sonriendo ligeramente—. A ti incluso te dejaron tener *un niño*.

—Hablando de eso, debería llamar a mamá —le dijo Alec. Sacó su teléfono y se lo mostró—. Y tú deberías ir a dormir.

—Tú igual —dijo Jace, poniéndose de pie. Antes de que pudiera escaparse, Alec lo atrapó en un fuerte abrazo y Jace, agradecido como Alec supo que lo estaría, le devolvió el abrazo.

»Todo va a salir bien —continuó Jace—. Volveremos a salvar el día. Es lo que siempre hacemos. —Dicho esto, regresó en dirección a su habitación.

Alec lo observó alejarse y entonces su atención se dirigió a su teléfono y llamó... casi pensó *a casa*, pero no, el Instituto ya no era su hogar. Eso a veces seguía sintiéndose extraño.

Le sorprendió que Kadir respondiera el teléfono de su madre.

—¡Alec! —le dijo con un inesperado entusiasmo—. Justo la persona con la que quería hablar. No queríamos molestarte, pero...

—¿Qué? —preguntó Alec, inmediatamente preocupado. Sus nervios no estaban en las mejores condiciones—. ¿Max está bien?

—Sí, Max está bien —respondió Kadir—. ¡Adora gatear!

—Ajá, puede gatear muy rápido —dijo Alec, inseguro de cuál era el punto de la conversación—. Esperamos que eso signifique que vaya a comenzar a caminar muy pronto.

—Bueno... —Kadir titubeó—, ¿sabías que...? es que... ¿*en casa* él...?

—¿Qué?

—¿Es Alec? —preguntó Maryse en el fondo de la línea. Se escuchó fuerte estruendo y se hizo claro que lo habían puesto en altavoz—. Alec, tu hijo está trepando las paredes.

—Ah sí, puede ser muy ágil —respondió Alec.

—No —le dijo Maryse con una enorme calma—. Me refiero a que *está trepando nuestras paredes ahora mismo*. ¡Y está cruzando el techo! Y ahora se cuelga de las cortinas.

Alec presionó el puente de su nariz con la mano que no sostenía el teléfono. Obviamente en casa Magnus podía evitar las accidentales aventuras mágicas de Max con gravedad.

—No creo que se vaya a caer —les dijo, pero había duda en su voz—. Normalmente cuando lo hace, ni siquiera nota que pasa y solo esperamos a que vuelva al suelo otra vez.

—Sí, pero... Alec, los techos del Instituto están *muy* altos.

—Tengo que llevar un cojín a todas partes por si acaso —señaló Kadir.

—Hay varias picas en el cuarto de armas, pero ninguna es lo suficientemente larga para alcanzarlo —continuó diciendo Maryse—. ¿No existe una solución mágica? ¿No hay algo en los encantamientos que Magnus trajo? ¿Quizá algo para... para neutralizarlo?

—Eh, no, mamá. No hay nada para «neutralizarlo». Te dije que era difícil.

—Si fuera necesario, solo usaríamos los mangos de las picas, obviamente —recalcó Kadir.

—¿Está molesto? —preguntó Alec.

—¿Kadir? No tengo idea, siempre es difícil saberlo...

—No, mamá, Max. ¿Max está molesto?

—Max *está maravillado* —le dijo Maryse, en un tono que Alec asociaba intensamente cuando su madre mencionaba a Jace—. Se la está pasando *excelente*.

—Entonces solo tienes que vigilarlo y esperar a que baje —le dijo Alec.

Se escuchó un largo silencio.

—Bueno... está bien —respondió Maryse—. Si eso es todo lo que se puede hacer.

—Puedes llamar a Catarina... —comenzó a decir Alec.

—No, no, no —lo interrumpió Maryse rápidamente—. Lo tenemos bajo control. Vuelve a tu misión y no te preocupes por nada, ¿está bien?

—Alec —le dijo Kadir, con una voz muy severa—. Tengo que hablarte de *El Pequeño Ratoncito Que Tuvo Una Larga Travesía*, de Courtney Gray Wiese.

—¿Qué sucede? —preguntó Alec.

—No me lo dijiste —le dijo Kadir—. No me advertiste lo suficiente.

—Lo intentamos —respondió Alec.

Y entonces, Kadir comenzó a recitar en un tono completamente sombrío:

—«Incluso el ratón más guapo será rechazado / Si no está bien enjabonado».

—En realidad, nadie está preparado para ese libro —le dijo Alec—. Casi tienes que experimentarlo por cuenta propia.

—En efecto —afirmó Kadir—. Al menos me gustó *Donde Viven los Monstruos*. Después de todos estos años, finalmente supe dónde viven los monstruos. En este Instituto.

Alec se despidió y colgó, luego levantó la mirada al despejado cielo nocturno. Maryse había criado a cuatro niños en una edificación de piedra repleta de armas y sin protección alguna. Maryse lo crió a él y nunca tuvo más que un hueso roto bajo su vigilancia. Max estaría bien.

¿Pero Magnus?

Alejó ese pensamiento y regresó de vuelta a su cama.

\* \* \*

MAGNUS SE ENCONTRABA EN UN ENORME y polvoso pasillo. Las luces colgaban del techo, creando una iluminación lúgubre y amarillenta, sin embargo las lámparas colgantes y el techo estaban bastante alejados de él y tan envueltos en la oscuridad que no podía verlos con claridad.

Cuando sus ojos se adaptaron, se dio cuenta que estaba en una sala de tribunal, era antigua, casi de cien o doscientos años. Parecía que la habían abandonado desde hacía tiempo. Una gruesa capa de polvo y telarañas cubrían todas las superficies, y aunque la mayor parte de los muebles tallados de madera estaban intactos, habían varias sillas lanzadas por todas partes como si hubieran olvidado levantarlas.

Creyó que estaba soñando. Definitivamente estaba soñando. ¿Pero cuál era la razón? ¿Dónde estaba?

Detrás de los tribunales de los jueces habían tres asientos. El asiento de en medio era más alto que los otros y una espesa nube gris flotaba sobre ella, como si un gigante demonio ala estuviera sentado ahí, aunque Magnus no podía ver sus ojos. Al lado derecho de la nube estaba sentada Shinyun; a su izquierda se sentaba Ragnor.

Magnus elevó sus manos y se dio cuenta que las picas que quedaron talladas en sus palmas se habían vuelto reales, eran bolas de hierro sólido, incrustadas a unos centímetros de profundidad. La sangre fluía de ellas. Levantó sus manos y unió sus palmas de forma experimental y escuchó cómo las bolas chocaban con un ruido metálico y seco en la habitación vacía.



Después de un momento se escuchó un sonido de contracción que Magnus reconoció como Ragnor aclarándose la garganta.

—Se supone que sirven para que no puedas unir tus manos para rezar —le dijo. Su voz era silenciosa, pero retumbó en los oídos de Magnus con perfecta claridad—. Es algo anticuado, pero ya sabes cómo son estos artefactos. Tienen mucho simbolismo y con menos sentido práctico.

—¿Dónde estamos? —preguntó Magnus. Se dirigió a Ragnor e ignoró a Shinyun. Tenía la sensación de que Shinyun lo miraba de soslayo, pero claro, su rostro estaba impassible como siempre.

—En ningún lugar en particular —le dijo Ragnor, moviendo su mano con desdén—. Solo estamos hablando.

Magnus se movió hacia adelante pero sus pasos los sintió más pesados de lo normal, como si sus piernas estuvieran encadenadas a unas pesas.

—¿Hablar sobre *qué*? ¿Finalmente me darás una respuesta? ¿Me dirás cuál es el asunto con esta... esta espina? ¿O las cadenas en mis brazos? ¿Qué es lo que planeas? ¿Qué es lo que quieres con el Libro de lo Blanco? ¿Por qué te has unido al lado de S—?

En ese momento Shinyun puso un dedo en sus propios labios y lo calló. El sonido fue ensordecedor, como si lo ahogaran por el golpe de una ola, Magnus apoyó sus manos sobre sus oídos y luego las apartó rápidamente cuando sintió que las picas de hierro lo perforaban.

Cuando el sonido menguó, Ragnor volvió a hablar:

—No tienes derecho de decir su nombre —le dijo de forma recriminatoria.

—¿Qué? —preguntó Magnus con incredulidad—. ¿Sammael?

En ese momento, el lugar tembló y rugió como un tren descarrilado. Magnus luchó para no perder el equilibrio y quedarse de pie, pero Ragnor y Shinyun se mantuvieron en sus asientos, luciendo impacientes.

—¿Por qué? —le gritó a Ragnor, esta vez furioso—. ¿Por qué él? ¿Por qué el grandioso Ragnor Fell se aliaría con *cualquier* demonio, sin importar su poder? Eso no fue lo que me enseñaste. ¡Esto va en contra de todo lo que has creído en tu vida!

—Los tiempos cambian —le dijo Ragnor, con una fastidiosa calma.

—¿Y qué hay de la... la *espina*? ¿Qué tiene que ver con S— con el Príncipe del Infierno?

En ese momento, Ragnor soltó una carcajada, fue un sonido desagradable y rasposo, era muy diferente a la risa que Magnus recordaba.

—¿El Svefnthorn? Esa es obra directa de Shinyun. Es magia antigua, Magnus, magia de brujos muy antiguos y poderosos, y no tiene dueño alguno. Shinyun la halló y así tuvo un señor.

Nuestro señor. La espina solo te ayudará a convertirte en quien realmente estás destinado a ser.

Entonces se puso de pie y Magnus jadeó. Los cuernos de Ragnor, los que siempre eran prolijos y elegantes, habían crecido y rodeaban cada lado de su cabeza; finalizando como puntas de lado a lado de su rostro, sobresaliendo frente a su barbilla como dos colmillos. Sus ojos resplandecieron como obsidiana incluso en las sombras amarillentas de la habitación.

—Shinyun no te mintió —continuó—. El Svefnthorn es un gran obsequio, uno que estuvo perdido pero que gracias a nuestro señor, ahora ha sido encontrado. Nos ayuda a servirlo mejor. Y también te ayudará a servirlo mejor, de una forma u otra.

Magnus tiró del collar de su camisa y la abrió para mirar su herida y sus cadenas.

—¿Este es un regalo? —gritó—. ¿Cómo puede ser un regalo?

Ragnor soltó una risita y eso fue aún peor que la resonante carcajada de hace un rato. Abrió su boca para volver a hablar, pero él y Shinyun y el tribunal desaparecieron, y Magnus se despertó sobresaltado en su habitación en la casa Ke, con un grito en el borde de sus labios y el rostro preocupado de Alec brillando intensamente a la luz de la luna.

# CAPÍTULO OCHO

## SOMBRA Y LUZ SOLAR

*Traducido por Nadia  
Corregido por Samn*

MAGNUS TODAVÍA ESTABA TEMBLANDO, pero se las arregló para poner una cara de valentía mientras desayunaba. Él y los cazadores de sombras devoraron el congee de Yun antes de que Clary abriera un Portal para que pudieran regresar al Hotel Mansión y así ponerse ropa de calle. Tian señaló que un grupo de cazadores de sombras utilizando su equipo y llegando a tropel a un Mercado de Sombras no se habría visto nada amigable sin importar lo buenas que fueran sus intenciones.

Magnus se quedó de pie en la cocina Ke y miró fuera de la ventana mientras los demonios se dispersaban desde el Portal de Clary, y se prendían en llamas mientras se encontraban con la luz del día. (De manera astuta, decidieron abrir el Portal en el jardín solo por esta razón). Magnus notó que ya no eran solo escarabajos, ahora se les habían unido milpiés de casi un metro de largo y algo que lucían como arañas patonas de color hueso del tamaño de una enorme sandía. Los cazadores de sombras no necesitaban ocuparse de ellos —la luz del sol se hizo cargo de ellos—, pero el enigma de por qué estaban apareciendo en primer lugar estaba molestando a Magnus. Pensó que debió haberle preguntado a Ragnor y Shinyun sobre los problemas con los Portales, cuando estuvo en... donde sea que estuvo... en su sueño....

De manera distraída, chasqueó sus dedos en dirección a los platos sucios que fueron a parar al fregadero y se hundieron en el agua para lavarlos. Los primeros cuencos ya estaban limpios para el momento en que notó que algo andaba mal con su magia.

El color de la magia de un brujo no era especialmente significativa, bajo circunstancias normales. No era como una película, donde los brujos buenos tenían una agradable magia azul y los brujos malos tenían fea magia roja. En realidad, no era como una película donde habían «brujos buenos» o «brujos malos»: solo habían brujos, personas como cualquier otra, con la capacidad de hacer el bien o el mal y la habilidad de decidir nuevamente con cada vez. Sin embargo, a Magnus siempre le había complacido el suave azul cobalto de su magia, la cual él había mantenido por siglos. Le parecía poderosa y aun así controlable. Relajante, como papel

tapiz del spa.

Hoy, sin embargo, su magia era roja. Un brillante, sobreexposto rojo, casi rosa y chisporroteaba en sus bordes con chispas de rizado fuego negro. Seguía haciendo lo que él quería, moviendo los platos dentro y fuera del fregadero, y apilándolos prolijamente, pero ciertamente lucía aterrador.

Con esfuerzo se concentró en regresar su magia a su color normal. Nada cambió, y empezó a frustrarse. Más y más de su concentración se desvió de los platos y de sus amigos que se encontraban afuera, y se dirigió a doblegar a su magia a su preferencia. Pues, después de todo, de eso era de lo que se trataba el color de la magia: la magia de un brujo estaba bajo su control. Era de cualquier color que un brujo deseara.

El resplandor alrededor de los platos persistió en un halo rojizo ordinario. La frustración de Magnus creció y finalmente, cuando una voz tranquila dijo su nombre desde la puerta detrás de él, perdió el dominio completamente y un cuenco voló de un extremo a otro lejos del fregadero y se destrozó cuando golpeó con el alféizar de la ventana.

La magia se desvaneció completamente. Magnus volteó para ver a Jem de pie en la puerta, tenía un semblante serio.

—Lo siento —dijo Magnus—. Pero el color... no sé qué significa.

Jem negó con la cabeza.

—Yo tampoco lo sé. ¿Los demás lo saben?

—Es la primera vez que sucede —le dijo Magnus—. No estaba haciendo esto ayer.

—Otra cosa más que buscar hoy —dijo Jem.

Magnus asintió lentamente.

—Supongo que es todo lo que podemos hacer. Sin embargo, es una mala señal. ¿Vas a venir con nosotros?

—Si deseas que lo haga —respondió Jem—. Te dije que te ayudaría con el asunto de Shinyun.

Magnus recogió un tazón.

—No hay necesidad de ponerte en peligro. Dijiste que unas personas peligrosas te estaban siguiendo... ¿Asumo que algunos de ellos frecuentan el Mercado de Sombras?

—Sí, algunos —admitió Jem.

—Preferiría no lidiar con la ira de Tessa si algo te pasara. Quédate aquí; podemos conversar cuando regresemos.

En ese momento apareció Alec, vistiendo lo que para él era su ropa informal: pantalones

grises, una camiseta azul deslavada que combinaba con sus ojos y un suéter de lana, delgado a rayas grises y blancas con las mangas dobladas sobre sus codos.

—Deberíamos irnos —le dijo a Magnus—. Parece que el Portal al fin quedó libre de demonios.

Magnus le entregó el tazón que tenía en las manos a Jem. Ignoró su ceja alzada.

—¿Alguna vez lavaste los platos en la Ciudad Silenciosa?

—No —respondió Jem.

—Entonces esto va a ser una buena práctica.

\* \* \*

EN CAMINO A LA CONCESIÓN SUBTERRÁNEA, Tian los llevó a un enorme edificio gótico de ladrillos, con dos espirales en cada lado de su puerta; lucía como si hubiese sido teletransportado directamente desde un campo francés. Alec estaba acostumbrado a tomar nota de las casas de culto o iglesias cuando viajaba, siempre era bueno saber en dónde podía ser encontrado el depósito de armas más cercano y siempre se había frustrado por no ser realmente capaz de identificar las edificaciones religiosas a simple vista, en esta ciudad de tantos mundanos y religiones mundanas diferentes. De cualquier manera, esta construcción era familiar de una manera que la hacía destacar en un mar de desconocimiento.

—¿Esta es una *iglesia*? —le preguntó a Tian mientras caminaban.

Tian asintió.

—La Catedral Xujiahui —le dijo—. También llamada San Ignacio. Tiene el depósito más grande de armas nefilim en la ciudad, si las necesitamos. Pero también está plagado de turistas la mayor parte del tiempo, así que no la usamos mucho.

Estaba en lo cierto; el lugar estaba lleno de actividad. Los turistas hacían una fila afuera para poder entrar. Algunos lugares parecían estar en renovación, además: un andamio estaba envuelto alrededor de la mayoría de las ventanas de vidrio de un lado.

—Tal vez deberíamos detenernos y tomar un par de armas más —murmuró Simon—. Siento como si fuera a ir desnudo a este Mercado con solo un cuchillo serafín y nada más.

—Justo como ese sueño que a veces tienes —le dijo Clary con alegría e Isabelle resopló con una ligera risa de sorpresa.

Jace le dio a Simon una rápida mirada de simpatía.

—Tal vez Simon está en lo cierto —dijo él—. Los tipos malos parecen ser capaces de

encontrarnos cuando quieren, pero nosotros no los podemos encontrar. Debimos venir en nuestro equipo de combate.

—No —intervino Tian—. Esto es mejor. El Instituto y la concesión están en muy buenos términos, a pesar de como están las cosas, pero la Paz Fría ha puesto a todos más tensos. Necesitamos que nos vean como si fuéramos en términos amistosos.

—Vamos a ver cuánto les gusta nuestro espíritu de amistad cuando los demonios acechen el lugar —dijo Jace y Simon lo miró nervioso.

Mientras tanto, Alec miró a Magnus, quien parecía aliviado al ver que no iban a entrar en la iglesia. Magnus, como la mayoría de los brujos, no disfrutaban pasar su tiempo en edificios religiosos.

Usualmente, las religiones mundanas no tenían mucho aprecio por los brujos, por decirlo de manera suave.

Después de algunos giros y vueltas, Tian los guió a través de una minuciosa puerta roja hacia a una calle peatonal adoquinada. La puerta estaba custodiada por dos estatuas de bronce: una de un lobo bastante intimidante que se apoyaba en sus patas traseras, sus garras estaban levantadas de forma amenazante o incluso de bienvenida, Alec no podía estar seguro; la era otra un murciélago grande, sus alas estaban plegadas sobre su cuerpo de una manera que lo hacía lucir extrañamente coqueto.

—Bienvenidos a la Concesión Subterránea —anunció Tian, señalándola con orgullo.

A primera vista, no había nada relacionado al submundo sobre el lugar, a pesar de que los subterráneos no tenían un estilo propio de arquitectura. Sinceramente, lucía como Shanghái en miniatura, era una pila ecléctica de la historia de la ciudad todo amontonado encima de sí. Los tradicionales techos curvados chinos se disputaban contra las construcciones occidentales, algunos lucían como si hubieran sido teletransportados directamente de un campo inglés o francés, algunos tenían columnas clásicas y mármol. Y todas las personas de ahí eran subterráneos.

Las calles no estaban concurridas a esta hora de la mañana, pero Alec se sorprendió de ver hadas, licántropos e incluso un brujo caminando como si nada, sin usar glamour o ilusión alguna. Miró a Magnus observando todo de la misma forma: un lugar donde los subterráneos vivían libremente, sin tener que esconderse constantemente del mundo mundano. Era extraño. Era agradable.

Tian atrapó su mirada.

—Toda la concesión está protegida de los mundanos —le explicó—. El arco luce como la entrada de un edificio en ruinas, fue destruido en la década de 1940 y que nunca fue reconstruido.

—¿Por qué no existe esto en ningún otro lugar? —preguntó Clary—. ¿Por qué no hay

barrios subterráneos protegidos con glamour en todos lados?

Magnus, Tian y Jace respondieron al mismo tiempo.

—Shanghái tiene una especial e inusual historia que permite que esto suceda —explicó Tian.

—Los cazadores de sombras nunca lo permitirían —afirmó Magnus.

—En la mayoría de las ciudades, los subterráneos son bastante problemáticos los unos con los otros —dijo Jace.

Todos ellos se miraron.

—Probablemente es por todas esas razones —interrumpió Alec de manera diplomática.

Magnus asintió pero miró a su alrededor de manera distraída.

—¿Hay alguna posibilidad de que podamos comer algo? —preguntó.

Alec le dio una mirada divertida.

—Acabamos de desayunar.

—La búsqueda demanda calorías —dijo Magnus.

—Yo quiero comer —dijo Clary—. Tian, ¿hay dim sum?

—Hay *mucho* dim sum —confirmó Tian—. Síganme.

A pesar de que estaba en mejor estado que el barrio del antiguo Shanghái en donde estuvieron un par de días antes, la Concesión Subterránea era la misma clase de laberinto de calles estrechas. Lo que Alec pensó que era un callejón resultó ser la entrada de una casa; lo que él pensó que era un escaparate resultó ser una calzada.

Alec confiaba en Tian —era un camarada, un cazador de sombras, era un Ke, Jem lo aprobaba—, pero no podía evitar pensar, que no habría forma en que ellos llegarían a encontrar la salida sin la ayuda de Tian. Intercambió una mirada con Jace, quien claramente estaba pensando lo mismo y entonces trató de poner una mano tranquilizadora sobre su arco antes de recordar que no lo traía consigo.

Después de unas cuantas vueltas, la calle se abrió en un jardín amplio, con restaurantes en todos lados y racimos de sicomoros en el centro. Tian hizo una señal frente a sí.

—Bienvenidos al distrito de dim sum, por así decirlo. No sé cuán seguido comen en locales del submundo...

—Tal vez más seguido de lo que piensas —respondió Clary.

—En ese caso —dijo Tian—, hay dim sum de vampiros, dim sum de hadas y dim sum de licántropos.

—¿Cuál queremos?

—Definitivamente queremos dim sum de licántropos —afirmó Tian.

El dim sum de los licántropos resultó no ser muy diferente del dim sum mundano de Nueva York, excepto que las fuertes mujeres de cabello gris que dirigían los carritos eran licántropos. Tampoco hablaban inglés, pero esto tampoco era muy diferente de Nueva York, por otro lado, eso se resolvía fácilmente apuntando a las cestas de la vaporera y a los cuencos metálicos que se necesitaban. Alec no era fanático del congee y solo comió un tazón pequeño para no insultar a Mamá Yun, así que se atascó de dumplings de camarón, tartas de nabo, bollos al vapor, almejas en salsa de frijoles negros, gai lan salteado... y cuidadosamente miró el rostro de Tian y la sutil sacudida de su cabeza cuando las cosas que venían eran demasiado lobunas para ellos: pequeñas salchichas salteadas en sangre, rodajas de carne roja cruda y lo que parecía ser un pequeñito roedor frito en salsa agridulce. Tian trató de detener a Magnus de tomar unas patas de pollo, pero una vez que Magnus mordisqueó con satisfacción una de ellas, lo dejó en paz y ordenó más patas de pollo. Extrañamente, Jace hizo lo mismo.

—¿Te gustan las patas de pollo? —preguntó Tian, sorprendido.

—Me gusta todo —dijo Jace con la boca llena de comida.

Simon negó con la cabeza.

—Mis ancestros huyeron de su país natal para no volver a comer patas de pollo en su vida. No comenzaré a hacerlo ahora. ¿Hay algo en esta mesa que *no* contenga carne?

Tian agarró algunos dumplings de vegetales y champiñones envueltos en tofu del siguiente carrito y la mujer lobo le dio a Simon una mirada desaprobatoria.

—Lo siento —se disculpó Tian—. Incluso los que no tienen carne llevan camarones secos o grasa de cerdo.

—Ya me acostumbré —se resignó Simon.

—Además —señaló Clary, masticando un bollo al vapor—, son licántropos.

Saciados, el grupo se puso en marcha nuevamente. Mientras caminaban detrás de Tian, Alec se acercó a Magnus y chocó contra su hombro de manera afectuosa.

—Oye, ¿estás bien? Estuviste callado en la comida.

—Estoy lleno y satisfecho —dijo Magnus, frotándose el vientre y sonriéndole a Alec. Él le sonrió de vuelta pero sintió un retorcijón de incertidumbre en el estómago. Las cadenas, la herida brillante... y Magnus se había despertado gritando en la noche. Él le aseguró que solo era una pesadilla aleatoria, pero Alec no estaba seguro.

Tampoco les dijo a los demás sobre las cadenas en el cuerpo de Magnus. No estaba seguro de cómo sacar a colación una cosa así.



Hace unos minutos, Alec había estado de buen humor y de repente se sintió lejos de casa, intranquilo y al borde de un colapso. Quedó muy consciente del hecho de que no podía leer ninguna de las señales de tránsito o los escaparates, que estaba a medio mundo de distancia de su hijo, que habían personas ahí que podrían odiarlo por ser un cazador de sombras en un barrio de subterráneos, sin importar lo amistosas que fueran las relaciones. El peso de la Paz Fría y la herida de Magnus y las incógnitas apiladas sobre otras incógnitas cayeron sobre él.

—Desearía que Max estuviera aquí —le susurró a Magnus y fue ahí cuando la criatura con alas arremetió y chocó violentamente contra Tian.

\* \* \*

MAGNUS ESTABA DISTRAÍDO POR LA SENSACIÓN en su pecho; desde que pasaron por la puerta de la concesión lo había sentido. Cada vez que su corazón latía, le enviaba una pulsación de magia a través de su cuerpo y podía sentir cómo estallaba detrás de la herida en su pecho y se extendía en espirales a través de los eslabones de las cadenas de sus brazos. No se sentía mal, pero no sabía lo que era y eso no le gustaba. Quería ir al Palacio Celestial y someterse a una exhaustiva investigación; en privado consideró que hablar con Peng Fang era una pérdida de tiempo. En el pasado, probablemente habría expresado ese pensamiento. E incluso anteriormente, los habría convencido de ignorar a Peng por completo e ir directamente a la librería.

Estaba tan perdido en sus pensamientos que no vio la sombra que pasaba encima de ellos y fue tomado por sorpresa cuando la mujer pájaro impactó contra Tian.

Vio a Alec y a los otros cazadores de sombras de Nueva York retroceder y buscar las pocas armas que traían consigo, a excepción de Simon, quien puso sus manos en alto como si fuera a bloquear un puñetazo y miró a su alrededor como si estuviera preguntándose qué hacer. Sin embargo y de manera veloz, se dieron cuenta que Tian no parecía alarmado... en realidad, estaba sonriendo y riendo.

—¡Jinfeng! —exclamó y Magnus se dio cuenta que la mujer pájaro le había dado a Tian un abrazo voraz y mientras se apartaba, notó que ella también le estaba sonriendo.

Se tardó en notar que ella era un hada, y una muy atractiva: un *feng huang*, un fénix. El fénix chino era un hada completamente diferente al fénix occidental y mucho más bello. Era casi tan alta como Tian y su reluciente cabello negro le llegaba casi hasta sus pies. Sus alas de color rojo, amarillo y verde se extendían desde su espalda, ondulándose en el aire; su piel estaba trazada con delicados grabados de oro brillante. Sus ojos oscuros, enmarcados con unas pestañas largas, brillaban mientras observaba al grupo.

Jace, Clary e Isabelle bajaron sus armas lentamente, confundidos. Simon continuaba

observando a la chica fijamente con los ojos muy abiertos y Alec, por supuesto, estaba mirando a Magnus, dándole una mirada interrogante.

Tian estaba hablando tranquilamente con la chica hada.

—Oh —dijo ella en mandarín—. Lo siento mucho, ¿son ellos... los que...? —Su voz se hizo más débil y sonrió tímidamente.

—¿Te gustaría presentarnos, Tian? —dijo Magnus con suavidad.

—Claro —respondió Tian—. Chicos, ella es Jinfeng. Jinfeng —continuó sus palabras en mandarín—, estos son los cazadores de sombras de Nueva York. Y también Magnus Bane, el Gran Brujo de Brooklyn.

La fénix retrocedió repentinamente y de forma cautelosa.

—Lo siento —volvió a decir—. Sé que... la Paz Fría...

—Está bien —la tranquilizó Magnus—. Nosotros tampoco apoyamos la Paz Fría.

—Jinfeng es la hija de los forjadores de armas de los que les hablé ayer —explicó Tian—. Y además... —Suspiró—. Es mi novia.

—Ohhhhhhhhhhh —dijo Jace. Clary lo golpeó en el hombro. Con nerviosismo, Jinfeng se movió de nuevo junto a Tian y lo rodeó con uno de sus brazos. Ella se inclinó y le dio un beso en la mejilla, y él sonrió.

—Como se pueden imaginar —continuó Tian—, hemos tenido que mantener nuestra relación en secreto cuando otros están alrededor. Mi familia no tiene problema con nosotros estando juntos, pero hay demasiadas personas en el Cónclave de Shanghái que adorarían usarlo en nuestra contra.

—¿Qué piensan tus padres sobre Tian? —le preguntó Magnus a Jinfeng—. ¿O su cortejo?

Jinfeng volteó a ver a Magnus, complacida de tener a alguien además de Tian con quien poder hablar en mandarín.

—Les agrada —le dijo ella, sus plumas se movieron un poco—, y confían en él. Pero no confían en su gente. —Ella miró a Alec, quien tenía un brazo rodeando a Magnus—. ¿Qué piensan los tuyos con respecto a él?

—En realidad, no tengo a ningún familiar —respondió Magnus—, pero parece que les agrada. Y estos son sus amigos más cercanos y su familia, a todos los que están aquí, les confiaría mi vida. —Ante esto, Tian alzó ambas cejas. Magnus le echó un vistazo y continuó—: Aunque ha tomado un par de años que ganaran mi confianza. Por cierto, estoy poniendo las manos en el fuego por ustedes —añadió para el resto del grupo, esta última oración fue en inglés.

—Dile sobre la Alianza —murmuró Alec, dándole un codazo a Magnus.

—Mi novio quiere que te diga que fundó la Alianza de Subterráneos y Cazadores de Sombras —le dijo Magnus y batió sus pestañas en dirección a Alec—. Si es que sabes lo que es.

Jinfeng le dio una sonrisa ladeada.

—En Shanghái, Tian y yo *somos* la Alianza de Subterráneos y Cazadores de Sombras.

—Pensé que tu familia lo aprobaba —le dijo Magnus a Tian.

Tian se sintió avergonzado.

—Lo hacen —explicó—, pero no es lo mismo a permitir que sea público. Mucho menos casarnos. Deberías saber que yo... y ellos, podrían meterse en serios problemas. La Paz Fría prohíbe incluso relaciones de negocios entre las hadas y los nefilim, ya ni hablar de...

—Negocios sexys —concordó Magnus.

El resto del grupo se mantuvo de pie de manera educada a su alrededor pero empezaron a parecer un poco incómodos. Simon estaba mirando su teléfono.

Tian lo notó y volvió a hablar con Jinfeng.

—*Qin'ai de*, estaba esperando poder hablar con tus padres. Estos nefilim se han encontrado con un arma extraña en los últimos días y pensamos que ellos podrían saber algo. ¿Crees que pueda hablar con ellos?

—Pueden ir ustedes —le dijo Magnus a Tian, en inglés para que los otros dejaran de sentirse excluidos—. He estado muchas veces en el Mercado Solar, estoy seguro que puedo sacarnos de aquí.

Tian asintió; ya estaba garabateando una dirección en un pedazo de papel que había sacado de su bolsillo.

—Iré con Jinfeng. Encuéntrénnos aquí en dos horas y si tenemos suerte, Mogan estarán dispuestos a hablar.

—¿Quiénes son Mogan? —preguntó Magnus.

Tian sonrió.

—Los herreros. Mo y Gan. Mogan.

—Hadas —dijo Magnus con un suspiro.

Tomó el papel, y Jinfeng y Tian desaparecieron por una calle lateral en un abrir y cerrar de ojos.

—Parecía impacientemente feliz de alejarse de nosotros —notó Isabelle cuando ambos desaparecieron.

—Amor juvenil —dijo Magnus—. Estoy seguro que sabes de lo que hablo. —Le sonrió

a Isabelle, y ella le devolvió la sonrisa—. Los alcanzaremos más tarde. Por ahora, vamos al Mercado.

—Tenemos a un idiota sommelier<sup>1</sup> de sangre con el que debemos reunirnos —afirmó Alec.

—Y la librería —intervino Clary con entusiasmo contenido—. No olviden la librería.

\* \* \*

AHORA QUE TIAN SE HABÍA IDO, dependían de Magnus para guiarse, lo que estaba bien en lo a Alec respectaba. Tian era amistoso, y saber que también podía lidiar con las complejidades de la relación entre cazadores de sombras y subterráneos lo hacía más simpático, pero se había sentido como un niño. Él conocía los Mercados de Sombras; conocía a los subterráneos. Conocía a Peng Fang. Era más una cuestión de orgullo, que ellos pudieran manejar este asunto por su cuenta.

Pero claro, como guía, Magnus era un poco más indeciso que Tian.

—¿Estás seguro que sabes a dónde te diriges? —preguntó Alec un par de veces, mientras Magnus consideraba dos posibles caminos.

—Esto parece familiar —respondía Magnus y se alejaba a grandes zancadas en esa dirección. Los demás colocaron su confianza absoluta en el brujo, lo que hizo que Alec sintiera como una traición que él comenzara a levantar días.

Después de unos giros y vueltas, se encontraron en un callejón oscuro y estrecho. A diferencia del resto de la concesión, la cual estaba toda bien cuidada, limpia y deslumbrante por la última hora de la soleada mañana, este lugar se sentía decrepito, como si todo se pudriera a su alrededor y su sombra se proyectara en los edificios circundantes. El agradable aroma de la comida y las flores de otoño se habían ido, reemplazados por un húmedo, fétido olor, no como la aglomeración de las personas en una ciudad sino como un lugar abandonado desde hacía mucho tiempo por cualquier cosa viviente.

Todos ellos sintieron que algo estaba mal. Jace y Clary sacaron el único cuchillo serafín que cada uno llevaba consigo y Simon se quedó de pie en la parte trasera del callejón, escudriñando de manera vigilante todo a su alrededor. Isabelle se paró a su lado, no parecía tan preocupada pero no por eso tenía la guardia baja.

Alec desenvainó su propio cuchillo serafín, a pesar de que aún no lo activaba.

—Creo que tal vez tomamos una vuelta equivocada —empezó a decir, pero se ahogó con sus palabras al mirar a Magnus.

---

1 NT: Palabra francesa reservada a las personas expertas en la degustación de los vinos.

Magnus estaba resplandeciendo, una furiosa llama escarlata lo rodeaba por completo en la penumbra del callejón. Su labio superior estaba ladeado y dejaba sus dientes al descubierto, y su cabeza estaba inclinada en dirección al suelo, como un animal olisqueando el aire en busca de depredadores. O presas. Sus ojos también brillaban en la oscuridad, amarillo verdoso y tan antinaturales de una forma que Alec nunca había pensado en ellos. Estaban vidriosos y desenfocados... lucía como si estuviera escuchando algo a lo lejos, algo que ninguno de ellos podía escuchar. Y debía haber sido la ilusión de la extraña luz que se filtraba a través de los edificios, pero lucía más alto y más fuerte.

—¿Magnus? —preguntó Alec en voz baja, pero Magnus pareció no escucharlo. Había un ruido siseante que provenía desde detrás y luego llegó a sobrepasarlo, pero cuando se dio la vuelta, no había nada ahí.

Los cazadores de sombras se abrieron camino por el callejón con cuidado. Jace e Isabelle alcanzaron el extremo del callejón primero y esperaron mientras Clary guiaba a Simon, quien lucía como un gato con el pelaje erizado, lentamente por el callejón, de pie hombro contra hombro. Alec esperó que Magnus lo siguiera, pero parecía que él se había quedado atascado en el lugar. Su cabello estaba desaliñado y su respiración agitada, como si hubiese estado corriendo. Con gentileza, Alec le tomó la mano y Magnus lo dejó, incluso cuando sus ojos se posaron en él, no había reconocimiento en ellos.

Alec sintió una sacudida de temor que lo atravesó. Magnus nunca estaba distraído, nunca estaba confundido. Era una de las cosas que más amaba de su novio: él sabía que si Magnus era forzado a caminar por el mismo infierno, él lo haría con su cabello perfecto, su ropa pulcra y con la mirada atenta en el objetivo.

Y debía admitir que incluso ahora, Magnus *lucía* bien. Su expresión podría ser hambrienta y hueca, pero eso acentuaba sus pómulos, y Alec se preguntó por un momento cómo sería si lo besara mientras miraba a sus ojos centelleantes verde y oro. Era una peculiar combinación, este sentimiento de miedo y deseo.

Se forzó a sí mismo a seguir caminando, dirigiendo a Magnus de la mano. Magnus no puso resistencia; parecía que apenas lo notaba. Alec contenía la respiración, seguro de que iban a ser atacados en cualquier momento, pero al final del camino encontraron otro arco y una vez que los seis pasaron a través de él, el sol volvió a brillar y el aire fue liviano y tranquilo. Entre un momento y el siguiente, toda la extrañeza de Magnus se desvaneció y volvió a ser él otra vez. Lucía sorprendido mientras Alec se abalanzaba sobre él para abrazarlo con fuerza.

—¿Están todos bien? —preguntó Clary.

—Seguro —respondió Simon, a pesar de que su voz seguía temblorosa—. Nada sucedió, ¿verdad?

Todos miraron a Magnus... claro que lo hicieron, pensó Alec. Incluso con toda su experiencia, ellos esperaban que Magnus tuviera las respuestas de cualquier misterio. Él negó

con su cabeza, estaba serio.

—No lo sé —admitió—. Estábamos caminando y entonces... esas voces aparecieron...

Isabelle y Clary intercambiaron una mirada preocupada.

—Nosotros no escuchamos ningunas voces —repuso Isabelle.

—¿Qué decían? —preguntó Alec con quietud.

Magnus lo miró con impotencia.

—No... no lo recuerdo.

—Uno creería que los subterráneos harían algo al respecto al tener un callejón del Infierno justo en medio de su vecindario —espetó Jace.

Magnus negó con la cabeza.

—No sé dónde estábamos —les dijo—, pero en definitiva, no era Shanghái.

\* \* \*

MAGNUS NO MENTÍA. No recordaba qué había sucedido y no recordaba lo que las voces le dijeron o si reconocía a quiénes hablaron. Lo que no dijo era lo que sí recordaba: cuán poderoso y fuerte se había sentido. Como el resto de ellos, estuvo seguro que iban a ser atacados, pero solo percibió el desprecio por las fuerzas que podrían atacarlos, como si él pudiera hacerse cargo de ellos con un movimiento de su muñeca. Ahora se sentía extrañamente vacío, tanto aliviado como decepcionado de que su sentimiento no hubiera sido puesto a prueba.

De cualquier manera, él era el guía así que trató de alejar estos sentimientos y concentrarse en recordar a dónde se estaban dirigiendo. *Estuvo* aquí antes, pero había sido hacía más de ochenta años, sin embargo, todavía era capaz de seguir el bullicio y dentro de poco se encontraron con más subterráneos, todos se dirigían aproximadamente a la misma dirección. Vio grupos de jóvenes licántropos, un par de vampiros antiguos chocaban los unos contra los otros bajo enormes sombrillas negras y unas cuantas hadas, que les dieron miradas atemorizantes a los cazadores de sombras, cruzaron la calle para evitar pasar cerca de ellos.

Alec lo notó.

—No me agrada ser observado como si fuera el enemigo —dijo—. Todos estamos en el mismo bando, cazadores de sombras y subterráneos.

Jace arqueó una ceja.

—Creo que la posición oficial de la Clave dice que estamos en lados opuestos.

—Es ridículo —repuso Clary—. ¿Cuántas hadas estaban *realmente* del lado de Sebastian durante la guerra? La Reina, su corte... debió ser un pequeño porcentaje. Pero los hemos castigado a todos.

—La Clave los castigó a todos —dijo Simon—. *Nosotros* no hemos hecho nada. Nosotros tratamos de prevenir la Paz Fría.

—Mientras podamos explicarles eso a cada uno de ellos, estoy seguro que vamos a estar bien —la animó Jace.

—Tal vez podamos hacer camisetas —coincidió Simon—. «Tratamos de Prevenir la Paz Fría».

Magnus señaló hacia otro arco de piedra.

—Es por aquí, creo.

—La suerte que hemos tenido al cruzar arcos al azar no ha sido buena —murmuró Isabelle. Pero lo cruzaron de cualquier forma y después de un momento de resplandor espeluznante que hizo que contuvieran la respiración, el pasaje centelleó y se expandió, y de repente un hada alta con una sonrisa torcida y una larga chaqueta de brocado apareció tratando de venderles colonia de acónito.

La plaza del Mercado era gigante y abierta, estaba pavimentada con masivas losas de piedra. Los Mercados de Sombras normalmente eran lugares retorcidos y laberínticos, llenos de puestos improvisados y carpas, todos hacían malabares para llamar la atención de los clientes y alzaban la voz sobre la de los demás. Pero el Mercado Solar de Shanghái era en conjunto más civilizado, con puestos y cobertizos alineados en filas anchas, sombreado por los ubicuos árboles de sicomoro de Shanghái. Las cafeterías tenían terrazas al aire libre con mesas bien cuidadas y en el centro había una gran fuente con una figura de piedra en cada esquina.

Desde aquí Magnus pudo ver un dragón y un pájaro que se parecían a Jinfeng, y si recordaba correctamente, había un tigre y una tortuga en el otro lado. La fuente estaba rociada en colores rojo, amarillo y verde, y mientras los chorros de agua se elevaban a varios metros en el aire, todo se mantenía dentro del perímetro de la piscina de piedra. Magnus notó con interés que podía ver el aura de la magia responsable de esto, un resplandor plateado que, supuso que normalmente hubiese sido invisible para él.

Comenzó a entender por qué Shinyun creía que el Svefnthorn era un regalo, pero dadas las cadenas en sus brazos, parecía como un regalo con un costo ridículamente alto. Ningún regalo que prometiera cadenas, valía la pena.

El Mercado estaba mejor organizado que la mayoría, pero aun así existía una enorme actividad caótica. Un vampiro antiguo que parecía bastante demacrado, estaba de pie debajo de una sombrilla de terciopelo negra y regateaba por unas estacas de obsidiana con un mundano que tenía la Visión. Dos brujos estaban ocupados con lo que parecía ser un juego de shots

mágico en una de las mesas de café y cada pocos segundos, explotaban fuegos artificiales en miniatura de sus yemas con fuertes estallidos. Frente a la fuente, cuatro licántropos aullaban en errática armonía.

Magnus retrocedió para murmurar algo a Alec en el oído.

—El cuarteto de barberos nocturnos. Qué música hacen.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo Clary—. Si los subterráneos tienen su propio distrito en la ciudad, ¿Por qué necesitan un Mercado? ¿Por qué no solo tienen tiendas permanentes?

—Las tienen —respondió Magnus, guiándolos a través de la multitud hacia la parte exterior de los puestos—. Esa es la verdadera razón por la que este no es un Mercado de Sombras. Es solo un mercado, como el que encontrarías en cualquier barrio mundano.

La parte exterior del mercado estuvo repleto de puestos de comida la última vez que Magnus lo visitó y a pesar de décadas de desastres y cambios en la ciudad, esto se mantenía igual. En todas partes había una extraña combinación de comida mundana y subterránea, con pato pekinés y *mapo* tofu, *baozi* y *mantou* expuestos en filas junto a la fruta azucarada de hada y flores en brocheta. Magnus compró una mandarina azucarada y luego se la ofreció a Alec con una sonrisa. Alec la tomó, pero todavía le daba a Magnus miradas nerviosas cuando pensaba que su novio no prestaba atención. Magnus deseó poder recordar lo que había pasado en el callejón.

También deseó que los cazadores de sombras fueran un poco más discretos. Se dio cuenta que todos se habían acostumbrado al Mercado de Nueva York, donde eran conocidos y recibían miradas amistosas de la mayoría de los vendedores y de algunos de los clientes. En este lugar, no importaba lo buena que Tian decía era la relación entre el Cónclave y el submundo, todavía eran un grupo de cinco nefilim de otro país.

—Nos están mirando —susurró Jace, siempre con un poco más de conocimiento de la situación que los demás—. Tal vez deberíamos separarnos.

—Es probable que Peng Fang no quiera reunirse con todos nosotros —anunció Clary con optimismo—. ¿Tal vez un par de nosotros podríamos ir directamente a la librería?

—Aah, miren a los héroes —le dijo Magnus con una pequeña sonrisa—. Salvan el mundo un par de veces y empiezan a olvidarse de sus responsabilidades.

—Si soy honesto, Peng Fang es *terrible* —admitió Alec.

—Traidor —dijo Magnus.

—A mí también me gustaría ir directamente a la librería —añadió Simon.

—¡Está bien! —exclamó Magnus—. Todos lárquense. La librería está justo pasando al Cuarteto de la Noche, donde están todos los vampiros y de ahí a la izquierda. No pueden perderse. Yo mismo me encargaré de Peng Fang.



—No lo harás —replicó Alec—. Te encargarás de Peng Fang junto a mí. —Magnus pensó en objetar, pero Alec habría ido con él de todos modos. Peng Fang podría ser mucho con lo que lidiar.

Los otros cazadores de sombras de Nueva York se alejaron y cuando quedaron lejos de los oídos ajenos, Magnus volvió a hablar:

—Aprecio el apoyo, pero creo que necesitas esperar fuera de la tienda de Peng Fang. La última vez se calló en el momento en que llegaste.

—Está bien —le dijo Alec—. No me preocupa Peng Fang. Me preocupas tú. —Miró a Magnus—. ¿En serio no recuerdas *nada* de lo que pasó en el callejón?

—No pasó *nada* —respondió Magnus y parecía que Alec iba a responder algo, pero no lo hizo.

Pasaron por el Cuarteto de la Noche, a través de una cortina gigante de terciopelo rojo. Dentro, todo era oscuro, iluminado solo por un número enorme de velas, en candeleros de plata y encima de ellos había un techo de mosaicos de retazos y lona que bloqueaban cualquier rayo de sol. Era como caminar dentro de una carpa de circo gótica.

—Los vampiros y sus velas —anunció Alec en voz baja.

—¡Lo sé! A pesar de que son vulnerables al fuego —le dijo Magnus—. Pero no se pueden resistir. Pero casi son como polillas.

Se comenzó a preguntar cómo iban a encontrar la tienda de Peng Fang, cuando se dio cuenta que Alec había dejado de caminar a su lado. Se dio vuelta y vio a su novio mirando con los ojos muy abiertos algo junto a él y siguió su mirada. Le tomó un tiempo darse cuenta de lo que estaba observando.

En frente de un puesto tapizado de terciopelo: «Y los vampiros y su terciopelo», pensó Magnus, había una figura de cartón de Alec.

Parpadeó cuando la vio.

La figura de cartón llevaba el equipo de los cazadores de sombras y tenía la cara de Alec. El Alec de cartón sostenía una jarra de cristal llena de líquido carmesí y una burbuja de diálogo emergía de su boca con las siguientes palabras:

«¡Mmm! ¡Qué rica sangre!»

—Magnus —le dijo Alec con lentitud—, ¿crees que tenga daño cerebral?

—Espera aquí —respondió Magnus y comenzó a dirigirse hacia la tienda, la magia ya estaba formándose en sus dedos.

Antes de que pudiera llegar a la entrada, un hombre robusto salió del puesto y extendió sus brazos en señal de bienvenida, tenía una gran sonrisa en su cara. Su cabello era del color de un

abejorro quien se decidió convertirse en una estrella de rock y usaba una chaqueta de traje a rayas rojas y negras desabotonada sobre una camiseta con una ilustración de un tren de vapor en ella. La nube de humo formaba unas letras grises esponjadas que decían «¡AQUÍ VIENE EL TREN DE LAS VENAS!».

—Peng Fang —espetó Magnus—. Desde ahora te digo que ya me he arrepentido de venir a hablar contigo.

—Magnus Bane —respondió Peng Fang—. No te he visto en... bueno, ¡desde casi una eternidad!

—Solo fueron tres años —le dijo Alec secamente—. Nos corriste del Mercado de Sombras de París porque dijiste que los cazadores de sombras eran malos para los negocios.

Peng Fang parecía extasiado.

—¡Y Alec Lightwood! Oye, me alegra ver que ustedes tórtolos siguen juntos. ¡Qué inspirador! ¡Es una nueva era de cooperación entre cazadores de sombras y subterráneos! Vengan, déjenme darles un abrazo.

Magnus levantó una mano de manera educada.

—No me toques, Peng Fang. Sabes la regla.

—Pero...

—No. Me. Toques. —No es que Magnus se opusiera a los abrazos sin razón alguna, pero Peng Fang siempre fue un poco... entusiasta con respecto a Magnus. Y con todos los demás. Magnus estableció la regla cuando se conocieron, en algún momento a mediados del siglo dieciocho y nunca tuvo razón alguna para quitarla.

—¿Qué los trae a Shanghái? ¿Qué los trae a mi tienda? —continuó Peng Fang, sonriendo ampliamente.

—Eso no importa —respondió Alec, manteniendo una calma frágil—. ¿Qué me trae *a mí* a tu tienda? —Hizo un gesto hacia el puesto.

Peng Fang miró hacia atrás con sus cejas levantadas, como si recién se hubiera dado cuenta de su existencia.

—Querido mío, eres famoso. Fundaste la Alianza de cazadores de sombras y subterráneos. Fuiste un héroe en dos guerras. Debes entender cuán útil es para el negocio que las personas sepan que has estado en mi tienda.

—¡Me sacaste a patadas de tu tienda! —espetó Alec, y Peng Fang alzó sus manos para callarlo. Alec lo ignoró—. Y te le insinuaste a Magnus.

—Yo ligo con todo el mundo. —Peng Fang se encogió de hombros—. No lo tomes personal. —Se inclinó hacia Magnus—. Deberías entrar a la tienda. He conseguido algunas

cosas vintage. De la época anterior a los Acuerdos, son muy difíciles de obtener. No puedo decir más, pero digamos que existe un poco... ¿de sospecha acerca de su procedencia? —Magnus lo miró—. Sangre de sirena. Es sangre de sirena —admitió.

—No, Peng Fang, todavía no bebemos sangre. —Magnus suspiró—. Hemos venido por un rumor.

—Te lo pierdes —respondió Peng Fang—. Vengan. —En la entrada del puesto, tiró de la cortina con una reverencia cortés y pronunciada que no combinaba con la playera que llevaba, y los invitó a pasar con un ademán.

El interior estaba revestido con vitrinas, inundadas de viales de cristal fundido y jarras. Brillaban a la luz de las velas pero Peng Fang las ignoró.

—Esto es pura basura —les dijo, desestimando los viales y tomando una vela que se encontraba encima de un gran baúl manchado—. Este puesto es solo publicidad y para vender vino barato por tazas. —Se volvió hacia Alec—. Sangre mundana reciente, el tipo de cosas que pueden encontrar en cualquier lugar en la calle. Tú sabes de lo que hablo —añadió, dirigiéndose a Magnus.

—No —respondió Magnus.

La sonrisa de Peng Fang nunca vaciló.

—Sígueme —prosiguió—. Vamos a hablar en mi oficina. —Con un movimiento de su pie, hizo a un lado una alfombra, revelando una escalera en espiral de piedras húmedas que descendía por el suelo debajo del puesto. Alec le dio a Magnus una mirada inquisitiva y Magnus se la devolvió, pero ya habían llegado hasta aquí, así que siguieron a Peng Fang directo a las profundidades.

\* \* \*

HACE TRES AÑOS, A ALEC NO le agradó Peng Fang, él odiaba a Alec, y tampoco le caía mejor ahora que Peng Fang había decidido que serían grandes amigos. Se dio cuenta que ya tenía muchas cosas en las que pensar como para seguir a un vampiro sombrío hacia un pasaje bajo tierra con la luz de una vela, esperando que tuviera información útil. Deseaba que se hubiesen podido saltar todo este asunto y solo se hubieran dirigido directamente a la librería. Mantenía una mano en la empuñadura del cuchillo serafín en su cinturón, seguro de que en cualquier momento Peng Fang se voltearía y arremetería contra ellos, ya sea para morderlos o para besarlos, o ambos.

Al final del pasillo había otra cortina roja y cuando la cruzaron, Alec se relajó un poco. Era un sótano, pero estaba iluminado con artefactos permanentes y el suelo, en lugar de ser

tierra compactada, era de mármol negro. Una escalera de caracol de hierro se dirigía hacia arriba y mientras ellos ascendían, Alec vio que en lo alto habían dos puertas, una del color exuberante lacado en rojo y negro y la otra estaba pintada con el mismo color de las oscuras paredes grises pero tenía un pequeño símbolo de metal en donde se leía: «SOLO PERSONAL AUTORIZADO» en cinco idiomas.

—Discúlpenme un momento —dijo Peng Fang y abrió la puerta lacada. Detrás de ella había dos ancianas vampiro con fina piel azul blancuzca y pálidos ojos grises, ambas llevaban una anticuada ropa de luto. Una de ellas examinaba un pequeño frasco de cristal de sangre.

Peng Fang les habló en ruso; Alec no pudo entender lo que decía, pero el tono era el mismo untuoso que siempre usaba y su sonrisa se mantuvo tan amplia como siempre. Terminó de hablar con una pregunta e intercambió una mirada entre ambas damas y ellas le parpadearon.

—*V'skorye* —les dijo y cerró la puerta—. Es la sala de degustación —le dijo a Magnus, quien sonrió débilmente—. Damas encantadoras. Han venido por mí desde hace años. Buscan invertir en el futuro de la sangre.

Alec levantó una ceja.

—¿Te refieres... a la sangre que está todavía dentro de las personas?

Peng Fang le dio una palmada en la espalda a Alec y se rio cordialmente pero no le dio más explicaciones. Abrió la puerta de SOLO PERSONAL AUTORIZADO y les hizo un ademán para que entraran.

Dentro había un gran escritorio de caoba y unos pocos sillones con respaldo alado. En el estilo clásico de los vampiros, las luces eran muy opacas, pero fueron cuidadosamente diseñadas para iluminar los estantes de jarras y botellas que se alineaban en la pared de atrás. Peng Fang fue hacia las botellas y empezó a seleccionar las más especiales y para su deguste, se sirvió una copa de sangre. Magnus se dejó caer en una de las sillas que se encontraban frente al escritorio y extendió sus piernas. Alec se mantuvo de pie con los brazos cruzados.

Peng Fang se giró hacia ellos, sosteniendo su copa.

—*Ganbei* —les dijo y tomó un sorbo. Magnus y Alec se mantuvieron en silencio, y Fang les dio una sonrisa con sus dientes teñidos de rojo—. ¿En qué puedo ayudarles a mis clientes favoritos, el día de hoy?

—Bueno, estamos investigando un par de cosas en este instante —le dijo Alec—. La situación con los Portales, por ejemplo. Al parecer, han funcionado mal en todo Shanghái.

Peng Fang tomó otro sorbo.

—A ese no le llamaría un rumor jugoso. Han fallado por todo el mundo. El por qué ustedes dos lo están investigando, no tengo idea; el Cónclave lo intenta resolver.

—Pero tú escuchas cosas —le dijo Magnus—. Por todo el submundo. ¿Hay algunas teorías

interesantes?

—Oh, muchos culpan a los cazadores de sombras, claro está —dijo Fang con un gesto despectivo con su mano libre—. Incluso desde la Paz Fría, ellos son culpados por todo. Pero eso es absurdo, por supuesto. Los Portales funcionan con la magia de los brujos. Vamos a ver. Algunos dicen que las hadas los han sabotado.

—No puedo imaginar cómo podrían hacer eso —respondió Magnus, dubitativo.

—Yo tampoco —concordó Peng Fang—, a menos que estén aliados con alguien muy poderoso. Y me refiero a alguien *muy* poderoso.

—¿Un Demonio Mayor? —dijo Alec.

—Más Mayor que eso —anunció Fang, dándoles otra sonrisa—. Un Príncipe del Infierno. El Príncipe del Infierno.

—No... —empezó a decir Magnus.

—No —lo tranquilizó Fang casi de inmediato—. No él. Pero cerca. Sammael.

Alec hizo todo lo posible para no mostrar reacción alguna.

—¿Sammael? —repitió, riéndose entre dientes—. Todo el mundo sabe que Sammael se ha ido. Desde hace... bueno, prácticamente desde siempre.

—Sí, está muerto —dijo Fang, aunque esas no fueron las palabras de Alec—. Yo también lo estoy, pero eso no me ha impedido dirigir un exitoso negocio internacional, ¿ahora lo entiendes? Sabes tan bien como yo que no puedes mantener derrotado a un Príncipe del Infierno por siempre. Por un rato, seguro. Por más tiempo del que yo o incluso tú —añadió, señalando a Magnus—, hemos vivido, definitivamente. Pero no para siempre. Y después de todo, Sammael es el Hacedor del Camino.

—¿El qué? —preguntó Alec.

Fang lució impaciente.

—¿El Hacedor del Camino? ¿El Devorador del Mundo? ¿El Dador de Velos? ¿Alguno de estos te suena?

—Para nada —respondió Alec.

Fang hizo un ruido desaprobatorio en la parte trasera de su garganta y vació lo que quedaba de su bebida.

—¿Qué les enseñan a estos cazadores de sombras? En primer lugar, Sammael es el tipo que abrió caminos desde los reinos de los demonios hasta este mundo. Debilitó las salvaguardas de este mundo o eso es lo que ellos dicen. —Se agachó para tomar la jarra y volvió a llenar su copa—. Así que —prosiguió—, cuando las cosas van mal con los Portales, las personas

naturalmente empiezan a hablar sobre cómo Sammael es la fuente de eso.

—¿Lo crees? —preguntó Magnus.

Peng Fang sonrió.

—No creo en nada a menos que me paguen por eso, Magnus Bane. Me he dado cuenta que es una buena forma de mantener mi cabeza sobre mis hombros y las estacas lejos de mi pecho.

—También estamos buscando a un par de brujos —dijo Magnus—. Una mujer coreana y un tipo verde con cuernos.

—Oh —respondió Fang con un notable cambio de humor—. Ellos.

—¿Los has visto? —preguntó Alec, tratando de no sonar muy ansioso.

—Todo el mundo los ha visto —le dijo Fang. Sonaba malhumorado—. Han estado por todo el Mercado durante meses. La mujer por más tiempo. No le agradan mucho a nadie, pero lucen como marineros con permiso para embarcar y te miran como se fueran a matarte tan pronto como te ven.

—¿Qué *te* han comprado? —dijo Magnus.

—Bueno, tendré que disculparme —respondió Fang, pasando su dedo alrededor del borde de su copa—, esa clase de información costará.

—Yo...

—Pero la respuesta es muy simple que mi conciencia no me permite cobrarte. ¿Qué es lo que *no han estado* comprando? Ingredientes de hechizos, simples y elegantes. Libros de hechizos al azar que nadie ha usado por cientos de años. Sangre barata a granel.

—¿Te han comprado algo a ti? —prosiguió Magnus.

—Bueno —respondió Peng Fang, con un brillo en sus ojos—, eso *sí* costará. Pero no importa en realidad. Ninguna de la magia de sangre real sería accesible a ellos con algunos bonitos hechizos poderosos. Mientras no tengan el Libro de lo Blanco o algo parecido, estaremos bien.

Alec no fue capaz de detenerse a mirar a Magnus. Dándose cuenta de su error, rápidamente transformó sus rasgos en una expresión afable, pero Peng Fang lo notó inmediatamente.

—No lo tienen, ¿verdad? ¿Verdad? —Por primera vez, su voz se sintió llena de incertidumbre.

—¿Cómo podría saberlo? —respondió Magnus con una sonrisa impenetrable.

—Bueno, por nuestro bien, esperemos que no lo tengan —dijo Peng Fang. Vacío su copa de nuevo y comenzó a llenar otra—. No lo he visto, pero las personas están diciendo que estos brujos han traído demonios a la concesión. Y claro, eso está estrictamente prohibido —le dijo a Alec con seguridad desconfiada.

—¿Lo reportaron a los cazadores de sombras? —preguntó Alec, sabiendo ya la respuesta—. Ya que la relación entre ambas partes son tan buenas y así.

Peng Fang se encogió de hombros.

—Nadie ha sido herido todavía. Y nadie quiere una repetición del año treinta y siete. —Alec no tenía idea de qué significaba eso, pero Magnus frunció el ceño—. Caballeros, es glorioso verlos como siempre, pero me temo que debería atender a mis rusas.

Alec se sorprendió por la brusquedad, pero Magnus se levantó inmediatamente y asintió.

—Gracias por tu tiempo, Peng Fang. También debemos irnos; tenemos una cita con Mogan.

—¿Los herreros? —Peng Fang sonó sorprendido—. No lo lleves —le sugirió a Magnus, señalando a Alec—. La mayoría de las hadas no les preocupa lidiar contra los cazadores de sombras en estos días.

Magnus rebuscó algo en su bolsillo y sacó un fajo de billetes.

—Algunos yuanes por haberte molestado.

Peng Fang hizo un espectáculo al fingir querer rechazar el dinero.

—Magnus, Magnus, hemos sido amigos por tanto tiempo. No te he contado nada que merezca un pago el día de hoy. Esa es la buena fe que puedes tener de mí. No soy un ladrón ruín y embustero como Johnny Rook.

Sin embargo, Magnus presionó el dinero en su palma. Peng Fang trató de abrazarlo de nuevo y con un rechazo final, Magnus se encaminó a la escalera de caracol con Alec a sus espaldas. Volvieron a recorrer el mismo camino por el sótano y subieron la escalera de piedra devuelta a la tienda.

La planta baja de la tienda estaba oscura, pero aún podían ver fácilmente el vidrio de los gabinetes cubiertos con etiquetas en chino y su contenido. La cantidad de sangre disponible estaba empezando a afectar a Alec y se sintió feliz de salir por la puerta delantera y volver a las calles de la concesión, donde todavía había una hermosa y soleada tarde.

—Dime otra vez, ¿quién es Johnny Rook? —murmuró Alec mientras se alejaban.

Magnus se encogió de hombros.

—Un ladrón ruín y embustero.

# CAPÍTULO NUEVE

## EL PALACIO CELESTIAL

*Traducido por Ames  
Corregido por Samn*

ALEC SE MANTUVO CALLADO de camino a la librería y Magnus, por primera vez desde hace algún tiempo, tuvo una extraña sensación. Se sintió incómodo dada la reunión con Peng Fang.

—Realmente no conozco tan bien a Peng Fang —le dijo—. Solo le pagaba por información de vez en cuando a través de los años.

Alec asintió, distraído.

»Es solo que... sé que hay un montón de momentos vagos sobre mi pasado —continuó Magnus. ¿Qué le estaba pasando?—. No quiero que te preocupes porque algo de ese desastre volviera a... bueno...

Se detuvo, Alec dejó de caminar y le dirigió una mirada curiosa.

—¿De qué se trata esto? —le preguntó.

—Cuando nos reunimos con Peng Fang, comencé a pensar en lo sombrío que era todo y lo raras que son muchas de las cosas que debo hacer. Quiero decir, Peng Fang es inofensivo, la cosa es que atraigo a mucho a los bichos raros. Y todos piensan que los amo.

Alec le sonrió con cariño.

—Es tu diabólico carisma —le dijo—. No puedes evitarlo.

—Ajá, pero hay raritos que conozco y luego resultan peligrosos. Y sé que no queremos poner a Max en riesgo —empezó a explicar Magnus y Alec comenzó a reír—. ¿Qué? —exclamó Magnus.

—Magnus, *yo soy* el del trabajo peligroso —le dijo Alec—. Literalmente combato demonios como profesión. Trajimos a Max a una situación familiar increíblemente riesgosa. ¡Lo sé! Digo, olvida el problema actual, los monstruos, la magia negra. Soy un cazador de sombras en una relación con un famoso subterráneo, quien es hijo de un Príncipe del Infierno. Mi padre es el



Inquisidor y mis padres formaron parte de un grupo de odio. Mi *parabatai* estuvo encarcelado en la Ciudad de Hueso. ¡Más de una vez!

—Cuando lo pones de ese modo —murmuró Magnus—, no suena como un gran ambiente familiar.

—Pero *lo es* —respondió Alec con más convicción de la que Magnus habría esperado—. Me gusta nuestra vida, Magnus. Me gusta no saber qué pasará después. Me gusta que tengamos la oportunidad de darle a Max la vida que los brujos rara vez obtienen. Me gusta saber que lo haremos juntos. ¿Recuerdas lo que decía la nota cuando encontramos a Max? «¿Quién podría amarlo?» Nosotros podemos, Magnus. Podemos amarlo. Y lo amamos.

La mente de Magnus estaba fragmentada. Por una parte, estaba lleno de amor y aprecio hacia Alec, hacia Max, a una vida que nunca pensó poder tener. Por otro lado, pensó en la magia que crecía dentro de su pecho y lo que fuera que pasó en el callejón. Pensó en Ragnor, actualmente perdido en la esclavitud a un demonio tras cientos de años de solo hacer el bien con sus poderes.

—¿Cómo podremos explicárselo a Max? —le dijo con tranquilidad en su voz—. De dónde vino. O de dónde vengo *yo*. Que la gente lo mirará y decidirá quién es él sin conocerlo en absoluto. Que sus padres se ponen en riesgo una y otra vez, pero que siempre regresaremos con él.

—Creo que ya lo explicaste bastante bien —le dijo Alec—. Y... no lo sé. También soy principiante en esto. Pero lo averiguaremos juntos. Esa es la idea. —Colocó sus manos tras la cabeza de Magnus y lo atrajo para besarlo. Magnus esperaba algo rápido, pero Alec lo besó profundamente, su boca estaba ligeramente abierta, tibia, era tranquilizadora, llena de amor y deseo. Magnus se permitió perderse en el beso, pero mientras lo hacía, sintió que su lengua recorría sus propios dientes. Se sentían diferentes. ¿Eran más grandes? ¿Le estaban creciendo colmillos? ¿Qué estaba sucediéndole?

Decidió que se tomaría las cosas un paso a la vez y ese paso era besar a Alec. Recientemente, en aquellos días, sus besos eran casuales, familiares, adorables en la forma que se sentía un hogar. Pero ahora se besaron con desesperación y optimismo, ahogándose en el otro, como lo hacían en los primeros días que estuvieron juntos.

Después de lo que se sintió como un largo tiempo, Alec rompió el beso y apoyó su frente contra la de Magnus.

—Superaremos esto. Lo resolveremos todo. Siempre lo hacemos.

Un licántropo pasó junto a ellos.

—¡Consíganse una habitación, chicos lindos! —les gritó en mandarín.

Alec volteó y saludó felizmente al hombre.

—¿Qué dijo?

—Vamos al Palacio —le sugirió Magnus—. Ya pensaremos qué hacer.

Caminaron, tomándose de las manos y durante un corto periodo de tiempo, Magnus se sintió un poco más tranquilo de lo que había estado los últimos días.

\* \* \*

MOMENTOS DESPUÉS DE QUE COMENZARON a caminar, un mensaje de fuego estalló frente al rostro de Alec, asustándolo. Lo agarró y lo leyó a Magnus.

—«¿Dónde están? Encontramos información sobre la espina. Las hadas nos vigilan como si fuéramos a robar el lugar. Vengan tan pronto como puedan —Jace».

Caminaron más rápido y Magnus siguió sus instintos poco fiables hasta que giraron sobre una vieja calle en el Mercado y su librería favorita en Asia apareció frente a él.

El Palacio de Cristal era del tamaño de una cuadra, era una estructura de doble alero que parecía una de las construcciones cortesanas de Pekín reinterpretada por las hadas. Parecía ser el negocio subterráneo más antiguo en Shanghái, precedente a la concesión misma por cientos de años. Magnus no estaba seguro de creerse aquella historia —aunque quizá era cierta, ya que las hadas no pueden mentir—, pero era una pieza impresionante del antiguo Shanghái independiente y una muestra del poder de las hadas. En lugar del ladrillo, piedra y loseta que eran usados para construir las inspiraciones mundanas, el Palacio estaba hecho de cristales de colores, oro y brillante madera barnizada. A ambos lados de la inmensa puerta doble, había un dragón de cristal que montaba guardia. Estaban pintados con mercurio y sus ojos eran enormes perlas marinas.

Mientras Magnus se acercaba, uno de ellos giró su cabeza de reptil para saludarlos.

—Magnus Bane —entonó una voz parecida a la aspereza de las piedras entrechocando entre sí—. Mucho tiempo sin verte.

—Huang. —Magnus lo saludó y luego giró hacia el otro dragón—. Di.

El dragón llamado Di no movió su cabeza.

—Espera.

Con un gran sonido, las puertas se abrieron de golpe y un hada pequeña con orejas de zorro salió corriendo con un enorme libro resguardado bajo su brazo. Chocó contra el hombro de Alec, haciéndolo a un lado y desapareció por la calle.

Solo había recorrido una corta distancia cuando un rayo de luz prismático se formó de la

boca de Di. La luz captó al hada zorro, este se congeló y se desvaneció en un soplo de humo azul. El libro golpeó contra el suelo. Un olor parecido al ozono quedó flotando en el aire.

Huang le dio la bienvenida a Magnus y Alec.

—La condena será la misma para los ladrones de libros. El arte hace que las vidas mismas tengan sentido y por ello será el robo, la otra cara del asesinato. Siempre deben ser condenados y nunca escaparán de los ojos del Huangdi.

—Entendido —respondió Alec con nerviosismo—. Nosotros no robamos libros.

—No es nada personal —puntualizó Di—. Solo son negocios.

—Que su empresa sea siempre próspera y su riqueza abundante —les dijo Magnus.

—Lo que él dijo —concordó Alec.

Los ojos de los dragones los observaron mientras cruzaban las puertas.

\* \* \*

ALEC HABÍA VISTO MUCHAS maravillas a lo largo de su corta vida, pero incluso él tenía que admitir que el interior del Palacio Celestial era algo para contemplar. A pesar de que solo pareciesen dos pisos desde el exterior, se elevaba a cinco niveles en el interior, cada uno cercado por un balcón rebosante de estantes que iban desde el piso hasta el techo conteniendo una aparente infinidad de libros. La totalidad del interior era de palo de rosa tallado, creando formas de enredaderas torcidas y ramas. En el centro del gran espacio abierto sobre ellos habían tres grandes esferas de fuego que colgaban suspendidas en el aire, dándole brillo a todo el lugar.

Le había preocupado no poder encontrar a sus amigos en un espacio tan grande, pero los localizó casi al instante. Isabelle estaba trepada en lo alto de una escalera, moviéndose fácilmente a pesar de los tacones altos que usaba, su hermana nunca le temía a las alturas como le pasaba con casi todas las cosas. Le llamó a Simon para que moviera la escalera rápidamente a la sección de maldiciones de sangre y gritó «¡Wiiii!» cuando lo hizo.

Clary llegó corriendo y cargando un libro forrado en piel con un símbolo desconocido estampado en la tapa.

—Encontramos la espina —les dijo. Abrió el libro depositándolo en una mesa cercana, cubierta con lo que parecían ser libros de cocina de hadas y apuntó triunfal hacia el dibujo de una punta espinosa, debajo del cual se hallaban párrafos de escritura rúnica.

—Entonces, ¿qué sucede? ¿Por qué la espina del sueño no pone a dormir a la gente? —preguntó Magnus.

—Supongo que solo funciona en dioses nórdicos —respondió Jace—. Mira. —Señaló el texto—. ¿Quieres que te lo traduzca?

—*Pero claro* que sabes leer las antiguas runas nórdicas —señaló Magnus, rodando los ojos.

—Soy un hombre de muchos talentos —repuso Jace—. Además, mi padre era un abusivo instructor.

—Buen punto.

—Entonces —continuó Jace—, el Svefnthorn está hecho de *adamas* negro.

—¿Que es qué, exactamente? —preguntó Clary.

—*Adamas* corrompido de un reino demoníaco —explicó Magnus—. Es algo muy raro. —Recorrió la ilustración con sus dedos—. Puede atar a un brujo a dicho reino y a su gobernante, y el brujo absorbe el poder de él. Vuelve a los brujos más poderosos de lo normal.

—Eso no parece ser tan malo —señaló Alec.

—Hasta que el poder los sobrepasa y ya sea que elijan morir o ser apuñalados tres veces por la espina, entonces se convierten en los fieles sirvientes del demonio que gobierna esa dimensión —agregó Magnus.

—Eso parece ser muy malo —se corrigió Alec.

—Así que básicamente es... ¿meta<sup>1</sup> demoníaca? —dijo Clary.

—El Laberinto Espiral prohibió su uso en... espera, déjame convertir la fecha... 1500 o algo así —puntualizó Jace.

—¿Por qué Shinyun diría que fue un *regalo*? —cuestionó Alec.

—¿Porque está chiflada? —señaló Magnus—. La dimensión debe ser Diyu, por supuesto. Pero, ¿por qué Shinyun se apuñalaría *a sí misma*? Ni siquiera ella está tan loca como para matarse por un subidón temporal de poder.

—Tal vez piensa que su papito demonio puede protegerla de la muerte —sugirió Clary.

—La pregunta es, ¿cómo protegemos *a Magnus* de la muerte? —mencionó Alec. Se dio cuenta de que había doblado las manos hasta convertirlas en puños y se obligó a extenderlas.

—¿Quizá una maldición antigua pueda hacerlo? —sugirió Magnus—. ¿Tal vez piensen que hay algo en el Libro de lo Blanco que pueda servir?

—En todo caso, sugeriría que necesitas ir a Diyu tan pronto como sea posible o asegurarte de no ir jamás a Diyu —le dijo Jace.

Alec se frotó las sienes con sus dedos.

---

1

NT: Metanfetamina.

—Tal vez Shinyun aparezca de nuevo y podemos preguntarle mientras peleamos contra su ejército de demonios.

—Se supone que Simon e Isabelle están buscando en la sección sobre el Portal a Diyu —le dijo Clary.

Todos voltearon hacia el lugar donde los habían visto por última vez. Un goblin de mirada severa y gafas de montura parecía estar sermoneando furiosamente a Simon, quien hacía ademanes de disculpa. Aparentemente habían molestado a un círculo de lectura para duendes en edad preescolar que se hallaba detrás de ellos. Isabelle vio a los demás y se acercó con una pila de libros bajo el brazo. Soltó los libros con un suspiro.

—¿Podemos regresar cuando tengamos tiempo de echar un vistazo? La historia local no es precisamente lo mío.

—¿Averiguaron algo sobre la ubicación del antiguo Portal? —preguntó Alec.

—Nada realmente. Simon estaba anotando una lista de los lugares mencionados, pero parece una guía de turistas para la ciudad. —Isabel sonaba frustrada—. Es como si se rumorara que cada sitio famoso puede ser el asentamiento del Portal.

—Shinyun y Ragnor deben saberlo —opinó Magnus—. Ellos tienen *un modo* de comunicarse con Sammael y estamos bastante seguros de que él está en Diyu.

—Así que volvimos a la opción de esperar a que regresen —dijo Clary—, o podemos revisar cada una de las ubicaciones posibles. Cualquiera de ellas podría ser un Portal directo al Infierno. Solo digo.

Finalmente, Simon se reunió con ellos, pasándose las manos por el cabello.

—Un consejo, chicos, nunca hagan enojar a un goblin vendedor de libros. Son *rigurosos*.

—Escuché que no obtuvieron nada —mencionó Jace con un tono de burla. Simon le dirigió una mirada.

—No es que no tengamos nada —comentó Alec—. Sabemos más sobre la espina.

—Y leí algunas cosas sobre Diyu —agregó Simon. Dejó caer su pila de libros sobre los de Isabelle.

—Es el Infierno chino, ¿verdad? —observó Clary.

—Bueno —respondió Simon—, no realmente. Es más como el purgatorio chino, ¿tal vez? Ahí van las almas para ser torturadas por sus pecados durante cierto tiempo antes de reencarnar. Parece estar muy bien organizado... hay montones de infiernos distintos, cada uno con un gobernante diferente; hay jueces y ellos deciden a cuál infierno irás; y funcionarios que mantienen todo en orden. O al menos —añadió—, *estaba* en orden, bajo el mandato de Yanulo. Pero Yanulo ya no está.

—Así que, ¿ahora qué? —cuestionó Alec.

—Los reportes varían —señaló Isabelle con sequedad.

—Nadie lo sabe, porque nadie ha estado ahí desde que Yanulo murió —agregó Simon.

—Sammael podría intentar aprovechar la energía de todas las almas torturadas —planteó Alec.

—Eso parece ser demasiado esfuerzo —dijo Magnus, frunciendo el ceño—. Nunca pensé que Sammael fuera del tipo que creyera en la jurisdicción. Simplemente podría irrumpir en el lugar.

Clary parecía confundida.

—Siento que debo preguntar —dijo—. Si encontramos un Portal que nos dirija a Diyu, ¿vamos a... entrar en él?

Antes de que alguien pudiera contestar, las puertas se abrieron bruscamente y Tian las atravesó a toda prisa. Le faltaba el aliento.

—Esperaba encontrarlos aquí —anunció sin preámbulos—. Los padres de Jinfeng quieren verlos de inmediato. Dicen que es importante. Dijeron: «Aquel con las cadenas debe armarse».

Todos excepto Alec y Magnus lucieron desconcertados.

—¿Cuáles cadenas? —preguntó Jace.

Magnus suspiró y desabotonó su camisa, abriéndola para mostrar las furibundas cadenas rojas que se extendían desde su herida y desaparecían dentro de sus muñecas. No podía asegurarlos pero Alec pensó que se encontraban más definidas que antes. ¿Y había también cadenas descendiendo hacia sus piernas y trepando hacia su garganta? No lo recordaba.

Los otros cazadores de sombras estaban mirando a Magnus.

El goblin con gafas que le había gritado a Simon apareció sorpresivamente junto a ellos. Habló en un bajo siseo amenazante.

—Lo lamento, pero debo *pedirles* que se marchen. Están incomodando a los otros clientes. En primer lugar, no están acostumbrados a los cazadores de sombras y ahora se están desnudando...

—Entendido —le dijo Alec—. Ya nos íbamos.

—La Paz Fría dice que se nos permite negarles la entrada por completo —continuó el goblin. Claramente había preparado un discurso e iba a recitarlo sin importar qué—. Pero dijimos que no, el Palacio es terreno neutral, todo el mundo de las sombras debe ser bienvenido. Aunque *no* esperábamos toda una... *pandilla* de nefilim que...

—Sí, sí —lo interrumpió Alec—. Ya nos vamos. —Comenzó a llevarlos hacia las puertas.

—Además —continuó el goblin—, esta no es una *librería de préstamos*. Esos libros *están a la venta* y ahora tendremos que volver a ordenarlos todos...

Magnus se abotonó lentamente su camisa. En ese momento se volvió y puso su mano sobre el hombro del goblin de forma amistosa. El hada lo miró como si fuera una serpiente venenosa.

—Señor, me disculpo por mis compañeros —dijo—. Me hago completamente responsable. Solo me ayudaban con algo de mi investigación. Soy Magnus Bane, el Gran Brujo de Nueva York y voy a comprar todo esto.

El goblin lo miró con sospecha.

—Sé de ti. Solamente eres el Gran Brujo de Brooklyn.

—Técnicismos —repuso Magnus—. El punto es, señor... ¿me puede decir cuál es su nombre?

El goblin resopló.

—Bueno, si debe saberlo. Es Kethryllianalæmacisii.

—¿De verdad? —preguntó Magnus—. Bueno, da igual, Keth... ¿puedo llamarlo Keth?

—Por supuesto que no.

Magnus lo presionó.

—Si pudiera cobrar todo esto y enviar la cuenta al Laberinto Espiral. Los libros pueden ser entregados en el Hotel Mansión, si así lo quiere.

Simon había acomodado amablemente los libros en una pila larga y se los entregó a Kethryllianalæmacisii, quien se tambaleó un poco debido al peso, pero claramente no estaba dispuesto a perder una venta considerable por parte del Laberinto Espiral.

—Claro, señor Bane —le dijo a través de sus dientes apretados—. Pero si eso es todo, mi equipo y yo apreciaríamos...

—Sí —lo interrumpió Magnus—. Ya nos vamos.

—Lo siento —le dijo Simon al goblin y este le siseó en respuesta.

Pareciendo algo aturdido, Tian los dirigió a la salida de la tienda. Cuando las puertas se abrieron, un pájaro en una jaula sobre la misma cantó un fragmento de canción, cautivadora y dulce.

—*Sal, ¡O mi niña! ¡A ver las aguas infinitas!*

En las escaleras de afuera, Alec se acercó a Magnus.

—¿De verdad puedes facturar cosas en nombre del Laberinto Espiral? —le preguntó.

—¡Ya veremos! —respondió Magnus—. Ahora, he escuchado que aquel con cadenas debe armarse, así que Tian, dirígenos.



# CAPÍTULO DIEZ

## IMPERMANENCIA EN BLANCO Y NEGRO

*Traducido y corregido por Samn*

SIGUIERON A TIAN POR UN camino extraño de calles de la Concesión Subterránea. Las vides se extendían como densas enredaderas por los edificios, formando un tipo de dosel sobre sus cabezas. La luz que se filtraba por la calle era nítida y gentil. El grupo pasó junto a un selkie que vendía sopa de pollo y una hada convertida en un río con guirnaldas hechas de flor de luna, resguardaba a unas sirenas que entonaban sus melodías. Magnus dejó de caminar y sonrió al escucharlas. Quería ver a su hijo. Quería meterse a su cama junto a Alec y abrazarlo hasta quedarse dormido. Dejó que la melodía fluyera por su mente, le hizo recordar sus visitas a China mucho antes de que los abuelos de los abuelos de sus acompañantes nacieran. Cerró los ojos y después de un rato, sintió la mano de Alec en su espalda... no era para apresurarlo, solo intentaba conectar con él.

—«Chun Jian Hua Yue Yue» —le dijo a Alec—. «La Noche de los Floreceres ante la Luz de Luna de los Ríos y Manantiales». Es una canción aún más antigua que yo.

Comenzó a tararearla para su propio disfrute, sus ojos siguieron cerrados. Los otros podían esperar. ¿Por qué nunca llevó a Alec a este lugar para visitarlo? Si sus amigos no estuvieran en peligro, habría tirado de Alec para que bailaran junto al borde del resplandeciente río y le enseñaría la letra y cómo pronunciar cada palabra.

Desafortunadamente, aquel con cadenas debe armarse.

\* \* \*

ERA IMPOSIBLE CONFUNDIR LA herrería con otro lugar. Yacía en la plaza principal del Mercado Solar y estaba rodeado por un muro atemorizante formado por docenas de lanzas intrincadas las unas con las otras. Alec supuso que tenía sentido.

Tian los guió por una puerta detrás de una verja, la cual respondió a su toque con el sonido de unas campanitas parecidas a las de un hada. Al cruzar el lugar, Jace pasó sus dedos sobre

una de las puntas ondeadas de las lanzas con el rostro completamente absorto, lo cual Tian notó.

—Mira cómo la curva de cada cuchilla es idéntica —le dijo—. La habilidad de estos herreros es inigualable en toda China.

—¿Dirías que son *qiang* o *mao*? —preguntó Jace.

Tian quedó sorprendido.

—¿Quizá *mao*? Pero tendrías que preguntarle a los herreros. ¿Conoces las armas chinas?

—Jace conoce todas las armas —le dijo Clary con un profundo tono de sufrimiento, pero le sonrió.

Alec siguió a Tian al interior y esperó ver brillantes paredes repletas de armas con lujosas fundas de exhibición. A pesar de lo mucho que molestaba a Jace por la obsesión que tenía por las armas, sintió un cosquilleo lejano en la parte trasera de su mente al pensar en los arcos fabricados por hadas, ¿y qué no los látigos de cadena eran un arma tradicional china en las artes marciales? Tal vez podría darle un regalo a Isabelle.

Sin embargo, dentro del lugar no vio armas preciosas ni en exhibición... en realidad, no había una sola arma. En su lugar, un anciano y una anciana muy pero muy viejos estaban sentados en unos bancos en una habitación de piedra completamente vacía e iluminada por unos braseros. Entre ambos, había un fuego latente y resguardaba un caldero de arcilla que la mujer giraba con rapidez.

Los cazadores de sombras entraron en la habitación y miraron a su alrededor completamente confundidos.

El hombre y la mujer levantaron la mirada.

—¡Ah, Tian! —dijo la mujer—. Estos deben ser tus amigos.

—¡Escuchamos que irán a Diyu! —exclamó el hombre.

—Ya decidimos *no* hacer eso —respondió Alec de manera precipitada—. Está fuera de discusión.

—Mo Ye, Gan Jiang, me gustaría presentarles... —comenzó a decir Tian y luego tomó una larga respiración y nombró a todas las personas presentes de derecha a izquierda, sin detenerse una sola vez. Alec quedó impresionado—. Todos —prosiguió—, ellos son Gan Jiang y Mo Ye, los mejores herreros hada en la actualidad.

—¡Tonterías! —espató Gan Jiang—. *También* somos mejores que todos los que han muerto.

—¡Supimos que se involucraron con un Svefnthorn! —les dijo Mo Ye con mucho interés—. También tenemos otro Svefnthorn en alguna parte de la bodega, si lo quieren.

—No, no es cierto —dijo Gan Jiang—. No le hagan caso. La última vez que vimos ese Svefnthorn, Shanghái ni siquiera *existía*. Se encuentra en algún lugar enterrado debajo de una montaña, ¿pero quién sabrá dónde? Yo no lo sé y ella tampoco, eso lo juro.

—Em, honorables... lo siento, no conozco la terminología correcta —le dijo Magnus—, pero dijeron algo sobre «aquel con cadenas» ¿y que debía armarme? Y, bueno... —Comenzó a desabotonar su camisa.

—¡Detente! —exclamó Mo Ye—. No necesitas desnudarte. Ya lo sabemos. Toma esto. —Metió su mano en el caldero de arcilla que estuvo girando hacía unos segundos antes con ambas manos y de él sacó dos espadas, era imposible que ambas pudieran haber entrado en esa cosa. Aunque, Alec consideró que por el humilde lugar en el que todos se encontraban, estas hadas no podían resistirse a realizar un gran espectáculo.

Mo Ye apoyó las espadas sobre el caldero de arcilla. A simple vista, era obvio que eran armas mellizas, con la misma longitud y diseño, pero el color de la cuchilla era completamente diferente: una era de un profundo color obsidiana oscuro, el mango resplandecía con un metal blancuzco y la otra estaba al revés, su mango era completamente negro y su cuchilla se bañaba en blanco.

Magnus las observó y luego miró a las hadas.

—No soy bueno con las espadas —les dijo.

—No son *espadas* —mencionó Gan Jiang—. Son dioses.

—Son llaves —añadió Mo Ye.

—No quiero ofenderlos —intervino Jace—, pero en verdad se ven como espadas.

—Heibai Wuchang —explicó Gan Jiang—. La Impermanencia Negra y la Impermanencia Blanca.

—Ellos guían las almas de los muertos a Diyu —susurró Tian, atónito.

—*Lo hacían* —le dijo Mo Ye—. Hasta que su amo, Yama, fue destruido.

—Se refieren a Yanluo —continuó susurrando Tian.

—Lograron huir de Diyu, libres y rotos... —dijo Gan Jiang.

—Hasta que los encontramos y los convertimos en espadas —finalizó Mo Ye—. Las necesitarás —le dijo a Magnus—, para guiar tu alma por Diyu.

—Vuelvo a decir —espetó Alec—, que no estamos realmente seguros de si iremos a Diyu. Intentamos evitar lo más que se puede las dimensiones demoníacas.

Gan Jiang le sonrió como si fuera un niño.

—Y tú las necesitarás si es que quieres volver a salir.

Magnus titubeó.

—Soy un hombre de muchos talentos, pero definitivamente *no* soy un as en el combate con espadas.

—Y yo te digo que cuando llegue el momento, no las usarás para matar —le dijo Gan Jiang. Miró al grupo con el ceño fruncido—. Tú, brujo, debes poseer misericordia y castigo, la espada blanca... —Mo Ye tomó Impermanencia Blanca y se colocó detrás de Magnus, donde comenzó a atarla rápidamente a su espalda de manera elegante con una correa y una vaina. Alec le sonrió a Magnus, quien de inmediato adoptó una expresión neutral que siempre utilizaba cuando un sastre ponía alfileres en su ropa para ajustarla.

—Y tú, nefilim, llevarás la negra —Gan Jiang le ofreció el mango de Impermanencia Negra a Alec.

Alec estuvo a punto de alegar «¿Por qué debo ser yo quien dé el “castigo”?» pero en el momento en que su mano se cerró en la espada, la habitación, los herreros y sus amigos desaparecieron y se encontró en un lugar diferente.

Una oscura planicie desprovista de vida se extendía al infinito hacia un horizonte vacío. Sobre este, había un cielo rojo donde un enorme sol era tan oscuro como la sangre.

En la planicie estaba Magnus. O lo que fuera en lo que Magnus se había convertido.

No era un monstruo, no realmente. Tampoco parecía un animal o un demonio. Pero había crecido a una altura atemorizante y cuando bajó la mirada hacia Alec, sus ojos eran completamente blancos y no mostraron señal alguna de haberlo reconocido.

El gigante Magnus extendió sus brazos al cielo y Alec pudo ver las cadenas de hierro unidas a las picas de metal clavadas en cada una de sus palmas. Las cadenas se desvanecían a espaldas de Magnus en una tormenta de humo y llamas que formaban un sendero detrás suyo.

Magnus todavía tenía la libertad de moverse para poder unir sus dos manos. Unos rayos de magia color rojizo casi rosa comenzaron a resplandecer y chisporrotear de manera descontrolada y comenzó a fusionarse entre sus palmas; Alec sintió que la tierra empezaba a temblar y el poder comenzó a converger.

Sostuvo a Impermanencia Negra frente a sí y comprendió, sin lugar a dudas, que solo él podría empuñar esa espada. Solo él podría infringir el castigo, si las circunstancias terminaban así. Si Magnus quedaba corrompido por la espina, por Sammael.

Y entonces, con tan solo pensar en esa versión de Magnus, con todas sus emociones desvanecidas, con tanto poder ardiendo en su interior, blandiendo solo la espada de la justicia... era un poco terrorífico.

Mantuvo la espada frente a sí, apuntando al dios corrompido que una vez fue Magnus y mantuvo su voz clara cuando dijo:

—Magnus, si sabes quién soy, háblame.

Y entonces regresó a la habitación de piedra. Gan Jiang lo miraba con un profundo interés en sus ojos.

—Claro que sé quién eres —le dijo Magnus con preocupación en su voz—. ¿Estás bien?

Alec miró a Gan Jiang y luego asintió.

—Está bien —dijo el hada—. Creo que tuvo un momento especial con la espada.

—Algo me dice que tu esposo fue puesto a prueba —Mo Ye le dijo a Magnus con entusiasmo en su voz—. ¡Buenas noticias! Pasó.

Magnus miró a Alec con preocupación pero también interés.

Alec sintió que se sonrojaba.

—No estamos casados —lo dijo como si fuera una disculpa mientras enfundaba la espada en su espalda.

—*Todavía* no están casados —puntualizó Isabelle.

Gan Jiang soltó una carcajada.

—¿Acaso ves algún anillo en *nuestras* manos? Y a pesar de todo, Mo Ye y yo hemos estado casados desde antes de que el mar fuera salado. —Se inclinó más cerca de Alec—. Quédate con él —le dijo en un tono de camaradería.

—Es lo que planeo —respondió Alec.

—¡Excelente! —bramó Gan Jiang—. Ahora deben irse. Cerraremos para cenar.

Pasó tan abruptamente que todos se quedaron de pie e inmóviles como brutos por un momento.

—¿Acaso no escuchan? —dijo Mo Ye—. ¡Largo! ¡Está cerrado! ¡Los necesitan en el Mercado!

Corrieron a Magnus y a los cazadores de sombras del lugar y estuvieron de vuelta en la calle. De alguna manera, en el poco tiempo en el que estuvieron en la herrería de las hadas, el sol había descendido por debajo de los edificios y el atardecer estaba en su punto máximo. Un resplandor naranja pasó sobre los edificios y los árboles, y una brisa fresca se abrió camino gentilmente, llevando consigo la esencia de las flores y la comida de los puestos cercanos del Mercado de Sombras.

La puerta se cerró de golpe y Alec escuchó el sonido de varias cerraduras y pernos.

—Esa visita resultó sorprendentemente familiar a lo que pasa cuando veo a mis abuelos —mencionó Simon después de un rato—. Excepto que ellos nos habrían dado comida.

—¿Qué pasó ahí adentro, Alec? —preguntó Jace.

—Tuve una visión —respondió Alec con lentitud.

—¿Una visión de qué? —dijo Isabelle.

—De lo que podría pasar si fallamos en detener a Sammael, creo.

—¿Te dieron alguna pista? ¿Sobre lo que deberíamos hacer? —preguntó Jace.

Alec miró a Magnus.

—No fallar.

—Está bien —dijo Jace—. Investigamos y tenemos espadas. ¿Cuál es nuestro próximo paso?

—Las señales indican que necesitamos saber más sobre Diyu —respondió Isabelle—. Podemos comenzar a buscar los lugares posibles en donde podría estar ubicado el antiguo Portal. ¿Qué dices, Tian?... ¿Tian?

Todos miraron a su alrededor. Tian en definitiva estuvo con ellos en la herrería, pero ya no estaba. Alec se dio cuenta que no había visto al joven cazador de sombras desde que les entregaron las espadas.

Hubo una explosión de luz en el cielo sobre la plaza central del Mercado. Un pantallazo morado pasó ante los ojos de Alec, parpadeó e intentó borrar esa visión. A un par de metros, alguien comenzó a gritar.

\* \* \*

NO LLEVABAN ARMAS SUFICIENTES. Tampoco usaban su equipo de combate. No se habían puesto runas de combate. Magnus tenía una de las únicas dos espadas que llevaban y no había blandido un arma parecida en décadas. De hecho, ni siquiera sabía cómo desenvainarla de la complicada funda que la sujetaba a sus hombros y que Mo Ye fue responsable de asegurar.

Sin embargo, todos se dirigieron al Mercado.

El lugar era un caos. Los subterráneos huían a diestra y siniestra en todas direcciones, en busca de un refugio o para escapar. Las rejillas y lonas de los puestos del Mercado se cerraron de golpe. Unas siluetas visibles por la tenue luz del cielo, se movían por todos lados; Magnus ni siquiera sabía lo que estaba sucediendo. Más allá de donde se encontraban, un destello oscuro explotó como un círculo que partió el cielo en dos. Casi era del tamaño de toda la plaza. Y de ese círculo emergieron demonios.

—Es un Portal —dijo Isabelle, su cabello flotaba en sintonía con el viento.

—Un Portal *dimensional*—gritó Clary sobre el ruido del caos—. No es uno común, este se dirige a otro mundo...

*Diyu*. Todos lo sabían y no tuvieron que decirlo, incluso antes de que Ragnor y Shiyun aparecieran del Portal y flotaran sobre el aire, alzando ambos brazos y una magia rojiza chisporroteara de sus dedos. Era del mismo color del que la magia de Magnus se había convertido.

Magnus levantó su mirada hacia el Portal. No podía ver nada más allá de él, solo habían nubes tan oscuras que eran casi negras. Unas largas cuerdas de seda emergían de algún lugar de su interior y de ellas, se deslizaban unas esferas gris oscuro del tamaño de unos perros enormes. Mientras llegaban a tierra firme, desplegaron sus cuerpos y resultaron ser arañas gigantescas —esto no les sorprendió a nadie dado el día que habían tenido—.

Magnus le dio a Alec una mirada de soslayo. Alec no era el fan número uno de las arañas y Magnus había pasado increíbles momentos de diversión ante su incapacidad de deshacerse de las arañitas más pequeñas que aparecían en su departamento, a pesar de ser un reconocido guerrero con sangre angelical.

En ese momento, Alec desenvainó Impermanencia Negra y apretó su mandíbula.

—Veamos qué tan bien funcionan estos dioses o llaves como unas simples y aburridas espadas.

Magnus comenzó a invocar su magia en sus manos y se quedó algo conmocionado al ver que era del mismo color que la de sus enemigos. Su concentración se vio comprometida por la grave voz de Ragnor que retumbó sobre todo el caos.

—¡El gobernante de Diyu está sobre ustedes! ¡Las cortes los han juzgado indignos y sufrirán las torturas de la muerte!

Simon se quedó helado, miraba con horror a todas las arañas que caían sobre ellos. Detrás suyo, la bruma de la niebla anunció la llegada de los demonios ala, que arremetieron con un grito agudo, dispuestos a perseguir a los subterráneos por los callejones estrechos del Mercado. Una manada de sabuesos del infierno aparecieron de la nada y acorralaron a una familia de pixies. Magnus estuvo a punto de gritarle a Simon cuando Jace pasó junto a él blandiendo dos de las lanzas con punta curva que se encontraban en la cerca fuera de la herrería, una en cada mano.

—¡Deja de soñar, Lewis! ¡Lo siento, Lovelace!—le gritó y Simon salió de su ensimismamiento en el momento justo para atrapar una de las lanzas. Pareció que tomó un segundo para retomar la compostura y entonces él y Jace arremetieron contra los sabuesos del infierno, como equipo. Los colmillos de un sabueso soltaron a un niño en el momento en que la lanza de Jace se clavó en uno de sus costados. El perro demoníaco soltó un aullido y cayó al suelo; el resto de los sabuesos se volvieron para enfrentarlo, sus ojos eran rojos y mostraban el interior de sus hocicos con un gruñido amenazante que dejaba a la vista una filosa hilera de colmillos.

El líder de los sabuesos cayó muerto, abatido por Simon. Otro sabueso gruñó y arremetió contra Jace, quien respondió con un movimiento grácil donde solo tuvo que agacharse y usar el mango de la lanza, para utilizar el propio impulso del sabueso y hacerlo chocar directamente contra una ventana.

Demonios Xiangliu comenzaron a rodear a Jace y Simon, pero Clary apareció como un rayo para cubrirlos. Se deshizo de ellos con el resplandor de su cuchillo serafín, arremetiendo sin parar, era como un destello de luz en la bruma. En un momento se detuvo y cruzó una mirada con Magnus, entonces levantó su vista hacia los brujos que estaban sobre ellos. Magnus comprendió lo que significaba... debía volar hacia donde se encontraban y confrontarlos, justo como lo hizo fuera del Instituto. Aunque en esta pelea, nadie tenía un arco y quedaría expuesto mientras estuviera en el cielo, solo podría protegerlo su magia.

Mientras tanto, un grupo de arañas demoníacas atacaron a Isabelle haciendo que aterrizara sobre la lona de un puesto. Solo contaba con un cuchillo serafín y no tenía un *parabatai* que le cubriera las espaldas. Las arañas percibieron su vulnerabilidad y arremetieron. Isabelle dio un giro y pateó a una de las criaturas haciendo que saliera volando, pero el movimiento le hizo perder el equilibrio y cayó sobre el puesto, el cual colapsó sobre ella y las arañas.

Magnus soltó un grito y corrió hacia ella, pero no tenía nada de qué preocuparse. El cuerpo de una de las arañas apareció de la nada de todo el derrumbe, empalada como un kebab en un tubo de acero inoxidable que solía ser parte del puesto colapsado. Isabelle apareció blandiendo el tubo como si fuera una lanza medieval y se deshizo de dos arañas más. Ahora lo usaba frente a su cuerpo, este mantenía a las arañas al margen y con su mano libre, desenvainó su cuchillo serafín de su funda y soltó un comando.

—¡Nuriel!

El cuchillo serafín resplandeció. Isabelle giró con su cuerpo entero y se posicionó para atacar a las arañas, lo cual las hizo retroceder, en ese momento apareció Alec blandiendo Impermanencia Negra. El icor llovió por todas partes.

Shinyun aterrizó en medio de los demonios y formó una gigantesca bola de fuego, que dirigió hacia Jace, Clary y Simon, quienes se encontraban luchando espalda contra espalda. Sin pensarlo por un segundo, Magnus se interpuso entre sus amigos y la bola de fuego; el orbe en llamas se estrelló contra él, que desapareció y pareció hundirse en su pecho. Clary lo notó y sus ojos mantuvieron una expresión anonadada.

—¿Por qué haces esto? —Magnus le gritó a Shinyun—. ¡Ellos son subterráneos! ¡Son tu gente!

Shinyun se volvió hacia él con su mirada impasible.

—¡Presencia —espetó—, el comienzo del nuevo y permanente camino hacia Diyu! — Descendió una de sus manos, la siguió el resplandor de una llama rosa y más demonios araña salieron de sus dedos—. *Zhizhu-jing*, ¡hermanas mías! ¡Ahora este es su mundo! ¡Prepárenlo



para su nuevo señor!

—¡No! —bramó Magnus y arremetió contra las arañas. Atacó a una con un fuerte golpe de su mano, el cual aterrizó con un sonido *viscoso* en el interior de las entrañas del demonio. Abrió su puño dentro del cuerpo del demonio y entonces, la criatura explotó. Miró a Shinyun y se sorprendió al ver que estaba asintiendo de manera aprobatoria. Esto solo hizo que Magnus se enfureciera más, sujetó a otra araña con ambas manos y al unir sus dos palmas, la aplastó como un melón.

Se quedó quieto, sus manos estaban temblando, no podía creer lo que había hecho. Ni siquiera aplastaba a las arañas comunes que aparecían en su departamento. Sin embargo y si era sincero, merecían ese castigo casi de la misma manera en que los demonios lo recibían.

—¡Magnus! —La voz de Alec sonaba muy lejana—. ¿Puedes cerrar el Portal?

—Estoy ocupado lidiando con unas arañas —murmuró para sí mismo. Una giró su cuerpo hasta llegar a él y Magnus dejó caer su pie sobre el demonio, aplastándolo. Quedando fuera de peligro por un momento, levantó la mirada hacia el Portal y levantó sus manos, apuntando a los bordes del artefacto con su magia y esperó poder cerrarlo.

De un momento a otro, Ragnor apareció sobre él y comenzó a descender rápidamente. Sin contar su sueño, era la primera vez que Magnus lo veía desde aquella noche en su departamento —¿en verdad eso sucedió hacía un par de días?—, Ragnor parecía completamente cambiado desde ese entonces. Sus ojos que normalmente eran oscuros y amables, resplandecían a un par de metros de él y sus cuernos habían crecido y tenían una forma más curva. Habían comenzado a salir picos de sus cuernos y cuando Ragnor levantó sus manos, Magnus notó que eran más grandes de lo normal y que terminaban en unas garras negras.

—Ni lo intentes —dijo Ragnor en un tono de burla—. Nunca lo cerrarás. No desde este lado.

Magnus lo ignoró y se concentró en las líneas que ataban al Portal a este mundo. Apretó los dientes al sentir que la magia lo recorría en torrentes desde el nudo en su corazón y cruzaba por las cadenas que tenía en sus brazos, para emerger de sus palmas.

—No tiene nada que ver con el poder —le dijo Ragnor y casi sonó como su antiguo yo cuando le daba una lección a Magnus sobre los procedimientos mágicos y su teoría—. Esta es una magia diferente. Una magia más antigua.

»Debes saber que esto es tu culpa —prosiguió, se notaba que estaba de humor para charlar—. Que abriéramos el Portal en este lugar. Pudimos escoger cualquier otro lugar, pero una vez que nuestro señor supo que estaban en el Mercado, bueno, no pudimos resistirnos.

—¿Yo? —preguntó Magnus.

—Todos ustedes —respondió Ragnor en un tono alegre que contrastó terriblemente mal con su personalidad—. Especialmente los cazadores de sombras. La Serpiente les tiene un

afecto singular. Quiere que todo el submundo sepa que los nefilim no podrán protegerlos de ninguna manera.

—Pues parece que hacen un trabajo decente —le dijo Magnus—. Ragnor, ¿qué te pasó? ¿Por qué te aliaste con ese... ni siquiera es solo un demonio, sino el peor de toda la existencia humana? Huiste para esconderte de Sammael y ahora es tu mejor amigo. No tienes que hacer esto. No *tienes* que hacer nada. Tú me enseñaste eso.

Por primera vez, Ragnor pareció titubear. Magnus lo presionó.

—Abandona a Sammael. Deja Diyu. Ven conmigo. Podemos protegerte...

Pero Ragnor negó con la cabeza.

—No lo sabes —respondió—. No sabes lo que se siente, estar ante su presencia. Ya sentiste la espina, pero no has sentido cuando es su mano la que la blande.

—Podemos revertir el efecto —insistió Magnus—. Iremos al Laberinto Espiral. Buscaremos a Catarina y a Tessa... —Se calló. Ragnor sonreía, sus dientes eran completamente visibles, lo cual era lo contrario al brujo que él conocía.

—Magnus —le dijo—. Es demasiado tarde para mí. —Posó su mano en el pecho de Magnus sobre la herida en forma de X—. Es demasiado tarde para ambos. Es solo que tú todavía no lo aceptas. —Miró al Portal en el cielo infestado de demonios y a la tormenta que punzaba con su color antinatural como si fuera sangre arterial—. Puedes cerrar el Portal desde el otro lado —continuó—. Desde Diyu. Pero no desde aquí.

Su presencia desapareció en un abrir y cerrar de ojos, ascendiendo al cielo de manera tan veloz que Magnus apenas lo vio irse. Magnus tenía más cosas que quería decirle, pero ahora que ya no estaba, podría volver su atención a los cazadores de sombras. Estaban luchando pero los números estaban en su contra. Los cinco quedaron reunidos en el centro de la plaza y estaban espalda contra espalda, y tan rápido como derrotaban a los demonios, llegaban más a reemplazar su lugar.

Magnus corrió hacia ellos... en dirección a sus amigos y hacia el amor de su vida. Sintió el peso inusual de Impermanencia Blanca en su espalda; ¿cómo era que los cazadores de sombras cargaban esos pesados pedazos de metal a cualquier parte y a cualquier hora? Alec empuñaba a Impermanencia Negra frente a sí, destruyendo a los demonios Baigujing. Magnus ni siquiera los vio aparecer en la batalla. Alec gritó el nombre de Magnus y levantó la espada.

La magia golpeó el pecho de Magnus como un animal salvaje atrapado en una jaula. Se preparó para sentirla recorrer las cadenas en sus brazos como las veces anteriores, pero se le ocurrió una idea. Se concentró, sintió el peso de Impermanencia Blanca en su espalda y permitió que su poder fluyera de su corazón hasta su columna vertebral, y de su espalda hasta su cuello, a la punta filosa de la espada.

Con el retumbante sonido de un trueno, fluyeron rayos carmesí del filo de la espada.

Encontró a su melliza y pasó su poder a Impermanencia negra en el momento en que Alec la sostenía. Los lazos de magia ardieron por los rayos y los demonios retrocedieron. El atardecer se iluminó con una luz infernal roja... pero esa fue la luz que los salvó.

Los demonios que estuvieron cerca del poder de los rayos, terminaron formando una onda de vapor. Los otros se incendiaron y huyeron, aullando en agonía. Los rayos se detuvieron y por un momento, todo se quedó en calma y silencio. A lo lejos y sobre él, Magnus notó unos rastros de luz: Ragnor y Shinyun estaban descendiendo con la velocidad más rápida que su magia les podía permitir.

Magnus se reunió con los otros cazadores de sombras, quienes se mantuvieron unidos en un círculo y todavía blandían sus armas.

—¡Escúchenme! —exclamó—. Necesito cerrar el Portal desde el otro lado. Desde Diyu. Es la única manera de hacerlo.

Alec lo miró, aturdido.

—Voy contigo. No está a discusión.

—No —le dijo Magnus, pero en los ojos de Alec vio la ferocidad y firmeza de su decisión—. Pero Max...

—Magnus —espetó Alec con firmeza—. Este es *mi trabajo*. Es *nuestro trabajo*. Iremos. Salvaremos a todas estas personas. Y *cerraremos* el Portal.

—Todos iremos —anunció Jace. Su rostro estaba cubierto de tierra y sangre, pero sus pálidos ojos dorados resplandecieron—. Tampoco está a discusión. Y luego, todos regresaremos.

—Es posible —repuso Simon—. ¿Pero qué más da una ir a una segunda dimensión infernal?

—No podemos ir todos —protestó Clary—. No podemos abandonar el Mercado estando bajo ataque por todos estos demonios.

Magnus señaló algo.

—Por suerte, al fin ha llegado la caballería.

Todos voltearon hacia donde apuntaba. En las esquinas de la plaza y más allá de la sombría luz azul del atardecer, notaron que el resplandor de los cuchillos serafín comenzaba a aparecer poco a poco. Ragnor y Shinyun dejaron de descender, seguían a una altura bastante alta y lejana del suelo, así que se movieron con mucha cautela para enfrentar a los nuevos inquilinos.

—Alguien encontró al Cónclave —mencionó Isabelle en un tono de alivio—. Gracias al Ángel.

—Tal vez Tian fue por ellos —dijo Jace—. ¿Está por ahí?

—Podríamos quedarnos y luchar con ellos hasta que ganemos —sugirió Simon.

Magnus negó con la cabeza y se sorprendió al ver que Alec hacía lo mismo.

—Tenemos que cerrar el Portal o nadie más podrá hacerlo —respondió él.

«Y no queremos responder preguntas sobre mí o Ragnor», pensó Magnus e intercambió una mirada con Alec, y él asintió.

—Pero, ¿cómo llegamos hasta allá? —preguntó Isabelle, volviendo su rostro hacia el enorme hoyo en el cielo.

—No sé si se han enterado —les dijo Magnus—, pero mi magia incrementó su poder en gran medida. —Retrocedió un paso y luego los miró a todos—. Aquí vamos —dijo—. Todos, júntense un poco más. Como si nos fuéramos a tomar una foto.

Los cazadores de sombras lucieron un poco confundidos pero hicieron lo que dijo, se acercaron lentamente los unos con los otros hasta que terminaron muy unidos. Ahora todos se encontraban de pie sobre la misma losa. Detrás de ellos, los cuerpos de los cazadores de sombras comenzaron a luchar contra la horda de demonios. Magnus intentó buscar a Tian entre ellos, pero no pudo encontrarlo.

Regresó su atención a su tarea inicial, extendió ambas manos y con un poco de esfuerzo, levantó la losa del suelo. Hizo un horrible ruido triturante, sin embargo, una vez que salió, se elevó con facilidad por el aire, levitando a los cazadores de sombras a casi un metro del suelo. Pedazos de grava y concreto cayeron en pedacitos, pero la losa se mantuvo firme en una sola pieza.

—Bien —dijo Magnus—. Iré detrás de ustedes. Su trabajo es no caerse.

No quería mirar. Cerró los ojos y se agachó, permitiendo que el peso de la losa y el de sus cinco ocupantes se asentara en los cimientos de su propia magia.

—¡Empújala con tus piernas! —sugirió Clary.

—Por favor avísenme cuando esto se termine —rogó Simon.

Magnus sintió que su magia crepitaba en su cuerpo. Era demasiado. Y se sentía... asombroso. Atemorizante, pero asombroso.

Creó una fuerte ventisca que lo rodeó y también a los cazadores de sombras. Aumentó su fuerza y rapidez en segundos, haciéndose más grande. Magnus esperó hasta que fue lo suficientemente poderosa... y entonces se dio cuenta que se estaba saliendo de control.

Notó que sus amigos comenzaron a preocuparse en el momento en que el viento se volvió más rápido y fuerte de lo que él pretendía. De la nada, se convirtió en un pequeño tornado en lugar de la controlada ráfaga que pretendía formar. Se comenzaron a formar rayos resplandecientes en los bordes del tornado, esta vez eran de un furioso color rojo. Alec gritó el nombre de Magnus, pero no pudo escucharlo por todo el ruido que había.

Era ahora o nunca. Magnus se rindió ante su poder y con un resonante grito, hizo volar a los cazadores de sombras sobre la losa en dirección al aire. En segundos, estuvo detrás de ellos, impulsado por el ciclón que rugía vorazmente mientras se elevaba hacia el Portal.

La losa de concreto giró y se ladeó, y Magnus vio a sus amigos caer de ella. Clary logró atrapar el brazo de Simon y los dos dieron varias volteretas, conectados pero sin control alguno.

Los cinco desaparecieron dentro del Portal, seguidos de la losa, la cual se quebró en restos de grava que llovieron sobre Magnus mientras se elevaba en el cielo.

Su impulso lo llevaría directo al Portal sin importar la circunstancia y estaba determinado a enfrentar la situación. Hizo un movimiento repentino con su cuerpo a mitad de su vuelo que provocó que cambiara de dirección, estiró ambas manos para apuntar a Ragnor con una y a Shinyun con la otra. El viento los atrapó y esos dos también salieron volando en dirección al interior del Portal, su control propio tampoco fue mejor que el de Magnus.

Dando volteretas en el aire, los tres brujos siguieron a las rocas y a los neflim por la grieta entre ambos mundos. El Portal brillaba como la luz que provenía del pecho de Magnus.

Y entonces una oscuridad los cubrió por completo, era más densa que cualquier luz. Vio nubes de humo y lo recorrió frío viento, después ya no hubo nada.

PARTE III

Diyu



# CAPÍTULO ONCE

## LA PRIMER CORTE

*Traducido por Freya  
Corregido por Samn*

CIENTOS DE AÑOS ATRÁS, Magnus se encontraba en la Ciudad de Hueso con insomnio, rodeado de Hermanos Silenciosos. Tanto entonces como hoy en día, la paz parecía algo imposible.

La madre de Magnus se suicidó por culpa de lo que era. Su padrastro intentó asesinarlo por ello. Y Magnus asesinó a su padrastro. En realidad no recordaba lo que pasó después. Perdió la razón, sus poderes estuvieron fuera de control, era un niño perdido con tanto poder, magia e ira en su pecho. Recordó que casi murió de sed en un desierto. Recordaba un temblor, un derrumbe y gritos. Cuando vinieron los Hermanos Silenciosos, llegó hasta ellos tambaleándose, abriéndose paso entre las piedras que caían en picada, hasta que llegó a sus encapuchadas figuras, sin saber si le enseñarían o lo matarían.

Se lo llevaron, pero aún protegido su ciudad de paz y silencio, soñaba con su padrastro en llamas. Sufría y necesitaba ayuda, pero no tenía idea de cómo pedirla.

Los Hermanos Silenciosos contactaron al brujo Ragnor Fell para que los auxiliara con el pequeño brujo rebelde.

Magnus recordaba su llegada con cada detalle. Estaba acostado sobre su cama en la escueta habitación de piedra que le dieron los Hermanos Silenciosos. Hicieron lo que pudieron, incluso encontraron una suave y colorida cobija, y un par de juguetes para convertir un poco más acogedor el lugar. Sin embargo, todavía le incomodaba estar ahí, sobre todo porque los Hermanos Silenciosos le daban miedo. La amabilidad que le habían mostrado contrastaba bastante con sus aterradores rostros sin ojos, hasta intentaba parar sus escalofríos cada vez que entraban en la habitación.

Cuando al fin se estaba acostumbrado a los monstruos que lo cuidaban, un nuevo entró.

Escuchó el chirrido de la puerta al abrirse, era acero sobre piedra.

—Vamos, niño —le dijo una voz desde la entrada de su celda—. No empieces a llorar.

«Un demonio», pensó el chico, aterrado; un demonio como lo que sus padres le dijeron que era: piel verde como el musgo sobre un sepulcro, cabello tan blanco como el hueso. Cada uno de sus dedos tenían una articulación de más y se curvaban grotescamente en forma de garras. Magnus se sentó rápidamente, dispuesto a defenderse, era tan solo un pobre preadolescente atrapado en el veloz cambio de dar el estirón en su poder, sus miembros eran débiles, pero la magia brotó de forma amenazante de su interior.

Rangor solo tuvo que levantar una de sus extrañas manos y la magia de Magnus se convirtió en humo azul, ahora era una inofensiva llama de color en la oscuridad.

Ragnor puso los ojos en blanco.

—Es de muy mala educación mirar fijamente a la gente.

Magnus no creyó que este ser extraño hablase su idioma, pero el malayo de Ragnor era suave y fluido, aunque acentuado.

»Así que eres maleducado y sucio, te urge un baño. —Suspiró con pesar—. No puedo creer que haya accedido a esto. Niño, mi primer lección para ti, es nunca jugar a las cartas contra un Hermano Silencioso.

—¿Qué... qué eres? —preguntó Magnus.

—Yø soy Ragnor Fell. ¿Qué eres tú?

Magnus tardó en encontrar fuerza en su voz.

—Él dijo... ella me llamó... ellos dijeron que estaba maldito.

Ragnor se acercó a él.

—¿Y siempre permites que los demás definan lo que eres?

Magnus se quedó callado.

—Porque siempre lo van a intentar —le dijo—. Posees magia, al igual que yo.

Magnus asintió.

»Bueno, entonces —continuó Ragnor—, te contaré las cosas más importantes que debes saber. La gente tratará de controlarte por tu poder. Tratarán de convencerte de que lo hacen por tu propio bien. Debes cuidarte mucho de ellos. —Magnus desvió la mirada de Ragnor al pasillo que estaba afuera de su habitación—. Sí. Hasta los Hermanos Silenciosos te ayudan por interés propio. Los cazadores de sombras necesitan brujos amistosos, incluso si desean no hacerlo.

—¿Es malo? —preguntó Magnus en un susurro—. ¿Que me estén ayudando?



Ragnor vaciló.

—No —respondió—. No eres su responsabilidad y no tienen idea de lo que te convertirás. Eres muy afortunado de haber nacido en una época en la que a los cazadores de sombras les agradan los brujos, a comparación de las épocas en las que nos cazaban como deporte.

—Así que es peligroso tener magia —concluyó Magnus.

Ragnor soltó una risita.

—La vida es tremendamente peligrosa, no importa si posees magia o no —le dijo—, pero sí, especialmente para gente como nosotros. Los brujos no envejecemos como los otros humanos, pero no importa, normalmente morimos jóvenes. Porque nos abandonan nuestros padres humanos. O los mundanos nos queman en la hoguera. Porque nos ejecutan los cazadores de sombras. Este no es un mundo seguro, pero bueno, tampoco conozco un mundo así. Tienes que ser fuerte para sobrevivir en cualquiera de ellos.

—¿Cómo fue... cómo fue que sobreviviste? —tartamudeó el chico que se convertiría en Magnus.

Ragnor se acercó y se sentó en el frío suelo de tierra junto a Magnus, sus espaldas quedaron recargadas contra una pared de cráneos amarillentos. La espalda de Ragnor era ancha y la de Magnus estrecha, pero él trató de sentarse tan erguido como Ragnor.

—Tuve suerte —admitió Ragnor—. Así es como sobreviven la mayoría de los brujos. Somos los afortunados... los que fuimos amados. Mi familia eran mundanos con la Visión que sabían un poco de nuestro mundo. Creyeron que un niño verde podría ser un niño cambiado por las hadas y no cambiamos de idea sino hasta después. E incluso cuando lo descubrieron, me siguieron amando.

Los Hermanos Silenciosos hablaron con Magnus en su mente, le enseñaron un poco del origen de los brujos, cómo fue que los demonios irrumpieron en el mundo, forzando o engañando humanos a tener hijos suyos.

—¿Y qué hay de tu padre?

—¿Mi padre? —repitió Ragnor—. ¿Te refieres al demonio? Esa cosa no es mi padre. Mi padre me crió. El otro, el demonio, no tiene nada que ver conmigo.

»Sé que no fuiste uno de los afortunados —continuó él—. Pero somos brujos. Vivimos eternamente y eso significa que tarde o temprano, estaremos solos. Cuando los demás nos llaman engendros del demonio o tratan de utilizar nuestro poder para sus propios fines, nos envidian, nos temen o solo se mueren y nos abandonan, nosotros somos quienes decidimos en qué nos convertiremos. Los brujos nos autonombramos, antes de que alguien más pueda hacerlo.

—Escogeré un nombre —afirmó el chico.

—Entonces sin duda nos conoceremos mejor. —Miró a Magnus de pies a cabeza—. Tu segunda lección: los Hermanos Silenciosos no necesitan ducharse o lavar sus ropas, pero tú sí. La verdad es que sí.

El chico rio.

—Mantengámonos impecablemente limpios de ahora en adelante, ¿de acuerdo? —sugirió Ragnor—. Y por el amor de Dios, usa ropa elegante.

Años después, Ragnor le diría que desearía no haber ido nunca a la Ciudad de Hueso ese día y que nunca pretendió que Magnus se tomara tan a pecho lo de la ropa. Y claro, nunca previó la invención del maquillaje con diamantina.

Magnus llegó a esperar encontrar paz en la Ciudad Silenciosa, pero ahora comprendía que tal paz era imposible. Tan solo podía hacer preguntas. Esperaba que Ragnor pudiera darle algunas respuestas y después, Magnus elegiría su propio nombre.

\* \* \*

—¡MAGNUS!

Alec escuchó su propia voz, resonando a través del vacío espacio que se extendía a su alrededor por encima suyo.

El infierno estaba vacío.

Alec estaba tirado en el suelo, sin aliento pero al menos consciente. Se había desmayado al caer en el Portal y no tenía idea de cuánto tiempo había pasado. Se paró apoyándose sobre sus codos, esperando que le doliera su cuerpo, pero parecía estar ileso.

No había nada encima de él. El cielo carecía de estrellas, o lunas o nubes... no, ni siquiera había un cielo. No había fondo o distancia, ni sombras ni colores, tan solo un mar de vacío claustrofóbico uniforme de horizonte a horizonte.

Parpadeando, se sentó y miró a su alrededor. Estaba en una vasta y vacía extensión de piedra gris, llana pero irregular, con grandes fisuras aquí y allá. Se abría paso, desierta en todas direcciones, amorfa y desolada. Los otros cazadores de sombras estaban dispersos a su alrededor, todos a una distancia no mayor a unos quince metros aproximadamente. Y claro, Jace ya se estaba levantando y de alguna milagrosa forma, se las había arreglado para mantener su agarre en la lanza que tomó de la herrería. Los demás también comenzaban a ponerse de pie. Por suerte, nadie parecía estar herido.

Magnus estaba de pie a un par de metros de distancia de todos, mirando al cielo. Alec siguió su mirada y vio una conversión de magia en el cielo, envuelta y caótica, como una herida

suturada de manera apresurada en el campo de batalla. Crepitaba de manera sombría, pero no emergían demonios.

Alec se levantó y se acercó a su novio. Puso una mano sobre su hombro.

—No es mi mejor trabajo. Pero creo que aguantará —dijo Magnus, todavía mirando a la desastrosa sutura en el cielo.

Alec atrajo a Magnus en un fuerte abrazo y lo mantuvo ahí por un momento, sintiendo el calor de su cuerpo y el relajante sonido de su respiración contra él.

—¿Shinyun? —le preguntó, retrocediendo—. ¿Ragnor?

—Iban justo detrás de mí —respondió Magnus. Su voz sonaba fatigada y Alec se preguntó cuánta energía le había quitado esa ráfaga de viento—. Juraría por mi vida que atravesaron el Portal justo detrás de mí. Pero no aparecieron en este lado.

—Bueno, Sammael es el Señor de los Portales y el señor de Ragnor y Shinyun —supuso Alec—. Puede que terminaran en otro lugar.

—Puede ser —le dijo Magnus con simpleza. Pese a su éxito, sonaba derrotado.

De repente, la voz de Isabelle resonó detrás de ellos.

—¿Simon? —gritó.

Alec se giró. Isabelle, Clary y Jace se acercaron a ellos, los tres lucían como si hubieran sobrevivido una tormenta, pero no había señal alguna de Simon. v

Clary comenzó a caminar de un lado a otro.

—¿Simon? ¿Simon?

Todos miraron a su alrededor, pero no era como si existiera algún escondite en la piedra lisa que los rodeaba. Simon había desaparecido.

Todos observaron a Clary. Sus brazos rodeaban su cuerpo, su rostro estaba muy pálido. Jace puso una mano sobre su espalda.

—Búscalos —le dijo con suavidad—. Dentro de ti.

Mientras Clary cerraba sus ojos, Alec recordó una época, hace mucho tiempo, cuando Sebastian se había llevado a Jace y él había buscado en vano dentro de sí por el destello de su *parabatai*. Ahora que miraba a Clary, recordó su dolor.

Respiró, aliviada.

—Bien... al menos está vivo.

—¿Crees que haya terminado en dondequiera que fueran Ragnor y Shinyun? —Alec le preguntó a Magnus.

Creyó que Magnus respondería: «Puede ser» nuevamente, pero la expresión del brujo se agudizó y de un momento a otro, lució un poco más consciente.

—Es posible —dijo.

—*Definitivamente* atravesó el Portal —dijo Jace—. Yo lo ví.

Isabelle parecía destrozada.

—Él no quería venir —dijo—. A Shanghái, me refiero. Creía que algo terrible iba a suceder. Le dije que estaba siendo ridículo. —Apartó su enmarañado cabello oscuro de su rostro, sus labios temblaban.

—Iz —le dijo Alec—. Lo encontraremos.

—También debemos averiguar cómo regresar a casa —mencionó Jace—. Y tampoco tenemos idea de cómo hacerlo.

—Y no podemos irnos sin el Libro de lo Blanco —añadió Alec—. Y tenemos que *salvarte* —agregó en dirección a Magnus.

—Y tenemos que rescatar a Ragnor —indicó Magnus.

Todos lo miraron.

—Magnus —dijo Clary con gentileza—, necesitamos ser rescatados *de* Ragnor.

—No está en sus mejores días —lo defendió Magnus—. Está bajo el control de Sammael. No lo abandonaré así. Si hay una manera de salvarme, hay una manera de salvarlo.

Después de un momento, Jace asintió.

—Bien —dijo—. Así que necesitamos encontrar el Libro de lo Blanco, encontrar a Ragnor, derrotar a Ragnor, salvar a Ragnor, encontrar a Simon, salvar a Simon, averiguar qué está tramando Sammael, neutralizar a Shinyun y destruir el Portal permanente entre Diyu y Shanghái.

—Creí que acabábamos de hacer la última —dijo Isabelle, levantando la mirada hacia la sutura en el cielo—. Además... parece que Ragnor y Shinyun descubrieron cómo abrir un gran agujero entre Diyu y nuestro mundo en el momento que quieran.

—Lo que plantea la cuestión —implicó Jace—, de que si pueden hacer eso, ¿por qué Sammael no viene con ellos?

Magnus entrecruzó sus dedos.

—Si Sammael *podiera* entrar a nuestro mundo, lo haría —dijo—. Así que hay una razón por la cual todavía no puede cruzar de Diyu a la Tierra. Probablemente tiene algo que ver con la manera en la que desapareció. Pero no sé qué es.

Jace examinó su alrededor, apoyó las manos en su cintura.

—Tal vez hay alguna caseta de información en algún lugar. Ya saben, tal vez diga: ¿«Bienvenidos al Infierno»?

Magnus lo miró con desprecio.

—Bueno, no podemos quedarnos aquí sobre esta piedra —admitió Alec—. ¿No se supone que Diyu es toda una burocracia con jueces, tribunales y cámaras de tortura? No pudo haber desaparecido todo, ¿o sí?

—Espera —dijo Magnus y se elevó por los aires. Alec lo observó, perplejo. Magnus no podía *volar*, no normalmente, pero ahora lo hacía sin mostrar esfuerzo físico aparente. Supuso que era el Svefnthorn haciendo su magia.

En silencio, todos observaron a Magnus sobrevolar el páramo rocoso. Clary colocó una mano sobre el hombro de Isabelle, e Isabelle la miró preocupada.

—Encontraremos a Simon —afirmó Clary—. Él no está involucrado en nada de esto. No hay razón por la que podría estar en peligro.

—Claro —contestó Isabelle, débilmente—. Tan solo está *perdido* en el infierno.

Nadie supo qué contestar a eso y se quedaron callados durante un minuto más, hasta que Magnus aterrizó nuevamente, su abrigo ondeó elegantemente a su alrededor mientras descendía. Alec se dio cuenta que incluso en el submundo demoníaco, Magnus tenía estilo.

—Por aquí —les dijo y los dirigió hacia lo que a Alec le pareció una dirección arbitraria. Todos lo siguieron, perplejos.

Después de unos minutos de caminata, durante los cuales el panorama no cambió o tan siquiera les hizo creer que se dirigían a otro lado, Magnus se detuvo y señaló el suelo.

—Voilà —dijo.

Ante ellos, invisible desde cualquier distancia más allá de unos pocos metros, había una gran y áspera apertura en el suelo. Eran unos escalones de piedra que descendían en espiral.

—¿A dónde se dirigen? —preguntó Clary.

Magnus la miró.

—Hacia abajo —respondió y comenzó a bajar.

Clary miró a Magnus.

—La única persona que pudo haber apreciado *esa* referencia<sup>1</sup> —dijo—, es a la que intentamos rescatar.

---

1 NT: Se refiere a la película *Ghostbusters* del año 1984.

—Tu comentario sugiere que tú también lo apreciaste a tu manera —le dijo Magnus con simpleza.

—Al menos moriremos con el sarcasmo intacto —murmuró Isabelle mientras los seguía.

Alec también los siguió, su mente se mantuvo intranquila.

\* \* \*

LA ESCALERA TENÍA CIENTOS de escalones, giraba de ida y vuelta en un zigzag que prácticamente los mantenía en dirección vertical y en descenso. Por supuesto que no había barandal y Magnus no tenía idea de lo que sucedería si alguno se cayera. Supuso que podría atraparlos con su magia, pero esperaba no llegar a eso.

Durante algún tiempo, las escaleras se desvanecieron en neblina y humo por debajo de ellos, sin un final. Pero poco a poco, comenzaron a vislumbrar una gigantesca forma cuadrada más abajo y mientras se acercaban, Magnus se dio cuenta que observaba una ciudad amurallada.

Desde arriba, bien pudo ser una ciudad en la Tierra, aunque de los tiempos antiguos. Había una muralla exterior de piedra, marcada en intervalos irregulares por torres que, Magnus aseguraba, eran las cimas de las puertas de entrada y salida, aunque por fuera de las murallas estaba el mismo oscuro vacío que rodeaba todo lo demás. Adentro había una serie de patios separados entre sí por edificios con techos rojos que se asemejaban tribunales o palacios.

Al acercarse, a Magnus le quedó claro que estaba observando un lugar abandonado. Todo estaba en silencio. Nada se movía. Cuando el ángulo les permitió tener una mejor vista de las torres, Magnus pudo ver que la mayoría estaban rotas, y aquí y allá en el suelo, muy por debajo, grandes peñascos de piedra derrumbada bloqueaban las calles.

Al principio parecía como si fueran a caer directamente en el centro de la ciudad en ruinas, pero esto era una ilusión óptica; cuando llegaron al nivel del suelo, pudieron ver que la escalera los dejaba afuera de las murallas.

Los cinco bajaron los últimos escalones a un patio pavimentado de piedra, tan silencioso como la planicie que habían dejado arriba. En tres de sus costados, el patio parecía terminar y caer a la nada, pero en el cuarto costado, había dos gigantes torres *que*. Su estructura era tradicionalmente china, «tradicional» ya que tenían unos cuantos miles de años, esculpidas laboriosamente y coronadas con tejas planas que parecían sombreros de ala ancha. Mientras se acercaban a las torres pudieron ver que ambas estaban formadas de cientos, incluso miles de huesos, tanto animales como humanos. Una torre resplandecía en blanco y la otra relucía en negro ebonizado. En medio de ellas, un sendero se curvaba de ida y vuelta como una serpiente, dirigiendo hasta una apertura en la muralla de la ciudad a través de la cual todo era oscuro.

Sus pasos resonaron de forma hueca. El silencio era opresivo, el aire completamente quieto. Caminaron a través del sendero sinuoso, parecía no haber otro camino a seguir. Alec desenvainó a *Impermanencia Negra* y la sostenía cuidadosamente frente a él, pero nada sucedió mientras cruzaban las torres *que*.

Magnus no estaba seguro de lo que había esperado cuando entraron a las murallas de la ciudad. El camino terminaba sin salida en otro largo patio rectangular pavimentado en piedra. Al fondo del patio se elevaba una edificación blanca y semi entramada con un tejado rojo a cuatro aguas, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. Linternas rojas de papel apagadas, colgaban de las cornisas. No había forma de rodear la edificación, tendrían que entrar en ella y con suerte, atravesarla para poder continuar.

Una vez dentro, a Magnus le recordó extrañamente al vestíbulo de un hotel. Habían grandes pilares de piedra que sostenían un techo tan alto que se desvanecía en neblina, era un gran espacio que parecía diseñado para dar cabida a mucha gente.

A ambos lados de la habitación, habían colgado tapices entre una serie de altos pilares de bronce. A Magnus le pareció como si alguna vez hubieran ilustrado alguna fábula o tal vez proporcionaban un indicio de los castigos que se brindaban en lo profundo del reino, pero ahora, salvo por los ocasionales rostros que se podían distinguir, eran indescifrables, estaban cubiertos con manchas de sangre seca, deshilachados y rasgados en la parte inferior, y desteñidos por el tiempo. Al fondo de la habitación había un largo pero simple escritorio de madera, con una pila ordenada de libros pútridos y polvorientos, y una pila de pergaminos deshechos hasta casi ser inexistentes. Detrás del escritorio había una pared con azulejos que mostraba un patrón sorprendentemente ordinario de crisantemos.

No había ningún movimiento, ninguna señal de vida, nada de viento. La respiración de Magnus era un estruendo en sus propios oídos, sus pisadas y las de sus compañeros sonaban como golpes sobre una gigantesca puerta de piedra.

Inseguro, Magnus caminó hasta el escritorio y mientras lo hacía, vio algo moverse, un tentáculo verde oscuro, grueso y rechoncho, apareció de la nada y se desplomó sobre el escritorio.

Los cazadores de sombras se quedaron helados. Magnus escuchó un susurro y de reojo captó el brillo de un cuchillo serafín iluminándose.

Un segundo tentáculo se unió al primero, luego un tercero. Se desplazaban alrededor del escritorio, dejando fragmentos de baba. Entonces, actuando al mismo tiempo, se apoyaron contra el escritorio y dejaron a la vista una cabeza babosa y un torso, que crecieron hasta que la criatura estuvo en pie. Los tentáculos hicieron un sonido pegajoso al retirarse del escritorio y chocaron contra el suelo de piedra, creando un sonido húmedo.

El demonio tenía unos ojos verdes bizcos y una ranura vertical en lugar de una nariz o boca. Abrió ese orificio e hizo un fuerte y gorgoteante sonido, denso y lleno de baba, que pudo

haber sido un rugido o un bostezo.

—¿Ese es un demonio Cecaelia? —preguntó Jace, incrédulo.

—¡Mortales! —vociferó el demonio, en una voz parecida a la de un hombre ahogándose—. Bienvenidos a Youdu, ¡la capital de cientos de miles de infiernos! Aquí, en la Primer Corte, los pecados de sus vidas serán probados y sus castigos... —Se detuvo y entrecerró los ojos en su dirección—. Esperen, yo te conozco. ¡Magnus Bane! De todos los lugares del mundo, ¿qué estás haciendo en Diyu?

—¡¿Qué?! —espetó Alec, alzando mucho la voz.

—¿Cómo me conoces, demonio? —demandó Magnus, pero un recuerdo de hace algunos años ya se estaba abriendo paso en su memoria. Cuando comenzaba su relación con Alec... un cliente quería algo relacionado a unas sirenas...

El demonio observaba a Alec.

—Oye, ¿ese es Alec? ¡Así que ustedes, loquitos, lograron que funcionara! Felicidades, chicos, lo digo en serio.

—Elyaas —lo saludó Magnus, débilmente—. Eres Elyaas, ¿no es así?

—Magnus —habló Alec, usando su tono más razonable—. ¿Cómo es que este demonio y tú se conocen?

—Ya sabes... ¡Elyaas! —dijo Elyaas con un tono entusiasmado, meneando unos tentáculos a su alrededor y chorreando baba en el escritorio—. Magnus debió contarte sobre mí. ¡Fuimos *roomies*!

—No fuimos *roomies* —exclamó Magnus, bruscamente—. Te invoqué en mi departamento. Una vez.

—¡Pero estuve ahí todo el día! ¿Al final que le diste a Alec por su cumpleaños? —Elyaas parecía legítimamente feliz de verlos.

Magnus se giró hacia Alec con un suspiro.

—Invoqué a Elyaas como parte de un trabajo, hace unos años. Tan solo fue una cosa rutinaria de trabajo, nada interesante.

—Él intentaba averiguar qué darte por tu cumpleaños —afirmó Elyaas en lo que probablemente se suponía era su tono dulce, pero sonaba como un hombre muriendo ahogado dentro de un pulpo—. Siempre supe que ustedes dos estarían juntos.

—No —le dijo Magnus—, me dijiste que siempre me odiaría en su corazón y que mi padre eventualmente vendría por mí.

Hubo una pausa.



—Y supongo que eso no sucedió —mencionó Elyaas.

—Bueno, mi padre sí vino por mí —admitió Magnus—, pero no le resultó bien.

—¿Este es el demonio que chorreaba baba alrededor de todo tu departamento aquel día? —preguntó Isabelle.

—¡Sí! —exclamó Magnus, complacido de que alguien más pudiera corroborar su versión de los hechos.

—Espera, ¿tú conociste a este demonio? —Alec le lanzó una mirada de traición a Isabelle.

—Somos grandes amigos —habló Elyaas, entusiasmado.

—No lo somos —le dijo Magnus con firmeza—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Trabajo en la recepción —explicó Elyaas con un meneo de tentáculos que pudo ser un encogimiento de hombros—. Esta es la Oficina de Bienvenida, donde el magistrado, o sea, yo, evalúa tus pecados y te envía al apropiado tormento eterno que te corresponde. Entonces, cuéntame, ¿se casaron, chicos? —añadió con entusiasmo—. ¿Tienen un niño?

—Ahora tenemos un hijo —admitió Alec, en contra de su mejor juicio.

—Eso es *maravilloso* —proclamó Elyaas—. Me encantan los niños.

—Supongo que te refieres a comerlos —le dijo Jace.

Elyaas pareció decepcionado.

—Te pasaste de la raya.

—Mira, Elyaas, es bueno verte de nuevo —mintió Magnus—. Pero intentamos encontrar a unos amigos nuestros y realmente tenemos que irnos. Así que, sea cual sea el proceso para cruzar este lugar y entrar a Diyu, estamos listos para empezar.

—Bueno... —Elyaas vaciló—. Nadie ha pasado recientemente, así que tus amigos no vinieron por aquí. De hecho, nadie ha pasado jamás de los jamases, desde que empecé a trabajar aquí. —Rascó su cabeza con un tentáculo—. En realidad no estoy seguro del procedimiento.

—¿No podemos matarlo y seguir adelante? —espetó Jace, exasperado.

—Eso es muy grosero —dijo Elyaas—. El que sean cazadores de sombras no significa que deban matar a cada demonio que ven.

—Sí, en realidad así funciona esto —le dijo Clary con una mueca.

—Esto pone nuestra relación en un lugar muy distinto —Elyaas le reprochó a Magnus—. Creí que teníamos un acuerdo. Nunca antes me había invocado el mismo brujo dos veces.

—¿Dos veces? —preguntó Alec.

—La primera vez fue hace mucho tiempo —explicó Magnus—. Casi en el siglo diecinueve. Elyaas, te prometo que te invocaré otro día para platicar. Pero en verdad tenemos que pasar.

—Bueno, bueno. Em. —Elyaas levantó uno de los pútridos libros del escritorio y lo abrió con un tentáculo. La portada se cayó al suelo y las páginas se pegaron a su tentáculo—. Solo dame un momento. ¿Por qué, por qué nunca aprendí a leer en chino?

—Tal vez —sugirió Alec—, simplemente puedes decirnos a dónde ir, nosotros nos vamos por allá y le diremos a todos que definitivamente cumpliste con todo eso de los libros y el juicio.

—Y no te mataremos —añadió Jace—. Esta vez.

Elyaas lo consideró.

—Bien. Pero me deben una.

—No —le dijo Magnus.

—Bien —dijo Elyaas—. Yo les debo una a *ustedes*.

—Tampoco.

—Solo pasen por la puerta —indicó Elyaas, meneando sus tentáculos hacia una gran puerta que apareció al fondo de la habitación—. Lleva a la Segunda Corte y así, hacia las otras. Tus amigos deben estar en una de ellas. Si no, en algún momento llegarán al centro de Diyu y encontrarán a Sammael, y tal vez él los ayudará.

—No todos los demonios son tan serviciales como tú, Elyaas —le dijo Magnus con pesadez—. Nos vamos. —Se dirigió a la puerta junto al escritorio, adentrándose más en Diyu y los cazadores de sombras lo siguieron. Detrás de la puerta había más escalones de piedra y Magnus empezó a bajar.

—Gracias por venir —los despidió Elyaas, alegre. Alec pasó junto a él—. Así que tú eres el famoso Alec. Mmm —añadió.

—¿Qué? —espetó Alec.

—Nada —dijo Elyaas—. Es solo que pensé que serías más guapo, eso es todo.

Alec parpadeó. Detrás de él, Jace se atragantó con una carcajada.

—Cuando escuché cómo hablaba de ti, pensé, este chico debe tener *un montón* de tentáculos. ¡Cientos de tentáculos! Pero mírate. —Sacudió su cabeza con tristeza—. No tienes ni uno.

Alec continuó sin decir nada más.

Mientras descendían los escalones, podían escuchar la voz con baba de Elyaas desvanecerse a la distancia.

—¿Cómo calificaría su experiencia de hoy? Muy satisfecho, ligeramente satisfecho, poco satisfecho, un poco insatisfecho, ligeramente...

\* \* \*

AL FINAL DE LAS ESCALERAS había un arco de piedra que conducía a un segundo edificio muy parecido al primero. El arco era tres veces la altura de Alec y sus soportes se inclinaban uno sobre otro de manera preocupante. Bloqueando el camino, estaban los restos de dos pilares de piedra colapsados, esculpidos elaboradamente, pero ahora eran destrozos amontonados en un revoltijo de pedazos de piedra, como si un gigantesco niño hubiera jugado con bloques y no los hubiera guardado.

Magnus parecía preparado para apartar las piedras del camino con magia, pero Alec lo detuvo.

—Tan solo pasemos por encima —sugirió y Magnus estuvo de acuerdo, aunque le dio Alec una mirada extraña. Jace ya había comenzado a trepar las piedras y los demás lo siguieron.

La Segunda Corte estaba en peores condiciones que la Primera. O tal vez estuvo más atestada desde un principio. Había muchísimos más muebles, algunos tallados en piedra, algunos en madera, todos destrozados y quebrados; escritorios, sillas, mesas. Había tablillas y libros de registro rotos, rollos de pergamino amarillento abandonados sobre la tierra. Alec caminó cuidadosamente alrededor de los deshechos y se agachó para recoger un pedazo de madera quebrado con restos de pintura roja y dorada. En algún momento debió figurar el rostro de alguien.

—Es un campo de batalla —dijo Jace, mirando a su alrededor con ojo experto; Alec supuso que probablemente estaba en lo correcto. Aquí y allá yacían armas abandonadas; espadas, lanzas y arcos rotos, y al fondo del gran tribunal abierto había otra mesa parecida a la que Elyaas estuvo precediendo, pero esta estaba perfectamente partida en dos. Cinco puertas abiertas llevaban en distintas direcciones afuera de la habitación, en conjunto a aquella por la que habían llegado.

El único objeto completamente intacto en la habitación era una pintura al óleo de una mujer joven en blanco, colgada en una pared cercana al escritorio roto. Era de acuarelas, tenía delicadas pinceladas. Alec notó que la mujer era hermosa y su brillo parecía fuera de lugar en medio de estas sombrías ruinas. La pintura estaba estropeada únicamente por una rasgadura en el lienzo, sobre la mejilla de la mujer, una cicatriz que no se desvanecería nunca.

Magnus se detuvo junto a Alec y miró la pintura, y mientras lo hacía, el rostro de la mujer se movió dentro de la pintura para observarlos. Sus ojos estaban vacíos y blancos.

—¡Ayy! ¡Pintura malvada! —Clary retrocedió de un salto.

La cabeza de la mujer giró de manera espeluznante sobre sus hombros dentro de la pintura y cuando habló, fue con una voz como el crepitar de la leña seca.

—Bienvenidas, almas perdidas —dijo. Alec pensó que tal vez diría algo sobre cuán sola se había sentido, pero solo se limitó a decir—: Aquí es donde se elegirá su camino y cruzarán por la puerta fantasma a su sufrimiento.

—Son buenas noticias —murmuró Jace.

—Ánimo —le dijo la mujer, con una sonrisa que revelaba sus grandes y puntiagudos dientes—. Cuando su angustia equivalga al dolor que han causado en vida, volverán al ciclo de la vida y la muerte. Les aconsejo enfrentar sus tribulaciones con valentía. No pueden evitarlas, así que bien pueden ir a ellas con la frente en alto.

Ninguno de ellos dijo nada.

»Todo lo que requiero es el peaje estándar para pasar.

—¿El peaje estándar? —preguntó Alec.

—Sí —dijo la mujer—. Los *yuanbao* son algo tradicional, pero hoy en día también aceptamos el novedoso dinero en papel.

Magnus gimió.

—Supongo —le dijo Alec—, que no traes dinero.

—Tengo el cambio de hace un rato, cuando le compré a esa hada unos pastelitos de té —indicó Clary, buscando en el bolsillo de su pantalón—. Oh, olvídenlo, se convirtió en hojas.

—No tenemos nada de dinero —le dijo Magnus a la pintura—, pero, veré...

—Si no tienen con qué pagar, pueden atravesar las Cavernas de Hielo hasta el Banco de Pesares... —comenzó a decir la mujer.

—No tendremos nada de dinero en el banco del infierno —explicó Magnus—. Como veré, no estamos muertos.

La mujer pareció sorprendida.

—Si nadie les ha enviado ofrendas de dinero, tal vez podrían reclamar fondos remanentes que hayan sido enviados a sus ancestros...

—¡No estamos muertos! —la interrumpió Magnus—. Y también, no sé si se haya dado cuenta, pero este lugar está en ruinas. Diyu ha cesado sus operaciones cotidianas. ¿No ve que toda esta corte está deshecha? —La mujer no le contestó—. ¿Cuándo fue la última vez que vino alguien por aquí?

—Magnus... —dijo Jace. Estaba observando una de las puertas laterales, mirando a través de ella—. Alguien viene.

—Ha pasado mucho tiempo —la mujer habló más despacio de lo que Alec hubiera deseado—, y los bedeles han hecho un terrible trabajo en mantenerlo limpio.

—Los bedeles se han ido —insistió Magnus—. Y su amo con ellos. Yanluo, tu Señor, fue derrotado y desterrado de este lugar hace más de cien años.

—No salgo mucho —admitió la mujer—. Tal vez tengas razón, pero tal vez seas un tramposo que intenta cruzar la puerta fantasma sin pagar.

—Tiene razón —dijo Alec—. Acabamos de venir de la Primera Corte. También está en ruinas.

—Chicos... —habló Jace con más urgencia. Tomó una daga olvidada y se la entregó a Clary. Levantando su propia lanza, la sostuvo delante suyo. Todos se volvieron hacia la fuente del ruido. Ahora, incluso Alec podía oírlo claramente: pasos, débiles pero cada vez más fuertes, corriendo hacia ellos.

La mujer del cuadro titubeó.

—Lo siento —les dijo—, pero debo exigir el pago. Incluso si hay problemas temporales en la maquinaria de Diyu, sin duda se solucionarán pronto. Las almas no solo se apilan para siempre sin tener un solo lugar a donde ir.

—Le dije que no tenemos dinero —espetó Alec, se comenzó a enfadar pero luego se detuvo, porque a través de una puerta llegó la fuente de los pasos.

Era Tian. Parecía haber enfrentado una pelea con una bolsa de cuchillas de afeitarse. Su ropa estaba desgarrada y sangrienta, su cabello enredado, su piel cubierta con cortes y arañazos. Sobre su hombro, había una blanca tela manchada y desgarrada amarrada en un bulto improvisado.

La mujer del cuadro se giró para mirar a Tian.

—¿Tienes dinero para pagar el peaje?

—Por supuesto que no... —comenzó a decir Magnus.

—Lo tengo —respondió Tian.

—¡Tian! —exclamó Alec—. ¿Dónde has estado? ¿Cómo llegaste aquí?

—Te perdimos después de dejar la herrería —dijo Clary—. Y luego los demonios atacaron.

—Amigos, he pasado por una prueba —farfulló Tian, cansado. Jace no había guardado su lanza y lo estaba observando con sospecha.

Magnus también se notaba desconfiado.

—¿Cómo desapareciste sin que nos diéramos cuenta?

—Fui secuestrado por demonios —respondió Tian—. La vanguardia del ejército de los

brujos. Salí de la herrería para asegurarme de que todo estuviera a salvo y unos grandes demonios con alas de murciélago descendieron y me raptaron. Me empujaron por un Portal casi de inmediato y terminé aquí.

—¿Y por qué no hicieron lo mismo con nosotros? —preguntó Magnus.

—No creo que supieran que el resto de ustedes estaban allí —supuso Tian—. Debieron haberme visto y pensaron que era un cazador de sombras aleatorio en medio de su camino. —Miró a su alrededor, respirando con dificultad—. Estoy muy contento de volver a verlos a todos, aunque estén atrapados aquí conmigo. ¿Qué pasó con el Portal?

—Está cerrado —le dijo Alec—. Por ahora. Pero Simon también desapareció y tenemos que encontrarlo antes de salir de aquí.

—Y, si es posible, hay que detener a Sammael de hacer lo que sea que esté haciendo — señaló Clary.

—Y una lista completa de otras cosas, en realidad —añadió Magnus.

Tian suspiró, aliviado.

—Creo que puedo ayudar. —Tiró su bolsa al suelo, creando un sonido metálico. La tela se desenvolvió y reveló un montón de lingotes de oro y plata, cada uno del tamaño de un puño. Estaban en una variedad de formas: algunas cuadradas, otras redondas, otras en forma de estilizadas flores o barcos.

—Por lo que veo, estuviste en el Banco de Pesares —dijo Magnus, arqueando una ceja.

—Así es —dijo Tian—. Habían muchas ofrendas para los miembros de la familia Ke de todos los años que no han sido reclamadas. Los enanos que me los trajeron parecían felices de tener un poco de trabajo. —Señaló a la pila que tenía en los pies y se dirigió a la mujer en el cuadro, cuyos dientes afilados estaban expuestos por placer—. Honrada Hua Zhong Xian —dijo—, ¿esto servirá de pago para que pasemos los seis?

La mujer examinó la pila por un momento.

—Pasarán.

—Genial —dijo Alec con un suspiro de alivio—. Gracias, Tian.

—Y ahora los jiangshi vendrán para llevarlos a sus tormentos individuales —prosiguió la mujer.

A través de las seis puertas comenzaron a salir una multitud de criaturas humanoides, de piel verde con largo cabello blanco y sus brazos extendidos frente a sí. Sus bocas se abrieron para revelar filas de afilados dientes amarillos y empezaron a emitir un llanto bajo y lastimero.

—Vaya, zombis —dijo Clary—. Ahora tenemos que lidiar con los zombis.

—Demonios jiangshi —corrigió Tian—. Pero sí, se parecen mucho a los zombis.

—¡Ah, vamos! —gritó Magnus con exasperación, sorprendiendo a Alec. Sus ojos brillaban con furia y Alec, que había comenzado a retroceder para desenvainar a Impermanencia Negra, se detuvo y miró que unos rayos de luz moteados de color rojizo rosa, el color de la sangre diluida, salían disparados de los dedos de Magnus. Los rayos atravesaron a los jiangshi, haciéndolos estallar en icor y ceniza. Magnus se giró, había una mueca enojada en su boca y disparó rayo tras rayo contra las criaturas invasoras. En pocos segundos, todos quedaron destruidos, dejando tan solo un olor quemado en el aire y el sonido de la dificultosa respiración de Magnus.

—Ay, *maldita sea* —susurró Isabelle después de un momento.

Magnus se giró y se cruzó con la mirada de Alec. Por un momento, no hubo reconocimiento en su expresión. Su labio superior estaba curvado, revelando dientes que parecían extraños, más largos y afilados de lo habitual, y luego pareció volver a su estado normal. Cuando vio la expresión de Alec, titubeó.

—Lo... Lo siento. Me... impacienté.

—Está bien —dijo Jace—. Ahora que hemos... —Se vio interrumpido por una nueva ronda de los gritos bajísimos de los jiangshi—. Oh no.

Más jiangshi aparecieron en las puertas, moviéndose inexorables y sin sentido hacia ellos. Alec estaba a punto de hablar, pero los dedos de Magnus se volvieron a encender con esa cruel luz roja.

—¡Espera! —sollozó la mujer del cuadro. Alec pensó que Magnus tal vez no dudaría, pero lo hizo, respirando con dificultad, pero deteniéndose para escucharla—. Seguirán viniendo —les dijo—, para siempre, hasta que se les dé un alma que tomar. Al menos una.

—¡Diles que se vayan! —gritó Alec.

La mujer negó con la cabeza.

—No puedo. Soy una sirvienta, al igual que ellos. Debemos cumplir nuestras funciones.

—Dejaré que me lleven —dijo Tian.

—No —espetó Jace rotundamente—. Has estudiado Diyu, lo conoces más que nosotros. Te necesitamos para tener la más mínima posibilidad de atravesar este lugar. Yo iré.

—Claro que *no* —espetó Clary.

—Yo iré —bramó Isabelle, en un tono de mando. Su voz resonó por la habitación. Incluso los jiangshi dejaron de moverse por un momento.

—Isabelle, no puedes... —comenzó a decir Alec.

—Yo *iré* —insistió Isabelle—. Iré y encontraré a Simon. Juro que lo haré.

Se giró y tendió sus brazos hacia los jiangshi. Una especie de suspiro armónico resonó en la multitud de demonios, pareció una exhalación de alivio. Dejaron de fluir de la puerta.

—Ella ha elegido —anunció la Hua Zhong Xian.

Jace se giró para enfrentar a Alec.

—La matarán...

—No —dijo Magnus con voz tensa y baja—. Este ya es un lugar de los muertos. Suponen que *está* muerta. Hagan lo que hagan, no la matarán

Lágrimas caían por el rostro de Clary. Ni siquiera intentó limpiarlas.

—Isabelle, *no*.

—Dejen que se vaya —dijo la mujer pintada—. Su elección es irrevocable. Si intentan traerla de vuelta ahora, vendrá algo peor que los jiangshi.

—*Tu* no te metas en esto —le gritó Alec. Empezó a caminar hacia Isabelle, pero no sirvió de nada: en un abrir y cerrar de ojos, tres de los demonios se apoderaron de su hermana. Ella no opuso resistencia. Sus ojos se fijaron en Alec mientras los jiangshi la llevaban hacia una de las puertas por las que habían llegado.

«No me sigas», decía su mirada. «Te quiero, pero no me sigas».

—Isabelle —le dijo Alec, su voz sonaba desesperada—, no hagas esto. Por favor. Encontraremos a Simon...

Magnus se aferró al hombro de Alec. Isabelle estaba casi en la puerta. Jace sostenía la lanza en su mano tan fuertemente que sus dedos se tornaron blancos. Clary parecía estar en shock.

—Recuerda, chica Lightwood —le dijo la Hua Zhong Xian—. Ve a tu tormento con la cabeza en alto.

Isabelle se giró y la observó.

—Juro por el poder del Ángel —anunció con voz clara—, que volveré. Volveré y destruiremos este lugar. Esparciremos a los muertos vivientes a los vientos. Y, personalmente, *te destruiré* en pedacitos.

Entonces desapareció.



## CAPÍTULO DOCE

### CABEZA DE BUEY Y CARA DE CABALLO

*Traducido por Zamira G  
Corregido por Samn*

Pasó un terrible y largo tiempo de silencio después de que Isabelle desapareciera por la puerta. Magnus apenas le prestaba atención al Hua Zhong Xian, que se desvaneció de la pintura y los había abandonado sin hacer ruido alguno. Tian tenía la mirada perdida y parecía incómodo, estaba de pie con los brazos cruzados. Clary lloraba silenciosamente sobre el pecho de Jace. Él acariciaba su cabello mientras su mirada buscaba desesperadamente la de Alec, que caminaba de un lado para otro en la habitación, abriendo y cerrando sus puños.

Magnus no estaba seguro si Alec quería que lo consolaran o no, pero al final no pudo evitarlo. Se acercó a Alec, lo tomó entre sus brazos y por un instante Alec se aferró a él con fuerza; sus puños apretaron el abrigo de Magnus y presionó su frente contra su hombro.

Magnus murmuró unas palabras en idioma malayo que no sabía que recordaba, suaves frases de consuelo y alivio.

No obstante, Alec solo se permitió desahogarse en los brazos de Magnus por un minuto.

—Está bien. Ahora tenemos que rescatar a *dos* personas —dijo, alejándose de Magnus, con la barbilla en alto.

—A tres —lo corrigió Jace—, si contamos a Ragnor.

—Quisiera que también me hubiesen rescatado a mí —admitió Tian.

—No sabíamos que estabas aquí —respondió Clary—, pero da igual, te has rescatado a ti mismo. —Le dio una sonrisa titubeante, dando unos pasos para alejarse de Jace. En su cara se podían ver los rastros de las lágrimas, pero fue capaz de controlar sus emociones al igual que Alec.

Los cazadores de sombras eran buenos en eso.

—Necesitamos un plan —dijo Jace—. No podemos simplemente vagar por Diyu con la

esperanza de encontrarlos.

Magnus se aclaró la garganta.

—Odio ser quien diga esto, pero tampoco podemos dejar a Diyu en manos de Sammael.

—Y de Shinyun —gruñó Alec.

—Y de Shinyun —asintió Magnus.

—Me molesta que no sepamos qué es lo que Sammael quiere —dijo Clary, claramente frustrada.

—Venir a la Tierra y crear caos —propuso Alec.

—Sí, ¿pero con qué fin? ¿Por qué abrir un Portal a la Tierra? ¿Qué es tan genial sobre la Tierra? Si solo quisiera gobernar Diyu, creo que podríamos darnos el lujo de permitirselo.

—Bueno, la comida es mejor en la Tierra —señaló Jace.

Tian negó con la cabeza.

—Sammael no necesita una razón. Crea el caos y la destrucción solo porque sí. ¿Quién sabe por qué sus planes se mueven en una u otra dirección?

—Sammael fue derrotado por el Arcángel Miguel para prevenir que desatara un infierno en la Tierra —dijo Magnus, lentamente—. Él querrá hacer aquello que no le fue permitido hacer tanto tiempo, porque es parte de la guerra.

—La guerra entre ángeles y demonios —agregó Jace con una seriedad inusual—. De la que nosotros somos soldados.

—Exacto —respondió Magnus—. Algo que hay que recordar acerca de los Príncipes del Infierno y de los arcángeles también, es que siempre están jugando al ajedrez multidimensional y los mundos son como sus juguetes. Asumamos lo peor.

—Totalmente cierto —dijo Tian—. El ataque en el Mercado fue una distracción, diseñada para mantener a los cazadores de sombras de Shanghái concentrados en un solo lugar para que Sammael pudiese actuar en otra parte. Pero no sabemos dónde.

—No sabemos en qué parte de Shanghái —señaló Alec—. Pero tal vez podamos averiguar en qué parte de Diyu. Habrá escogido alguna ubicación central para hacer su trabajo, ¿no? No solo un calabozo aleatorio. Y lo más probable es que Shinyun y Ragnor estén con él.

—¿Crees que deberíamos enfrentarlo? —preguntó Jace. Sus ojos brillaron. Magnus pensó que solo Jace podría emocionarse por luchar contra dos brujos poderosos y un Príncipe del Infierno.

—Creo que tendremos más suerte averiguando qué está pasando más cerca de donde actúen Sammael, Shinyun y Ragnor, de la que tendremos aquí en un montón de cortes abandonadas

—comentó Alec.

—La geografía de Diyu es complicada —respondió Tian, después de pensarlo unos minutos—. A pesar de encontrarnos en un inframundo, estas cortes por las que vagamos en realidad se encuentran muy por encima del centro de Diyu. Ahí se encuentra algo así como una ciudad espejo de Shanghái.

—Cómo... ¿si estuviera de cabeza? —preguntó Clary.

—En parte —respondió Tian—. Las reglas físicas de los mundos no se aplican aquí. Lo que es una montaña en Shanghái podría ser una fosa profunda en Diyu, pero otros lugares podrían estar invertidos de otras maneras, en color u orientación, o incluso en propósito. Estaba pensando que...

—Que cuando rastree a Ragnor fuimos dirigidos a un punto de Shanghái donde Ragnor *no estaba* —lo interrumpió Alec—. Si no que tal vez, ¿se encuentra en el sitio que es la contraparte en Diyu? ¿Y tal vez podemos encontrarlo?

—Eso es brillante —comentó Magnus—. Mi novio es brillante. —Eso lo agregó como un comentario extra, sin referirse a nadie en particular.

—Excepto que no tenemos un mapa que pueda mostrarnos las correlaciones —señaló Tian—. Lo mejor que podemos hacer es dirigirnos al centro de Diyu. —Hizo una mueca—. Tan desagradable como eso pueda ser.

—¿Qué implica dirigirnos al corazón de Diyu? —preguntó Jace.

—Enfrentar la Corte Final, pero ese no será un viaje placentero —respondió Tian—. Está en el centro del laberinto de Diyu... donde estaba el antiguo trono de Yanluo. En lo más profundo de Diyu, en la parte más honda del infierno.

—Por supuesto que lo está —dijo Clary soltando un suspiro.

—Bueno, en realidad no es lo más profundo. Por debajo de la Corte Final se encuentra Avici. —Tian se encogió de hombros—. Es el único lugar en Diyu que me aterra. Solo los peores pecadores son llevados allí. Aquellos que han cometido las Peores Ofensas. Como matar a un ángel, o a Buda, o a su propio padre. Son juzgados y enviados a Avici.

Tal vez era solo la imaginación de Magnus, pero pareció que Tian lo miraba directamente. Alec *definitivamente* lo estaba mirando directamente, con preocupación en sus ojos. Alec sabía muy bien que Magnus había asesinado a su propio padrastro; en defensa propia, claro, pues el hombre había intentado asesinarlo. Pero Magnus no estaba seguro si Diyu tomaría en cuenta esos detalles.

—¿Cómo llegamos allá? —preguntó Magnus—. Y me refiero a la Corte Final, no a Avici.

—Diyu es un laberinto de decenas de miles de infiernos —explicó Tian—. Si quisiéramos encontrar nuestro camino a través de todas esas habitaciones abandonadas, podría tomarnos

el resto de nuestras vidas. Pero... —se detuvo, pensativo.

—¿Qué? —preguntó Alec.

—El norte de Shanghái —respondió Tian—. Al sur de Pekín, en la provincia de Shandong, se encuentra Tai Shan: el Monte Tai —aclaró—. Hace miles de años era un lugar para los muertos. Ahora es una atracción turística, pero aquí en Diyu debería tener una contraparte oscura, una fosa. La vi a mi regreso del Banco de Pesares. Un camino te lleva hacia ella. No sé qué tan lejos pueda estar, pero tal vez es lo suficientemente profunda para alcanzar la sombra de Shanghái...

—Bueno, se escucha mejor que quedarnos a vagar por un laberinto de calabozos —dijo Clary.

—Exacto —les respondió Tai con una sonrisa.

Todos dirigieron sus miradas hacia Magnus, que lanzó sus manos al aire.

—No tengo una idea mejor —dijo—. Y me disculpo porque todos me hayan tenido que seguir hasta el infierno otra vez.

—Es más fácil la segunda vez —se burló Clary.

—Es lo que hacemos —dijo Jace, que fue a recuperar su lanza de dónde la había apoyado en una pared—. Guíanos.

Alec no lucía contento, pero asintió.

—Vamos.

—Sugiero que nos coloquemos algunas runas —propuso Tian—. Estoy casi seguro de que nos vamos a involucrar en más de una pelea.

—¿Las runas funcionan en Diyu? —preguntó Alec, sorprendido.

—Lo hacen —afirmó Tian. Jace se encogió de hombros y sacó su estela. Magnus se había acostumbrado a muchas de las cosas que implicaba el pasar tiempo con cazadores de sombras, pero esos momentos antes de cualquier batalla en los que pasaban minutos dibujando unos en los otros siempre le causaban gracia.

—Saldremos por esa puerta —señaló Tian y después se dirigió a Magnus—. Tus amigos actúan demasiado normal acerca de meterse en lugares donde ninguna persona viva ha ido jamás.

—Sí —afirmó Magnus—, digamos que han pasado por mucho.

\* \* \*

EL CAMINO LOS LLEVÓ FUERA de la Segunda Corte hacia un pasadizo. Todos los instintos de Magnus le indicaban que caminaban profundamente por debajo de la tierra, pero las ventanas alineadas cada tantos metros dentro del pasadizo mostraban un vasto páramo debajo. En algún momento, las ventanas estuvieron talladas de manera elaborada, con rostros que se asomaban por encima de ellos, pero casi todos los detalles se habían desgastado y desmoronado ya.

Mientras Tian, Jace y Clary se adelantaban, Magnus se quedó atrás para dirigirse a Alec.

—No te gusta —le dijo Magnus—. Me refiero al plan. ¿Es porque es demasiado impreciso?

—No. Es vago, sí, pero estoy de acuerdo en que debemos dirigirnos a donde está toda la acción. A dónde está el Libro de lo Blanco. Si podemos escapar de Ragnor y los otros, tal vez podamos arruinar el plan de Sammael.

—O al menos arruinar su día. ¿Crees que utiliza el Libro para averiguar cómo acceder a la tierra desde Diyu? —lo cuestionó Magnus, porque él pensaba lo mismo.

Alec asintió.

—¿Estás enojado conmigo? —volvió a decir Magnus.

—¿Qué? —exclamó Alec.

Magnus se paró en seco.

—Es solo que... todos están aquí por mi culpa. Si yo no hubiera perdido el Libro de lo Blanco... si Ragnor no me hubiera sorprendido...

—Si yo no hubiera estado tomando una ducha —resopló Alec.

—No es lo mismo —se quejó Magnus—. No debí haber guardado el Libro en la habitación de Max. Y debí haber sido más cuidadoso con las salvaguardas que rodeaban el departamento.

—Magnus —lo interrumpió Alec, poniendo su mano en la mejilla de su novio. Lo miró directamente a los ojos, sintiendo el extraño poder de la espina hervir dentro de él y Magnus se preguntó qué vio dentro de él—. Si tomamos en cuenta que uno de los secuaces del Padre de los Demonios tenía a nuestro hijo en sus brazos y ese niño terminó a salvo en su cama al final de la noche, desde mi perspectiva manejaste todo perfectamente. No estoy molesto contigo. —Soltó un suspiro—. Estoy molesto con Isabelle, así que vayamos a rescatarla antes de que le suceda algo terrible.

—Sin presiones —respondió Magnus.

—Ajá —dijo Alec—. Es por eso que estoy enojado con ella. Porque odio preocuparme por alguien a quien amo. Pero no estoy molesto contigo —repitió—. Clary y Jace están en lo correcto. Yo soy tu pareja. Ellos son tus amigos. Te hemos seguido hasta el infierno antes,

lo hicimos de nuevo y lo haríamos una tercera vez. Además —agregó sonriendo—, que un Príncipe del Infierno quiera apoderarse de nuestro mundo queda absolutamente dentro de nuestra jurisdicción.

Se acercó y besó a Magnus con gentileza y lentamente, de la manera que lo hubiera hecho en la cama en una mañana de domingo. Su situación actual era totalmente diferente, contraria a como ellos se sintieron en ese momento. Fue maravilloso.

—¡No es el momento! —gritó Jace a la distancia.

—Siempre lo es —murmuró Alec contra los labios de Magnus antes de responder a Jace—. ¡Me encargo de que no pierda los ánimos!

Se apresuraron para alcanzar a los otros. Magnus se sentía un poco mejor sobre Alec, pero la incertidumbre de hacia dónde iban y de lo que harían una vez que llegasen persistió en el fondo de su estómago como una piedra.

Y entonces vieron el agujero del Monte Tai.

Mientras caminaban por una curva en el pasadizo, las paredes desaparecieron y de repente estuvieron en un páramo. Desde el pasadizo sobresalía una ancha y negra franja de camino que serpenteaba a través de un desierto devastado de rocas y ruinas. A la distancia, brillaba en la oscuridad una montaña de cabeza, tal como Tian lo dijo. Rígida y negra, incluso contra el constante fondo grisáceo de Diyu, un enorme abismo que a la distancia parecía dividir la tierra.

Magnus comprendió por qué Tian lo había sugerido. Sin importar qué tan extenso fuera el diseño del laberinto de Diyu, este punto era difícil de pasar por desapercibido. Y la vereda definitivamente seguía un largo camino hacia abajo.

Tian los alejó de las piedras hacia una vereda nueva, que parecía estar hecha de acero sólido. La superficie brillaba como las escamas de una serpiente, y en cada lado de la calzada había bucles de hierro forjado retorcidos que formaban barreras de la altura de arbustos espinosos. Magnus se agachó para observar con más claridad y se dio cuenta que se trataba de armas de acero: espadas, lanzas y picas; fundidas, moldeadas y modificadas. En su apogeo debió haber sido una vista realmente intimidante, pero ahora que el camino se arqueaba delante de ellos, unas enormes manchas de óxido habían estropeado la superficie y en más de un sitio se habían caído pedazos de la barrera de armas que ahora yacían por un lado del camino.

Caminaron lentamente y con la mirada perdida en la curiosidad. Magnus pudo notar que en algún momento esto había sido una calzada de verdad, señalizada y cuidada, pero ahora solo quedaban ruinas, un paisaje condenado por donde se viese. Y aparte estaban los demonios.

Ninguno estaba cerca todavía, pero del camino por delante, había grupos de ellos moviéndose por todos lados: los guerreros esqueleto Baigujing, Xiangliu y ala, como los que habían enfrentado en Shanghái y más de los jiangshi. Había otros demonios que Magnus no reconocía: grandes leopardos con cuernos y cinco colas, manadas de cabras sin rostros pero

con ojos alrededor de todo su cuerpo y muchas criaturas con cabeza de aves.

—Son muchísimos —susurró Clary.

—Eran los encargados de torturar a las almas que eran enviadas aquí —explicó Tian—. Pero ahora que ya no hay almas venideras, la mayoría de ellos no tiene nada que hacer.

—Nada que hacer excepto luchar contra nosotros —dijo Jace, girando su lanza en su mano. Alec desenvainó su espada y Clary su daga. Tian tocó el cordón plateado de su dardo de cuerda, envuelto alrededor de su cuerpo como una banda ceremonial.

Pero así como siguieron su paso por la vereda, los demonios los ignoraron. Muchos de ellos se encontraban a lo lejos y el vacío del paisaje hizo difícil juzgar a qué tan distantes estaban, y los grupos que lucían como si pudieran bloquear su camino, en realidad se alejaban a cientos de metros. Incluso cuando pasaban cerca de ellos, los demonios mostraron nulo interés. De hecho, estaban más interesados en atacarse los unos a los otros. Magnus y el resto observaron cómo dos de los demonios aves descendieron contra una manada de Baigujing y los despedazaron, arrojando unos huesos humanos al aire. Los ala se estrellaban unos contra otros en el aire, creando una explosión miniatura de truenos y rayos cuando chocaban.

Minutos después, casi todos los cazadores de sombras habían relajado el agarre en sus armas y caminaban más despreocupados. Solo Alec se rehusó a bajar la guardia, rodeando al grupo con su espada desenvainada como si estuviera retando a los demonios a ir por ellos.

Magnus lo entendía. Era bastante agonizante tener que cruzar este largo, largo camino, pensando que sus amigos estaban en peligro, pensando que sus enemigos estaban avanzando con sus planes; mientras, ellos no podían hacer nada más que intentar acortar la distancia que había entre ellos. Podía sentir el aura nerviosa de Alec. Alec quería *correr* por la calzada y avanzar hacia la inevitable pelea, pero el camino por recorrer era interminable y tenían que conservar sus fuerzas.

Caminaban casi en silencio total.

—¿Estás seguro que este es el mejor camino a seguir? —Alec le preguntó a Tian. Tian no respondió, solo siguió caminando.

Pasó una hora. La calzada de acero parecía infinita.

Dos horas.

Finalmente llegaron al último tramo del camino y se encontraron con un enorme puente suspendido, hecho del mismo acero que la calzada, que cruzaba una grieta profunda que bloqueaba el camino al pozo. Del otro lado del puente, se alzaban dos enormes columnas *que*, formando la puerta hacia una escalera infinita que descendía desde la montaña hacia su cima invertida y desaparecía en la neblina por debajo de ellos.

—Al menos caminaremos cuesta abajo —observó Magnus.

Tian asintió.

—He caminado la subida del verdadero Monte Tai. Son más de seis mil escaleras para llegar a la cima. Excepto que cuando llegas a la cima del Monte Tai te encuentras con un hermoso complejo de templos.

—En lugar del pozo más profundo del infierno —comentó Magnus.

Tian solo respondió con una mirada miserable.

Sin embargo, antes de que pudieran llegar al puente, dos sombras comenzaron a materializarse en el camino, como los fosfenos que se observan después de mirar mucho tiempo hacia el sol. Después de que Magnus parpadeó para aclarar su visión, pudo ver a los dos demonios que habían aparecido en su camino. Poseían el mismo tono de piel verde que los jiangshi, pero en lugar de parecer demacrados y andrajosos, estos eran gigantes, pesados y musculosos. Uno tenía cuerpo humano, pero la cabeza de un caballo; llevaba consigo un enorme látigo de cadena y cada eslabón era del tamaño de un puño humano. El otro, que también tenía cuerpo humano, poseía una cabeza de buey y tenía delante una enorme hacha de batalla con doble filo. El buey dejó escapar tremendo bramido, rompiendo el extraño silencio al que se habían acostumbrado a lo largo del camino.

Los cazadores de sombras desenvainaron sus armas.

\* \* \*

ALEC DIRIGIÓ SU MIRADA DE MANERA instintiva hacia Tian y se sorprendió al ver la mirada de terror en su rostro.

—Niutou —dijo él—, y Mamian.

—¿Amigos tuyos? —preguntó Magnus.

—Los llaman Cabeza de Buey y Cara de Caballo —señaló Tian—. Solían ser mensajeros de Yanluo y guardianes de Diyu. Existen muchas historias de cazadores de sombras que lucharon contra ellos, de los tiempos en los que Yanluo todavía vagaba por el mundo.

—Si lucharon contra ellos, nosotros también podemos —dijo Clary.

Tian negó con la cabeza.

—Son más débiles en nuestro mundo. La leyenda dice que no pueden ser derrotados en su propio reino.

—¿Entonces nos regresamos? —preguntó Clary.

—Somos cinco contra dos —señaló Jace—. Me gustan nuestras posibilidades.



—Si queremos seguir adelante, no tenemos opción —indicó Tian—. Se alejó de los otros, abriéndose espacio y después de algunas vueltas hábiles, desenrolló el dardo de cuerda de su cuerpo, tomándolo por la base de *adamas* en forma de diamante. Magnus desenvainó a Impermanencia Blanca de su espalda y la sostuvo frente a sí. Era extraño ver a Magnus envainar una espada, pensó Alec. Parecía incorrecto, incluso perverso. Pero se encontraban insuficientemente equipados para esta pelea y tenían que hacer uso de todos los recursos.

—Clary, tú solo cuentas con una daga —comenzó a decir Jace en voz baja—, así que mantente fuera de su alcance. Alec y yo vamos a intentar distraer a la vaca para que tú lo ataques por detrás. Tian, tu trabajo es mantener ese látigo de hierro lejos de nosotros. Magnus, cualquier protección que puedas ofrecernos...

Era muy tarde para planear más. Con un rugido, Cabeza de Buey se lanzó al ataque.

Jace pudo haber estado en lo correcto cuando dijo que eran cinco contra dos, pero Alec estaba seguro de que cada uno de ellos era más grande que los cinco juntos. Por supuesto, no tenían más opción que intentarlo. Alec dejó que Jace se adelantara y recibiera el primer golpe con su lanza, mientras él esperaba el momento oportuno para atacar. De reojo, pudo observar el momento en que Tian se lanzaba hacia Cara de Caballo, su dardo de cuerda se desplegó y estalló en dirección a su enemigo como una serpiente que se prepara para atacar.

El hacha de Cabeza de Buey se estrelló contra la lanza de Jace con una fuerza impresionante, y Alec pudo ver que Jace se tambaleaba mientras absorbía el impacto. Corrió cuando vio una oportunidad, arremetiendo contra el brazo que sostenía el hacha y logró herirlo con la espada antes de que un golpe de Cabeza de Buey la arrojara de su alcance. El corte fue menos profundo de lo que Alec había pretendido, pero de él fluyó icor. Sin embargo, cumplió su cometido y le permitió a Clary deslizarse por detrás de las piernas de Cabeza de Buey, y con ambas manos, cortó sobre cada uno de sus tendones de Aquiles.

Separándose de Jace, Cabeza de Buey rugió en un gemido inhumano y se volvió para atacar a Clary, pero fue lo bastante lento como para que Jace pudiera posicionarse y lanzarse de nuevo al ataque. Alec se dio la vuelta y pudo ver que Tian embestía a Cara de Caballo, utilizando el dardo de cuerda para evitar que su adversario pudiese usar el látigo de cadena. El diamante de *adamas* se movía en arcos anchos y punzantes, una y otra vez, envolviéndose alrededor del cuerpo de Tian para rápidamente desenvolverse y atacar de nuevo. Mientras lo observaba, el dardo alcanzó a Cara de Caballo en el hombro y este retrocedió dando un grito ensordecedor.

Mientras tanto, Magnus se ocupaba de otros demonios. Un grupo del montón de demonios con cabeza de ave se habían percatado de la pelea y se unieron a ella, descendiendo contra los combatientes. Con una mirada sombría, Magnus sostuvo la espada como si fuese una varita mágica; su magia carmesí crujía desde la punta de la espada una y otra vez para apalea a los demonios. Ellos esquivaban y rodaban, y solo ocasionalmente uno de los ataques daba en el blanco, pero Magnus tuvo éxito en mantenerlos a la distancia y eso era suficiente por ahora.

Alec notó que lo llevaban bastante bien. Jace usaba su lanza para evitar que Cabeza de Buey

podiera propinar un verdadero golpe con su hacha. Clary se deslizaba hacia los lados, buscando una nueva oportunidad de atacar. Y en ese momento, Cabeza de Buey retrocedió y dando un rugido, dio una voltereta hacia atrás, volando en el aire hasta que aterrizó a cinco metros lejos de los cazadores de sombras. Cayó, apoyándose en una de sus rodillas y sosteniendo el hacha en una de sus manos, aterrizó su puño contra el suelo. Alec pudo ver que la herida que había creado en el brazo de Cabeza de Buey burbujeó y se llenó de espuma. Y en cuestión de segundos, había desaparecido.

—Oh, oh —dijo Jace.

Alec miró a Tian, quien notó el mismo problema: la herida en el hombro de Cara de Caballo también había desaparecido sin dejar rastro.

—Que *según* pueden ser derrotados, ¿eh? —Alec le gritó a Tian.

Tian tenía un rostro miserable.

—Aquí, el suelo los cura.

—¿Qué hacemos al respecto? —gritó Jace.

—¡Magnus! —exclamó Alec—. ¿Puedes hacerlos volar del suelo?

—Mantendré vigilados a los otros —propuso Tian y de manera elegante, se dio la vuelta, dejando que el dardo se extendiese como un rayo plateado hacia uno de los demonios con cabeza de ave que intentaba atacarlos.

Magnus sostuvo a Impermanencia Blanca con ambas manos, una mirada de enorme concentración apareció en su rostro y lanzó un rayo de luz escarlata contra Cabeza de Buey. Sin embargo, en lugar de elevarse en el aire, Cabeza de Buey mantuvo su posición y la magia solo fluyó dentro de él. La absorbió y pareció crecer aún más y lució más fuerte frente a sus ojos.

—Em —dijo Magnus.

—Nos vendría bien algo de tu clásica magia azul ahora mismo —le dijo Clary.

Magnus la miró, impotente.

—¿Alguna otra brillante idea? —Jace le gritó a Tian.

Tian sacudió su cabeza con una mirada descontrolada.

—Paremos —propuso.

Cabeza de Buey osciló su hacha sobre su cabeza y la dejó caer hacia Alec, quien la bloqueó con su espada. Clary arrojó su daga y apuñaló a Cara de Caballo en el pecho, pero él solo la arrancó y se la lanzó de vuelta. Clary se giró para atraparla por la empuñadura y lo fulminó con la mirada.

—No estamos preparados —dijo Tian.

—¿Eso crees? —bramó Alec.

La luz explotó en el cielo, por encima de la riña. Alec la ignoró, asumiendo que se trataba de más demonios, pero después notó que Magnus había bajado su espada, miraba hacia arriba y en su rostro había una expresión que no fue capaz de descifrar.

Sus ojos se dirigieron al mismo lugar y a través de la luz cegadora que comenzaba a disiparse, apareció una criatura con cuernos. Esta también era verde, pero de un color más oscuro que el de los jiangshi o los guardianes contra los que estuvieron peleando. Tenía enormes cuernos, blancos como huesos, se alargaban desde su cabeza y usaba una túnica negra que se ondulaba mientras descendía al suelo. Incluso Cabeza de Buey y Cara de Caballo se detuvieron a observar.

Y luego Alec cayó en cuenta de que se trataba de Ragnor Fell.

\* \* \*

RAGNOR ATERRIZÓ ENTRE ELLOS y por un momento nadie habló.

Cabeza de Buey rompió el silencio, alzando su hacha y mugiendo. Sin dirigirle la mirada, Ragnor alzó su mano y la agitó hacia arriba. Al mismo tiempo, Cabeza de Buey y Cara de Caballo fueron alzados a cinco metros en el aire, sobre una nube rojiza. Intentaron liberarse de la misma, pero solo consiguieron flotar lentamente en el aire. Cara de Caballo comenzó a bramar ruidosamente y Ragnor, con una mirada que transmitía fastidio y que recordó a Magnus al Ragnor que solía conocer, hizo otro ademán. El sonido se desvaneció abruptamente.

Y los guardianes demonio permanecieron flotando en el aire.

Magnus aclaró su garganta.

—Entonces, ¿supongo que esto es lo que debería esperar del apuñalamiento? ¿Unos cuernos más grandes que nada?

—Solo estoy aquí para hablar —respondió Ragnor, en un tono cuya familiaridad era inquietante, pues provenía de un rostro considerablemente modificado.

Ninguno bajó su arma.

—Entonces habla —le dijo Alec.

—¿Sigues siendo el secuaz de Sammael? —preguntó Jace—. Comencemos con lo básico.

—Escuchen —comenzó a decir Ragnor—. Todo se está saliendo de control. Ninguno de ustedes debería estar aquí. Nada de esto era parte del plan.

—Siempre te gustaron los planes —comentó Magnus.

—Entonces voy a ayudarlos a salir de aquí —agregó Ragnor.

Al lado de Magnus, Alec dejó escapar un largo suspiro de alivio.

—Ragnor —le dijo—, eso es genial. Estás de nuestro lado, podemos...

—Shinyun nunca debió haber apuñalado a Magnus —continuó Ragnor, ignorando a Alec, y esto también le pareció a Magnus como algo típico del Ragnor que conocía—. Nunca lo consultó y mucho menos pensó en lo que significaría para el resto de los planes —dijo con desdén—. Cualquiera idiota habría supuesto que involucrarte nos traería una infinidad de complicaciones debido a tus... relaciones cercanas con los nefilim. —Observó con disgusto al resto de los cazadores de sombras.

—Sí, es obvio que Shinyun está chiflada —comentó Alec—. Entonces...

—No puedo hacer nada acerca de la herida —le dijo Ragnor a Magnus—. Nadie puede. Es irreversible. Pero puedo ayudarlos a salir de aquí. Verán, son una amenaza demasiado poderosa para los planes de mi señor.

El corazón de Magnus se encogió.

—Tu señor —repitió.

Ragnor pareció sorprendido.

—Así es. Creo que toda la situación con el Svefnthorn te fue explicada anteriormente, Magnus. Pero nunca le prestas atención a los detalles. Ese siempre ha sido tu peor pecado. Mi señor —prosiguió—, no necesita a un montón de heroicos cazadores de sombras y a un brujo rebelde vagando por su reino, confundiendo la situación y arruinando planes. Entonces, si me lo permiten... —Alzó sus manos y una magia carmesí, gemela a la de Magnus, estalló en sus palmas, y poseía el mismo patrón circular con picos que tenía la suya.

Magnus estaba casi seguro de que era una terrible idea dejar que Ragnor realizara magia desconocida en ellos, incluso después de decirles que los ayudaría. Hasta donde sabía, esa «ayuda» podría matarlos; así era como las cosas sucedían usualmente. Pero no tuvo oportunidad de decidir qué hacer al respecto, porque de repente Ragnor fue lanzado en línea recta por un rayo escarlata que lo golpeó en la espalda.

Alec miró a Magnus.

—Yo no fui —se defendió Magnus rápidamente.

—¡Ragnor! —Todos levantaron la mirada para ver a Shinyun, flotando en el cielo cerca de donde Cabeza de Buey y Cara de Caballo seguían flotando en círculos. Cabeza de Buey parecía haberse quedado dormido—. ¡No vas a traicionar a nuestro señor!

Al igual que Ragnor, Shinyun también había cambiado físicamente. Sus brazos y piernas eran más largos y delgados, dándole una apariencia parecida a la de una araña. Un aura blanca

la rodeaba y aunque su rostro carecía de expresión, como siempre, en sus ojos resplandecía una llama púrpura. Su capa había sido unida a su escote, revelando las marcas en forma de X hechas debajo de su garganta.

Ragnor se recuperó y se puso de pie para enfrentar a Shinyun.

—Estás haciendo las cosas muy complicadas —le dijo en tono de sermón—. *Mucho* más complicadas de lo que necesitan ser. Por eso voy a llevarme a estos... factores inesperados —eso lo agregó mientras hacía ademanes con ambas manos en dirección a Magnus y sus amigos—, y los voy a regresar a la Tierra. Después podremos continuar con el plan como debíamos hacerlo.

—Oye —le dijo Magnus—, siempre quise ser un factor inesperado.

—Solías ser un factor inesperado todo el tiempo —añadió Clary.

—¿*Solía*?

—Bueno —le dijo—, eventualmente formaste parte de la ecuación.

Los ojos de Shinyun brillaron de manera peligrosa.

—Idiota. ¿Crees que simplemente nos dejarán en paz si los enviamos de vuelta? ¿Crees que nos dejarán reabrir el Portal en el Mercado, sin intentar regresar aquí? El daño ya está hecho. Ahora debemos lidiar con él.

—En este momento, *tú* tienes que lidiar con él —respondió Ragnor de forma gruñona—. Involucrarlos en esto fue *tu* idea. Yo solo estoy aquí para limpiar tu desastre.

Shinyun alzó sus manos y la magia se concentró en ellas, de la misma manera que lo hizo Ragnor anteriormente. Flotó hacia él.

—Olvidas —respondió ella, apretando los dientes—, que yo soy la primera seguidora de Sammael y su favorita. Si no fuera por mí, nunca habrías experimentado la gloria de su presencia. Pudiste haberte desvanecido con el resto. Así que demuestra algo de respeto y obediencia.

—Te mostraré mi respeto —murmuró Ragnor y luego arremetió contra Shinyun, su magia hizo fuego en sus manos.

Los dos brujos volaron en el cielo y comenzaron a atacarse el uno al otro. Ambos estaban claramente más interesados en su conflicto que en lidiar con los cazadores de sombras.

—Podríamos irnos —sugirió Jace—. Y volver al puente.

Magnus se sentía pegado al suelo, viendo como uno de sus amigos más antiguos luchaba contra uno de sus enemigos más recientes. Lucían más como criaturas mitológicas que como personas. Ragnor embistió a Shinyun con sus cuernos, pero Shinyun los tomó con sus extremidades arácnidas. Lucharon cruzando el cielo, lanzando rayos de luz escarlata. Siguieron

gritándose el uno al otro, pero nadie fue capaz de distinguir sus palabras detrás del ruido de la pelea.

—Vámonos —dijo Tian—. Podemos acercarnos al pozo mientras están distraídos.

—Si vamos a rescatar a Isabelle y Simon —comentó Magnus—, voy a tener que rescatar a Ragnor también.

—Él no puede ser rescatado —espetó Tian con firmeza—. Ha sido apuñalado tres veces. Ahora es parte de Sammael.

Magnus le dedicó una mirada impotente a Alec.

—Tengo que intentarlo.

Nadie sabía qué hacer. Magnus no podía dejar de ver la pelea por encima de él. La vista de Tian estaba fija en la montaña más allá del puente, mientras Clary, Jace y Alec esperaban. Tal vez alguno rompería el estancamiento y saldría victorioso, pensó Magnus.

—Son una vista asombrosa, ¿no creen? —dijo una voz desconocida. Magnus se volteó para notar que se les había unido un desconocido. Su rostro era joven, blanco y su complexión delgada; tenía una cara alargada y estaba vestido como si fuera un estudiante mochilero que estaba turisteando por Diyu: con una harapienta camisa a cuadros y jeans rotos. Tenía las manos en sus bolsillos, como si estuviera admirando un desfile pasar.

«¿Tal vez sea un alma perdida en Diyu?», pensó Magnus.

La única cosa verdaderamente extraña del individuo, además de su presencia, era el sombrero tirolés que usaba, de terciopelo verde. De la banda del sombrero salía una alta pluma dorada, que por lo menos medía treinta centímetros. Magnus no estaba convencido de que lo estuviera luciendo bien, pero apreciaba su ambición.

—Ya tuvimos bastante violencia aquí —continuó el hombre en un tono apacible—, sin contar a esos dos que pelean como niños rebeldes. ¿Qué opinan?

—Disculpa —espetó Magnus—, ¿quién eres? ¿Nos han presentado?

—¡Ah! —exclamó el hombre a modo de disculpa—. ¡Qué terriblemente grosero de mi parte! Claro que yo te conozco. ¡Magnus Bane, el Gran Brujo de Brooklyn! Tu reputación te persigue hasta acá. ¡Y cazadores de sombras! *Amo* a los cazadores de sombras.

Le tendió su mano.

—Sammael —les dijo con una sonrisa gentil—. Hacedor del Camino. Pasado y Futuro Devorador de Mundos.

# CAPÍTULO TRECE

## LA SERPIENTE DEL JARDÍN

*Traducido por Samantha  
Corregido por Barragán y Samn*

TODOS LO MIRARON FIJAMENTE. Sammael, el Hacedor del Camino, Pasado y Futuro Devorador de Mundos, les sonreía tranquilamente.

—Pasado y futuro... —dijo Alec.

—Devorador de Mundos —Sammael repitió—. Significa que devoré mundos en el pasado y planeo devorar *más* mundos en algún punto en el futuro. Entre más pronto mejor.

Fue interrumpido por otro crepitar de relámpagos en el cielo, así que miró arriba hacia Ragnor y Shinyun, ninguno de los cuales parecía haber notado que él estaba ahí. Les lanzó una mirada fraternal, comprensiva y a la vez frustrada.

—Ragnor —dijo—, Shinyun. —Habló con el mismo tono casual y relajado, pero ambos brujos se detuvieron inmediatamente y contrajeron sus manos bruscamente al sonido de su voz.

—Mi señor —lo llamó Shinyun.

—A sus habitaciones —dijo Sammael con tranquilidad. Chasqueó los dedos y con un fuerte *crac* Ragnor y Shinyun desaparecieron del cielo.

»Como estaba diciendo —prosiguió Sammael en el silencio repentino—. Ha pasado un largo tiempo desde la última vez que devoré un mundo. Incluso tal vez me encuentre algo oxidado —añadió soltando una risita—. ¡Pero su amigo Ragnor fue de mucha ayuda para encontrarme *este* lugar! —les dijo señalando a su alrededor—. Necesita una mano, por supuesto. ¡Pero tiene tanto potencial! Un motor masivo de poder demoníaco que echa a andar con el sufrimiento humano como combustible. ¡Es que, es tan... clásico!

Sonrió ampliamente y después dirigió su directa atención a Magnus.

—Magnus Bane —le dijo—. No solamente eres un Gran Brujo, ¡sino también una maldición antigua! ¿Sabes cuántos de ustedes quedan?

Como nadie respondió, frunció el ceño.

»No era una pregunta retórica. La respuesta es, que no puede haber más de nueve en el mundo entero: el hijo mayor de cada uno de nosotros, los Príncipes del Infierno.

—¿Quién es tu hijo mayor? —preguntó Alec.

Eso pareció tomar a Sammael por sorpresa.

—Bueno, eso es muy amable —dijo—. Las personas rara vez sienten interés por mí. No tengo uno —confesó—. He estado ausente por tanto tiempo que el último de mis hijos en la Tierra desapareció hace siglos. Es algo en lo que tendré que trabajar cuando regrese allá. —Miró a Magnus con más detenimiento—. ¿Ya pensaste eso referente a la espina? Me encantaría darte la tercer apuñalada, eso si puedo quitarle la espina de las manos a Shinyun. Si soy honesto, es muy posesiva con ella.

Magnus se dio cuenta que, sin pensarlo, se había llevado la mano a la herida en su pecho. Las cadenas en sus brazos palpitaron dolorosamente.

—No estoy interesado en unirme a tu pequeño club, si es eso a lo que te refieres.

—Así es —dijo Sammael, pero no sonaba particularmente molesto—. Al ser la otra alternativa la muerte, mi pequeño club ganará de todos modos. Pero debo decir que darías una excelente contribución a la organización. Todavía no tenemos una maldición antigua.

Se inclinó hacia adelante y habló en tono confidencial.

—Lo que sugiero es que, cuando seas lo suficientemente poderoso, solo debes matar a Shinyun y tomarás su puesto. ¡Y trabajarías con tu amigo Ragnor!

—Magnus ya tiene un equipo —espetó Clary.

—Nuestro equipo —aclaró Jace.

—Sí, lo deduje. Por todos los cielos —dijo Sammael, dándoles una mirada—. *Cazadores de sombras*. Esto es muy, muy emocionante.

—Me imagino que es porque odias a los cazadores de sombras y quieres torturarnos —dijo Jace.

Sammael se echó a reír. Magnus habría esperado que su risa fuera aterradora o al menos intimidante, pero él parecía auténticamente divertido, incluso amigable.

—¿Bromeas? Yo *amo* a los cazadores de sombras. Yo los *creé*.

—¿Qué? —exclamó Alec—. Los cazadores de sombras fuimos creados por Raziel.

—O por otros cazadores de sombras —señaló Jace.

—¡No inventen! —dijo Sammael, entretenido—. Primero que nada, ¡Raziel jamás se habría



molestado en hacerlo si yo no hubiera dejado entrar a todos esos demonios en su mundo!  
¡Ustedes existen gracias a *mi*!

Clary y Jace intercambiaron miradas de confusión.

—Pero nosotros fuimos creados para derrotar a tus demonios —protestó Jace—. ¿No significa eso que somos, ya sabes... enemigos?

—Definitivamente somos enemigos —confirmó Magnus.

—Quiero decir, tienes detenidos a dos de nosotros en tus cámaras de tortura justo ahora —indicó Alec, apretando los dientes.

Por primera vez, la sonrisa de Sammael se desvaneció, aunque su tono amigable no cambió.

—Bueno, en un muy reducido número de casos, puede haber algo personal entre nosotros. Pero no por mi causa. Quiero decir, nos encontramos en lados opuestos de la Guerra Eterna, es verdad, pero ustedes son... bueno, ¡son la leal oposición! Me entusiasma esperar a que el verdadero juego comience. No pueden ser destruidos antes de eso.

—¿Qué hay de ellos? —preguntó Alec señalando a Cabeza de Buey y Cara de Caballo, quienes continuaban flotando desdichadamente en su nube esponjosa a cinco metros en el aire y a cierta distancia de ahí.

—No tiene nada de malo pasar por una prueba —indicó Sammael—. Nada que cualquier nefilim que pueda sobrevivir una batalla decente no pueda controlar. Hablando de eso, ellos fracasaron, así que...

Se encogió de hombros y extendió una mano hacia los guardianes. Los cazadores de sombras observaron conforme ambos, Cabeza de Buey y Cara de Caballo, se les desorbitaban los ojos y comenzaban a girar otra vez, con más violencia que antes. Parecían estar llenos de angustia.

—Ni siquiera son míos, lo admito —agregó Sammael—. Ya venían con el reino.

Los dos demonios se retorcieron con visible agonía. Magnus se encontró sintiendo lástima por ellos, aunque eran literalmente demonios del infierno e intentaron matarlo a él y a sus amigos una y otra vez, solo unos pocos minutos antes. Era su impotencia y confusión.

Sammael asintió como si simpatizara con su apuro y después hizo un movimiento desgarrador con sus manos y ambos, Cabeza de Buey y Cara de Caballo, cayeron en pedacitos.

Fue terriblemente espeluznante, incluso para Magnus. No hubo un resplandor mágico, ni un flash brillante que opacara lo que sucedía. Los dos demonios solo se partieron en dos, sus cabezas y miembros rasgándose de sus cuerpos, sus torsos dividiéndose en varias partes. En un baño de carne e icor, los restos húmedos de lo que habían sido Cabeza de Buey y Cara de Caballo, cayeron sobre el suelo negro maldito de Diyu en una serie de golpes sordos y repugnantes.

Magnus miró a Sammael otra vez, quien lucía sorprendido por la reacción de su audiencia. Los cazadores de sombras habían unánimemente regresado a sus iniciales expresiones de cauteloso horror; estas se habían desvanecido de alguna manera con la anterior y extraña amabilidad de Sammael, pero ahora habían regresado.

—No se pongan así —les dijo Sammael—. Ni siquiera se han ido realmente. Son Demonios Mayores y son de aquí; eventualmente se regenerarán en algún lugar de este laberinto.

—Aun así —le dijo Clary en un susurro.

Sammael extendió ambas manos.

—Ellos fallaron, así que tienen que ser disciplinados. No entiendo por qué habría alguna preocupación por parte de ustedes. Estaban tratando de matarlos hace unos pocos minutos, si mal no recuerdo.

Magnus notó que Tian estaba muy callado. Se preguntó si el joven cazador de sombras no había estado preparado para enfrentarse a uno de los demonios más poderosos de la historia. Magnus tuvo que admitir que sus amigos quizá estaban más chiflados y entusiasmados sobre el tema de enfrentarse a *otro* Príncipe del Infierno de lo que otros estarían. Pues bien, se habían enfrentado a Asmodeus un par de años atrás. Miró suspicazmente a Tian pero no pudo leer su expresión.

Enfrentó a Sammael.

—Así que, los demonios se han ido, Shinyun y Ragnor se han ido, solo quedamos nosotros y tú. Podrías matarnos a todos si quisieras, pero no lo has hecho. Así que, ¿ahora qué? —preguntó.

—Claramente, deberían volver por donde vinieron y regresar a su mundo —le dijo Sammael—. Aún no estoy *completamente* preparado para comenzar la guerra, pero para ser justos, ustedes tuvieron miles de años para prepararse y yo tuve una pequeña fracción de ese tiempo. Así que vuelvan, pueden reabrir el Portal que cerraron de manera tan desastrosa cuando llegaron, ¡y los veré en el campo de batalla tan pronto sea posible!

Los despidió con un ademán, como si diera por concluida la conversación.

—No podemos irnos —admitió Alec. Sonó como una disculpa, lo que era un poco gracioso, considerando con quién estaba hablando—. Debemos rescatar a nuestros amigos.

Sammael dirigió su mirada hacia él, como si no pudiera seguir el hilo de lo que Alec le estaba diciendo.

—Entonces, ¿cómo *encontrarás* a tus amigos, pequeño nefilim? Diyu tiene cientos de miles de infiernos. Ni siquiera yo he estado en todos. Si soy sincero —les dijo, poniendo su mano junto a su boca como si estuviera compartiendo un secreto—, escuché que una vez que miras como diez mil de ellos, los otros setenta mil, más o menos, lucen como puras variaciones

menores de los otros.

—No eres el único en saber de Diyu —espetó Magnus—. Tian ha estudiado Diyu por años. Conoce la forma de atravesarlo.

Alec se giró y le sonrió a Tian, pero Tian no le devolvió la sonrisa. En realidad, Magnus notó que se había quedado callado todo ese tiempo.

—Oh, ¿Tian? —mencionó Sammael—. ¿Ke Yi Tian? ¿El Tian que está de pie justo al lado tuyo? ¿El Tian del Instituto de Shanghái?

—¡Sí, obviamente ese Tian! —exclamó Magnus.

Todos los cazadores de sombras miraron a Tian, pero él nunca apartó la mirada de su objetivo frente a él.

—Tian es *mi* empleado —explicó Sammael con gran regocijo—. Tian los guió justo a mí.

—Eso es ridículo —dijo Jace.

—¿Ah? —lo cuestionó Sammael—. ¿Así que creyeron que dirigirse al centro más grande de la corte más profunda del reino era una gran estrategia? ¿Creyeron que era una gran idea ir directo a *Avici*?

Magnus negó con la cabeza.

—Esto es una farsa. Infantil psicología barata.

—Tian —le dijo Sammael, casi dando pequeños saltitos contenidos de emoción—, abandona a estos idiotas, ve a buscar a Shinyun y dile que empiece a reabrir nuestro Portal al Mercado.

Hubo una pausa, y luego Tian, de la antigua y amada familia Ke, inclinó su cabeza con un gran suspiro y habló:

—Sí, mi señor. —Levantó la cabeza y dijo con un tono de frustración—: Me pude quedar con ellos. No tenía que revelar mi encubrimiento ahora.

—Bueno, pensé que podrías dirigirlos a alguna mazmorra en algún lugar para que se pudran —le dijo Sammael—. Y habría sido muy decepcionante no ver sus expresiones cuando lo descubrieran. Es que, en serio adoro esos momentos. Además, no importa: puedes abandonarlos en cualquier momento. Vete ahora o más tarde... da igual, ellos morirán de hambre en una carretera infinita que termina en el lugar más profundo del infierno. El brujo morirá por la herida de la espina o se convertirá en otro de mis sirvientes. Nada ha cambiado —le mencionó de manera tranquilizadora a Tian.

—Tian —le dijo Magnus decepcionado, con el corazón hundido.

Tian se adelantó saliendo del círculo formado por sus compañeros cazadores de sombras para colocarse, encorvado y sombrío, junto a Sammael. Sammael dejó que una amigable sonrisa

floreciera en su rostro conforme levantaba un brazo, como si estuvieran posando en una foto y lo puso sobre el hombro de Tian.

\* \* \*

—TIAN. —ALEC FUE EL PRIMERO EN HABLAR—. ¿Por qué? Al menos nos debes esto. —Miró a Sammael, teniendo problemas para mantener su furia bajo control—. Nos lo debe.

—No, no, adelante, esta parte también es bastante entretenida para mí —afirmó Sammael levantando ambas manos.

A Alec no le importó.

—¿Y bien? —demandó una respuesta de Tian. Él tomó aire.

—¿Sabes cómo es —le dijo con la voz entrecortada—, que tu amor sea ilegal?

Alec lanzó los brazos al aire, desesperado.

—Tian. ¡Sí!

—Obviamente sí —señaló Jace—. A lo grande.

—No —bramó Tian—, tú puedes vivir con el subterráneo que amas, Alec. Y tú —se dirigió a Jace—, bueno, las cosas se solucionaron para ti, lo que es genial, supongo. De cualquier manera... mira, eso no importa.

—¡Ja! —exclamó Jace con la superioridad de quien ha ganado un argumento.

Tian se volvió nuevamente hacia Alec.

—Tú puedes adoptar a un niño junto al subterráneo que amas. A mí, por el otro lado, no se me permite ver a la subterránea que amo, sin romper la Ley. Y sí, lo sé, la Ley es dura. Es demasiado dura. Se ha hecho tan dura y quebradiza, que ha comenzado a romperse.

—Esa no es excusa... —comenzó a decir Alec.

—¿Has visto a la Clave últimamente? —preguntó Tian, interrumpiéndolo con amargura en la voz—. Somos una casa dividida. Una casa rota en mil pedazos. Están quienes como tú, o como yo, preferirían la paz, que les gustaría colaborar con todo el submundo, para fortalecernos todos. Los que pondrían de lado las supersticiones y fanatismos de nuestros ancestros.

—Jem Carstairs es uno de tus ancestros —señaló Magnus—. Un hombre sin supersticiones ni fanatismos.

—Y están los otros —continuó Tian—. Los paranoicos. Los recelosos. Los que quieren

que los cazadores de sombras dominen sobre todos, para aplastar al resto de los subterráneos bajo sus reglas. Especialmente aquellos que se llaman a sí mismos la Cohorte.

—La Cohorte solo es un pequeño grupo de gente chiflada —espetó Jace con incredulidad en su voz.

—Puede que por ahora, solo unos pocos se identifiquen como parte de ella —le dijo Tian—. Pero hay muchos más de los que podrías imaginar que están de acuerdo con ellos, cuando creen que solo hay amigos en ese lugar que están dispuestos a escucharlos hablar.

—¿Y por eso te *aliaste* con un *Príncipe del Infierno*? —preguntó Alec.

Cada vez que alguien hablaba, Sammael hacía una expresión exagerada de conmoción y asombro. Parecía no encajar con la situación. Alec deseó que se detuviera, pero no creyó que la situación saldría bien si se lo pedía.

—La guerra se avecina —dijo Tian—. No importa lo que yo haga. La lucha entre Sammael y el mundo. Y él se encontrará a los cazadores de sombras divididos, dispersos, rotos en pedazos por las mentiras y secretos que mantienen de los otros. Ya sea que caigan... y el mundo caerá, o triunfarán, y el mundo será salvado. Pero al menos, yo estaré a salvo y Jinfeng conmigo.

—Ella es su novia —susurró Sammael dramáticamente.

—Lo sabemos —le dijo Clary.

—¿Y si ganamos? —espetó Jace—. ¿La Clave solo te aceptará de regreso? ¿A un traidor que apoyó a su enemigo?

—Me gusta pensar en mí como algo más que un enemigo —se defendió Sammael con un tono pensativo—. Un *archienemigo*, por lo menos. ¿Quizá incluso un némesis?

Tian no dejó de lucir determinado.

—Esperaría la misericordia de la Clave. Nunca podría esperar eso de Sammael.

—¡Por Dios! —exclamó Clary—. Esa debe ser la cosa más egoísta que he escuchado en toda mi vida.

—Por favor —murmuró Sammael—. Aquí no se dice la palabra con D. —Clary puso los ojos en blanco.

—He conocido a tu familia desde hace muchas generaciones —le dijo Magnus con una voz inexpresiva—. La familia Ke siempre ha estado entre los más honorables, generosos y nobles cazadores de sombras que jamás he conocido. Estarían muy decepcionados de ti, Tian. Jem estaría muy decepcionado de ti.

Tian miró a Magnus y por primera vez, Alec vio un atisbo de desafío en su mirada.

—Pero es noble sacrificarse por amor, ¿o no? Me han enseñado durante toda mi vida que

eso es noble. Sacrificarlo todo. —Miró a Alec—. Eso es lo que he hecho. Sacrificar todo por amor.

Alec no supo qué decir. Sin embargo, no tuvo que hablar.

—Eso es... pura mierda, Ke Yi Tian —lo reprendió Magnus en voz alta.

Eso pareció tomar a Tian por sorpresa. Incluso Sammael se sorprendió un poco.

La magia de Magnus estalló, roja, turbulenta y furiosa, brillando desde su pecho y de sus manos. No lanzó ningún hechizo, aunque comenzó a avanzar en dirección a Tian, un fuego de apariencia química fluyó de sus ojos dorados verdosos.

—Tú no eres un mundano común y corriente —le dijo, su voz la mantuvo peligrosamente controlada—. Eres un *cazador de sombras*. Tienes un deber. Una responsabilidad. Un *propósito* elitista y sagrado, ¿comprendes?

Hizo una pausa como si esperara una respuesta. Tian abrió la boca por un momento y Magnus habló de nuevo:

—Eres el *protector* —reafirmó—, de nuestro mundo. Comandado por el Ángel. Bendecido con su fuego. ¡Obsequiado con los regalos del cielo! —Sostuvo el brazo de Tian y observó en lo más profundo de sus ojos—. *Conozco* a los cazadores de sombras, Tian. Los he conocido por siglos. Los he visto en sus mejores y peores momentos. Pero también he conocido a otros, subterráneos y mundanos, y si hay algo que los cazadores de sombras deben entender, es que ellos *no son como las otras personas*.

»Ellos aman, construyen y procuran el bienestar... cuando llega el momento. Pero cuando llega el deber, el deber *solemne*, el deber *único* y es la barrera que divide a las criaturas vivientes de la Tierra del olvido de las manos de quienes son *literalmente*, la maldad *pura* y verdadera...

Sammael los saludó alegremente con un ademán.

—... es en ese momento, lo único que se les permite hacer. Todo amor es importante. *Tu amor* es importante. Y para algunas personas, el amor puede ser la cosa más importante de todas, más importante incluso que el mundo entero.

»Pero no para los cazadores de sombras. Porque mantener a todo el mundo a salvo no es la razón de la existencia de todos, pero definitivamente es la tuya.

El estallido de magia se desvaneció. Magnus bajó la cabeza.

Tian se mantuvo en silencio. No se defendió.

—Lo que él dijo —reafirmó Clary débilmente detrás de Alec.

Alec, sin embargo, miraba a Magnus fijamente.

—No sabía que lo pensabas de esa manera —le dijo. Sonaba estupefacto incluso ante sus

oídos—. Asumí que pensabas que todo el tema de los guerreros sagrados era simplemente una tontería.

—A veces, yo también creo que es tontería —admitió Jace—. Y literalmente, han consumido la maldad de mi cuerpo usando fuego celestial.

La expresión de Magnus se suavizó. Caminó de vuelta a Alec, como si se acabara de dar cuenta cuán lejos había avanzado hacia Tian y Sammael.

—Trato de no tomarme las cosas tan en serio —le dijo a Alec—. Ya sabes. El mundo es un lugar absurdo y tomarlo muy en serio sería dejar que se salga con la suya. Y todavía me rijo por esa filosofía. La mayoría del tiempo. Pero bueno, la mayor parte de ese tiempo —agregó—, no estoy de pie frente al *literal* Padre de los Demonios, en el infierno, *literal*.

—No olvides la parte del Devorador de Mundos —dijo Sammael—. Esa parte es mi favorita. Quiero decir, ¿quién no ama devorar mundos? ¿Me equivoco?

Magnus se volvió hacia Sammael, lo señaló con un dedo y por un momento, Alec pensó:

«Por el Ángel, Magnus realmente va a sermonear a Sammael, la Serpiente del Jardín». Aún se sentía sobrecogido. Por un lado, era emocionante el escuchar a su novio ofrecer una defensa conmovedora sobre su importancia y rectitud, por el otro, le costaba trabajo pensar en una ocasión en la que Magnus se hubiera visto más ardiente.

Sammael se encogió de hombros.

—Como sea, diviértanse vagando sin rumbo por Diyu hasta que mueran de hambre. No es lo que yo habría elegido, pero son sus vidas. Magnus, ven conmigo.

—Debes saber —dijo Alec—, que no hay manera en que permitamos que te lo lleses.

Sammael dejó salir un largo quejido.

—¿Por qué tienen que hacer todo del modo difícil? —Agitó la mano en dirección al puente de acero que estaba a sus espaldas y frente a él, un Portal circular comenzó a girar hasta abrirse. Demonios, ala, Xiangliu y Baigujing, comenzaron a emerger de él.

Se giró hacia Tian.

—Cuando acaben con el resto, tráeme a Magnus. Tengo cosas que hacer. —Sacudió la cabeza como si toda la experiencia lo hubiera dejado fatigado y se desvaneció con un pequeño sonido explosivo.

Por un momento, Alec y sus amigos miraron fijamente a Tian. Nadie tenía nada qué decir. Por suerte, Magnus rompió el silencio.

—Sé que todos tenemos muchos sentimientos encontrados ahora mismo...

—No hay forma de que puedan lidiar con todo ese ejército de demonios —lo interrumpió

Tian. Sonaba cansado—. Diyu es hogar de una gran infinidad de demonios y Sammael los comanda a todos.

—Entonces iremos por el puente —señaló Jace después de una pausa—. No podemos vencerlos, pero tal vez podamos abrirnos camino a través de ellos. Y luego en el descanso de la escalera, quedarán comprimidos en un espacio más pequeño, y solo unos pocos serán capaces de atacar al mismo tiempo.

—Excepto por los voladores —indicó Alec.

—¿Tienes una mejor idea?

Alec no la tenía.

Clary se volvió hacia Tian.

—¿Tratarás de detenernos? —Sus palabras fueron un desafío. Alec recordó, no por primera vez, que a su modo Clary podía ser tan feroz como Jace.

Tian negó con la cabeza.

—Si me quedo aquí, los demonios solo me devorarán de cualquier manera. No podrían notar la diferencia. Además, debo encontrar a Shinyun y pasarle el mensaje de mi señor.

—Gran señor el que tienes ahí —le dijo Alec. Tian no respondió. Lo miró por un largo tiempo y después se alejó, moviéndose rápida y deliberadamente, atravesando el páramo consumido. Los demonios lo ignoraron por completo. En poco tiempo había desaparecido detrás de la multitud que las criaturas formaban.

—Muy bien —dijo Magnus, desenvainó a Impermanencia Blanca—. Mantendré a los demonios voladores fuera de nuestro camino.

—¿A dónde vamos? —preguntó Clary.

—Donde sea más seguro que aquí —respondió Jace—. Manténganse juntos.

Los cuatro avanzaron juntos hacia el puente. Al frente, Alec y Jace usaron sus armas para mantener a raya a los demonios que se metían en su camino, detrás de ellos, Magnus hacía estallar cualquier cosa en el aire y Clary se deshacía de los demonios que trataban de franquearlos.

A Alec le recordó la clásica formación que perfeccionó: armados, todos unidos y protegidos, abriéndose paso a través de un granizo de flechas. Era una marcha agonizantemente lenta. Diez minutos de combate los llevó dentro del puente, pero a Alec le pareció que el puente en sí mismo tomaría otra hora para cruzarlo, extendiéndose a una distancia indefinida. A su lado, Jace atacaba con su lanza una y otra vez, su rostro era una máscara de sudor e icor. Alec estaba seguro que él no se veía mejor.

Una vez que estuvieron dentro del puente, los demonios cambiaron de estrategia. Esto no era como su combate de antes; los demonios estaban tan abarrotados que apenas podían



maniobrar y lo notaron rápidamente, así que en lugar de intentar combatir las armas de los cazadores de sombras y los destellos de magia de Magnus, lograrían mejor su objetivo al forzarlos llegar al borde del puente.

—¿Qué pasa si caemos? —exclamó Clary.

—Recuerda lo que Tian dijo —respondió Jace—. Al fondo de Diyu está la ciudad de Shanghái, de cabeza. Lo que sea que eso signifique.

Alec intercambió una mirada con Magnus, él asintió. Jace captó sus miradas.

—Vamos a saltar, ¿verdad?

—Puedo protegernos de la caída —indicó Magnus.

—¿Pero qué hay del aterrizaje? —preguntó Clary.

—Si solo saltara cuando sé a dónde voy a aterrizar —dijo Magnus—, jamás saltaría.

Y entonces saltó en picada del borde del puente.

—¿En verdad vamos a hacer esto? —Jace le preguntó a Clary.

Clary vaciló y después asintió con firmeza.

—Confío en Magnus.

Ellos dos, seguidos inmediatamente por Alec, se lanzaron detrás Magnus. Alec se lanzó de espaldas, mirando el puente alejarse a la distancia, desvaneciéndose en el firmamento sin estrellas del cielo. Conforme caía, no pudo evitar pensar en la cara de Tian y su críptica expresión, mientras se alejaba de sus compañeros cazadores de sombras que habían confiado en él.

# CAPÍTULO CATORCE

---

## CAÍDA CERTERA

*Traducido por Alex Loom  
Corregido por Samn*

CAYERON.

Al principio cayeron perdiendo el control y Alec se preguntó qué pasaría si cualquiera de ellos se desviara hacia una de las paredes del foso. La sensación de caída libre fue terrorífica en un inicio, la sensación de la gravedad abandonándolo, la anticipación de un final, una colisión violenta que nunca llegó.

Y después de unos pocos minutos, se dio cuenta que se acostumbró a la sensación.

Ayudó que Magnus se enderezara primero y luego usó algo de magia para reunir a los cuatro de ellos, para mantenerlos erguidos y lo suficientemente cerca para hablar entre sí. Y una vez que el puente y el camino que habían recorrido desaparecieron de su vista, e incluso los demonios se desvanecieron en la nada grisácea del ambiente, solo quedaron ellos cuatro, cayendo suavemente a través del silencioso aire. El cabello rojizo de Clary ondeaba suavemente alrededor de su rostro. Las manos de Magnus estaban levantadas, resplandeciendo en rojo y Alec tuvo la sensación de la nada bajo sus pies, la ilusión de no moverse del todo mientras que cada referencia visual desaparecía.

—En mis tiempos, llegué a hacer cosas imprudentes y extrañas —reflexionó Jace—, pero desperdiciar diez minutos en caída libre de un lugar desconocido en una dimensión infernal en dirección a otro lugar desconocido hacia una dimensión infernal es bastante imprudente incluso para mí.

—No te sientas mal —le dijo Magnus—. En realidad, no fue tu decisión.

Clary tiró de un mechón de su cabello y lo miró pensativamente mientras seguía flotando en el aire.

—Creo que es divertido.

Ambos miraron a Alec. Alec miró hacia abajo, aunque con la falta de dirección a su alrededor,

era difícil mantenerse recto. A lo lejos, en la ruta en la que estaban cayendo, los contornos brillaban tenuemente. ¿Estaban haciéndose más grandes, más cercanos? Era difícil saberlo.

Clary y Jace aún esperaban que él hablara.

—Todos lo decidimos —dijo él—. No teníamos suficiente información o tiempo. Confiamos en nuestros instintos.

—¿Y si estamos equivocados? —preguntó Jace.

—Entonces lidiamos con ello —respondió Alec.

—Incluso una vez que aterricemos —agregó Magnus—, no *sabremos* realmente si tomamos la decisión correcta o no. Probablemente nunca sabremos si hicimos el movimiento adecuado.

—A veces solo actúas por instinto —dijo Alec—. Lo sabes.

Jace vaciló. Era algo extraño de ver en su cara, pensó Alec, Jace quien siempre era tan confiado, quien iba por el mundo sin titubear o dudar de sí mismo.

—Pero eso puede herir a las personas.

—¡Tú haces cosas locas e imprudentes todo el tiempo! —protestó Alec.

Jace negó con la cabeza.

—Ajá, pero solo *me arriesgo yo* —se defendió—. Puedo arriesgar *mi* seguridad. Es diferente arriesgar a otras personas. —Estaba mirando a Clary.

—Jace, ¿realmente piensas que cuando arriesgas tu propia seguridad, no tiene efecto en nadie más? ¿En mí? —dijo Clary.

—¿En tu *parabata*? —concordó Alec.

—¿En todos aquellos que deben lidiar con las consecuencias? —refunfuñó Magnus.

—Mira quién habla —dijo Jace.

—Hablando de la toma de decisiones —repuso Magnus alegremente—, ¿exactamente dónde intentamos aterrizar? Si esas formas debajo son el Espejo de Shanghái, vamos a alcanzarlas muy pronto.

—Debe haber algún lugar en Shanghái al que podamos ir. En el Espejo de Shanghái, quiero decir —dijo Clary.

—¿Al Instituto? —dijo Jace.

—La iglesia —refutó Alec, recordando el lugar—. La Catedral de Xujiahui. Tian nos la mencionó cuando íbamos camino al Mercado.

—Tal vez era un truco —repuso Jace, entrecerrando los ojos.

—Sugieres —mencionó Clary con ironía—, que Tian sabía que íbamos a saltar en caída libre, en Diyu, que trataríamos de decidir en qué parte del Espejo de Shanghái deberíamos intentar un aterrizaje forzoso e indicó la catedral para que nosotros pudiéramos caer en su trampa del aterrizaje forzoso en ella en vez de alguna otra parte.

Jace titubeó.

—Bueno, cuando lo pones así, parece un poco complicado.

Magnus estaba moviendo una mano debajo de él y parecía que se estaba concentrando.

—De hecho, San Ignacio es una gran opción —les dijo—, porque es muy distintiva. Fácil de hallar en el aire.

—¿Puedes encontrarla? —le preguntó Alec.

—Bueno, hay *algo* ahí abajo con dos enormes torres góticas —señaló Magnus—. Probablemente sea esa.

—¿Crees que haya un almacén de armas ahí, como en la real? —cuestionó Jace.

—Armas espejo —sugirió Clary—. Apuñalas a alguien con ellas y se sentirán mejor.

—Magnus —le dijo Alec—, ¿te está creciendo una cola?

—No a propósito —se defendió Magnus, pero se veía inquieto. Alec lo había dejado mayoritariamente solo, permitiéndole mantener la magia que los mantenía a salvo y sin que lo distrajera, pero ahora que lo miraba más de cerca, las extrañas características inhumanas que provocaban el Svefnthorn parecían más prominentes. Quizá era una ilusión, el extraño ángulo desde el que miraba, la forma en que sus cuerpos se alargaban por estar en caída libre... pero los ojos de Magnus, luminosos y verde ácido, se veían más grandes de lo normal. También sus orejas parecían un poco puntiagudas, como las de un gato y cuando abrió la boca, Alec estaba seguro que sus dientes se habían alargado y afilado.

Magnus lo miró, frunciendo el ceño por preocupación, pero no dijo nada más.

—Quizá no deberías usar demasiada de tu magia —dijo Alec, titubeando.

—¿Quizá después de que hayamos aterrizado a salvo? —añadió Jace, un poco frenético.

—Alec —le dijo Magnus—. Si algo va mal... si yo...

—No pienses en ello ahora —lo interrumpió—. Llévanos al suelo. Enfrentaremos la situación conforme aparezca.

\* \* \*

MAGNUS CONTINUÓ EXAMINANDO el vacío debajo suyo, buscando la catedral. Sintió la magia surgiendo de él uno o dos minutos después de localizarla y empezó a rodear lentamente a Alec, Jace y Clary y a sí mismo en una neblina protectora, una burbuja que podría bajarlos a salvo a una de las torres negras que los esperaba.

Bajó la mirada. Su visión se hizo borrosa. Gastar demasiada magia siempre era cansado, pero esto era algo más allá de lo usual. El sonido de sus amigos se amortiguó mientras se alejaba de la interminable caída libre, del vacío a su alrededor. Cada partícula de la magia que vertió en el hechizo irradiaba de sus manos, protegiendo y preservando. Su mente se desvaneció y a pesar de que permaneció consciente, y que sus manos mantenían la magia salvaguardándolos, Magnus soñó.

Estaba en casa. En casa, en Brooklyn, en su departamento, justo como lo habían dejado cuando se fueron a Shanghái. Estaba en su habitación, pero no podía recordar a qué había ido. En la cama, los mapas que habían utilizado para intentar rastrear a Ragnor aún seguían tendidos sobre las sábanas arrugadas.

«Debería recogerlos», pensó y se estiró para agarrarlos, pero entonces echó la mano hacia atrás y la sostuvo para examinarla. No estaba haciendo magia, pero su mano brillaba intensamente de todas formas. Era demasiado brillante: casi demasiado como para mirarla sin lastimarse los ojos. Entrecerró los ojos y vio que dentro del deslumbrante resplandor, su mano era extraña y alargada. Era algo así como la pata de un pájaro, con dedos muy largos para cualquier humano y garras negras curvándose perversamente de sus extremidades.

Inseguro de qué hacer, Magnus abandonó la habitación. Tuvo problemas al cruzar la puerta abierta y de alguna forma se golpeó la cabeza, y cuando alargó su mano para examinar su cabeza, pudo sentir unos cuernos emergiendo de su frente, o tal vez era algo más que cuernos, se sentían como astas. Sabía, sin mirarlas, que eran blancas como el hueso, como las de Ragnor y afiladas. Palpó su pecho y bajó la mirada, tratando de ver si la herida de la espina seguía ahí. No pudo averiguarlo; la luz que irradiaba de su mano era muy brillante. Tal vez necesitaba un espejo.

Se agachó y se adentró en el pasillo, y mientras pasaba por la habitación de Max, miró en su interior. Alec estaba ahí, poniéndole la ropa a Max. Levantó la mirada hacia su dirección y Magnus esperó que gritara alarmado, pero no parecía notar que algo estaba mal.

—Muy bien —le dijo a Max—, ¡brazos arriba! —Y Max dócilmente levantó los brazos en el aire como si estuviera celebrando una victoria. Alec pasó la playera por los brazos y cabeza de Max, y tiró de ella—. Guau, genial, eso es realmente útil —continuó diciendo Alec—. ¡Gracias!

—¡Guau! —repitió Max. Estaba en la etapa en donde él intentaba repetir casi todo lo que sus padres decían. Le sonrió a Magnus. Magnus agitó sus dedos hacia Max y se detuvo, recordando el resplandor y las garras.

—Oye, azulito, ¿qué hay de nuevo? —dijo en su lugar.

—¡Buu! —dijo Max.

—¿Quieres comer? —preguntó Alec. Max asintió y Magnus observó las pequeñas protuberancias de los cuernos de Max subir y bajar. Cuernos como los suyos. No. Él no tenía cuernos. Pero *tenía* cuernos. Como Ragnor. Pero Ragnor estaba muerto, ¿no era así?

—Magnus —le dijo Alec—, ¿podrías tomar el tazón de cereal y su biberón? Están en el lavavajillas.

—Seguro. —Magnus se acercó a la cocina. ¿Por qué seguían viviendo ahí si sus astas apenas cabían por el pasillo? Había una buena razón, pero por el momento no podía recordarla.

En la cocina, Raphael Santiago estaba sentado en la encimera, balanceando sus piernas hacia adelante y hacia atrás.

—Raphael —exclamó Magnus, sorprendido—. Pero estás muerto.

Raphael le lanzó una mirada fulminante.

—Siempre lo he estado —respondió él—. Nunca me conociste cuando estaba vivo.

—Supongo que es verdad —admitió Magnus—, pero me refiero a que ahora estás muerto y no vagando en la nada. Te moriste. Dejaste que te mataran en Edom, en vez de matarme.

Raphael frunció el ceño.

—¿Estás seguro? Eso no me suena a mí.

Magnus buscó a tientas en el lavavajillas, tratando de abrirlo, pero sus garras le impedían hacerlo.

—¿Podrías echarme una mano? —preguntó.

Raphael aplaudió sarcásticamente.

—Te has vuelto más gruñón desde que Sebastian te mató —señaló Magnus—. Honestamente, no creí que eso fuera posible.

—Bueno, no *quería* morir así. No *merecía* morir —se defendió Raphael—. ¡Era inmortal! Se suponía que viviría para siempre. Y por como resultó, ni siquiera llegué a una vida humana mortal completa.

—No lo hiciste, es verdad —dijo Magnus. Consiguió enganchar una garra debajo del borde del lavaplatos e inclinándose torpemente, lo abrió. No era su momento más elegante, pero no podía sentirse tan avergonzado enfrente de Raphael, quien, después de todo, estaba muerto.

—¿Cómo está Ragnor? —preguntó Raphael. Aún balanceaba sus piernas hacia adelante y hacia atrás desde su lugar en la encimera. Era una cosa extrañísima que el normal Raphael haría y hacía que Magnus quisiera gritarle que parara, pero eso parecía una locura—. ¿Aún sigue muerto?

—No —respondió Magnus y entonces se detuvo. ¿Cómo *estaba* Ragnor? La última vez que vio a Ragnor, fue en...

—Diyu.

Fue por el biberón y el tazón, balanceándolos de manera incómoda en sus manos resplandecientes.

—Tengo que llevarle estos a Max —dijo.

—Intenta no arañarlo demasiado —le aconsejó Raphael y Magnus hizo una mueca. Se giró para dejar la cocina, y el biberón y el tazón resbalaron de sus manos. Aunque eran definitivamente de plástico, un juego cubierto con manzanas que era el favorito de Max, al golpear el suelo de la cocina, se rompieron en miles de pedacitos afilados, como si hubieran sido de cristal.

—¡Vaya! —dijo Raphael—. Me quedaré aquí arriba por ahora.

La escoba estaba en la habitación de Max. Magnus caminó atravesando los cristales y sintió que le cortaban los pies descalzos —¿pero por qué estaba descalzo?—. Miró hacia atrás mientras caminaba de regreso al pasillo y vio que dejaba un rastro de sangre en la alfombra.

«Al menos todavía me desangro en el color normal», pensó.

—¿Alec? —dijo y Alec salió de la entrada de la habitación junto a Max, ahora en lo cargaba en la cangurera que usaban para cargarlo por las calles de Brooklyn en sus primeros meses que estuvo con ellos. A Max le dejó de quedar esa cangurera hacía más o menos un mes y habían estado pensando en conseguir una nueva. ¿Tal vez esa era la nueva? Se veía como la antigua.

Además, Max definitivamente no cabía. Pero eso era porque había cambiado. Sus cuernos, que solían ser unas adorables y pequeñas protuberancias hacía apenas unos minutos, ahora eran ahora picos dentados, negros y brillosos como las garras de Magnus. Una cola parecida a un látigo emergió por detrás de él, calva como la de una rata. Se balanceaba de un lado a otro peligrosamente, como la cola de un gato que se preparaba para atacar.

Y sus ojos. Magnus no podía describir lo que le sucedía a los ojos de Max. Cuando intentó verlos, fueron como arañazos formados en el interior de sus retinas. Tuvo que apartar la mirada.

—Algo está mal —señaló Alec.

—No pasa nada —le dijo Magnus en un tono desesperado—. Es solo que... los brujos... a veces no sabes...

—No me dijiste —lo interrumpió Alec. Su voz sonaba vacía.

—No lo sabía —respondió Magnus. Empezó a retroceder por el pasillo, pisando de nuevo los cristales que había tirado antes de aproximarse a Alec y Max. Nuevos pinchazos de dolor

recorrieron sus pies.

Alec levantó a Max de la cangurera y lo sostuvo para mirarlo a la cara.

—Puedo lidiar con las garras, los cuernos y los colmillos —le dijo—. Pero no sé cómo lidiar con esto.

Le dio la vuelta a Max para mostrárselo a Magnus. La cara de Max era una máscara congelada, inexpresiva y vacía.

«Pero esa no es su marca de brujo», pensó Magnus. «Se parece a... a...»



# CAPÍTULO QUINCE

## LA DAMA DE EDOM

*Traducido por Halec  
Corregido por Samn*

POR UN MOMENTO, ALEC SE PREGUNTÓ si estaba soñando, al ver a Shinyun descender por el espacio donde una vez existió un rosetón.

La había visto flotar con los brazos extendidos, rodeada por el círculo vacío y por un momento pensó que era una estatua. Recordó que había una estatua fuera del rosetón de la catedral real en el Shanghái real.

Pero luego entró flotando y Jace dejó escapar un gemido largo y frustrado. Alec sabía cómo se sentía. Su escape, su atrevida caída desde el puente, ¿había sido inútil, si Shinyun podía hallarlos casualmente poco después de su llegada?

En algún momento durante su descenso del puente, los ojos de Magnus perdieron el sentido de la orientación y después se cerraron. Los tres cazadores de sombras habían entrado en pánico, se prepararon para el aterrizaje de la caída libre, pero afortunadamente, el hechizo persistió. A medida que las formas tenebrosas del espejo de Diyu de Shanghái se hicieron más nítidas debajo de ellos, lograron ver la catedral. Era exactamente la sombra de San Ignacio: todos los detalles eran iguales pero con todos los colores desvanecidos, era una imagen en tonos grises oscuros y negros. Afortunadamente, no estaba literalmente al revés.

La nube protectora de Magnus los había llevado a un rellano en los terrenos de la iglesia junto a uno de los transeptos, los brazos laterales de la enorme cruz que formaba la forma general de la construcción. Ahí había una pequeña puerta lateral y ayudaron a Magnus a entrar y lo colocaron en uno de los bancos de madera tallada que encontraron. Una vez que estuvo descansando, la magia se desvaneció de sus palmas y respiró constantemente, como si estuviera dormido.

No habían estado dentro de la catedral real, pero el interior era la sombra de esa catedral, era tan parecida que Alec supuso que probablemente estaría organizada de la misma manera. Era extraño pasar de la inquietante inhumanidad de Diyu a la muy distinta humanidad de una iglesia católica; a primera vista podrían haber estado en Francia o Italia, o incluso en

Nueva York. Solo una vez que recorrieron el lugar y vieron el elaborado tallado en madera de los bancos, las baldosas claramente chinas que se extendían por la mitad del lugar, se encontraron con el carácter único de Xujiahui. Excepto que Alec notó que faltaban todos los símbolos sagrados, los santos y los ángeles. Había nichos vacíos y rieles para cuadros por todas partes donde debían estar esos objetos en la catedral original, pero aquí fueron eliminadas. Aparentemente, Yanluo no era un fanático de ellas. Alec supuso que Sammael tampoco lo era.

Al regresar con Magnus, Alec lo encontró todavía respirando de manera constante y, según lo que aparentaba, dormía una siesta. Puso su mano sobre el hombro de Magnus y lo sacudió un poco. Cuando Magnus no reaccionó, le dio una sacudida un poco más fuerte. Trató de tener cuidado, sorprender a Magnus tampoco parecía prudente, pero ningún esfuerzo de decir el nombre de Magnus o tocarlo provocó alguna reacción.

—Vamos, despierta —dijo Alec, alterado. Sacudió la rodilla de Magnus.

—Podríamos echarle un poco de agua —sugirió Clary.

—No creo que haya agua —dijo Jace—. Quizás Magnus pueda conjurar algo. También algo de comida.

—Si podemos despertarlo —le dijo Clary.

—¡Despierta! —exclamó Alec de nuevo y luego escucharon el susurro de un movimiento y se volvieron para ver a Shinyun descendiendo hacia ellos a través del agujero en blanco donde debería haber estado una ventana.

Aterrizó suavemente, sus extremidades alargadas se doblaron debajo suyo, dándole una extraña apariencia de insecto. Jace posicionó su lanza y Clary su daga. Alec continuó empujando a Magnus, cada vez con más desesperación.

—No quiero pelear —gritó Shinyun. Nadie se movió para guardar sus armas.

Ella se acercó y ellos se mantuvieron firmes.

—¿Magnus está... dormido?

—Ha sido un largo día —le dijo Alec con desprecio.

—Sufre sin la tercera espina —dijo ella.

—Él preferiría morir.

—Es muy interesante —le dijo Shinyun—, cuántas personas eligen no morir cuando llega la decisión final. —Ella los miró—. Por lo general, se debe a que les preocupa el efecto que tendrá en los demás.

—Supongo que ese no es un problema para ti —le dijo Jace.

—No —concordó ella—. Entiendo la naturaleza del poder demasiado bien como para

permitirme el tipo de apegos sentimentales que atan a la mayoría de la gente al mundo. Un mundo que al final les fallará.

—Estás equivocada —le dijo Magnus débilmente.

Alec lo ayudó a sentarse. Parpadeó, sus ojos eran más grandes y luminosos de lo normal, tan familiares para Alec y sin embargo, se volvían más extraños con cada hora que pasaba.

—Estás equivocada —volvió a decir Magnus—. Eso a lo que llamas apegos sentimentales, es de donde proviene la fuerza. De donde viene el verdadero poder.

—Me sorprende —le dijo Shinyun—, que pienses eso, incluso después de vivir cuatrocientos años. Después de sobrevivir tanto tiempo. Sabiendo que sobrevivirás más que *todos ellos*. —Hizo un gesto hacia los cazadores de sombras.

—No a este ritmo —respondió Magnus a la ligera, pasando suavemente una mano por su torso, como si estuviera comprobando que todos sus órganos todavía estuvieran dentro.

Shinyun lo ignoró.

—Sabes que el tiempo es una broma cruel y que eventualmente nos quita todo. El tiempo es una máquina que convierte el amor en dolor.

—Pero hay mucha diversión en el camino —murmuró Magnus. Negó con la cabeza—. Puedes decirlo con gracia, pero eso no lo hace cierto.

Shinyun suspiró.

—No vine aquí para discutir filosofía contigo, Magnus.

—No pensé que lo hicieras —repuso Magnus—. Supongo que asumí que viniste aquí para burlarte de nosotros y sermonearnos.

—No —le dijo Shinyun con el ceño fruncido—. Vine a decirte dónde encontrar a tu amigo Simon.

\* \* \*

—¿POR QUÉ DIABLOS harías eso? —preguntó Magnus.

Cuando volvió en sí, se sintió avergonzado tras haber caído en una especie de trance. El recuerdo de su sueño ya se estaba desvaneciendo de su mente y solo podía recordar pequeños fragmentos: las piernas de Raphael Santiago colgando de la encimera de la cocina. Max levantando los brazos para ayudar a Alec a ponerse la playera. Unas huellas de sangre en la alfombra.

—No tengo por qué explicarme —se defendió Shinyun.

Alec se cruzó de brazos.

—Entonces entenderás que no confiaremos en nada de lo que nos digas.

—¿*Confiarías* en cualquier cosa que te *digamos*? —agregó Magnus.

—Lo haría —respondió Shinyun—, porque todos ustedes dan lástima con su falta de astucia que creen que decirme la verdad de alguna manera me unirá a su bando. Como si no tuviera más remedio que respetar su integridad y altos principios.

—Ay —dijo Magnus—, sabes que respetas mi integridad y mis altos principios en secreto.

Shinyun dejó escapar un gemido largo y molesto, un sonido extrañamente expresivo proveniente de su rostro inmóvil.

—¿Quieren saber dónde está su amigo o no?

—No a menos que nos digas por qué nos ofreces tu ayuda —dijo Jace.

—Porque estoy molesta —respondió Shinyun rotundamente.

—¿Molesta con nosotros? ¿O con Simon? —preguntó Magnus.

—Molesta con Sammael —espetó Shinyun—. Durante meses, cada momento se ha dedicado a su gran plan maestro, la recompensa final por todo el trabajo que ha hecho, todo el trabajo que *yo* he hecho y luego aparecen y él se distrae por completo por su estúpida y pequeña niñería.

—¿Te refieres a *Simon*? —preguntó Clary, horrorizada—. ¿Entonces Sammael lo secuestró cuando atravesamos el Portal? ¿Qué le *está haciendo*?

—¿Y por qué Simon? —demandó Alec.

—*Definitivamente* no se conocían antes —dijo Jace—. Sé que Simon va a fiestas raras en Brooklyn, pero aún así es imposible. —Miró a Clary—. Es imposible, ¿verdad?

Shinyun levantó ambas manos.

—Ragnor y yo hacemos todo lo posible para implementar sus planes de invasión al mundo humano, corriendo alrededor de este pozo húmedo como locos, dando órdenes a los demonios que *no* son los subordinados más responsables...

—Sí, sí, es difícil encontrar buenos empleados en estos días —coincidió Magnus apresuradamente. Se puso de pie, estirando sus piernas. Estaba bastante estable; parecía que ya se había recuperado del torrente de magia que había usado en su camino hacia la catedral. ¿La espina lo recargó de magia? No lo sabía—. ¿Qué le *está haciendo* el Padre de los Demonios a Simon y por qué?

—Se ha encerrado en una cámara de tortura aburrida para atormentar a un cazador de sombras que de ninguna manera es una amenaza directa para él. Es ridículo. Necesita parar.

—De acuerdo —dijo Clary de inmediato—. ¿A dónde?

—Así que nos llevarás a salvar a Simon —dijo Alec, asegurándose de que lo entendía por completo—, para que Sammael deje de distraerse y vuelva a la tarea de destruir el mundo.

—Sí —respondió Shinyun—. Tómelo o déjenlo.

—Espera —le dijo Magnus—. Necesito preguntarte algo primero.

Shinyun ladeó un poco la cabeza.

—¿Eh?

Magnus odiaba hacerle preguntas a Shinyun sobre sí mismo, su espina, su estado actual. Por un lado, no tenía ninguna razón para creer en sus respuestas. Y lo usaría como una oportunidad para sermonearlo nuevamente. Pero no entendía lo que le estaba pasando y detrás de esa incomprensión acechaba el miedo.

—Dijiste que estaba sufriendo por la espina —dijo—, pero eso no es cierto. Me estoy volviendo más fuerte. Mi magia se está volviendo más poderosa. No lo entiendo.

—¿No lo entiendes? —repitió Shinyun.

—No entiendo cómo, sin la tercera apuñalada de la espiro, me moriré —le explicó Magnus—. Si alguna vez tuviste la más mínima pizca de misericordia en ti —suplicó—, tienes que explicármelo. Así por lo menos sabré lo que pasará. ¿Me debilitaré de repente? ¿Me convertiré en polvo?

—No —respondió Shinyun—. Simplemente tomarás más y más poder de la espina sin estar completamente atado a su señor. Tu magia se volverá más fuerte, más salvaje y no podrás controlarla, te convertirás en un peligro para ti y las personas que te rodean. Si no te abandonan, entonces ellos firman su sentencia de muerte.

Magnus la miró fijamente.

—Así que me sentiré cada vez mejor y mejor —dijo—. ¿Hasta que de repente me sienta mucho peor?

—No —le dijo Shinyun—. Pasará hasta que de repente no sientes nada. *Por eso* todos eligen la tercera espina. La elección no es una elección en absoluto. Ahora, ¿vamos a buscar a su amigo?

Un resplandor emergió de su pecho, del mismo rojo que la magia de Magnus. Con la facilidad de un pintor trazando una línea, dibujó un Portal en el aire con su dedo índice. Se abrió en una cámara de púas de obsidiana negra. Al fondo, se veía un charco de algo rojizo y burbujeante.

—Mmm —dijo ella. Hizo un gesto con el dedo y la vista a través del Portal cambió. Ahora miraban una enorme placa de piedra blanca hacia la que descendía una gigantesca piedra de molino—. Ese tampoco. —Hizo un gesto una y otra vez, pasando por diferentes destinos.

»Infierno de los Molinos de Hierro... Infierno de la Trituración... Infierno del Destripamiento... Infierno del Agua Hirviente... Infierno de la Montaña de Hielo... Infierno de la Montaña de Fuego...

—Muchos infiernos, ¿eh? —dijo Magnus.

—¿Podemos apurarnos? —inquirió Alec.

Shinyun les dio una mirada fulminante y siguió navegando.

—Infierno de Lombrices, Infierno de Gusanos, Infierno de la Arena Hirviente, Infierno del Aceite Hirviendo, Infierno de la Sopa Hirviente con Dumplings Humanos, Infierno del Té Hirviente con Coladores de Té Humanos, Infierno de Insectos Pequeños que Pican, Infierno de Grandes Insectos, Infierno de Ser Devorado por Lobos, Infierno de Ser Pisoteado por Caballos, Infierno de Ser Corneado por Bueyes, Infierno de Ser Picoteado Hasta la Muerte por Patos...

—¿Qué dijiste? —espetó Jace. Shinyun lo ignoró.

—Infierno de Morteros y Majas, Infierno de Cuero, Infierno de Tijeras, Infierno de Flores Antorcha, Infierno de Flores Antorcha Blancas, ¡ah! Llegamos. —A través del Portal parecía haber una cueva de piedra caliza, densa de estalactitas y estalagmitas, como una gran boca de colmillos. Cadenas de hierro sueltas yacían esparcidas por el suelo como un nido de serpientes dormidas.

—¿Cómo se llama? —dijo Alec.

—Ni idea —dijo Shinyun—. El Infierno de Perder el Tiempo Torturando a Alguien Insignificante. Pasen antes de que me arrepienta.

Prepararon sus armas y pasaron en fila india a través del Portal hasta la cueva.

El interior de la catedral estaba húmedo y mohoso, pero fresco. Por el contrario, la cueva estaba muy caliente y seca como el interior de un horno. Magnus siguió a Alec, Jace y Clary mientras se abrían camino entre las estalagmitas que sobresalían del suelo hacia un área abierta a poca distancia. Se dio cuenta, para su leve sorpresa, que Shinyun los había seguido a través del Portal e iba detrás suyo.

Después de una corta caminata, Sammael apareció, caminando de un lado a otro, con las manos detrás de la espalda como si estuviera sumido en sus pensamientos. Magnus miró a su alrededor, pero pasó un momento antes de que pudiera detectar a...

—Simon —susurró Clary, su voz era un hilo seco.

En el centro del lugar, Simon yacía colgado, con las extremidades extendidas. Sus muñecas estaban esposadas con cadenas de hierro que se extendían hasta el techo de la cueva, sus tobillos igualmente encadenados a grandes pestillos de hierro hundidos en el suelo. Solo cuando Magnus se acercó vio que estar encadenado era el menor de los problemas de Simon.

Una docena de hojas afiladas colgaban alrededor de Simon, flotando en el aire. Giraban y cambiaban, en un momento al azar y luego en patrones, operando claramente a la voluntad de Sammael.

Simon ya tenía varios cortes en el cuerpo y mientras observaban, uno de los cuchillos se tambaleó a una velocidad tremenda y le cortó el brazo. Él se contrajo de dolor, tenía los ojos cerrados, pero Magnus pudo ver que estaba usando toda su energía para mantenerse muy, muy quieto, mientras las otras espadas bailaban a centímetros de él.

Además de quedar suspendido, Simon ya debía haber pasado por muchísimo dolor, pero se quedó en silencio, con la mandíbula apretada, incluso mientras la sangre goteaba por su piel. Sus ojos se abrieron de par en par cuando Clary gritó; ahora miraba a sus amigos, casi a ciegas, como si temiera que pudieran ser un sueño.

Sammael se volvió y se sobresaltó, pero como si estuviera gratamente sorprendido.

—Así que decidieron hacer el tour completo del lugar, ¿eh? —les dijo—. No sé, casi todo el páramo me agrada, pero Yanluo y yo tenemos una sensibilidad de diseño muy diferente. Afortunadamente, esta es solo una situación temporal hasta que me mude a tu mundo y lo reclame como mi reino.

Clary se abalanzó sobre Sammael; Jace la agarró del brazo y la hizo retroceder. Le enseñó los dientes formando una mueca.

—¿Qué le estás haciendo a Simon? —gruñó—. ¿Qué te hizo? Ni siquiera lo conocías.

Sammael rio con genuina diversión.

—¡Qué pregunta! No, este caballero y yo no nos habíamos conocido antes de hoy. Me di cuenta que entraba por el Portal temporal que abrieron mis brujos en el Mercado Solar y lo traje aquí. Porque, verás, *conozco* su reputación. Sé mucho de él. Recién empezamos a conocernos.

—Simon, ¿estás bien? —gritó Clary.

Sin cambiar su tono amigable, Sammael volvió a hablar.

—Simon, si le respondes, te sacaré el ojo.

Sopesando sus opciones, Simon permaneció en silencio y Magnus se dio cuenta que Sammael realmente apenas comenzaba. Cortar un poco a Simon, amenazarlo con cuchillos mágicos giratorios, no era la tortura de Sammael. Era más un aperitivo. Un *amuse-bouche*. Este era Diyu. Podría cortar a Simon durante un buen rato antes de pasar a cosas peores.

Sammael miró a Simon con el ceño fruncido y Magnus se sorprendió por la expresión de odio puro y real que cruzó sobre su rostro. Magnus había comenzado a preocuparse de si Sammael estaba tan alejado de ser una persona que se parecía más a Raziel: una fuerza de voluntad más allá de la comprensión, incapaz de las emociones humanas como la mezquindad o el despecho. Había pensado que tal vez Sammael era menos como un demonio y más como un patrón meteorológico o un dios, demasiado monumental y demasiado sobrenatural para ser comprendido.

Pero ahora se dio cuenta de que se había equivocado. Sammael era capaz en todos los sentidos de sentir el odio humano. En cada faceta de su expresión, odiaba a Simon.

—Sé que no siempre fue uno de los nefilim —dijo Sammael—. Sé que nació como un mundano, pero que luego se convirtió en uno de los Hijos de la Noche. Y de esa forma, cometió el mayor de los crímenes.

»Derrotó a Lilith, la primera de todos los demonios, la dama de Edom y el único amor que he conocido en toda mi larga existencia.

Clary jadeó.

—Oh —dijo Alec de manera muy tranquila.

Con otro ademán de su mano, uno de los cuchillos trazó una línea roja a lo largo del estómago de Simon. Clary hizo un gruñido violento. Magnus estaba terriblemente impresionado con la habilidad de Simon para no gritar. Si estuviera en su lugar, Magnus estaba bastante seguro de que estaría gritando.

—No sé cómo un simple vampiro pudo derrotarla —continuó Sammael—. Si hubiera escuchado la historia de alguien que no fuera la propia Dama, nunca lo habría creído. Pero fue ella quien me lo dijo. Estaba tan, tan cerca de regresar. Me estaba liberando del Vacío. Estuve buscando a alguien que pudiera encontrarme un reino que pudiera gobernar. Y luego, cruzando los mundos, escuché el grito de rabia de mi amada. Su furia podría haber impulsado un universo. —Su voz tenía un tono de admiración—. Ella gritó que la habían golpeado. Se estaba desvaneciendo. Se iría del mundo por eones. La fuerza de su rabia me revivió, me envió de vuelta del Vacío a estos reinos materiales, donde las cosas tienen forma y significado. Volví a tener una encarnación viviente y juré dos cosas.

Magnus lo escuchaba, pero estaba mirando a Simon, que seguía a Sammael con la mirada.

—Fue el dolor y la rabia lo que me sacó de la oscuridad —continuó Sammael—. Todo lo que quería era estar con Lilith otra vez, pero, ironía de las ironías, fue por su propia muerte que pude regresar.

—No creo que estés usando «ironía» correctamente —le dijo Magnus—. Bueno, tal vez sea una ironía situacional.

Alec le lanzó una mirada. Pero Sammael estaba en medio de su monólogo y no les prestaba



atención.

—Mi primer voto fue terminar lo que comencé; para hacer llover fuego y veneno sobre la Tierra, para liderar los ejércitos de demonios a quienes este universo realmente pertenece por derecho. Mi segundo fue ver al asesino de Lilith derrotado y verlo sufrir por lo que hizo.

—No era mi intención... —comenzó a decir Simon.

Sammael interrumpió.

—No me sorprende que este tratara de salir de su justo castigo, pero honestamente, realmente pensé que se le ocurriría algo mejor que «no quise derrotar a la madre de todos los demonios, fue un accidente» —mencionó—. Supongo que ella tropezó y su corazón cayó directamente sobre el extremo de tu espada.

—En realidad, fue algo parecido —dijo Clary—. *No* fue culpa de Simon. Si fue de alguien, entonces yo tengo la culpa.

Sammael puso los ojos en blanco. Antes de que pudiera hablar de nuevo, Shinyun lo interrumpió.

—Mi señor Sammael —le dijo—. Respeto su necesidad de cierre, pero esto parece una tarea demasiado pequeña para alguien de su tamaño e importancia. Tenemos una guerra que planear, tropas que reunir.

—Hay mucho tiempo para todo eso —proclamó Sammael, agitando la mano con desdén—. Una vez que me haya llenado de satisfacción por el sufrimiento de esta criatura.

—No estarás satisfecho —le dijo Simon—. Con el tiempo me habrás convertido en pasta, ¿y luego qué? De todas formas, no recuperarás a tu novia.

—¿Por qué no deja para que lo trituren hasta convertirlo en polvo con el resto, cuando nuestras hordas inundan la Tierra en sangre? —preguntó Shinyun. Parecía frustrada—. Si quiere castigar individualmente a todos los que le han hecho algo malo a alguien que conoce, llevará mucho tiempo. Tiempo que no tenemos.

Sammael suspiró.

—Shinyun, sabes que te tengo en alta estima. Eres muy buena organizando ejércitos demoníacos y me trajiste a Ragnor Fell. Tienes una gran ética de trabajo y parece que realmente disfrutas tu trabajo. Pero no lo entiendes. No puedes entender. Quizá solo Lilith lo entendería y espero que en algún lugar, de alguna manera, vea lo que está sucediendo aquí y sonría. —Su expresión se volvió soñadora—. Extraño su sonrisa. Y esas serpientes que tiene por ojos. Siempre les gusté.

—Sí, mi señor. Trataré de entender. —Shinyun cerró los ojos en asentimiento, pero no parecía feliz.

—Ahora —dijo Sammael—, neutraliza a Magnus hasta que tenga tiempo para él y entrega estos otros a los tribunales de Diyu para su procesamiento.

—Pensé que nos ibas a dejar vagar hasta que nos muriéramos de hambre —dijo Alec.

—Lo planeaba —afirmó Sammael—, pero al parecer miembros de mi personal han decidido organizar reuniones para nosotros durante su período de hambre y vagabundeo. Tenía muchas ganas de tenerlos en mi memoria, muriendo solos en una roca sin rasgos distintivos en un mundo sin estrellas. Me quita mucho el placer si realmente tengo que contárselos. —Se encogió de hombros—. Así que dejen que Diyu decida dónde terminan. Que apliquen un poco de tortura por su buen trabajo. Son muy buenos aquí para eso, cuando puedes hacer que se presenten a trabajar.

Shinyun se dio la vuelta para mirar a Magnus y a los cazadores de sombras. Ella se encogió de hombros.

—¿Cuál era exactamente tu plan? —Alec le siseó a Shinyun—. Supuse que tenías algo mejor que tratar de disuadirlo. Si no te escucha a ti, ¿por qué nos escucharía a *nosotros*?

Shinyun vaciló.

—Pensé que se sentiría avergonzado.

—No creo que se avergüence fácilmente —le dijo Magnus—. ¿Has visto su sombrero?

—¿Nos vas a llevar de regreso a los tribunales? —preguntó Jace y Shinyun parecía insegura, pero cualquier cosa que hubiera dicho, se perdió en un repentino tumulto: el zumbido de la magia infernal como un enjambre de abejas y el rugido del agua.

Antes de que Magnus pudiera ver qué había causado el alboroto, una larga lengua de fuego naranja, recta como el vuelo de una flecha, apareció y cortó limpiamente las cadenas de hierro que sujetaban los tobillos de Simon. Sammael miró hacia arriba, con una desagradable sorpresa floreciendo en su rostro. Los cuchillos dejaron de girar y quedaron suspendidos en el aire, esperando.

La lengua de fuego reapareció, liberando los brazos de Simon y él cayó al suelo con un desagradable golpe. Se dio la vuelta lo mejor que pudo, considerando que sus manos todavía estaban esposadas y Magnus se sintió aliviado al notar que aún estaba consciente.

Clary y Jace corrieron hacia Simon, Magnus conjuró su magia, ni siquiera sabía con qué propósito, pero Alec estaba de pie, estupefacto, mirando hacia arriba con una expresión de completo asombro.

A través de un Portal de nubes de tormenta y lluvia había llegado Isabelle. Llevaba un látigo ardiente en una mano y estaba montada en el lomo de un tigre. Un tigre *muy grande*, incluso para los estándares de un tigre.

Magnus tuvo que admitir que incluso él se sorprendió.

La llama naranja provino de Isabelle: mientras Magnus miraba, ella se echó hacia atrás y golpeó de nuevo con el látigo, cuya longitud estalló en fuego.

Isabelle lanzó un grito de guerra cuando el gigantesco tigre aterrizó en el claro y lanzó un rugido que sacudió los cimientos de la cueva. Desmontó al tigre y corrió hacia el lugar donde Simon estaba arrodillado con Clary a su lado. Inmediatamente, se unió a Clary para tratar de liberar las muñecas y los tobillos de Simon de sus grilletes.

Entonces otra figura apareció saltando a través del Portal y aunque Magnus habría adivinado que «Isabelle Lightwood montando un tigre gigante» sería lo más sorprendente que vería ese día, tuvo que admitir que esto era un segundo lugar cercano.

Empapado hasta los huesos, su cabello y ropa enmarañados a su cuerpo, Ke Yi Tian aterrizó agachado en el suelo. Se enderezó y corrió directamente hacia Shinyun, balanceando la cuchilla de diamante de su dardo de cuerda en un círculo cerrado mientras corría. El brillo del *adamas* era un espectáculo extraño en este lugar turbio, pero Magnus lo encontró extrañamente fascinante, incluso si aún no entendía lo que estaba pasando.

Shinyun levantó las manos casi en el último momento y el arma de Tian fue desviada, rebotando en una barrera visible solo como un humo carmesí cuyo color Magnus comenzaba a familiarizarse.

Sammael había retrocedido. Magnus asumió que pronto comenzaría a pelear, pero continuó dudando. Magnus notó que miraba al tigre. Sammael se volvió para decirle algo a Shinyun y luego con un dedo dibujó un Portal en el aire. Brillaba oscuramente, como si absorbiera toda la luz de su alrededor, muy diferente de los Portales que Magnus estaba acostumbrado a ver abiertos por los brujos. Con una última mirada al tigre, Sammael atravesó el Portal, pero no se cerró detrás de él. En cambio, una corriente de demonios guerreros esqueleto de Baigujiang comenzó a salir de él.

Clary e Isabelle no estaban preparadas para comenzar a pelear de inmediato, ya que estaban ocupadas liberando a Simon, pero el resto respondió instintivamente, sacando armas y preparándose para la batalla. Jace trepó a una roca cercana, sacó su cuchillo serafín y saltó de ella, directamente al más cercano de los esqueletos. Ambos se derrumbaron en el suelo y rodaron, pero Magnus no pudo concentrarse en lo que estaba sucediendo allí. Tian había comenzado a golpear a los esqueletos con su dardo de cuerda y Alec también estaba listo para la batalla, con su espada destellando.

Un nuevo esqueleto todavía emergía del Portal cada pocos segundos, por lo que Magnus corrió hacia él, dibujando sellos rojos en el aire con los dedos mientras avanzaba. Llegó al Portal y frenéticamente, comenzó a desmantelarlo.

Por fortuna, un Portal creado por Sammael no parecía tan diferente a un Portal creado por cualquier otra persona. En un minuto más o menos, se rindió ante la magia y se cerró.

Entre Tian, Alec y Jace, los últimos esqueletos fueron eliminados rápidamente. El tigre

incluso le dio un golpe a algunos, cuando se acercaron lo suficiente, pero sobre todo parecía contento de dejar que todos los demás hicieran el trabajo.

Cuando desapareció el último de los esqueletos, se hizo el silencio en la extraña cueva. Shinyun seguía ahí con las manos levantadas, manteniendo una barrera mágica entre ella y el resto de ellos. Tian caminó hacia ella, haciendo girar el dardo a su lado con una mirada asesina en sus ojos.

—Tian —le dijo Alec, acercándose a él—, ella no va a atacarnos.

—No lo haré —confirmó Shinyun—. Por el momento tengo bastantes problemas. —Sin embargo, mantuvo la barrera levantada.

Clary e Isabelle habían logrado liberar a Simon del resto de sus ataduras, pero eso no significaba que estuviera en buena forma. La sangre manaba lentamente de sus heridas. Ninguna parecía profunda, pero había muchas. Isabelle acunaba su cabeza en su regazo, acariciando su cabello mientras Clary dibujaba *iratze* tras *iratze*. Alec estaba ayudando a Jace a levantarse; uno de los Baigujing había atestado un buen golpe antes de que Jace lo despachara y su hombro estaba ensangrentado. Hizo una mueca mientras se levantaba.

—Está bien, Tian —dijo Magnus, acercándose a ellos—. Entonces, ¿estás aliado con Sammael o no? Estoy empezando a confundirme.

—No lo estoy. —Tian negó con la cabeza—. Y ahora lo sabe. He estado esperando el momento adecuado para actuar sobre el conocimiento que he adquirido, pretendiendo aliarme con él. —Saludó a Simon con la cabeza—. Sabía que si terminaban en Diyu, se llevarían a Simon. Y cuando Isabelle también apareció... pareció el momento adecuado.

—¿Sabías que se llevarían a Simon? ¿Y dejaste que sucediera? —Clary no parecía muy indulgente.

—Debiste saber lo que Sammael le haría. —Isabelle tampoco parecía muy feliz.

—También tengo muchas preguntas para Tian —dijo Alec—. Pero creo que primero deberíamos abandonar este infierno en particular.

—Eso me gustaría —dijo Simon. Isabelle y Clary lo estaban ayudando a incorporarse. Muchas de sus heridas se estaban cerrando, pero aún estaba pálido y con una expresión de conmoción—. Ha sido un largo día.

—Y todavía no termina —dijo Jace con gravedad, apoyándose en el hombro de Alec—. Creo que mi pie está roto.

Alec sacó su estela.

—Me están convocando —pronunció Shinyun abruptamente—. Iré a hablar con mi señor, a quien intentaré regresar al buen camino. —Miró a todos los que la rodeaban—. ¿Por qué hacen todo tan complicado? —señaló, casi para sí misma y luego desapareció en la oscuridad

de la cueva.

Alec, tras haberle puesto varias runas a Jace —notó que la ruptura era desagradable, luchaba contra la fuerza de sus *iratxes* como una mano insistente—, guardó su estela y miró a su alrededor.

—Está bien —dijo—. ¿Qué diablos sucede con ese tigre? —El tigre, que no parecía muy interesado en nada, ahora que Sammael y sus demonios se habían ido, se había acostado y se lamía la pata delantera con una enorme lengua rosada.

—¡Ah! —Tian se volvió hacia el tigre y se inclinó—. Gracias, Hu Shen —le dijo en mandarín—. Los nefilim de Shanghái te deben un favor.

Hu Shen bostezó y se estiró, luego se puso de pie. Apoyó una enorme pata en el hombro de Tian y lo miró por un momento. Luego se alejó al trote, desapareciendo en las profundidades de la cueva más allá de donde podían ver.

—Una gran hada legendaria, Hu Shen —dijo Tian mientras lo veían irse—. Es un guía para viajeros perdidos. A veces es útil estar en buenos términos con las hadas.

—¿Estará bien? —preguntó Clary.

Tian miró en la dirección en la que se había ido Hu Shen.

—Las hadas no están sujetas a las mismas reglas que el resto de nosotros. Y ha existido mucho más tiempo que cualquiera aquí. Incluso que tú —añadió, asintiendo en dirección a Magnus.

Clary se había acercado a Jace y estaba hablando con él en voz baja, claramente preocupada. Jace estaba de pie sobre un pie, parecía molesto y usaba su lanza como una especie de muleta.

—En serio estoy bien —dijo—, pero podría pasar un tiempo antes de que se cure. No seré demasiado rápido hasta entonces.

—No más esqueletos para luchar hoy —afirmó Alec—. Espero.

—Estaré *bien* en unas horas —repitió Jace. Magnus se entretuvo al ver lo molesto que estaba por haber sufrido una lesión y lo rápido que fue para cambiar de tema—. ¿Cuál era esa arma que estabas usando? —le preguntó a Isabelle.

—Látigo de fuego —exclamó Isabelle felizmente. Jace extendió una mano y ella la apartó—. Ah, no lo *toques* —lo regañó—. Quema.

—Creo que todos podríamos usar un poco de tiempo para ponernos al día y curar nuestros pies rotos. E intercambiar información —añadió Magnus—. Especialmente sobre el juego que has *jugado*, Tian.

Tian tuvo la cortesía de parecer disgustado.

—Lo siento. Lo explicaré.

—Oigan, ¿chicos? —dijo Simon—. ¿Es hora de irse? Realmente no me gustaría quedarme más aquí. Ya saben, en la cueva de la tortura.

Magnus pensó que era una excelente idea.

—Nos llevaré de regreso a la catedral —les dijo, comenzando a mover sus dedos.

Las cejas de Tian se arquearon.

—¿Xujiahui? Me preguntaba si llegarían allá.

Magnus asintió y con un movimiento de sus manos, abrió un Portal. Brillaba oscuramente, con la misma luz misteriosa que la que el propio Sammael había abierto antes. Magnus intercambió una mirada con Alec.

—Esa no parece una buena señal —dijo Clary y Simon pareció vacilar. Pero todos podían ver el interior de la catedral a través de la abertura del Portal y ninguno quería quedarse en la cueva. No había nada más que hacer, más que cruzar y esperar que Diyu y sus dueños les dieran un momento de descanso. Magnus notó que todos lo necesitaban desesperadamente.

# CAPÍTULO DIECISÉIS

## LA PLUMA DEL FÉNIX

*Traducido por Halec  
Corregido por Samn*

ENCONTRARON LA CATEDRAL INTACTA y acamparon en el ábside, donde habría estado el altar en la verdadera construcción. Aquí, por supuesto, no había altar, solo una extensión de mármol blanco agrietado. Simon, Isabelle, Clary y Jace se sentaron en los escalones de mármol que conducían hacia los bancos, mientras Tian se sentaba en la primera fila y Magnus se apoyaba casualmente contra un pilar.

Alec caminaba de un lado a otro por el ábside, inquieto y preocupado. Magnus les había conseguido algo de alimento, el cual les prometió que era seguro: platos simples de arroz en caldo y termos de agua. No sabían mucho, pero todos lo devoraron de todos modos.

Aunque a Alec le hubiera gustado que Magnus hubiera comido algunos bocados más. En cambio, estaba mirando a Tian, con un brillo de concentración en sus ojos dorados verdosos.

—Entonces, Ke Yi Tian —le dijo—. ¿Cuál es la historia? ¿Contigo y Sammael?

Con un suspiro, Tian dejó a un lado su cuenco vacío, asintió una vez y contó su historia.

\* \* \*

Jung Shinyun y Ragnor Fell se me acercaron por primera vez en el Mercado Solar hace meses. Ya existían rumores en la Concesión Subterránea sobre estos dos brujos, ninguno de ellos era de aquí, llegaron de la nada y se habían convertido instantáneamente en clientes habituales. El Cónclave de Shanghái se interesó y como conocía bien la concesión, comencé a vigilarlos. ¿Qué proveedores estaban visitando? ¿Qué estaban comprando? ¿Se reunían con alguien?

»En retrospectiva, creo que solo vigilaban el Mercado, aprendían qué tan bien y de qué manera se vigilaba y defendía. Así que todas mis cuidadosas grabaciones de sus compras

de entrañas de pájaro y cristales de cuarzo probablemente fueron irrelevantes. Pero en ese momento, solo eran personas que atrajeron la atención, recién llegados a quienes vigilar.

»Desafortunadamente, resultó que Jung y Fell *me estaban vigilando*. Y me había vuelto... incauto dada mi relación con Jinfeng. Tengo la suerte de vivir en un lugar donde los subterráneos y los cazadores de sombras se llevan bien, y Jinfeng y yo tenemos la suerte de que nuestras familias nos aprueben. Entonces, donde debería haber estado alerta, estaba desprotegido. Vulnerable.

»Un día en el Mercado me encontraron en un rincón oscuro. Me dijeron que sabían de Jinfeng y de mí, y que podían meterme en problemas. Les dije que mi familia sabía que el Cónclave de Shanghái me apoyaba. Pero luego hablaron de la Cohorte.

\* \* \*

ALEC SABÍA DE LA COHORTE. Dispersos entre la Clave había un pequeño número de cazadores de sombras que no solo pensaban que la Paz Fría era una buena política, sino que creían que era el primer paso hacia el regreso de la supremacía final de los nefilim sobre todo el submundo. Donde Valentine Morgenstern y su Círculo argumentaron que los cazadores de sombras solo haciendo la guerra contra los subterráneos podrían «purificarse», la Cohorte adoptó un enfoque más sutil, proponiendo nuevas reglas para restringir los derechos de los subterráneos, a menudo de formas pequeñas y localizadas. La amenaza que Alec sabía que daría la Cohorte, no era que iniciaran una nueva Guerra Mortal, sino que el resto de la Clave les permitiría hacer estos pequeños cambios, sin darse cuenta de los peligros mayores hasta que fuera demasiado tarde. Todavía eran un pequeño grupo, pero el padre de Alec los vigilaba de cerca y había una preocupación creciente de que su número estuviera aumentando, aunque de poco a poco.

La relación de Tian y Jinfeng *era* ilegal, ante los ojos de la Paz Fría, y Alec sabía que su descubrimiento y exposición a la Clave podría no solo perjudicar al propio Tian, sino al control de su familia sobre el Instituto de Shanghái y destruir el cuidadoso equilibrio que se había logrado en la ciudad.

Tian observó la expresión sombría de sus rostros.

—Veo que lo entienden —les dijo.

Alec asintió.

—Sigue.

Tian continuó.



\* \* \*

AL SUROESTE DE SHANGHÁI, a solo unos ciento cincuenta kilómetros de distancia, se encuentra la ciudad de Hangzhou. Su Instituto está dirigido por la familia Lieu. El esposo del director del Instituto es Lieu Julong y aunque no es miembro oficial de la Cohorte, es bien sabido entre las familias de los cazadores de sombras de China, que simpatiza con su causa. También es bien sabido que los Lieu aprovecharían cualquier oportunidad para dañar la reputación de la familia Ke, con la esperanza de hacerse con el control del Instituto de Shanghái.

»Shinyun sabía esto. Habló de Lieu Julong cara a cara. Dijo que mi familia se vería obligada a entregarme a la Clave por violaciones a la Paz Fría, si querían quedarse con el Instituto. Dije que nunca harían tal cosa, pero en mi corazón sabía que nunca permitiría que perdieran su influencia y sus posiciones por lo que había hecho.

»Les pregunté a los brujos qué querían de mí. Querían información sobre los Institutos de China, sus defensas, el número de cazadores de sombras en cada Cónclave, las relaciones entre los cazadores de sombras y los subterráneos en esas ciudades tal como yo las entendía. Lo proporcioné todo a mi leal saber y entender. Me dije a mí mismo que no estaba revelando ningún secreto crucial, que todo esto era conocimiento que ellos podían descubrir por sí mismos, incluso si me negaba a ayudar.

»Pasó un mes, quizás dos. Jung y Fell siguieron siendo visitantes frecuentes del Mercado Solar y un día me acorralaron nuevamente. Me llevaron a un sótano en una calle anónima de la concesión, donde instalaron una especie de oficina y laboratorio.

»En el momento en que vi su cuartel general, supe que estaba en un peligro terrible. No hicieron ningún intento de vendarme los ojos ni de ocultarme su trabajo. Y su trabajo fue tan terrible como parece. Lo que vi en una sola mirada fue una verdadera violación de los Acuerdos para condenar a ambos brujos a languidecer en la Ciudad Silenciosa por la eternidad. Supuse que me habían traído a ese lugar para matarme.

»En cambio, me lo contaron todo. Que su señor era Sammael, Padre de los Demonios, que estaban trabajando para traerlo de regreso a la Tierra y reanudar la guerra que se había retrasado mil años atrás cuando fue derrotado por Miguel. Y que ahora yo también trabajaba para él.

»Les dije que no, claro que no, que nunca lo haría. Y dijeron, «lo harás, o le diremos a tu familia que ya nos has proporcionado información sobre los cazadores de sombras, sus números, sus fortalezas, sus debilidades». Ya eres un espía de Sammael, dijeron. Solo tienes que aceptarlo.

## MAGNUS LO MIRÓ, HORRORIZADO.

—La pluma en el sombrero de Sammael —le dijo—. Es una pluma de fénix, ¿no? ¿Es de Jinfeng?

Alec no conocía los puntos débiles de la magia de las hadas, pero sabía que la pluma de un fénix te daba poder sobre ese fénix. Tian negó con la cabeza violentamente.

—No. *No*. Estuve de acuerdo en que no tenía más remedio que hacer lo que me pedían. Su siguiente solicitud *fue* la pluma de un fénix; obviamente querían que traicionara a Jinfeng, para que cayera más profundo en la corrupción. En su lugar, confié en Jinfeng, la única persona aparte de ustedes que conoce toda la historia y ella me trajo una pluma de fénix de la tumba de uno de sus antepasados. Les dije a Jung y Fell que era de ella.

Miró a su alrededor.

»Deben entender que solo pensé que me aprovecharía de la situación. Me permitieron entrar a Diyu y comencé a aprender sobre su diseño, su estructura, sus reglas. Pensé que al menos esto podría serme útil, si alguna vez encontraba una salida a esta trampa.

—*Fue útil*—admitió Isabelle. Alec la miró y ella miró hacia atrás con sus ojos oscuros claros y brillantes. Simon, que estaba apoyando la cabeza en su hombro, le sonrió—. Los jiangshi me llevaron a otra corte más y había un viejo allí con una especie de cara derretida. Me gritó en mandarín por un tiempo y cuando no dije nada, abrió un panel en la pared y me hizo cruzarlo.

—¿A qué infierno te enviaron? —preguntó Alec.

—Al Infierno de los Silencios —respondió Isabelle.

—Podría ser peor —dijo Jace. Alec pensó en el Infierno de la Sopa Hirviente con Dumplings Humanos.

—Era la cima de una torre, una pequeña plataforma rodeada por todos lados por una caída de trescientos metros sobre picos de metal —narró Isabelle como si estuviera en una conversación normal—. Me colgaron de una cadena y ataron una barra de metal alrededor del cuello con horquillas puntiagudas en ambos extremos. Uno se clavó en mi garganta, el otro en mi pecho, así que si hablaba o incluso asentía con la cabeza, sería empalada en ambos. Los demonios me vigilaban y se reían mientras yo luchaba.

—Oh —dijo Jace.

Simon atrajo a Isabelle aún más fuerte hacia él.

Cuando Alec conoció a Simon por primera vez, se habría reído a carcajadas ante la sugerencia de que algún día su hermana lo abrazaría con fuerza, que ella y Simon encontrarían afecto y

seguridad el uno en el otro. Por supuesto, en ese momento se habría reído de la sugerencia de que él y Magnus Bane también estarían criando a un niño juntos. Todos habían cambiado mucho, en tan poco tiempo.

—Solo estuve allí unos minutos —continuó Isabelle—. Tian me encontró. Los demonios que me vigilaban lo dejaron acercarse y luego, eh, apareció un tigre gigante y los mató.

—Una vez que la vigilancia de Sammael ya no estaba sobre mí, invoqué a Hu Shen para que me ayudara a liberar a Isabelle —intervino Tian.

—Eso debió ser tan genial —murmuró Simon.

—Me aseguré de traer al tigre —le dijo Isabelle—. Sabía que te decepcionarías si te lo perdías.

Simon la besó en la mejilla. Ella se sonrojó un poco, era algo muy extraño de Isabelle, pensó Alec algo divertido. En realidad era muy diferente a como normalmente se comportaba Isabelle.

—Ya conocen el resto —les dijo Tian—. Probablemente Sammael esté planeando pasar el día deprimido por Diyu, quejándose de lo terrible que es y dando órdenes a sus dos brujos. Y ahora sabe que yo también soy su enemigo.

—Créeme —dijo Simon con cansancio—, cuando Sammael decide ser demoníaco, no tiene problemas para traer el mal.

Alec asintió. Le había sorprendido su primer encuentro con Sammael; había sido tan amistoso y tan inofensivo, pero la visión del rostro de Sammael mientras cortaba el cuerpo de Simon le había recordado con quién estaban tratando.

—Él sigue siendo lo más peligroso aquí.

—Y también parece tener un extraño interés en ti, Magnus —intervino Tian—. Supongo que es porque Shinyun te apuñaló con la espina, pero me parece que si quisiera más secuaces brujos, realmente podría encontrar algunos listos para pedir el empleo.

Magnus se encogió de hombros.

—¿Supongo que ya estoy aquí?

—Así que Sammael está aquí preparándose —dijo Clary—, pero, ¿para qué? ¿Cuál es su plan exactamente?

—Sammael no puede entrar en la Tierra gracias a las salvaguardas instaladas por el Arcángel Miguel hace mucho tiempo atrás —dijo Tian—. Por lo que puedo decir, tiene a Jung y Fell trabajando para encontrar algo en el Libro del Blanco que le permita moverse a través de las protecciones.

—¿Es eso posible? —preguntó Jace—. ¿Hay algo en el Libro de lo Blanco que pueda hacer

eso?

Todos miraron a Magnus.

—Probablemente —respondió Magnus con gravedad—. Sí. No es de extrañar que los Portales de la Tierra no funcionen correctamente. Los sirvientes de Sammael han jugado con las paredes que mantienen las dimensiones separadas.

—Entonces, ¿por qué no lo han descubierto todavía? —cuestionó Clary.

Tian lució pensativo.

—Me parece que Sammael pensó que Diyu sería una fuente de poder mucho mejor. Bajo el comando de Yanluo, por supuesto que lo era; dado el diseño, es un generador eléctrico que transforma el sufrimiento humano en poder demoníaco. Pero la maquinaria ha estado averiada durante casi ciento cincuenta años. No solo es difícil para Jung y Fell aprovechar su poder para alimentar su magia, sino que los demonios que solían dirigir Diyu se han acostumbrado a la libertad y el caos. Sammael no puede darles forma él solo. —Sacudió la cabeza—. Shinyun piensa que con suficiente poder otorgado por la espina, podría mantener a toda la hueste de Diyu bajo su compulsión mágica, pero todavía no lo ha logrado.

—Así que tenemos un poco de tiempo —finalizó Alec—. ¿Estamos a salvo aquí?

Tian asintió.

—Sammael no cree que seamos una amenaza real y depende de sus subordinados para mantener a Diyu bajo observación. A los demonios no les gusta ir a las iglesias, ni siquiera en el Shanghái demoníaco.

—Está bien —dijo Jace—. Así que, ¿cuál es el plan? ¿Descansar y luego ir tras Sammael?

—O ir tras Shinyun y Ragnor —propuso Clary. Cuando vio el rostro de Magnus, dijo— : No podemos dejar que descubran cómo permitir que Sammael entre en nuestro mundo. Simplemente no podemos.

—¿Sin embargo, quitarles el Libro detendría los planes de Sammael? —preguntó Simon, dubitativo.

Tian negó con la cabeza.

—Los retrasaría, pero encontrarían alguna otra solución, estoy seguro. Hay mucha magia negra en el mundo.

—Aún así no podemos dejarlo bajo su mando —dijo Clary—. O dejar las cosas como están.

—Está bien —dijo Alec—. Entonces, ¿dónde encontramos el Libro? ¿O a Sammael? Y Sammael, preferiblemente.

Tian se notó inseguro.

—Realmente no tiene una base de operaciones aquí. Vaga por todo el reino. —Adoptó un aire confidencial—. Es una especie de microgestor.

—¿Y entonces qué? —dijo Jace, frustrado—. ¿Volveremos al puente de hierro? ¿De vuelta a los tribunales? ¿Exigiremos que nos lleven hasta él?

—Haremos que aparezca —afirmó Magnus—. Úsenme como cebo.

—No —respondió Alec al instante.

—Shinyun tiene una extraña obsesión conmigo y la espina —repuso Magnus—. Ella se ha estado burlando de mí desde que todo esto comenzó, diciéndome que al final elegiría recibir una tercera herida del Svefnthorn en lugar de morir. Si voy a algún lugar y hago mucho ruido, luego exijo hablar con Shinyun, ella aparecerá. De ahí en adelante podemos llegar a Sammael. O llegará a nosotros.

—No —repitió Alec.

—¡Puede funcionar! —protestó Magnus.

—Magnus —le dijo Alec—, ¿qué pasa si ella realmente te vuelve a apuñalar? Caerás bajo el control de Sammael. Y luego todo habrá terminado. Para... todos —agregó en voz baja.

—No lo hará —repuso Magnus—. No puede hacerlo. Tengo que elegir la tercera herida y no lo haré.

—Pero le mentirás y le dirás que lo harás —dijo Alec.

Magnus en realidad sonrió un poco, claramente complacido por lo bien que Alec lo conocía.

—Exacto. Entonces probablemente querrá hacer algún ritual complicado con un montón de cánticos, ya la conoces. Encenderá un millón de velas. Tardará una eternidad. Mucho tiempo para poder atacar.

El corazón de Alec latía demasiado rápido.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si no es así?

—Alec —le dijo Jace con cuidado—. No creo que tengamos una mejor idea. Magnus tiene razón. El resto de nosotros, podemos quedarnos en la catedral hasta que muramos de hambre, en lo que respecta a Sammael o sus secuaces. No creen que realmente podamos hacer nada para interrumpir su plan. Podemos matar a algunos demonios, seguro, pero ¿dos brujos con el poder de la espina y un Príncipe del Infierno? Somos solo algunos soldados de infantería en la infantería sin rostro del ejército contrario.

—Pronto descubrirá que se equivocó en eso —dijo Isabelle.

—Quiero decir, sí —dijo Jace—. Buen punto de Isabelle. Pero cuando Sammael conoció

a Magnus, intentó *reclutarlo*. ¡Le ofreció el trabajo de Shinyun! Magnus es el único que puede llamar su atención, que podría defenderse si uno de nuestros tres amigos ataca. —Le dio un asentimiento a Simon—. Lo siento, sin intención de ofender.

—Para nada —le dijo Simon con una débil sonrisa—. No estoy realmente al cien por cien en este momento.

Alec no supo qué decir. Algo terrible pasaba por su mente, una ansiedad que nunca antes había sentido o se había permitido sentir. Una conversación con Max, una horrible conversación, sobre cómo Magnus no iba a volver, cómo ahora solo estarían ellos dos.

«Un plan arriesgado, un plan a largo plazo, pero todos pensaban que estaría bien...»

—Todos tendremos los ojos puestos en Magnus mientras suceda —le dijo Jace. Como de costumbre, conocía a Alec lo suficientemente bien como para leer la inquietud en sus ojos—. Él nunca estará en verdadero peligro. Hemos luchado contra Shinyun antes, podemos hacerlo otra vez y Magnus tiene razón: tendría que elegir la espina esta vez. Por eso no se ha molestado en intentar apuñalarlo desde que entramos a Diyu.

Alec suspiró. Con mucho esfuerzo, decidió olvidarse de las fantasías nocivas y concentrarse en el momento que tenía entre manos.

—Bien, bien. Estoy de acuerdo en que probablemente sea nuestra mejor apuesta.

—Así que, ¿ahora qué? —dijo Clary.

Simon bostezó.

—No sé los demás, pero me vendría bien dormir un poco. Ha sido un día largo para mí: dim sum, el Mercado, terminar colgado de cadenas y lacerado con cuchillos voladores mágicos. Sé que es una noche normal entre semana para la mayoría de ustedes, pero estoy bastante agotado.

—Además, los huesos de mi pie deben unirse —señaló Jace—. Y supongo que sabes dónde podemos encontrar mejores armas —añadió mirando a Tian.

—¡Látigo de llamas! —exclamó Isabelle.

—Más látigos de fuego serían aceptables —admitió Jace—, aunque no son mi primera opción.

Tian abrió la boca para hablar.

—De hecho...

\* \* \*

AL FINAL DE UNO DE LOS TRANSEPTOS había una pequeña habitación. Obviamente era una capilla privada en la catedral real, pero aquí, por supuesto, faltaban todos los signos de la práctica religiosa, por lo que se hizo eco vacío cuando Tian llevó a Alec, Jace y Clary al centro. Jace saltó junto usando su lanza como bastón, manteniendo el peso de su pie. Magnus también los acompañó, Alec supuso que fue para dejar que Simon e Isabelle tuvieran un poco de tiempo a solas, no porque le importaran las armas en absoluto. Alec se paró contra la pared y observó con vago interés mientras Tian se tiraba al suelo y golpeaba algunas de las baldosas de piedra del suelo y escuchaba. Después de algunas salidas en falso, se agachó y levantó con cuidado la baldosa más grande del suelo, revelando una cámara debajo de ella enmarcada en madera. En la cámara había un montón de bultos de hule.

—No se parece en nada a lo que encontrarías en la catedral real —dijo Tian en tono de disculpa—, y no estarán marcadas, por lo que puedes herir demonios, pero tendrán que matarlos con cuchillos serafín, pero...

Jace soltó una exclamación de felicidad. Tian comenzó a recuperar los bultos de la cámara.

—Tian, ¿por qué no nos dijiste que te habían obligado a trabajar para Sammael? —preguntó Alec en voz baja—. Confiaste en nosotros lo suficiente como para contarnos sobre Jinfeng.

Tian miró a Alec con sorpresa.

—Creo que es obvio. Sabía que no desaprobarías una relación con una subterránea, pero siempre existía la posibilidad de que la conexión entre Sammael y yo llegara a los oídos de la Clave y ellos intervendrían, y Jinfeng saldría perjudicada. Mi familia también podría verse perjudicada.

Clary soltó una risita socarrona.

—¿Qué? —dijo Tian.

—Es solo que... nosotros somos los que le ocultamos cosas a la Clave —respondió ella.

—Es cierto —afirmó Alec—. No se nos conoce exactamente por mantener a las autoridades al día sobre nuestros planes.

—Por ejemplo, no le dijimos al Consejo que iríamos a Shanghái —repuso Clary—. Pensé que teníamos un entendimiento.

Tian se sorprendió aún más.

—Alec, tu padre es *el Inquisidor*. Creo que he confiado bastante en todos ustedes considerando que los conocí ayer. Guau, hoy ha sido un día muy largo.

—Tiene razón —dijo Jace. Con el mango de su lanza, había apartado el hule a un lado, descubriendo una espada a dos manos con una inmensa cuchilla ancha y curva, como una cruz entre una cimitarra y un machete. Tocó la punta con cautela con su pie sano—. Como esto. ¿Clary? ¿*Dadao*?

Clary lo tomó y fue al otro extremo de la habitación, donde practicó algunas formas de combate con la espada a dos manos, su trenza roja brillante azotó su cabeza mientras giraba a través de una serie de cortes delanteros, terminando con la espada elegantemente sostenida hacia abajo. Ella les dedicó una sonrisa.

—Me gusta.

Jace no paró de mirarla. Alec le dio una palmada en el hombro.

—Hay algo que sucede al ver a una chica pequeña con una espada gigantesca —murmuró Jace.

Clary regresó. Jace se contuvo visiblemente para no agarrarla y besarla, y en su lugar regresó al montón de armas a sus pies.

—Simplemente me molesta —Alec le dijo a Tian—. La desconfianza y los secretos. Míos y tuyos. —Frunció el ceño—. Se supone que los cazadores de sombras son esta institución acorazada, el baluarte entre humanos y demonios, la primera y última línea de defensa. En cambio, estamos plagados de secretos. Solía pensar que solo mis amigos y yo ocultábamos cosas a la Clave, pero ¿sabes de lo que me he dado cuenta? *Todos* ocultan cosas a la Clave.

—¿Estás diciendo que debería haber confiado más en ti? —preguntó Tian, sonando molesto—. ¿Aunque te acababa de conocer?

—¡Sí! —respondió Jace y tanto Alec como Tian se volvieron para ver a qué se refería, pero resultó que acababa de descubrir un arma: dos palos de madera dura unidos con una longitud de anillos de hierro. Uno de los palos era claramente un mango, mientras que el otro era mucho más corto y estaba cubierto por todas partes con púas cortas de hierro. Los miró con regocijo—. Lucero de la mañana.

—Está bien, eso es *definitivamente* un mangual —repuso Clary.

—Déjame quedarme con este —insistió Jace—. Será bueno en caso de que tenga que luchar antes de que mi pie se cure por completo. Puedo darle vueltas a esto y mantener a los demonios lejos de mí.

—No eres inútil en una batalla con un pie roto, lo sabes —le dijo Clary—. Eres bueno en estrategia y táctica.

Jace negó con la cabeza pero no paró de sonreír.

—Todos sabemos que lo principal que tengo a mi favor es mi magnífico físico y agilidad. Sin eso —agregó—, ¿quién soy?

Clary puso los ojos en blanco.

—Eres el *tipo* que descubrió cómo entrar en la fortaleza de Sebastian en Edom. Para empezar.

—Claro —dijo Jace—, es una de muchas.



Clary sonrió.

—Recuerda, tu músculo más magnífico es tu cerebro.

Tian observó esta interacción con diversión.

—Por cierto, no creo que debiste haber confiado más en nosotros —le dijo Alec—. Más de lo que te hubiéramos confiado todos nuestros secretos después de tan poco tiempo. —Soltó un suspiro—. Es solo que... está empeorando, entre los cazadores de sombras. Cada vez hay menos confianza. Más y más secretos. No sé hasta dónde puede doblarse el sistema —agregó, casi para sí mismo—, antes de que se rompa.

Jace levantó un arco de cuerno sorprendentemente decente con orejas curvas y dobladas, y un carcaj de flechas. Se lo ofreció a Alec, quien lo tomó pero dijo:

—Le voy a dar esto a Simon. Después de todo, yo tengo a Impermanencia Negra.

Regresaron por el crucero hacia el centro, sus pies resonaban en el suelo de piedra. Magnus rompió el silencio inesperadamente, su voz fue baja y firme.

—Mi padre es un Príncipe del Infierno, Asmodeus —le dijo a Tian.

Tian dejó de caminar y lo miró, parpadeando.

—Es algo que creo que deberías saber —continuó Magnus—. Antes de entrar en batalla con Sammael. Me ha mencionado como una maldición antigua un par de veces. Y Jem dijo que Shinyun estaba detrás de Tessa porque era una maldición antigua. Me hace pensar que a ellos les importa quién es mi padre.

—Oh —dijo Tian. Pensó en esto por un momento—: ¿Qué significa eso para nuestros planes? —preguntó.

—No lo sé —respondió Magnus—. Quizá nada. Quizá Sammael piensa que hay algún poder que puede extraer de mí. O tal vez piensa que es una especie de tío para mí. Como dije... solo pensé que deberías saberlo.

Volvió a caminar y tras una breve vacilación, los demás también lo hicieron. Alec vio a Jace y Clary intercambiar miradas de preocupación.

—Eso es terrible —le dijo Tian—. Quiero decir, para ti.

Magnus lo miró sorprendido.

—Nunca pediste tener a un Príncipe del Infierno como padre —explicó Tian—. Y ahora probablemente significa que tendrás Demonios Mayores y Príncipes del Infierno molestándote... bueno, para siempre.

—La mayor parte del tiempo —coincidió Magnus.

—¿Qué puedes hacer al respecto? —preguntó Tian.

—Nada —respondió Magnus—. Vivir mi vida. Proteger a mi familia.

—Ser protegido por su familia —intervino Alec.

—Y amigos —agregó Clary.

Caminaron en silencio un momento más.

—Gracias —le dijo Tian—. Por decidir que confías en mí lo suficiente como para decírmelo. No se lo diré a nadie.

Se volvieron hacia el ábside, donde Simon estaba mirando por una de las ventanas hacia la nada del exterior. Isabelle estaba en el otro extremo de la habitación.

—Depende de ti decidir si necesitas decírselo a alguien —repuso Magnus—. Para decidir en quien *confiarás*. Así es como funciona la confianza. —Hizo una pausa—. Además, Jem lo sabe y estará encantado de responder cualquier pregunta al respecto. Tiene algo de experiencia en esta área.

Cuando se acercaron al ábside, era obvio que Isabelle no estaba feliz. Miraba a Simon desde el otro lado de la habitación con el ceño fruncido por la preocupación. Tenía los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho.

—¿Izzy? —la llamó Clary.

Alec quería ir con Isabelle, sus instintos para proteger a su hermana luchaban por ir con ella, pero todavía sostenía torpemente el arco y las flechas que había encontrado, así que fue a dárselos a Simon primero. Jace fue con él, por lo que Alec le estaba agradecido. Magnus y Tian se quedaron atrás, inseguros.

—Simon —le dijo Alec mientras se acercaban—. Te encontré un arco.

—Genial —respondió Simon, sin darse la vuelta—. Un recuerdo. Vayamos a casa.

Alec y Jace intercambiaron miradas. Jace habló primero.

—¿De qué estás hablando, Simon?

—Quiero irme a casa —respondió Simon—. Tú también deberías querer ir a casa.

—Por supuesto que *queremos* irnos —le dijo Alec con cautela—. Pero todavía no podemos. Sammael todavía tiene el Libro de lo Blanco y tenemos que...

—Estamos todos juntos de nuevo —lo interrumpió Simon con voz apagada—. Todos estamos a salvo, por el momento. No hay razón para quedarse aquí.

—No sabemos cómo regresar —dijo Alec—. Necesitaremos encontrar una salida.

—Entonces busquemos una —protestó Simon en ese mismo tono—. Ese debería ser el plan. Encontrar una manera de irnos. Y luego nos vamos. —Miró a Jace esperanzado—.

Volver con refuerzos. Tú amas los refuerzos.

—Magnus todavía está en peligro —repuso Alec—. Tenemos que averiguar cómo lidiar con el Svefnthorn.

—Bueno —le dijo Simon—, tal vez sería más fácil encontrar una solución en otro lugar que en el *literal infierno*.

Clary estaba caminando junto a Isabelle. Tenía una postura cautelosa.

—Simon —le dijo—. Esto no es propio de ti.

—Este ni siquiera es tu primer viaje a una dimensión infernal —señaló Jace.

En ese momento Simon se dio la vuelta y Alec esperó ver lágrimas, dado el tono de voz de Simon. Pero no las había. En cambio, la cara de Simon ardía con furia apenas contenida.

—Es demasiado —susurró—. Es demasiado apostar arriesgando la vida de las personas. —No los miró a los ojos—. Con todas sus vidas.

—Simon... —volvió a decir Clary—. Ya hemos pasado por muchas cosas y estamos bien. Fuiste un no muerto, incluso invencible. Eres una de las pocas personas vivas que ha visto un ángel y has estado en presencia de dos Príncipes del Infierno distintos. ¡Mataste a Lilith!

—La Marca de Caín mató a Lilith —se defendió Simon en un tono monótono—. Yo solo estaba ahí por casualidad.

—Ser un cazador de sombras... —comenzó a decir Alec pero para su sorpresa, Isabelle lo detuvo con una mirada.

Simon levantó la cabeza. Parecía perdido y distante.

—Cruzamos el Portal, apostando que podríamos volver. Te entregaste a los demonios —agregó en dirección a Isabelle. Sonó casi enfermo—. Estabas apostando a que podrías escapar. Tian fingió traicionarnos. Apostando que podría salvar a Isabelle una vez que Sammael no lo estuviera vigilando.

—Pero todo funcionó —se justificó Jace—. Quiero decir, supongo que aún *no sabemos* cómo volveremos de Diyu, pero teniendo en cuenta todos los Portales que hay en todas partes...

—Hay muchísimas cosas en juego —Simon lo hizo callar—. No se puede ganar todo el tiempo. Eventualmente pierdes.

—Pero todavía no lo hacemos —protestó Alec.

Simon frunció el ceño.

—En mayo —dijo con la voz temblorosa—, vi a George Lovelace morir gritando. Por ninguna razón. Bebió de la Copa Mortal, se quemó y murió. No era diferente a mí. No menos digno de la Ascensión. En todo caso, era más digno que yo.

Nadie habló.

—Fue la última lección de la Academia —susurró—. Los cazadores de sombras mueren. Simplemente... mueren sin razón alguna.

—Es un trabajo peligroso —le dijo Jace.

—*George no estaba haciendo nada peligroso* —bramó Simon—. No murió en un noble acto de sacrificio; no murió porque un demonio se apoderó de él. Murió porque a veces los cazadores de sombras mueren y es por nada. Solo pasa y así es. Esa fue la lección.

—Rescataron a Isabelle —dijo Alec—. Te rescatamos a *ti*. Tian está bien.

—¡Esta vez! —se burló Simon—. Sí, esta vez funcionó. ¿Y la próxima vez? Y por cierto, la próxima vez es *mañana*. ¿Cómo lo haremos? —preguntó y miró a su alrededor con impotencia—. ¿Cómo te arriesgas a ti mismo y a todos los que amas, una y otra vez?

Isabelle se acercó a Simon y le puso las manos sobre los hombros. La miró a los ojos, buscando algo en ellos. Alec sabía lo que él mismo diría: que este era su trabajo. Que ser un cazador de sombras era una tarea elevada y solitaria, que ser elegido para tal propósito era un regalo y una maldición, que su riesgo era precisamente por qué era tan importante, que había peleado con Simon durante años y hoy en día, Simon definitivamente y claramente, era digno de ser un nefilim. Pensó en Isabelle, su ferocidad, su intensidad, su compromiso y esperaba que dijera algo como lo que él mismo diría.

Pero no lo hizo. En cambio, rodeó a Simon entre sus brazos y lo abrazó con fuerza.

—No lo sé —susurró—. No lo sé. No siempre tiene sentido, mi amor. A veces no tiene ningún sentido.

Simon hizo un sonido bajo y ahogado, y hundió la cabeza en el cuello de Isabelle. Ella lo mantuvo en ese lugar, quieto y en silencio.

—Lo siento —dijo él—. Lo siento.

—Tiene que entender —dijo Alec en voz muy baja.

Isabelle asintió levemente con la cabeza.

—Él lo entiende —le dijo—. Solo... danos un segundo, ¿sí?

Clary se mordió el labio.

—Te amo, Simon —dijo—. Los amo a ambos.

Se dio la vuelta y se alejó, y los demás la siguieron: como *parabatai* de Simon, de una manera extraña, era la señal de Clary. Alec pudo escuchar a Isabelle murmurar suavemente a Simon, hasta que se alejaron lo suficiente como para que el sonido desapareciera.

—Isabelle tiene razón —dijo Clary, una vez que regresaron al centro—. Simon lo sabe...

solo está sufriendo. Apenas han pasado unos meses desde que perdió a George. —Se apoyó contra una de las paredes de piedra—. Ojalá pudiera hacer más. Ser una mejor *parabatai*. Luchar junto a alguien que amas no se trata solo de luchar de forma más eficaz. También se trata de apoyarse unos a otros cuando las cosas van mal.

—Sabemos exactamente lo que quieres decir —dijo Alec mirando a Jace—. Y eres una buena *parabatai*, Clary. Mirándote a ti y a Simon juntos...

—Es como vernos a los dos —prosiguió Jace, indicándose a sí mismo y a Alec—. Fuerza y belleza. Armonía perfecta. Habilidad e intuición, exactamente iguales.

Alec arqueó una ceja.

—¿Eres fuerza o belleza?

—Creo que todos sabemos la respuesta a eso —dijo Jace.

—Realmente son un grupo de personas muy extraño —observó Tian.

Jace sonrió. Alec sabía que había estado tratando de mejorar el estado de ánimo y lo había logrado.

—Quizás deberíamos encontrar un lugar para dormir. Creí haber visto algunos bancos más grandes en el otro cruce.

—¿Cómo sabremos despertarnos? —preguntó Alec al notar ese detalle—. No es como si el sol fuera a salir aquí.

Clary se animó, sacando su estela.

—Muéstrame tu brazo —dijo. Alec lo extendió y ella garabateó una forma que él no había visto antes en su brazo, un círculo con varios brazos radiantes de diferentes longitudes que se curvaban en espiral desde su centro. Clary contó en voz baja mientras lo dibujaba, luego dijo—: Listo. Algo en lo que he estado trabajando. Runa de alarma. Se apagará en siete horas.

—O podrías usar tu teléfono —dijo Jace.

Clary se encogió de hombros.

—Las runas son más confiables. También más geniales.

—La runa de la Alianza sigue siendo tu mejor trabajo —le dijo Alec, sonriendo.

—No todas pueden salvar el mundo —señaló Clary—. A veces solo necesitas levantarte a tiempo.

—No, quiero decir, es de lo que estabas hablando —explicó Alec—. Nos permite compartir nuestra fuerza entre nosotros. No solo nuestra fuerza, también nuestras vulnerabilidades.

Clary miró a Magnus y luego a Alec. Ella sonrió un poco, aunque todavía estaba claramente

preocupada por Simon.

—Bueno... me alegro poder dártelo.

Jace tomó su mano y la acercó. Sus brazos la rodearon. Clary apoyó la cabeza en el hombro de Jace y él cerró los ojos; Alec sabía lo que estaba sintiendo, porque él mismo lo sentía siempre que estaba con Magnus. Ese asombro interior por la enormidad del amor, cómo la alegría de él era tan intensa que casi estaba teñida de dolor. Jace rara vez hablaba de sus sentimientos, pero no necesitaba hacerlo: Alec podía leerlos en su rostro. Jace había elegido a Clary para amar, así como Alec había elegido a Magnus, y la amaría por siempre y con todo su corazón.

Jace rozó sus labios contra el cabello de Clary y la soltó; ella tomó su mano. Con una sonrisa torcida, Jace formuló un: «Nos vemos» en dirección a Alec y se dirigió con Clary hacia las sombras oscuras en las profundidades de la catedral.

—Supongo que también debería darte las buenas noches —comenzó a decir Tian, luego hizo una pausa. Isabelle y Simon habían bajado los escalones en dirección al centro. Estaban tomados de la mano y Simon parecía un poco avergonzado.

—Perdón por eso —le dijo.

—No te preocupes —respondió Alec—. Tú mismo lo dijiste. Ha sido un día largo.

Tian y Magnus retrocedieron un poco, dándole a Alec un momento con su hermana y Simon. Alec creyó ver las huellas de lágrimas recientes en el rostro de Simon. No le hizo respetar menos a Simon; de hecho, pensó que lo respetaba un poco más.

Simon lo miró fijamente.

—Creo que tengo que acostumbrarme a no ser más invulnerable. No es como si ser un vampiro o tener la Marca de Caín, fuera una fiesta sin parar, pero fue una buena póliza de seguro. Y ahora se han ido. —Simon enderezó los hombros—. Me involucré en esto para pelear —dijo—. Quería tanto ser un cazador de sombras. Así que ahora lo soy y lucho. Sería genial si no se tuviera que trabajar constantemente para proteger las cosas y las personas que amas, pero... lo haces.

—Eso es ser un cazador de sombras —afirmó Alec.

Simon negó con la cabeza.

—No, eso es ser una persona. Al menos como cazador de sombras, mi trabajo implica viajes exóticos y un increíble combate cuerpo a cuerpo.

Isabelle lo besó en la mejilla.

—Nunca dudes que eres rudo, cariño.

—¿Ven? —exclamó Simon—. Mi vida es asombrosa. ¡Mi novia tiene un látigo de fuego! Esa es una genuina declaración la que acabo de hacer.

—Ustedes dos salgan de aquí antes de que mi instinto fraternal se active —los amenazó Alec y los dos se fueron a buscar un lugar privado para descansar.

Alec miró a su alrededor y vio a Magnus conversando con Tian. Magnus tenía a Impermanencia Blanca desenvainada y Tian hablaba intensamente mientras le hacía ademanes. Curioso, Alec fue a unirse a ellos.

Magnus levantó la mirada cuando se les unió y Alec se sorprendió una vez más por los cambios en él. Su rostro parecía más estrecho, sus rasgos más afilados. Sus ojos brillaban de un verde luminoso en la penumbra. Había algo hambriento en su mirada como un vampiro que no se había alimentado en mucho tiempo.

Alec sabía que el hambre era por la tercera apuñalada del Svefnthorn y se estremeció. Era fácil celebrar que habían salvado a Simon, que Tian no los había traicionado, que él había rescatado a Isabelle. Que, en ese instante, estaban fuera de peligro. Era fácil suponer que encontrarían alguna solución para Magnus, alguna forma de desligarlo de la espina, alguna escapatoria en la magia. Pero Simon tenía razón: a veces las cosas iban mal. A veces sufrían. Y a veces morían. Era demasiado tarde para Ragnor, para Shinyun, pero ¿qué pasaría con Magnus?

—¿Puedo ver tu espada? —preguntó Tian.

Alec se encogió de hombros y sacó a Impermanencia Negra. Se la entregó a Tian y él sostuvo las dos espadas una al lado de la otra y las examinó.

—¿Sabes qué es lo que están empuñando? —les preguntó a ambos.

Alec lo pensó.

—Gan Jiang y Mo Ye... dijeron que no eran espadas, eran dioses.

—Obviamente son espadas —dijo Magnus—. Alec ha estado cortando demonios con la suya todo el día.

—También dijeron que eran llaves —añadió Alec.

Tian puso los ojos en blanco.

—A Gan Jiang y Mo Ye les gusta ser misteriosos. Supongo que piensan que es su prerrogativa, dada su edad. No sé qué significa eso de que sean llaves —admitió—. Pero *son* dioses. Tenía la intención de hablarles sobre eso antes de que... —Se calló, sin decir, «antes de que Sammael revelara que estaba trabajando para él»—. Pero si nos dirigimos hacia una confrontación... deben saber algo de lo que son. Pueden ser nuestra arma más poderosa en este lugar.

—Tal vez esta es una pregunta estúpida —dijo Alec—, pero si son espadas, ¿cómo es que también son dioses?

—Heibai Wuchang —dijo Tian—, eran un dios de negro y un dios de blanco, y hace mucho tiempo, eran responsables de escoltar a los espíritus de los muertos hasta Diyu. Hay cientos de

historias sobre ellos de toda China, pero son de mucho antes de la época de los neflim, por lo que no tenemos idea de cuáles, si las hay, son ciertas.

—Todas las historias son ciertas —murmuró Alec para sí mismo, pero Magnus lo escuchó y arqueó la boca con una pequeña sonrisa.

—Las hadas dicen que los Heibai Wuchang se cansaron de ser molestados constantemente por los mortales, quienes los buscaban para pedirles que se les concedieran sus deseos y se convirtieron en estas espadas. —Tian negó con la cabeza—. No sé qué signifique que los hayamos traído de regreso a su hogar de origen en Diyu, pero si los herreros pensaron que era prudente hacerlo, deben haber tenido una razón.

—¿Quizá pensaron que las espadas podrían lastimar a Sammael? —sugirió Alec.

—¿O quizá abren una puerta y luego nos harán patear a Sammael a través de ella? —ofreció Magnus.

—No lo sé —respondió Tian—. Solo pensé que deberían saber qué es lo que empuñan. O a quienes empuñan. —Levantó la espada negra y se la devolvió a Alec—. Fan Wujiu. Significado: *no hay salvación para los malvados*. —Le entregó la espada blanca a Magnus—. Xie Bi'an: *estén en paz, todos los que tienen redención*.

—Veo un poco de desacuerdo entre los dos —señaló Magnus.

Pero Tian negó con la cabeza.

—No lo creo. En algunas historias se les conoce como un solo ser. Sean lo que sean, se supone que deben estar en equilibrio.

—Aw, como nosotros —dijo Magnus, guiñándole un ojo a Alec.

Alec *pensaba* en él y en Magnus como un ente en equilibrio, al menos en circunstancias normales. ¿Pero era eso todavía cierto? La espina había invadido el cuerpo de Magnus, lo había empujado en la dirección de su voluntad, de la voluntad de Sammael, recordó Alec. Magnus seguía siendo Magnus, por supuesto, pero estaba *cambiando* y no conocían manera alguna de cambiarlo a la normalidad.

Alec volvió a envainar a Impermanencia Negra, Fan Wujiu, y se volvió hacia Tian.

—Gracias. Ahora estoy preparado en caso de que mi espada de repente se convierta en una persona.

—Nunca se sabe —respondió Tian. Contempló el espacio abierto de la catedral que se extendía detrás de ellos—. Deberíamos descansar un poco. Esta puede ser nuestra única oportunidad antes de que tengamos que volver a la pelea.

—No habrá muchos lugares cómodos aquí para dormir —señaló Magnus.

—Somos cazadores de sombras —repuso Tian con desdén—. Podemos lograr descansar



incluso en las profundidades del infierno.

Bajó los escalones y desapareció en el interior de la iglesia. Alec se volvió hacia Magnus.

—¿También buscamos un lugar para dormir? —le preguntó.

—Vamos pues —respondió Magnus con un pequeño brillo en sus ojos.

\* \* \*

AL PARECER LOS OTROS HABÍAN ido a los extremos más alejados del piso principal de la catedral, por lo que Magnus dirigió a Alec abajo, hacia las bóvedas. Magnus encendió un globo de luz para guiarlos por los escalones de piedra y hacía una pequeña habitación en el pasillo que se extendía a lo largo del edificio. El globo de luz era brillante y escarlata, y quitó el color del rostro de Alec mientras caminaba junto a Magnus, tranquilo y aparentemente perdido en sus pensamientos.

La habitación probablemente era una oficina en la catedral real, pero aquí en Diyu era sólo otra caja vacía, con piso de mármol y paredes de piedra encaladas.

—Acogedor —dijo Alec—. ¿Crees que podrías convocar algunas mantas cómodas?

Magnus arqueó una ceja.

—¿De dónde, exactamente? Conseguí el arroz y el agua de las ofrendas a los muertos, pero las cosechas aquí son escasas para los artículos de lujo.

Alec se encogió de hombros.

—¿El... Infierno de las Mantas Cómodas?

Magnus lo pensó.

—¿Podría... convocar a uno de esos pájaros de nueve cabezas y podríamos intentar arrancarle las plumas? No, probablemente no olerían muy bien. *Espera*.

—¿Qué?

Magnus se rio para sí mismo y trajo una manta del único lugar en Diyu cuyo ocupante sabía que daría prioridad a una agradable experiencia de sueño.

Un edredón de brocado rojo apareció en la habitación en una bocanada de humo carmesí. Estaba forrado con borlas de oro.

—¿Es una coincidencia —comenzó a decir Alec—, que el edredón sea del mismo color que tu magia?

—Yo... no lo sé —respondió Magnus.

También convocó un par de almohadas. Alec pareció complacido.

Se acomodaron en el suelo y se colocaron en sus posiciones habituales para dormir. Las posiciones para dormir eran un asunto extraño, pensó Magnus. Se establecen al comienzo de una relación, cuando nadie piensa en ello y luego se quedan para siempre. Pero ahora era cierto: si Magnus estaba en la cama, mientras Alec estuviera directamente a su derecha, había algo de hogar en dondequiera que estuviera.

—Antes de apagar la luz... —dijo Alec.

Magnus esperó el resto, pero cuando no llegó, él habló.

—¿Sí? —Alec se notó vacilante—. ¿Qué es? —Empezó a preocuparse un poco.

—Antes de que te vayas mañana... para ser el cebo.

Magnus parpadeó un par de veces.

—¿Tienes problemas para terminar tus pensamientos?

—No —repuso Alec sonando molesto—. Creo que deberíamos usar la runa de la Alianza.

—¿Qué runa de la Alianza?

—*La runa de la Alianza* —reafirmó Alec—. La runa de la Alianza *de Clary*. Esa que permite que un cazador de sombras y un subterráneo emparejados compartan poder.

Clary había inventado la runa de la Alianza hace tres años, en la Guerra Mortal, para darles a los cazadores de sombras y subterráneos la capacidad de luchar en pareja, compartiendo sus habilidades y fortalezas. Magnus recordó vívidamente la víspera de la batalla de años atrás. Había estado temblando de nervios, la perspectiva de la muerte en el campo de batalla ante él y se había sentido abrumado por la pena. Le había dicho a este joven cazador de sombras que lo amaba, pero no sabía cómo se sentía realmente ese cazador de sombras por él, si su relación podría durar o si era tan imposible como temía.

Había visto la runa formándose en su propia piel, las intrincadas líneas y curvas de una runa angelical, algo que nunca hubiera pensado que soportaría.

Pero ahora... ahora era el turno de Magnus de decir:

—No.

—No tienes que hacer esto solo —insistió Alec—. Deberías tomar algo de mi fuerza. Debería tomar parte de la carga de la espina.

—No tenemos idea de lo que haría —protestó Magnus—. Lo que significaría para ti tomar algo de esta extraña magia. Está conectada con Sammael de alguna manera y estás lleno de, ya sabes, magia angelical. Podrías explotar.

Alec parpadeó.

—Probablemente no *explotaría*.

—¿Quién sabe lo que podría pasar? Ninguno de nosotros es exactamente un experto en este artefacto mágico en particular.

—Aún así —dijo Alec tercamente—. Creo que deberíamos hacerlo. —Cuando Magnus no dijo nada, agregó—: Si dejaré que salgas y exijas que te ataquen, al menos déjame compartir algo de la carga contigo.

Magnus miró a Alec a los ojos.

—Si algo me pasa —le dijo en voz muy baja—, Max te necesitará.

—Si ponemos la runa y algo sale mal —respondió Alec—, la deshacemos. Estará bien.

Magnus suspiró.

—Tengo que ceder en esto —comenzó a decir—, porque dije «estaré bien» sobre el asunto del cebo y tú estuviste de acuerdo, ¿verdad?

—Hay quienes lo considerarían un argumento válido, sí —dijo Alec.

Magnus estiró el brazo.

—Está bien. ¿Por qué no hacer otra cosa totalmente irresponsable antes de terminar el día?

Alec dibujó los trazos de la runa con atento cuidado y Magnus sintió el mismo asombro que años atrás, el mismo alivio del miedo. En vísperas de la batalla, en medio del oscurecido giro de una extraña ciudad infernal: no importaba dónde estaban. Lucharían, vivirían y morirían juntos.

Cuando Alec terminó el último bucle de la runa en su propia piel, Magnus lo miró con atención. Y volvió a hablar un momento después.

—¿Cómo te sientes?

Alec parecía inseguro. Levantó el brazo y lo extendió para que Magnus lo viera. La runa del Poder Angelical en el interior de su antebrazo brillaba de un color rojo oscuro pero definido.

—Eso es nuevo —dijo Alec.

—¿Aparte de eso?

Alec esperó por algo más.

—Nada —respondió—. Me siento bien—. Experimentalmente, dibujó una runa de conciencia rápida en el mismo brazo, solo un simple bucle y una línea. Ambos lo miraron por un largo momento, pero parecía ser una runa normal, comportándose normalmente.

—Parece estar bien —le dijo Magnus.

—Lo está —murmuró Alec. Luego se inclinó para besar a Magnus.

Magnus le devolvió el beso, esperando que fuera un simple beso de buenas noches, pero en lugar de eso, Alec se estiró y enredó sus manos en el cabello salvaje de Magnus, acercándolo más y profundizando el beso en algo mucho más fuerte, algo salvaje, casi feroz.

El brazo de Alec se deslizó hacia abajo y se envolvió alrededor de la cintura de Magnus, tirando de su novio encima de él. Magnus gruñó en voz baja: la sensación del cuerpo de Alec extendiéndose a lo largo del suyo siempre lo enloquecía. Besó a Alec profundamente, deleitándose con el roce de su barba, la suavidad de sus labios; Alec jadeó y se aferró a la espalda de Magnus, acercándolo más... lo más cerca posible.

Magnus hizo una pausa.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, sus labios se rozaron contra los de Alec.

Alec lo pensó.

—Preocupado por ti.

—No —le dijo Magnus, dándoles la vuelta a ambos, así que Alec estaba encima de él—. Quiero decir, ¿cómo te sientes acerca de *esto*?

Deslizó su mano hacia abajo e hizo algo que sabía que le gustaba a Alec.

—*Ohhh* —dijo Alec—. ¡Oh! Eh, definitivamente estoy interesado en esto. Pero sigo preocupado por ti —agregó. Sus hermosos ojos miraron directamente a los de Magnus—. Solo tenlo en cuenta. Eres mi corazón, Magnus Bane. No te rompas, hazlo por mí.

—Anotado —respondió Magnus, haciendo otra vez lo que sabía que a Alec le gustaba y apagó la luz.

# CAPÍTULO DIECISIETE

## HEIBAI WUCHANG

*Traducido por Samantha  
Corregido por Samn*

NO ERA TRAICIÓN, SE DIJO MAGNUS; no realmente. Pero sabía que no tendría la oportunidad de hacer lo que quería, con los cazadores de sombras a su lado. Tal vez los habría podido convencer de dejarlos ir juntos a Alec y a él, pero... por mucho que no quisiera admitirlo, Alec también sería una gran responsabilidad en el plan que tenía en mente.

Y Alec jamás lo habría dejado ir solo.

Probablemente Alec tenía razón.

Pero Magnus sabía lo que hacía. Al menos, creía saber lo que hacía.

Alec dormía en la negrura de la catedral. Habían pasado quizá cinco horas desde que se habían quedado dormidos, pero cuando Magnus despertó, se sentía tan lleno de energía, descansado y listo para partir.

Se dijo que estaría de vuelta antes de que Alec se diera cuenta.

Magnus siempre había visto bien en la oscuridad y en los últimos días su visión se había vuelto incluso más aguda. No necesitaba iluminación que lo guiara conforme se vestía en el cuarto en la penumbra, asegurándose de mantenerse en silencio mientras se colocaba su arnés en el hombro.

Con un gesto, una superficie oscurecida apareció frente a él, era un espejo reluciente. Reflejado en la negrura del espejo, Magnus vio su propio rostro. Vio la oscuridad retorciéndose por su garganta y en sus ojos. Lo peor era el brillo afilado de sus dientes, la manera en que parecían tirar de su rostro dándole una forma completamente nueva.

Magnus conocía una historia mundana sobre el espejo de una bruja que se rompía en pedazos: cuando una pieza se alojaba en el corazón de un niño, el corazón se convertía en hielo. Podía sentir la magia de la espina retorciéndose en su pecho, como si fuera una llave abriendo

una puerta que él trataba de mantener cerrada. No necesitaba bajar la mirada hacia sus manos para ver las venas que sobresalían en rojo y negro, o las marcas de cadenas volviéndose más notorias. Podía *sentir* la sutil y terrible alteración de su ser como si su sangre misma cambiara.

Tenía que hacer *algo*. Y esto era algo.

Antes de irse, extendió una mano e hizo una señal hacia sí. Lentamente, sin hacer un sonido, Impermanencia Negra se deslizó por el aire desde donde Alec la había dejado cuidadosamente junto a él. Con tanto cuidado para asegurarse de no molestar a Alec o incluso a las sábanas, Magnus giró la espada en el aire y la guió hacia él. Contuvo la respiración y en un momento Fan Wujiu estuvo en sus manos. Esperó para ver si su cuerpo estallaba; los herreros no habían dicho nada sobre ser digno de portar ambas espadas al mismo tiempo.

Nada sucedió. Supuso que la runa de la Alianza era responsable y le permitía sostener la espada de Alec. Quizá las reglas eran más fáciles de esquivar de lo que las hadas habían dejado entrever. Quizá eran ambas. Comenzó a respirar de nuevo y con cuidado colocó Impermanencia Negra sobre su espalda, junto a su melliza.

En la puerta se giró para mirar a Alec. Y en la parte superior de las escaleras hacia el centro, observó por un largo tiempo la sensación de tranquilidad de Xujiahui. Estaban en las profundidades del infierno y esa catedral solo era la sombra de algo real. Aun así Magnus percibía un susurro de santidad, de fe como luz en la oscuridad. Impregnaba la caverna de la catedral, incluso en ese lugar era un santuario. Tal vez su último santuario.

\* \* \*

HACE CUATROCIENTOS AÑOS, MAGNUS solo tenía un único amigo en el mundo: Ragnor Fell. Ragnor le había enseñado lo que conllevaba ser un brujo: poder, sí, la habilidad para manipular el espacio y el tiempo para tus propios fines, sí, pero también soledad, el peligro constante y una vida errante. Ragnor le dijo que un brujo nunca recibiría una cálida bienvenida. Incluso otros subterráneos no confiarían en él. Los cazadores de sombras podrían capturarlo, torturarlo, matarlo y quedar impunes. Los vampiros tenían clanes, los licántropos manadas y las hadas tenían sus cortes, pero los brujos siempre estaban solos.

Hubo una ocasión en que Magnus se encontró en la ciudad de Leonberg. A Magnus no le gustaba Leonberg. Había visto muy poco del Sacro Imperio Romano, pero basado en su experiencia ahí, estaba listo para proclamarlo gravemente sobrevalorado: el clima frío y húmedo, la comida pesada y aburrida, la gente recelosa y parroquial. Acudió tras la petición de un terrateniente menor que quería que Magnus mejorara la producción de sus cultivos y la fertilidad de sus cerdos, por muchas más monedas de las que le correspondían a esa cantidad magia. Magnus ejecutó la tarea en menos de quince minutos y ahora se encontraba sentado bebiendo cerveza insípida en el jardín de un bar insípido. Ése bar tenía una encantadora vista

de la torre de la prisión de Leonberg, que se agazapaba como un troll furioso bajo un cielo plomizo. Suspiró, bebió, soñó con la magia, aún inexistente, que le permitiría desaparecer de ese lugar y reaparecer en un lugar cálido y acogedor, tal vez en París o en algún lugar al sur de Italia.

Su ensueño fue destrozado por una conmoción que venía de la prisión. Un grupo de hombres con el uniforme local arrastraban a una mujer desaliñada al exterior. La empujaron a un lado de la prisión y desaparecieron de la vista. Conforme lo hacían, Magnus notó que la mujer tenía un glamour y debajo de este, su piel era azul.

Bebió un sorbo de su cerveza. Su mano se sacudió. En su mente, la voz de Ragnor le decía severamente que debería cuidarse a sí mismo, que no ganaría nada arriesgando su propio bienestar por una extraña.

Bebió otro sorbo de su cerveza.

Con un movimiento abrupto y decisivo, estrelló su vaso contra la mesa, se puso de pie, maldijo en voz alta en malasio, francés y árabe, y se dirigió voluntariamente en dirección a la prisión y a la bruja azul.

Siglos más tarde, todavía podía recordar sus gritos conforme su cabello era alcanzado por el fuego. Se echó a correr mientras escuchaba la voz severa de un hombre mientras proclamaba que, por orden del sistema judicial de Leonberg, la mujer era culpable de brujería y asociaciones con demonios, por lo que sería ejecutada a la hoguera.

Había unos cuantos lugareños ahí que miraban con curiosidad, pero la quema de brujas ya no era una novedad desde hace tiempo en esos lugares y el día no era lo que se dijera agradable. Nadie se interpuso en el camino de Magnus mientras arremetía contra la hoguera, que ahora desprendía chispas anaranjadas de llamas muy por encima de la cabeza de la bruja. Nadie lo detuvo mientras recitaba palabras de protección mágica, sin estar seguro de si funcionarían, ni conforme apoyaba una bota en la madera apilada y crujiente y escalaba la pira.

Su carne podía estar protegida, pero su ropa inmediatamente fue alcanzada por el fuego. Se sacudió ante la incomodidad y jaló de las cuerdas que sujetaban a la mujer, se disolvieron con chispas de magia azul. La mujer lo miró y mantuvo la vista en sus ojos de gato. El terror se mezcló con sorpresa mientras él la envolvía con sus brazos y se preparaba para saltar de la pira.

—Hola —murmuró en su oído—. Cuando toquemos tierra, por favor rueda hacia delante y atrás para apagar las llamas.

Sin esperar respuesta, saltó, llevándola con él. Golpearon el frío barro junto a la hoguera. Aunque el barro apagó las llamas, cuando se levantaron sus ropas estaban ennegrecidas y desprendiéndose, fue un imprevisto que Magnus no anticipó. Bien pudo convocar ropa nueva, pero esas no parecían el tipo de personas frente a las cuales era sabio hacer magia.

Los soldados que supervisaban la ejecución se habían congelado en desconcierto, pero ahora se reponían y estaban sacando sus espadas.

Magnus miró a la mujer.

—¿Ahora qué? —gritó él por encima del crepitar de las llamas y las exclamaciones de la multitud. La mujer lo miró fijamente.

—¿*Ahora qué?* —gritó—. ¡Este es *tu rescate!*

—¡Nunca había hecho esto antes! —le gritó de vuelta.

—¿Qué tal si *corremos?* —sugirió la mujer. Magnus la miró estúpidamente por un momento y ella negó con la cabeza—. Dios mío, ¡he sido rescatada por un idiota!

Se volvió hacia la multitud, extendió las manos y una oleada de humo azul brotó de sus palmas, esparciéndose rápidamente en densas nubes. Los gritos de los soldados se volvieron más confusos.

—¡Sí! ¡Buena idea! —exclamó Magnus. La mujer puso los ojos en blanco y corrió. Magnus la siguió, preguntándose qué tan rápido podrían encontrar refugio y si aquel sastre de Venecia tendría suficiente de esa tela de brocado para hacerle un abrigo nuevo.

Ragnor se reunió con ellos varias horas después, en una taberna de la carretera a Tübingen. Para ese momento ya habían encontrado ropa nueva y Magnus había aprendido algunas cosas sobre la mujer que había rescatado. Su nombre era Catarina Loss; ella llegó a Leonberg a tratar un brote de plaga; la habían atrapado poniendo sus manos brillantes sobre un paciente e inmediatamente fue arrestada por brujería. Leonberg, explicó, simplemente enloquecía por la quema de brujas.

—En todas partes de Europa enloquecen por quemar brujas —espetó Ragnor, malhumorado. Estaba molesto con Magnus, pero igualmente era obvio que le agradaba Catarina y ambos cayeron rápidamente en una relación tan agradable como Magnus tenía con cualquiera de ellos. Desafortunadamente, su tema favorito de conversación hasta ahora era lo estúpido que Magnus fue por intentar rescatarla.

—¡Te salvé la vida! —protestó.

—Y vaya que fue un rescate bastante cuidadoso y sutil —le dijo Ragnor—. ¿Cómo crees que los encontré? En cuestión de minutos toda el área estaba esparciendo rumores de un mago vil que flotó en el cielo sobre Leonberg en una nube negra, atravesando las llamas y llevándose a una sucia bruja lejos del fuego destinado a purificarla.

—Entonces mantengámonos lejos del Sacro Imperio Romano por un rato —dijo Magnus encogiéndose de hombros y sonrió—. No lo extrañaré.

—Es la mitad de Europa, Magnus.



—Europa está muy sobrevalorada.

Catarina los interrumpió para poner una mano en el brazo de Magnus.

—Gracias, de todos modos, de verdad —le dijo ella—. Es terrible ser un brujo en estos tiempos.

—Yo también soy bastante nuevo en la experiencia —respondió Magnus—. Pero Ragnor dice que debemos seguir nuestros propios caminos.

—Sin embargo, debemos rescatarnos los unos a los otros —mencionó Catarina—. Ya que nadie más lo hará. No otros subterráneos, ni los mundanos y ciertamente no los cazadores de sombras.

—Que todos se pudran en el infierno —espetó Ragnor. Pero su expresión se suavizó—. Iré a conseguirnos algo mucho mejor para beber. Y no me opongo a que viajemos juntos, por seguridad. Por ahora. Normalmente no me gusta hacer amigos.

—Y aun así —le dijo Magnus—, fuiste mi primer amigo.

Catarina le dirigió una pequeña sonrisa.

—Tal vez también seré amiga tuya. Alguien tiene que impedir que hagas el ridículo.

—Oye bien —le dijo Ragnor, vaciando su vaso—. Eres un idiota.

—Me agrada —le dijo Catarina a Ragnor—. Hay algo de virtud en alguien que no le da la espalda al peligro, incluso cuando debería. Alguien que ve sufrimiento y siempre elegirá sumergirse en las llamas.

A la mañana siguiente, ya eran amigos. El mundo entero había cambiado desde entonces, pero eso jamás lo haría.

\* \* \*

EL CONOCIMIENTO DE MAGNUS DE la geografía de Shanghái estaba algo oxidado y se encontraba en su lado contrario, en el vacío sin estrellas de Diyu, pero como ahora aparentemente podía volar, flotó sobre la ciudad invertida hasta que encontró lo que estaba buscando.

El templo era pequeño y, como todo lo demás en Diyu, estaba en ruinas. Primero que nada, era una construcción humilde, una estructura simple de una sola habitación de ladrillos con tintes en ocre, de techo plano y sin decoraciones. En el Shanghái real, probablemente fue construido por una sola familia.

Había una marca en su costado, una afilada línea en pintura negra que parecía familiar. Era

el mismo diseño que fue dibujado en el costado de un moderno complejo de departamentos al que la runa de rastreo los había guiado, en su búsqueda inicial de Ragnor.

Magnus subió los escalones y miró por el borde de la puerta abierta.

La habitación estaba completamente vacía. Una lámpara de aceite colgaba del techo, iluminando la simple silla de madera en la que Ragnor se sentaba, con la mirada fija, usaba una bata raída sujeta sobre el pantalón. Era evidente que estaba esperando a Magnus.

—Robaste mis edredones —le dijo amargamente.

—Y un par de almohadas —añadió Magnus—. ¿Sabes lo difícil que es encontrar cualquier tipo de textiles en este lugar?

—Lo sé muy bien —dijo Ragnor—. A menos que te guste dormir en viejos tapices salpicados con manchas de sangre.

Magnus miró la habitación con más detenimiento. Había una tarima simple en una esquina, la que Magnus supuso era la cama de Ragnor antes de que él le robara todas las cobijas y almohadas. No le sorprendió ver el Libro de lo Blanco en una pequeña mesa de madera. La silla de Ragnor estaba frente a la puerta de entrada, como si hubiera estado sentado y esperando por horas. Probablemente así era.

Magnus se mantuvo de pie en la entrada. Realmente no había hecho un plan que llegara más lejos que esto.

—No creí que fueras a hacerlo —le dijo con cautela—. Me refiero a apuñalarte a ti mismo con la espina.

—Lamento decepcionarte. —Los ojos de Ragnor destellaron—. Cuando fue el momento, decidí que no quería morir. Tú tampoco deberías.

—Bueno —añadió Magnus, paseando la mirada por el lúgubre interior del templo—. Ahora que he visto los beneficios que vienen con el trabajo, ¿cómo podría resistirme?

Ragnor suspiró.

Magnus no pudo soportarlo más.

—Cuando fingiste tu muerte. En Idris. Me dijiste que te pondrías en contacto conmigo —le espetó—. Y no lo hiciste. Creí que...

—Creíste que Sammael me había atrapado —finalizó Ragnor—. Tuviste razón, es obvio.

—Creí que estabas muerto —lo corrigió Magnus.

Ragnor se encogió de hombros.

—Pudo ser así. Por un tiempo, bien pude estarlo.

Era tan extraño hablarle a Ragnor de esa manera. Sonaba como... sonaba como *Ragnor*, el primer y más antiguo amigo de Magnus, quien había hecho más que nadie para convertir a Magnus en quien era ahora. Pero Magnus podía ver la estrella roja de luz destellando dentro del pecho de Ragnor, y lo reconocía de forma tan áspera y familiar como podía ser el comportamiento de Ragnor, se convirtió en el secuaz de Sammael, tal vez de manera irrevocable.

Su curiosidad era demasiado grande para no continuar con la conversación, aunque sabía que podría no tener tiempo, que quizá ahora Shinyun o incluso Sammael sabían que estaba ahí. Pero tenía que saber. La pregunta ya lo había corroído por demasiado tiempo.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Shinyun pasó —respondió Ragnor—. Siéntate.

Había otra silla común de madera junto a la puerta abierta, Magnus la movió y se sentó frente a Ragnor, como si lo estuviera entrevistando en un programa de presentaciones.

—Sammael me estaba buscando —le dijo Ragnor—. En ese entonces todavía era mayormente un vacío y buscaba un reino demoníaco en el que pudiera volverse corpóreo y hacer sus planes. Mi nombre llegó a sus oídos.

—Lo recuerdo —dijo Magnus—. Así que fingiste tu muerte durante la Guerra Mortal y huiste.

—Casi. La mayoría de la gente no creyó que el verdadero Sammael pudiera ser quien había regresado, pero Shinyun sí. Me encontró y me metió en una jaula.

—¿Una *jaula*? —repitió Magnus.

—Una jaula —confirmó Ragnor—. No fue mi momento más digno. Esto fue antes de que Shinyun le jurara lealtad a Sammael, tú entiendes. Pero ella sabía sobre él. Sabía cómo fue que se había desvanecido, sabía que él podría regresar en cualquier momento, de poco a poco. Sabía que él me estaría buscando. Fui el cebo con el que ella creyó que podría atraer su atención. —Sonrió amargamente—. Funcionó.

Magnus se sintió incómodo ante la palabra «cebo», ya que era la misma forma en que se había llamado a sí mismo frente a sus amigos.

—Ella me dijo cómo fue que te conoció a ti y a Alec Lightwood —continuó—. Cómo fue rechazada por Asmodeus. Y cómo, al final, se apiadaron de ella. Y en lugar de llevarla al Laberinto Espiral o dejar que los nefilim se la llevaran, Alec la dejó ir.

Magnus dejó salir un gran suspiro.

—Alec es quien la dejó ir —le dijo—, porque él es mejor persona que casi cualquier otra que he conocido. Me lo dijo cuando volvimos a casa de Italia. Creo que ambos esperábamos que Shinyun viera la compasión como una oportunidad de repensar sus elecciones. Para pensar en un camino diferente en lugar de solo buscar a la entidad más poderosa disponible y jurarle

lealtad.

—Bueno, no funcionó —espetó Ragnor, en una forma tan propia de él que Magnus casi sonrió—. Shinyun entendió esa compasión por parte de ambos y la comprendió como un mensaje de burla sobre el poder que ustedes tienen sobre ella. Una burla hacia ella. Que sostener su vida en sus manos y dejarla ir, era jugar con ella. Del modo que un gato juega con un ratón.

—¿Qué pensaste tú? —preguntó Magnus en un susurro.

Ragnor resopló.

—Pensé que le hicieron un favor completamente inmerecido y que lo menos que podría hacer era mostrar algo de gratitud. A ella no le gustó eso.

—Apuesto a que no —respondió Magnus.

—Cuando Lilith murió, sacó a Sammael del Vacío a los brazos de Shinyun. Por decirlo así. Le ordenó a Shinyun recuperar el Svefnthorn. Y tú sabes lo que pasó después. —Ragnor se removió en su silla—. Shinyun y Sammael vinieron a mí al mismo tiempo, con la espina. Antes de que Sammael me apuñalara la primera vez, me dijo que aumentaría mi poder y que necesitaría ese poder para encontrarle un reino. Me rehusé, porque en ese momento no comprendía el poder de Sammael ni el de la espina y pensé que existiría algún otro camino además de servirlo. Y claro que no lo hubo.

Magnus no dijo nada.

—Me apuñaló una segunda vez, dibujando una cruz griega sobre mi corazón. Sentí el poder surgir por todo mi cuerpo. Fue una experiencia... embriagadora. Momentáneamente, llegué a abrumarme de poder e hice estallar los barrotes de mi jaula. Tenía la intención de escapar, pero Sammael me detuvo. —Sonrió, como si tuviera un recuerdo nostálgico—. Debí saberlo, en lugar de retarlo.

»Shinyun exigió recibir el golpe de la espina. Sammael se lo permitió, pero también explicó la forma en que funcionaba la magia de la espina: que ella necesitaría una tercera apuñalada y entonces se convertiría en su servidora para siempre, o la espina consumiría la propia vida de su ser. Ella aceptó la espina y se apuñaló por tercera vez sobre su pecho sin vacilar.

—¿Y tú? —preguntó Magnus.

—Me resistí, por supuesto —respondió Ragnor—. Estaba frustrado y decidido, pero aún no comprendía la situación. Una vez que lo hice, acepté la apuñalada por decisión propia. Después de todo, no quería morir. —Le dirigió a Magnus una mirada severa—. Tú tampoco quieres morir, Magnus. No hay razón para martirizarte por la causa de los ángeles solo para probar tu punto. Después de todo, somos las criaturas de Lilith, tú y yo, es apropiado que sirvamos a su eterno consorte.

—No traicionaré a Alec —le dijo Magnus—. O a Max.

—No hay razón para traicionar a *Max* —se burló Ragnor—. Es hijo de Lilith tanto como cualquiera de nosotros dos. Prosperará, en la tierra de Sammael. En cuanto a Alec... bueno, ese fue error tuyo, supongo. Varias veces te lo dije, hace mucho tiempo, que la vida de un brujo es una vida solitaria y que pretender otra cosa conduce solo al sufrimiento. Y ahora aquí está ese sufrimiento, viniendo a ti como ambos siempre supimos que lo haría.

Magnus se quedó callado, observando el juego de luces sobre el suelo desnudo. Después de un largo momento, Ragnor suspiró.

—El resto de la historia la puedes adivinar. Usé mi nuevo poder, encontré Diyu para Sammael, él lo tomó y comenzó sus preparaciones para la guerra.

—Ragnor. —Magnus se acercó a él—. Incluso si no puedo salvarme... puedo salvarte a ti. No necesitas quedarte en Diyu. No tienes que servir a Sammael, ni a nadie más. Puedo liberarte. —«Creo. Tal vez». Se incorporó de la silla y lentamente desenvainó ambas espadas, Impermanencia Blanca e Impermanencia Negra, de donde estaban sujetas a su espalda.

Tenía un presentimiento. Uno muy vago, pero había actuado con menos. Pero pocas veces lo hacía cuando los riesgos eran así de altos.

Por un momento le preocupó que Ragnor fuera a atacarlo, pero el otro brujo no se movió.

—Si a lo que te refieres es que puedes matarme, creo que te encontrarás con que no podrás aquí en Diyu. —La voz de Ragnor era melancólica—. Estoy bajo mucha de la protección de Sammael y este lugar está repleto de su poder.

—No voy a matarte —le dijo Magnus, aunque tuvo que admitir que si alguien le decía eso mientras le apuntaban con dos espadas, probablemente no le creería.

—Incluso si pudieras liberarme de la espina —dijo Ragnor—, *no puedes salvarme*. Ya hice demasiado, bajo el comando de Sammael, para poder redimirme ahora. Ni el Laberinto Espiral, ni Idris me permitirían jamás mi libertad, ni aunque el Arcángel Miguel bajara y eliminara a Sammael una vez más, frente a mis ojos. —Apareció una mirada curiosa en sus ojos—. Espero que *ese* no fuera tu plan.

—No —respondió Magnus. Giró las espadas de modo que las sostuvo con ambas cuchillas en dirección al cielo—. ¿Conoces estas espadas?

—No —refunfuñó Ragnor—, pero apuesto a que vas a contarme sobre ellas.

—Esta de aquí —dijo Magnus, levantando la espada negra—, dice que no hay salvación para los malvados. Esta de acá —Sostuvo en alto la espada blanca—: dice que estén en paz, todos los que tienen redención.

—Así que se contradicen la una a la otra —dijo Ragnor—. ¿Eso debería de tener algún significado?

Pero Magnus ya no lo escuchó. Sintió su magia fluir dentro y a través de las espadas, y pensó: «Heibai Wuchang. Maestro Fan, Maestro Xie. Su hogar ha sido corrompido y la magia del Svefnthorn fluye a través de este lugar, a donde nunca debió pertenecer. Su rey, Yanluo, se ha ido y no regresará. Pero si alejan el Svefnthorn fuera del brujo que tienen ante ustedes, los liberaré de vuelta a Diyu, para que lo sirvan como lo deseen. Solo hagan esta única cosa por mí».

Después de un momento, Ragnor volvió a hablar.

—¿Se supone que debería pasar algo? Tus ojos están cerrados.

Magnus sintió que las espadas temblaban entre sus manos.

Sus ojos se entreabrieron. Un destello se había formado alrededor de las dos espadas, no con la luminosidad carmesí de la magia de la espina, sino algo totalmente diferente, humo blanco y negro entrelazándose en el aire entre ambas.

Las espadas deseaban estar unidas. Magnus las sintió tirar una hacia la otra, como imanes. Observó fascinado, conforme se transformaban, de objetos inertes e inanimados a cosas visiblemente vivas. Como si nunca hubieran estado inanimadas, solo durmiendo.

Magnus esperó que no les importara mucho haber sido clavadas en un número considerable de desagradables cuerpos de demonios en el anterior par de días.

Soltó ambas empuñaduras de las espadas y éstas se elevaron en el aire una contra otra, cada una buscando a su compañera.

Se unieron en el centro, cuchilla contra cuchilla y luego comenzaron a doblarse y girar una alrededor de la otra. Ragnor solo miró fijamente a las espadas, tenía una expresión de auténtico asombro en su rostro. Hizo contacto visual con Magnus, y Magnus se encogió de hombros para indicar que tampoco sabía lo que estaba pasando.

La luz emanó de las espadas, conforme sus giros y ondulaciones cesaban, Magnus pudo ver que donde antes existieron dos, ahora solo había una espada. Le decepcionó notar que no era el doble de grande que las otras dos espadas, pero seguía siendo impresionante, a pesar de todo. Toda la empuñadora era de marfil negro y reluciente, con la cruz de la guardia tallada en formas retorcidas que se asemejaban bastante a los cuernos de Ragnor —sus viejos cuernos, no las nuevas monstruosidades afiladas que la espina provocó—. El filo era de hueso, suave y largo y hasta donde Magnus podía decir, muy filoso.

Apenas tuvo el tiempo suficiente para apreciar la belleza de la espada antes de que esta arremetiera y atravesara a Ragnor.

Ragnor cayó hacia atrás, su bata se abrió. En ese momento, Magnus pudo ver la tercera marca de la espina, una línea atravesando la «cruz griega» de las primeras dos heridas. La espada había atravesado el centro donde convergían las cicatrices, el resplandor fluía del lugar donde el metal tocaba la carne de Ragnor.

Magnus se arrodilló de inmediato junto a Ragnor. Su viejo amigo no parecía capaz de verlo, sus ojos apuntaban justo hacia enfrente, cubiertos con una ceguera blanca. La espalda de Ragnor se arqueó y la espada comenzó a adentrarse más profundamente en su pecho, hundiéndose con lentitud. Una nube acre de niebla roja emergió de la herida. Se volvió más densa y esbelta, y comenzó a fluir también de los ojos de Ragnor, de sus fosas nasales y su boca abierta.

Magnus retrocedió. No sabía si respirar la niebla mágica sería en realidad un problema, pero supuso que era mejor no arriesgarse.

La espada atravesó el pecho de Ragnor hasta la empuñadura y después solo continuó hundiéndose, la empuñadura también, pasando a través de su pecho como si fuera agua. La niebla roja salió de su pecho en respiraciones espasmódicas y finalmente la espada desapareció, la niebla roja se disipó y Ragnor se mantuvo inmóvil.

Por un momento, solo se escuchó el sonido de la respiración de Magnus, terriblemente fuerte ante sus propios oídos.

Pero Ragnor no estaba muerto. Magnus notó que su pecho subía y bajaba. No demasiado. Ni con fuerza. Pero lo suficiente.

Magnus se preguntó si simplemente permanecería inconsciente por un tiempo indeterminado, pero después de lo que se sintió como un largo momento, Ragnor parpadeó y abrió los ojos. Miró a su alrededor hasta que su vista se fijó en Magnus, a su derecha.

—Tú —dijo Ragnor—. Eres un total imbécil.

Magnus inclinó su cabeza, inseguro de lo que esa oración decía sobre el estado actual maldad o no maldad de Ragnor. Lo que sí notó fue que los cuernos de Ragnor habían vuelto a su tamaño original. Sus ojos y dientes también lucían más normales.

—Tenías el poder de los dioses en tus manos —le dijo Ragnor—. Me hablaron. Pudiste emplearlos en un número de formas contra Sammael. Y los *desperdiciaste*, con la simple banalidad de *liberarme* de la espina.

Magnus rio, incapaz de detenerse. Se acercó y sujetó a Ragnor en un enorme y fuerte abrazo.

—Supongo —comenzó a decir Magnus después de un momento—, que toleras este largo abrazo por el incondicional amor que sientes por mí como tu amigo y salvador, y no porque estés muy débil para alejarte.

—Piensa lo que quieras —espetó Ragnor.

Magnus se apartó y examinó el pecho de Ragnor desde diferentes ángulos. Las cicatrices de la espina, por lo que podía decir, habían desaparecido por completo. Desafortunadamente, también las espadas.

Ragnor se incorporó hasta apoyarse sobre los codos.

—La Impermanencia Blanca y Negra —dijo, negando con la cabeza, incrédulo—. Por todos los reinos del universo, ¿en dónde las encontraste?

—Me tendrás que perdonar —respondió Magnus—, si no te lo digo. A penas estoy a un setenta y cinco por ciento seguro de que ya no estás bajo el mandato de Sammael.

Ragnor negó con la cabeza sombríamente.

—Fue la decisión equivocada, Magnus. Salvarme. Habría sido mejor que usaras el poder de Heibai Wuchang para detener a Sammael o incluso para retrasarlo o hacerlo cambiar de planes. Habría sido mejor para mí quedarme aquí. Te lo dije, cometí muchos errores por los que no puedo redimirme.

Magnus extendió sus palmas simulando una balanza.

—No hay salvación para los malvados. Estén en paz, todos los que tienen redención. Lo siento, Ragnor, pero los dioses difuntos han decidido y ellos dicen, que permanezcas en paz.

—¿Crees todo lo que te dicen los dioses difuntos? —preguntó Ragnor con severidad.

Magnus lo ayudó a ponerse de pie.

—¿Crees que se han ido? Los... ¿Los maté?

—No puedes acabar con un dios, Magnus. Son Impermanencia Blanca y Negra. Son impermanentes, pues. Después de un tiempo se formarán de nuevo en Diyu, estoy seguro —afirmó Ragnor, mirando todo el templo, como si acabara de notar lo dilapidado y mugriento que estaba.

—Ragnor —le dijo Magnus—. ¿Robar el Libro de lo Blanco era realmente necesario? ¿Sammael lo ordenó?

Ragnor miró fijamente el Libro en la mesa, como si se hubiera olvidado que estaba ahí. Después se volvió hacia Magnus y rompió a carcajadas.

—No. Fue idea de Shinyun.

Las cejas de Magnus se elevaron.

—¿Él *no* lo quiere?

—Bueno, no, ahora sí lo quiere —confesó Ragnor—. Quiere que lo usemos para debilitar las salvaguardas de la Tierra, las que fueron puestas después de que intentó invadirla por primera vez. Para que pueda volver a entrar. —Le lanzó una mirada irónica—. Pero Shinyun estaba muy decidida a recuperarlo.

—¿Porque quería visitarme? —preguntó Magnus.

—No todo se trata de *tú*, Magnus —Ragnor lo regañó con severidad—. Aunque sí, Shinyun tiene... sentimientos complicados en cuanto a *ti* conciernen. Pero no, creo que lo quería



para sus propios propósitos. Podrá ser la mascota favorita de Sammael, pero la conozco y definitivamente está jugando su propio juego, separado del de Sammael.

—¡Eso fue lo que yo dije! —exclamó Magnus, agradecido—. Dije eso mismo, «jugando su propio juego». Así que, ¿qué juego? ¿Un respaldo contra la posibilidad de su fracaso?

—Prepara el tablero para su propio éxito —explicó Ragnor. Se puso de pie—. Santas estrellas —dijo—. No puedo creer que acepté este tipo de estadía solo porque ansiaba servir a Sammael. Qué idiota.

—No puedo prometer que sea más cómodo —le dijo Magnus—. Pero déjame llevarte a San Ignacio. Bueno, el espejo de San Ignacio. Todos los cazadores de sombras se refugian ahí.

Ragnor vaciló.

—Supongo que debería —dijo—. La redención debe comenzar en algún lado. Y Sammael no dejará que me marche a casa sin más —Parecía algo perdido—. Mi hogar... —susurró—. Da igual, no puedo regresar ahí.

—Vamos —le dijo Magnus—. Podemos hablar de tu futuro cuando lleguemos ahí.

Ragnor tomó el Libro de lo Blanco. Lo colocó entre las manos de Magnus y él lo tomó. No sentía como si estuviera recuperando alguna de sus posesiones; sintió como si esta fuera solo la más reciente carga sobre sus hombros. Aun así, encogió el libro cuidadosamente a un tamaño más manejable y lo ocultó en su bolsillo.

Tan pronto como dejaron atrás el camino del templo, Magnus pudo notar que Ragnor se sentía débil. Caminaba despacio y pisaba con cuidado, como si no estuviera seguro de que sus pies fueran a obedecerlo de manera adecuada.

Después de unos minutos de caminar en silencio en la oscuridad, con Magnus casi seguro de que se dirigían en la dirección correcta, Ragnor habló.

—Magnus, no conozco ninguna forma de deshacer el hechizo de la espina. Ahora que las espadas se han ido, no sé cómo sacarte de esto. O a Shinyun, si a eso vamos, tampoco es que ella quiera deshacerse de ella. Muy pronto te verás obligado a decidir, unirte a Sammael o morir.

—Entonces moriré —respondió Magnus.

—No lo harás —mencionó Ragnor con un suspiro—. Nadie elige morir, cuando existe la opción de vivir. Razonas. Te justificas.

Magnus no dijo nada. Ocurría un cambio en el aire desolado de Diyu. Donde antes había quietud y un silencio opresivo, se levantaba una leve corriente de aire. Trajo consigo un pequeño ruido en el silencio, un desagradable calor en el aire en irregulares ráfagas alrededor del rostro de Magnus. Ragnor también lo notó, elevó la cabeza cuando comenzó, pero después de un momento volvió a bajarla y continuó caminando.

—Así que —prosiguió Ragnor—, Max. —Se aclaró la garganta—. Tu hijo.

—Lleva ese nombre en honor al hermano de Alec —explicó Magnus—. El que fue asesinado por Sebastian.

Ragnor le lanzó una mirada mordaz.

—¿Sabías que Sammael apareció en primer lugar porque intentaba llegar al hijo de Valentine Morgenstern, Sebastian? Lilith le sugirió a Sammael buscarlo. Dijo que tenían objetivos similares. Como sea, parece que Sebastian murió antes de que Sammael pudiera encontrarlo. Eso habría sido interesante.

—«Interesante» es solo una forma de describirlo —mencionó Magnus. Hizo una pausa—. Ragnor, algo que ocurrió y que probablemente no sabes. —Solo lo diría de una vez por todas—. Raphael... murió.

Ragnor dejó de caminar y Magnus se detuvo a su lado. Todo a su alrededor era el aire volátil y seco de Diyu, despidiendo un aroma de acero y quemado.

—El hijo de Valentine, Sebastian —le dijo Magnus—. Él, eh, se apoderó de Edom.

—Ah, lo sé —respondió Ragnor, sus cejas se levantaron—. No escuché el final de la historia. ¿Crees que Sammael estaría aquí si pudiera estar en Edom? Ama ese lugar. Pero... Raphael.

Magnus respiró hondo.

»Sebastian nos mantenía prisioneros a ambos. Le ordenó a Raphael matarme. Raphael se rehusó. Sebastian lo mató. —Miró a Ragnor, que parecía estar pasando por todas las etapas del duelo al mismo tiempo, su expresión cambió rápidamente de sorpresa atónita, a dolor, furia, reflexión y todo otra vez—. Me dijo que pagaba su deuda conmigo. Por salvarle la vida.

Ragnor inhaló profundamente y se recompuso.

—Toda guerra tiene un recuento de cuerpos —dijo con amargura—. Y si vives lo suficiente, verás a demasiados amigos formar parte de ese número. Pobre de Raphael. Siempre me agradó.

—Tú siempre le agradaste —dijo Magnus.

—Siento que —dijo Ragnor después de un momento de silencio por parte de ambos, el silbido del aire caliente de Diyu era el único sonido en el mundo—, es algo bueno que Sammael no pudiera reunirse con Sebastian.

—No sé si habrían trabajado bien juntos —añadió Magnus—. Ninguno de ellos es exactamente bueno trabajando en equipo.

—¿Cómo es que terminaste adoptando a Max?

—Es una larga historia —respondió Magnus—, la cual te contaré por completo una vez que estemos a salvo fuera del infierno.

—Bueno, cuenta la versión corta —dijo Ragnor con impaciencia. Comenzó a caminar nuevamente y Magnus lo siguió.

—Era otro bebé brujo abandonado —respondió Magnus sin emoción en su voz—. Con unos horribles padres. Dejaron una nota que decía: «¿Quién podría amarlo?»

Ragnor resopló.

—La historia más antigua sobre brujos.

—Fue abandonado en la Academia de Cazadores de Sombras —dijo Magnus—. Fui un profesor invitado. Y terminamos volviendo a casa con Max.

—En serio —le dijo Ragnor—, esta es la máxima tontería de tu estúpida devoción por rescatar gente.

Magnus lo miró con incredulidad.

—Mira *quién* habla.

—No es que no esté agradecido —admitió Ragnor.

—No es eso a lo que me refiero —dijo Magnus—. No hablo de *ahora*. Digo que no eres quien para hablar porque hace todos esos cientos de años, *tú* me rescataste a *mí*. Idiota.

El viento comenzó a incrementar y se volvió más cálido, era preocupante. Caminaron por las calles oscuras, pasando negros restos vacíos de edificios que Magnus no pudo identificar, definitivamente, correspondían a los edificios en Shanghái, pero ahí permanecían completamente entre las sombras y difícilmente serían distinguidos del paisaje que los rodeaba.

—Bueno, al menos ese será un brujo más que crecerá con padres amorosos —dijo Ragnor abruptamente—. Que saben del submundo. —Magnus sabía que viniendo de Ragnor, era un cumplido efusivo—. Sin embargo, es una lástima que sufra de la influencia de los cazadores de sombras.

—Oye —protestó Magnus—. A mí me instruyeron los Hermanos Silenciosos, lo sabes.

—Sí y mira *cómo terminó* —se burló Ragnor.

Magnus se calló por un rato mientras caminaban. Incluso ahí en el infierno, había algo de compañerismo en el hecho de caminar junto a Ragnor, como tantas veces lo había hecho antes. Incluso con la espina quemando en su pecho, incluso sin tener una manera clara de regresar a casa.

—Oye, voy a casarme con Alec —dijo después de un rato.

Ragnor levantó ambas cejas.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Aún. Los cazadores de sombras no lo reconocerían, pero esperaremos hasta que eso cambie.

—¿Cómo podría cambiar? —preguntó Ragnor en tono desdeñoso.

—Porque lo cambiaremos —afirmó Magnus.

Ragnor negó con la cabeza. Se veía cansado. Magnus sospechaba que en algún punto, todo el horror de lo que había hecho golpearía a Ragnor. Ahora mismo se veía sobrecogido por la conmoción.

—No tengo idea de dónde sacas tu optimismo. Es obvio que yo no te enseñé eso.

—Cuando podamos casarnos y que reconozcan el matrimonio, entonces lo haremos —espetó Magnus—. Solo entonces. Cuando sea legal que me case con Alec. Y que Tian se case con Jinfeng.

—Y que Shinyun se case con Sammael —Ragnor añadió con sequedad y Magnus se tragó una carcajada, hasta que giraron en la siguiente esquina y la risa fue cortada de tajo.

Frente a ellos estaba San Ignacio. Y la estaban volando en pedazos.

Ahí, el aire caliente que habían sentido anteriormente, era más fuerte. Danzaba alrededor de sus cabezas como una ráfaga frenética, unas piezas arrancadas de la catedral flotaban sueltas arrojándose hacia el cielo vacío. Enormes pedazos de mármol y ladrillo se desprendían con ruidos atronadores y desgarradores. Una de las torres no estaba, había desaparecido entre el torbellino. Pero lo que realmente le preocupaba a Magnus era el techo.

El techo se perdía... pero no estaba, perdido del todo. El techo que ahora eran puros pedazos, flotaba libremente, en grandes tableros de tejas y roca, como si una enorme criatura hubiera llegado y arrancado el techo, como un niño que desenvolvía un regalo. Los pedazos de techo flotaban en el aire, suspendidos y a la deriva. Era difícil estar seguro, pero si Magnus entrecerraba los ojos, creyó poder ver una figura humana volando entre las rocas, abalanzándose y escalando.

—¡Alec! —exclamó Ragnor. Y Magnus miró de vuelta al páramo, donde Alec, su Alec, corría lo más rápido posible hacia ellos, con una expresión de alivio en su rostro. Estaba gritando algo, pero Magnus no lograba descifrarlo.

Solo conforme se acercó, pudo entenderlo.

—¡Las espadas! —no paraba de gritar—. ¡Necesitamos las espadas!

# CAPÍTULO DIECIOCHO

## AVICI

*Traducido por Nais  
Corregido por Samn*

ALEC NO SABÍA QUÉ HABÍA SIDO de sus amigos. Lo despertó un sonido tremendo, como un terremoto y cuando logró subir las escaleras, el techo de la catedral estaba arrancado. Sobre él, contra la cortina de tinta negra del cielo de Diyu, dos figuras se precipitaron sobre ellos. Una de ellas era Shinyun, a quien, además de contar con sus alargadas extremidades, ahora le habían brotado un par de alas anchas de insecto, iridiscentes y veteadas, como las de una libélula. Volaba dando vueltas alrededor de las piezas flotantes del techo de la catedral, claramente divirtiéndose.

La otra figura era Sammael. Era difícil no notarlo, ya que con solo darle un vistazo, era claro que era tres veces más grande de lo que fue en el puente de hierro. Él flotaba sobre Shinyun y lucía perfectamente cómodo suspendido en el aire. Miraba a la catedral, de vez en cuando apartaba las rocas que se le acercaban.

Alec creyó que no sería prudente correr a través de toda la catedral, frente la vista de Sammael, para llegar a sus amigos. Esperaba que se estuvieran refugiando. Pero, ¿dónde estaba Magnus? Se había marchado voluntariamente: su ropa y sus zapatos no estaban. Pero, ¿por qué se había llevado la espada de Alec además de la suya?

El viento, aunque no era demasiado fuerte para no resistirlo, parecía estar dañando la iglesia, que comenzaba a derrumbarse. Alec sabía que tenía que salir del edificio, lo rodeó para que no lo notaran hasta que encontró una abertura lo suficientemente baja en las paredes que se habían descompuesto rápidamente. Se lanzó hacia ella dando una voltereta hacia adelante, encorvado su cuerpo para protegerse la cabeza. Sintió que el aire caliente lo corrompía y entonces, todo volvió a aclararse.

La runa de la Alianza ardía en su brazo y sintió la presencia de Magnus, no muy lejos. Vio el brillo de Magnus en su mente, incluso a través de la oscuridad y el viento. Corrió hacia ese resplandor.

Cuando llegó junto a Magnus, se sorprendió al ver a Ragnor, quien parecía abatido y avergonzado al ver a Alec. Por un momento, a Alec le preocupó que tal vez Magnus lo hubiera

apuñalado una tercera vez por la espina y que estuviera con Ragnor porque, al igual que él, ya era demasiado tarde. Pero cuando se acercó, Magnus y Ragnor comenzaron a hablar al mismo tiempo, y quedó claro que, de alguna manera, Ragnor ya no estaba bajo el control de Sammael.

Magnus le explicó rápidamente que las espadas que habían salvado a Ragnor, las cuales ahora ya no existían. Cuando terminó, dudó.

—¿Estás molesto? —preguntó Magnus.

—Por supuesto que no estoy molesto de que uses las espadas para salvar a Ragnor —respondió Alec—. Estoy un *poco* molesto, porque no me dijiste que te irías y no me llevaste contigo.

—No quería despertarte —empezó a decir Magnus, pero Ragnor lo detuvo poniendo una mano en su brazo.

—Las peleas domésticas pueden *esperar* —dijo con brusquedad—. Mira. —Inclinó la barbilla hacia la iglesia.

Unas figuras humanas, distantes y pequeñas volaban de un extremo a otro en el viento de la tormenta de Sammael, volviéndose visibles para Alec mientras despejaban las paredes de la catedral. Comprendió que Sammael reunía a los cazadores de sombras y los atrajo en su dirección para que se unieran a él en el cielo teñido. Jace, Clary, Simon, Isabelle, Tian... todos ellos eran notables más por las siluetas que formaban con sus armas que por cualquier otra cosa.

—Tenemos que llegar a ellos —dijo Alec.

—Puede que no tengamos elección —dijo Magnus. Y, de hecho, Alec también sintió el desagradable viento caliente lamiendo su cuerpo, rodeándolo alrededor de sus piernas, tirando de él como manos insistentes—. Espera —añadió—, voy a...

El viento llevó a Alec por el aire, el horizonte giró a su alrededor en una vertiginosa carrera. Siempre quiso ser capaz de volar, pero no era así como se lo había imaginado. Las corrientes de aire se arremolinaban a su alrededor, haciéndolo girar como un trompo. Trató de tomar su cuchillo serafín —que estaba resguardado entre su cinturón—, pero no pudo sujetar la empuñadura.

Entonces, el movimiento se detuvo y mientras que a Alec tomaba un momento para reorientarse, se dio cuenta que estaba suspendido en el aire. El viento seguía azotando por todas partes, pero al menos ya no estaba a su merced.

Miró a su alrededor y se dio cuenta que Magnus y Ragnor todavía estaban con él, o al menos cerca. También flotaban en el aire; las manos de Magnus se levantaron, sus brazos se tensaron y una luz blanca carmesí brotó del centro de sus palmas. A lo lejos, los otros cazadores de sombras todavía daban vueltas y vueltas como la ropa en una secadora; Alec supo que a Magnus le estaba tomando toda su fuerza mantener su propia estabilidad y la de Alec.

Shinyun rondaba cerca de ellos, observando, pero sin hacer algo al respecto. Alec se preguntó por qué. Seguramente estaban indefensos. Sin duda, si Sammael quería que los eliminaran, ahora sería el momento...

Se volvió de nuevo para mirar a Magnus. Su preocupación debió verse en su rostro, porque Magnus hizo una serie de movimientos de cabeza que Alec interpretó como que él hacía todo lo posible, pero que no podría llegar a los demás con su magia desde ese lugar.

Sammael se acercó a ellos, con las manos unidas en una mofa de súplica. No parecía afectado por el viento, seguramente era porque él lo estaba provocando.

«Estúpido», pensó Alec. «Nuestro plan era tan estúpido». Incitar a Sammael a luchar contra ellos habría sido una idea *terrible*. Puede que pareciera un mundano con modales apacibles, puede que hablara como un presentador de un programa de concursos, pero obviamente era un demonio sumamente poderoso. Alec notó que los superaban y solo la falta de interés de Sammael en matarlos los había mantenido con vida hasta ahora. Era un pensamiento escalofriante.

—¡Hola! —exclamó Sammael con un gesto, mientras se acercaba a ellos—. ¿Cómo están todos?

Antes de que alguien pudiera responder —no es que Alec tuviera idea de qué decir—, Sammael miró a Ragnor y retrocedió con una exagerada actuación de sorpresa.

—¡Santísimos gatos! —exclamó—. El poder de la espina desapareció. ¿Cómo lograste *ese* pequeño truco? —le preguntó a Magnus—. Ragnor —continuó—, ¿que no lo pasamos bien? ¿No tenías ganas de gobernar el mundo conmigo? ¿Al menos, un poquito? Vamos, quisiste gobernarlo un poquito.

Ragnor no parecía impresionado.

—Me mantuviste en una jaula y me apuñalaste varias veces. No era un recluta dispuesto.

—Para ser justos —se defendió Sammael—, Shinyun te mantuvo en la jaula.

Se volvió hacia Magnus.

—Espero que no planees intentar liberar a Shinyun de la espina también.

—No creo que ella quiera que eso suceda —señaló Magnus.

Sammael se rio.

—Tú lo dijiste, amigo. Ni siquiera le iba a otorgar ese poder, ¿lo sabías? ¿Ella te lo dijo? Creí que no habría forma alguna de que pudiera soportarlo. Pero ella insistió. Lo exigió. ¡Lo exigió de mí, el más grande de todos los demonios!

—El segundo más grande —mencionó Ragnor en voz baja.

El Príncipe del Infierno entrecerró los ojos.

—Bueno pues. No estamos hablando de él. —Miró a Shinyun, que volaba cerca de los cazadores de sombras que aún luchaban a un par de metros—. Sabes —admitió—, si se lo permito, los mataría a todos.

Alec se aclaró la garganta.

—Entonces, ¿por qué no se lo permites?

—¡Ah! —exclamó Sammael—. Porque se me ocurrió un plan. De camino hacia aquí, ¿puedes creerlo? Apareció de la nada en mi cabeza.

Agitó el brazo y muy por debajo de ellos, el suelo comenzó a temblar. Por un momento, Alec no estuvo seguro de lo que estaba mirando, pero luego comenzó a comprenderlo. En todo el alrededor de los muros de la catedral, unas fisuras comenzaron a abrirse en el suelo. La catedral se inclinó y se movió peligrosamente, y luego, con un gran ruido, su mitad delantera y mitad trasera cayeron una sobre la otra con un estruendo espantoso. El polvo y el humo comenzaron a elevarse con el viento abrasador.

La catedral no tuvo tiempo de colapsar por completo. Mientras sus muros aún se tambaleaban unos contra otros, todo el terreno de tierra alrededor de la catedral cayó, como si fuera un sumidero. Una losa de piedra del tamaño de una cuadra se desprendió de las calles que la rodeaban y la catedral gimió, se balanceó y cayó al agujero.

Con un horror abrumador, Alec la vio caer hacia una oscuridad vacía. En el fondo de ese vacío había un lago, rojo y negro, como roca fundida.

La catedral se estrelló contra el lago de fuego con un estruendo que no cesaba. Jace, Isabelle y los demás dejaron de girar: Alec apenas podía verlos a través del humo, pero todos parecían estar mirando en silencio mientras la iglesia se establecía en su nueva posición, medio sumergida en la lava, una torre rota todavía sobresalía en un ángulo como la mano que pide socorro de un hombre ahogado.

Alec miró a Sammael, quien llamó su atención y movió sus cejas. Alec miró más lejos hacia Magnus, quien continuaba con sus manos en alto, sosteniendo a los tres —Alec, Ragnor y Magnus—, firmes en el aire.

Ahora que la ola de polvo comenzaba a disiparse y a flotar, Alec pudo ver que el lago que había debajo no era tan poco llamativo como había pensado en un principio. Alrededor de la catedral que se estaba hundiendo había altas columnas de piedra que se elevaban por encima de la superficie del lago, y en varias partes había plataformas de piedra conectadas por puentes y escaleras. La catedral había destrozado algunas de estas infraestructuras, pero muchas de ellas estaban intactas, ahora modificadas por las losas de ladrillo y mármol que eran todo lo que quedaba de la iglesia.

—He aquí —dijo Sammael—. El Infierno del Pozo de Fuego. Un elaborado laberinto de



torturas, donde las almas condenadas tratan de mantenerse en pie en una maraña infinitamente cambiante de plataformas conectadas mientras se sumergen dentro y fuera de las llamas ardientes. Lo cambié debajo de esta catedral, solo por diversión.

Alec miró el lago que estaba debajo de él. Nada parecía moverse alrededor del lago, excepto la nube de polvo que se disipaba lentamente por el impacto de la catedral. Miró a Sammael.

—Bueno —dijo Sammael—, no está operativo ahora, obviamente. Ha estado cerrado por reparaciones durante ciento cincuenta años, más o menos. Ese es el problema con Diyu. Ese es el *problema*, Ragnor —bramó—. Se supone que genera toda esta energía demoníaca del tormento de las almas, pero la maquinaria está rota y las almas se han ido, ¡así que *nada de esto funciona!*

Con esas últimas palabras bajó la mano en un gesto violento y las siluetas distantes que eran los amigos de Alec se desplomaron y cayeron, atravesaron el sumidero, se hundieron en el aire y llegaron a aterrizar en lo alto de la torre de la catedral. Alec contuvo la respiración, pero ni siquiera necesitó buscar en su interior en la conexión con Jace para saber que estaba intacta: los cazadores de sombras estaban vivos, Sammael los llevó a salvo. Se aferraron a la torre y se dispersaron en su interior; estaban demasiado lejos para que Alec entendiera lo que estaba pasando.

Sammael rio y agitó su mano. Abajo, en el lago, muy en el fondo, se abrieron tres portales, de los que empezaron a salir pequeñas criaturas. Supuso que eran demonios por la forma en que se movían. Intercambió una mirada de alarma con Magnus.

—Verán —dijo Sammael, como si les estuviera contando un maravilloso secreto—, lo he descubierto. Puedo usar *sus* almas y hacer que luchen contra algunos demonios y usar *ese* poder. No será mucho, ni nada como lo que Diyu debió producir en su momento de mayor apogeo. Pero lo suficiente para crear el Portal que quiero.

—Todavía no puedes entrar a la Tierra —dijo Ragnor—. Las salvaguardas del taxiarca siguen intactas...

Sammael sonrió alegremente.

—El Portal no es para mí —le dijo—. Es para Diyu.

—¿Qué? —espetó Alec. Era todo lo que se le ocurrió decir en ese momento.

Sammael se frotó las manos.

—Así es. Necesitaré la energía del alma de todos sus amigos para abrir un Portal *del tamaño de todo Shangháí*. —Hizo un pequeño bailecito en el aire—. Soy un genio. En serio lo soy. No había suficiente energía en Diyu para acabar con las salvaguardas del taxiarca, ¿verdad? Así que empecé a pensar: ¿de dónde puede un tipo obtener una gran explosión de energía maligna como esa? Estaba recogiendo toda esta información de Tian sobre las fuerzas enemigas, dónde están las oficinas centrales y todo ese asunto, y entonces me di cuenta, ¡oigan!, soy *Sammael*.

¡Soy el Señor de los Portales! Puedo enviar *cualquier cosa* a través de un Portal. ¡Así que, *bam!* Shanghái se irá en un instante, y Diyu tomará su lugar. O al menos un trozo de Diyu del tamaño de Shanghái. —Soltó una carcajada—. ¡Piensen en ello! Una ciudad humana entera tragada por una ciudad demoníaca. Absolutamente garantizado para darme suficiente energía para cruzar las salvaguardas.

—¿Puede hacer eso? —Magnus le preguntó a Ragnor—. ¿Tragarse una ciudad entera?

Ragnor se veía enfermo.

—Obviamente lo va a intentar.

—Por favor, no hablen de mí como si no estuviera aquí. —Sammael soltó un gimoteo—. Es muy descortés.

—También va a torturar a nuestros amigos. ¡Eso es parte de «intentarlo»! —exclamó Alec en dirección a Magnus—. Magnus, envíame allá abajo...

—No —respondió Sammael bruscamente—. Si quisiera que alguno de ustedes bajara con ellos, los habría *enviado* allá con ellos. *Nosotros* tenemos asuntos pendientes —le dijo a Magnus—. Asuntos que involucran a una espina. Pero —añadió con un guiño—, ¿acaso hay algo más de lo que hablar?

Hubo un fuerte ruido y Alec sintió una ráfaga de viento en su cara. El lago de fuego, las ruinas de la catedral, el resto de la sombra de Shanghái que rodeaba el sumidero; todo se volvió negro y por segunda vez en Diyu, Alec cayó a dentro de la nada, hacia la su interior, rodeado de nada.

\* \* \*

ESTA VEZ CAYÓ SOLO POR UNOS segundos y cuando se detuvo en realidad no aterrizó. Flotaba en el aire sobre las ruinas de la catedral de Xujiahui y luego volvió a caer, y después se encontró de pie en otro lugar.

Miró a su alrededor. Magnus estaba ahí y Ragnor, y Shinyun, con un aspecto un poco desconcertado. Y Sammael, por supuesto, que por fortuna había vuelto a su tamaño humano.

Tan abandonado y deshecho como el resto de Diyu, este lugar parecía haber sido olvidado por completo. Tenía el silencio de una tumba que fue sellada durante miles de años y que se pretendía que nunca se abriera de nuevo. Alec sabía y sentía en su cuerpo, que en un reino de abismos abandonados, este era el más profundo y más solitario de todos.

De cerca, Shinyun tenía un aspecto arácnido, Alec notó que sus miembros se alargaban y multiplicaban en diferentes articulaciones, su cara era estrecha y filosa. Su falta de expresión

siempre era extraña, pero ahora que sus movimientos parecían menos humanos, le daba el aspecto de una criatura sobrenatural que los estudiaba con atención, tratando de decidir si los aplastaba o no. Sus enormes ojos de venado los miraban en la oscuridad, su cabeza se inclinaba hacia atrás y hacia adelante como una serpiente examinando a su presa.

No es que Magnus se viera mucho mejor. Sus ojos eran más grandes de lo normal y parecían tener un brillo propio. Las cadenas que lo ataban eran crudamente claras en sus brazos y las bolas con púas eran ásperas en sus palmas. También parecía más alargado, de manera casi reptil, más alto y más delgado de lo que había sido.

Alec vio que era notable que Ragnor era de lejos la persona más humana que había en este lugar aparte de él y tenía cuernos comunes en su cabeza.

Alec no tuvo más tiempo para seguir observando, porque Shinyun comenzó a gritar.

—¡El Svefnthorn agoniza! —vociferó al eco del vasto espacio vacío en el que se encontraban—. Me dijo que fue insultado. Que le han faltado el respeto. Lo han herido. —Su mirada se encontró con la de Ragnor, él la miró con odio—. Ragnor. ¿Por qué hiciste esto? ¿Por qué rechazas el mayor de los regalos?

—Si bien lo recuerdo —respondió Ragnor, como si el esfuerzo por hablar fuera casi insoportable para él—, rechacé tu regalo y me fue dado de todos modos, sin mi consentimiento. Creo que entenderás que eso no es lo que la mayoría de la gente quiere decir cuando se refieren a un «regalo».

—Bueno, bueno. ¡Bienvenidos! —los interrumpió Sammael. Su constante tono jubiloso estaba empezando a poner de nervios a Alec—. Bienvenidos a Avici.

Alec miró a Magnus. Magnus asintió ligeramente, como si esto fuera lo que esperaba.

No era para nada lo que Alec había previsto. Lo que sabía de Avici era que era el infierno más profundo de Diyu, el que estaba reservado solamente para los peores delincuentes. Dado lo que sabía de las dimensiones del infierno, esperaba fuego, lava a chorros, los lamentos de los pecadores ardiendo en las llamas purificadoras. O hielo, tal vez, un páramo interminable, con almas congeladas, inmóviles, para siempre.

Avici solo estaba... vacío. Sin duda alguna sus pies estaban sobre una superficie, pero era algo negro y sin rasgos, indistinguible de cualquier material en particular. No era nada: ni áspero, ni liso, ni nivelado, ni ondulado. En todas las direcciones a su alrededor se extendía una y otra vez, de manera interminable. En el horizonte solo la más tenue de las neblinas borrosas marcaba el cambio de la tierra al cielo, el mismo cielo vacío que rodeaba todo Diyu.

Tal vez el castigo de Avici era estar aquí, solo, sin un solo sonido, sin compañía, sin viento, solo suelo y cielo desnudos. Solo tú y tu mente, hasta que tu mente inevitablemente se desvaneciera, se quemara y se derritiera.

—Sé lo que estás pensando —le dijo Sammael. Estiró sus brazos y adoptó una mirada de

perplejidad—. ¿Dónde están todas las cosas?

Alec intercambió una mirada con Magnus.

—Cuando llegué aquí, también lo pensé —continuó Sammael—. Pensé, oh, es muy inteligente, muy astuto, el peor castigo para los peores pecadores no es... —Hizo un gesto hacia arriba, probablemente para indicar todos los otros infiernos—, que te arranquen la lengua, que te atropellen con vagones o te hiervan en calderos. Es solo estar aquí con tu sola compañía y nada más, ¿verdad? Pero *qué crees* —continuó—, me puse a hablar con algunos de los lugareños y me enteré que no era así, en absoluto. Este era... el taller de Yanluo. Era su taller. Lo hizo como un vacío con el objetivo de traer lo que fuera que deseara, porque los que venían aquí se ganaban torturas *personalizadas*.

Soltó una carcajada con esa risa chirriante y falsa.

—Así es, para los clientes VIP, Yanluo creía que debía entrar ahí y ensuciarse las manos. Algunos de los demonios dicen que lo hizo tan negro y sin luz; que no importa lo que haya hecho aquí, ni lo mucho que despedazó los cuerpos humanos, tampoco lo mucho que mutiló, laceró y masacró, pues nada puede corromper a Avici.

Volvió a estirar sus brazos.

—Pues todo aquí ya está corrupto —finalizó con placer.

—¿Así que no... se queda vacío? ¿Traes tus propios artefactos? Como... artefactos de tortura —dijo Alec.

Sammael se mostró ofendido.

—*Yo* no hago nada —espetó—. O al menos no lo he hecho. Yo no hice este reino, lo sabes. Culpa a Yanluo por cómo funciona. ¿Te parece que *haría* de *mi* infierno más peligroso un gran espacio vacío? Soy más del tipo cascadas de sangre y esculturas abstractas viscerales. Pero para responder a tu pregunta, sí, lo que es perfecto de Avici, es que puedo traer lo que quiera. Por ejemplo, puedo meter a *este* traidor en una jaula, donde pertenece.

Tras un movimiento teatral de sus manos, unas púas de hierro forjado se dispararon alrededor de Ragnor. Fue rápido, pero Alec se sorprendió al ver que Ragnor ni siquiera se movió cuando la jaula se cerró a su alrededor.

—¡Ragnor! —gritó Magnus—. Vamos, sigues siendo un *brujo*. No tienes que dejar que solo... te capture.

Ragnor movió sus ojos hacia Magnus y Alec se quedó atónito por la profundidad del autodesprecio que vio reflejados en ellos.

—No puedo —le dijo—. Me lo merezco, Magnus.

—No es así como funcionan las cosas —espetó Magnus, claramente frustrado—. Puedes

compensar lo que has hecho, pero no de esta manera. No dejándote atrapar.

—Te lo dije —protestó Ragnor—. Me he traicionado a un punto imperdonable. He ido demasiado lejos, he hecho demasiadas cosas que no se pueden deshacer.

Sammael miró de un lado a otro entre ellos, visiblemente entretenido.

Las barras de hierro se cerraron sobre la cabeza de Ragnor con un ruido metálico. Apenas parecía notar su presencia, mirando sin propósito alguno a una distancia perdida.

—Muy bien —dijo Sammael, como si hubiera esperado a que la situación de Ragnor se resolviera—. Shinyun, el Libro, por favor.

Shinyun miró a su alrededor como si no estuviera segura de sus acciones.

—Ragnor lo tenía.

Sammael se frotó la frente con la palma de su mano.

—En otras palabras —dijo—, ahora lo tiene Magnus.

—Tal vez no —insinuó Magnus—. Tal vez todavía está en la casa de Ragnor. —Sammael lo miró con desprecio y Magnus se encogió de hombros—. Valía la pena intentarlo.

—Por favor —Sammael le dijo a Shinyun—, ve a recuperar mi Libro.

Con sus alas de libélula vibrando en su espalda, Shinyun caminó hacia ellos. Magnus levantó una mano, la luz escarlata floreció en el centro de su palma.

—No te voy a dar el Libro, Shinyun.

Shinyun siguió acercándose.

—Magnus, te conozco. Los conozco a los dos —añadió, moviendo su cabeza hacia Alec—. Crean en la misericordia. Crean en el perdón. Crean en no hacer cosas de las cuales no puedas retractarte.

Alec observaba a Sammael, que seguía apartado ligeramente del resto, con los brazos cruzados, mirando con gran interés. Era extraño: Alec estaba seguro que Sammael podría hacerles muchas cosas terribles, o simplemente pondría a Magnus boca abajo y sacudirlo hasta que el Libro se cayera. Pero no lo hizo; estaba feliz de dejar que Shinyun hiciera el trabajo, aunque ella era mucho menos poderosa que él.

Se le ocurrió a Alec que la mayoría de los villanos poderosos con los que había luchado se esforzaban por demostrar ese poder. Valentine, Sebastian, la propia Shinyun, Lilith... Querían respeto. Querían miedo.

A Sammael no parecía importarle nada de eso. Como si su poder fuera tan grande que no le importaba si se le faltaba el respeto. Como si en su mente, su victoria fuera tan inevitable, tan segura, que la cuestión del Libro de lo Blanco era solo un interés menor.

—No me atacarás —afirmó Shinyun—, a menos que yo te ataque primero. Entonces, ¿qué harás cuando me acerque y reduzca la distancia entre nosotros... —Estaba mirando a Magnus—, y ¿trate de tomar el Libro? ¿Correrás? No hay ningún sitio al que correr. ¿O me dejarás tomarlo, como me dejaste atravesar tu corazón con la espina?

Magnus miró a Shinyun con tristeza. Entonces un rayo carmesí salió de su palma, y Shinyun voló hacia atrás, golpeada por la fuerza de su magia.

—¡Guau! —exclamó Sammael—. ¿Vieron *eso*?

\* \* \*

SHINYUN TENÍA RAZÓN: MAGNUS NO quería atacarla. Quería que ella entendiera que había otras formas de hacer que las cosas sucedieran aparte de la violencia y su amenaza. Le había dado una oportunidad. Se dio cuenta que probablemente le había dado demasiadas oportunidades. Shinyun no quería aprender. Ella no quería cambiar.

Estaba desconsolado por la causa perdida que ella era, se sentía tan lleno de compasión por esta bruja que había aprendido demasiado pronto que el mundo solo presta atención a la fuerza bruta, que la empatía era debilidad.

Pero eso no significaba que dejaría que se acercara a él para tomar el Libro. O apuñalarlo con el Svefnthorn otra vez.

No previno la primera explosión de su mano y la hizo caer. Alec avanzó hacia ella, sacando su cuchillo serafín, pero ella rápidamente recuperó el equilibrio y arremetió con un movimiento en el aire. Le lanzó su magia a Alec y una gran explosión de esta lo hizo caer de rodillas. Shinyun se acercó soltando un chillido dirigido a Alec, el Svefnthorn desenvainado como un espadín, estaba lista para atacar.

Magnus le quitó la espina de su agarre con su propia ola de energía y Alec se quitó de en medio. Magnus extendió la mano para invocar algo, cualquier cosa, de otro lugar de Diyu. Una espada de una guerrera caída de Baigujing. La silla del templo de Ragnar. Un trozo de mampostería de una corte del infierno despedazada.

No llegó nada. Aparentemente, el poder de invocar cosas a Avici era solo de Sammael. Magnus estaba seguro de que, si Shinyun pudiera, ella invocaría demonios, lava y quién sabe qué más. Sammael había elegido un excelente lugar para dejar a Magnus en desventaja. La mayor parte de la magia de los brujos no consistía en canalizar el poder bruto en una fuerza violenta, sino en manipular el mundo para su propio beneficio. Pero aquí no había ningún mundo que manipular. Y a diferencia de él, Shinyun tenía un arma.

Alec ya estaba de pie. Su cuchillo serafín estaba en su mano. Le echó una mirada de desprecio

a Sammael.

—*Miguel* —dijo y mientras la espada ardía con la llama sagrada, Sammael se estremeció visiblemente al oír el nombre del arcángel.

Magnus sintió una oleada de orgullo. No todo el mundo podría humillar a un Príncipe del Infierno de forma tan artística.

Con su cuchillo en mano, Alec arremetió contra Shinyun por detrás y ella volvió a volar en el aire, dando vueltas un amplio arco. A su altura dibujó una elaborada estrella de muchas puntas en el aire con el Svefnthorn y las llamas salieron de ella. Rápidamente, Magnus lanzó hechizos de protección y el fuego rebotó sin causar daño en Alec.

Pero Shinyun no paró de volar de manera circular y pronto encontraría una nueva apertura. Magnus miró a Alec y luego a Shinyun.

—Ve —le dijo Alec con urgencia—. Estaré bien.

Con la fuerza de la runa de Alianza, la fe de Alec y el poder de la espina zumbando en su interior, Magnus se elevó con su propia voluntad.

—Cuanto más uses tu magia —le dijo Shinyun—, más cerca estarás de perderte por completo. Los cambios se acelerarán.

En el vacío sobre Avici, Magnus luchó contra Shinyun. Estaba decidida a atacar a Alec, reconociendo que él era el objetivo más vulnerable y también sabiendo que Magnus lo protegería por encima de todo. Magnus voló a la defensiva, interponiéndose en el camino de Shinyun, bloqueando su magia y distrayéndola. Pero con todo el poder de la espina en sus manos, Shinyun era un rival casi superior para él. Y Alec no podía tocar a Shinyun a menos que se acercara, lo cual claramente no iba a hacer.

Peor aún, mientras luchaba, Magnus pudo sentir la magia de la espina fluyendo dentro y a través de él. Le daba poder, pero un poder que le era ajeno, algo separado de su voluntad. Podía sentir su hambre, su deseo de llenarlo hasta que, de manera inevitable, reemplazaría su verdadero ser.

—Si tan solo te entregaras a la espina —gritó Shinyun con frustración—, no habría necesidad de nada de esto.

—Sí —respondió Magnus con los dientes apretados—, ese es el punto.

Arremetieron el uno contra el otro en ese cielo vacío, sin que ninguno pudiera ganar ventaja sobre el otro.

—¡Shinyun! —gritó Sammael—. Me he dado cuenta que aún no has recuperado el Libro. ¿Necesitas ayuda?

—¡No! —respondió Shinyun, enfadada. Magnus aprovechó la oportunidad para hacer que

perdiera el equilibrio.

—No sé tú —le dijo Sammael—. Pero parece que Magnus lo mantiene alejado de ti. Déjame darte una mano.

—¡No! —bramó Shinyun otra vez, pero Sammael ya había extendido su mano y sin siquiera moverse de donde estaba, esta creció, se abrió y agarró a Magnus, apartándolo del cielo y haciendo que se estrellara en la áspera llanura de Avici. En un momento Magnus volaba hacia Shinyun y al siguiente estaba de rodillas en el suelo, junto a Sammael. Sammael apoyaba su mano, que volvió a su tamaño normal, en el hombro de Magnus de una manera casual y paternal, pero Magnus se dio cuenta que era incapaz de apartarse de su agarre.

—Estás haciendo trampa —le dijo, mirando a Sammael.

Sammael frunció el ceño, luciendo desconcertado.

—Mi perfecta maldición, ¿cómo puedes seguir creyendo que estamos jugando un juego en este lugar?

Magnus se giró, la mano de Sammael le mordió el hombro. El aliento dejó el cuerpo de Magnus en una sola y dura exhalación.

«No», pensó, y entonces: «Debí haberlo sabido».

Shinyun capturó Alec. Estaba de pie detrás de él, agarrándolo por el cuello con el brazo y sujetando la punta del Svefnthorn en dirección a su pecho. Su cuchillo serafín estaba frente a él, derritiéndose como un fósforo gastado.

Su cara era impasible, sus ojos azules no perdieron la compostura. Bien podría haber estado mirando un hermoso paisaje o estudiando un mapa del metro. Magnus había visto a Alec asustado, lo había visto en todas las fases de vulnerabilidad, claro y abierto como un cielo de verano, pero Alec nunca mostraría tal emoción ante Shinyun y Sammael.

—Ah, *interesante* —dijo Sammael con deleite en su voz.

—¡Magnus! —La voz de Shinyun estaba ronca y agrietada—. Exijo que recibas la tercera apuñalada del Svefnthorn. *Lo exijo*. O mataré a quien más amas. —Sus ojos eran salvajes, monstruosos, más inhumanos que nunca.

Retorció la punta del Svefnthorn contra las costillas de Alec, sobre su corazón y Magnus lo sintió como una puñalada en sus propias entrañas. La espina era magia de brujo... no había duda de que lo destinaría únicamente a una muerte segura al ser un cazador de sombras.

No le quedaban más opciones. Si aceptaba la espina, Shinyun ganaba: se convertiría en un secuaz voluntario de Sammael y tal vez el mundo entero sería destruido. Si rechazaba la espina, Alec sería asesinado ante sus ojos, él también moriría y Sammael continuaría en busca de la guerra que quería.



—¿Liberarás a Alec? —le preguntó en voz baja—. Prométeme que dejarás ir a Alec y lo haré.

Ella miró a Sammael; él se encogió de hombros.

—Tienes mi permiso. La verdad, este cazador de sombras no representa una amenaza real. No puedo garantizar su seguridad una vez que la invasión de la Tierra comience, por supuesto —añadió—. Esa es una historia diferente.

Magnus asintió. Alec lo estaba mirando, su mirada seguía siendo firme e ilegible. Magnus se preguntó qué sería de su amor por Alec después de la espina. ¿Se desvanecería como si nunca hubiera existido? ¿Amaría solo a Sammael? ¿O seguiría amando a Alec, pero le exigiría que también se pusiera del lado de Sammael?

Pero la elección entre él y Alec, ambos muriendo de forma definitiva, y la otra, donde solo uno de ellos moría, ni siquiera era una decisión, en absoluto. Max esperaba en casa. Mejor un padre que ninguno. El cálculo de esto era evidente, la conclusión, inevitable.

Sin embargo, antes de que Shinyun pudiera actuar, Alec ya se estaba moviendo. Extendió su mano, rodeando la hoja del Svefnthorn e hizo una mueca de esfuerzo y determinación, y entonces, clavó el Svefnthorn en su pecho, perforando su propio corazón. Desde donde Magnus se encontraba arrodillado, pudo ver cómo la espina lo atravesó y emergió de su espalda, y permaneció en ese lugar. Los ojos de Alec seguían abiertos, muy abiertos y seguían mirando a Magnus.

Magnus abrió la boca para gritar y la magia carmesí explotó del pecho de Alec, de su espalda, fue un destello cegador que convirtió la permanente noche de Avici en un día efímero. En el resplandor, más allá de la vista, aún bajo el férreo agarre de la mano de Sammael, todo lo que Magnus pudo ver de Alec eran sus ojos, claros y brillantes y llenos de amor.

# CAPÍTULO DIECINUEVE

## EL CAMINO INFINITO

*Traducido por Annie  
Corregido por Barragán y Samn*

DADO SU SENTIDO COMÚN, a Alec no le gustaba actuar con base a sus corazonadas. A él le gustaba estudiar la situación, hacer un plan y ejecutar el plan. Eso le molestaba de Jace e Isabelle, pues los dos creían poder saltar de un risco y de alguna manera, durante la caída, encontrarían un paracaídas antes de llegar abajo. Ellos actuaban por instinto y generalmente todo terminaba bien. Pero Alec no tenía el mismo tipo de fe en sus propios instintos. Él creía en analizar su inteligencia, realizar investigaciones y estar preparado para cualquier cosa. (Para ser justos, Isabelle y Jace también creían en esas cosas, lo que pasaba, era que creían que otras personas debían hacerlo, porque eso era aburrido).

Era una buena estrategia en la mayoría de las misiones de cazadores de sombras, pero algunas veces todo se desmoronaba. Algunas veces habían situaciones donde no ganabas, donde tu única elección, al parecer, era entre morir de una forma o de otra.

Diyu, Sammael y Shinyun, desconcertaban la habilidad de Alec para organizar un plan. Las motivaciones de Shinyun eran tan confusas y contradictorias que Alec estaba seguro que ni ella misma las entendía. Diyu era una ciudad surreal en ruinas. Y Sammael actuaba como si pensara que todo eso era un juego para distraerse, como si creyera que nada de lo que hiciera pudiera tener un efecto significativo.

Durante toda la misión, ellos habían actuado con base a las corazonadas, mayormente de Magnus. La corazonada de que Peng Fang podría saber algo sobre los brujos en el Mercado. La corazonada de que la catedral estaba en Diyu y sería un lugar seguro. La corazonada de que Heibai Wuchang podría usarse para salvar a Ragnar.

Así que Alec actuó por su propia intuición y le pidió a Magnus que usaran la runa de Alianza.

Ahora que enfrentaba la elección de perder a Magnus de una manera o de otra, fue él quien actuó, enterró el Svefnthorn en su propio corazón. Solo tuvo un segundo para registrar la sorpresa en el rostro de Shinyun, antes de que todo explotara.

Un resplandor carmesí, brillante y cegador, inundó la visión de Alec. Sintió una cruda energía verterse dentro de él, corrosiva y extraña en su pecho. Podía sentir sus runas ardiendo, como por fricción, como si la magia demoníaca dentro de la espina lo corrompiera, como si fuera un meteorito cayendo a través de la atmósfera superior. Todas se sentían así, excepto la runa de Alianza, que chisporreaba en su brazo. El poder de Sammael y el poder de Raziel peleando dentro de su propio cuerpo, pero podía sentir la runa de Alianza absorbiendo la lucha, suavizando el golpe, enseñándole a las distintas magias a cooperar.

La visión de Alec comenzó a aclararse. Pudo ver el desolado espacio negro de Avici, el rostro innerte de Shinyun, Sammael, Magnus, todos observándolo, la cara de Magnus tenía una máscara de terror.

«Estoy vivo», se dijo Alec. Eso le sorprendió un poco.

Shinyun sacó la espina con un solo movimiento. Casi llegó a verse igual de horrorizada como Magnus cuando la espina salió intacta del cuerpo de Alec. Fue indoloro. No había sangre en la espina y cuando Alec bajó la mirada, no vio ninguna marca que mostrara que se había apuñalado.

Shinyun retrocedió, tambaleándose. Sostuvo el Svefnthorn frente a sí, mirándola: brillaba en rojo, como hierro calentado en el fuego y con algo de asombro, Alec vio que el brillo de la espina también era visible para él, en Magnus y Shinyun. En cada uno de sus pechos colgaba una estrella en miniatura, era una bola de fuego hecha de magia, girando locamente detrás de las heridas que la espina había provocado. La bola de fuego de Shinyun era más grande que la de Magnus, pero lo más importante, una gruesa cuerda mágica se extendía desde la herida de Shinyun y terminaba justo en medio del pecho de Sammael. Magnus no tenía esa cuerda que lo conectara con Sammael, presumiblemente porque no había sufrido la tercera apuñalada de la espina.

Alec se estremeció; podía sentir la magia abandonando su cuerpo, la runa de Alianza estaba agotando su poder. Tenía que actuar antes de que desapareciera por completo. Todavía de rodillas, lanzó su mano hacia Magnus e invocó el poder de la espina.

Fue como intentar contener a un caballo salvaje. La bola de fuego de Magnus se resistió, emergió y tembló. Más allá del reino del pensamiento consciente, Alec se acercó a ese poder. Lo calmó. Lo persuadió. Y con un movimiento suave, lo arrancó de los zarcillos de la propia magia de Magnus que lo mantenían en su lugar, la magia que él conocía, azul, fresca y amada. Llegó a ella, la tomó y la bola de fuego abandonó el cuerpo de Magnus.

Tan pronto como se liberó, se expandió en gran tamaño, convirtiéndose en la única estrella brillante en el cielo de Avici. Giró sobre todos ellos, era una bola de fuego de varios metros de ancho, crepitando de poder. Alec podía sentir su inestabilidad, su deseo de encontrar un nuevo hogar de descanso. Anhelaba estar dentro de su propio pecho, pero sin otra herida del Svefnthorn, no encontraría ningún lugar en él. Así que por un momento giró libremente y por todo ese tiempo, todos los presentes solo se quedaron mirando.

Sammael se recuperó primero, claro está. Apartó la mano del hombro de Magnus y miró el orbe. Magnus permaneció de rodillas.

—¡Excelente! —exclamó Sammael, riendo—. Buen trabajo. Me encantan los giros inesperados, ¿a ti no? —Pareció dirigir esta pregunta a Ragnor, quien no levantó la cabeza para reconocer nada de lo que estaba sucediendo. Sammael entrecerró los ojos en dirección al orbe—. Shinyun, si pudieras ser buena y tomar esa cosa y traérmela, así podremos seguir con nuestros planes.

Shinyun también miraba el orbe. No respondió.

—¿Hola? —Sammael dijo después de un momento—. ¿Shinyun Jung? ¿Mi leal lugarteniente? ¿Toma el orbe?

Cuando Shinyun se dio la vuelta, no miraba a Sammael. Miraba a Magnus. Sus ojos ardían con odio.

—Nunca te entenderé —le dijo con un temblor silencioso que sugería que estaba al borde de un colapso total—. Nunca he visto a alguien tan decidido a deshacerse de su derecho de nacimiento. Somos *brujos*, Magnus Bane. Somos *los hijos de Lilith*.

Alec trató de ignorar la magia candente que hervía a través de su cuerpo y se centró en Magnus. Podía *sentir* la esfera mágica giratoria sobre ellos. Magnus la había estado mirando, un poco aturdido, pero ahora su atención estaba en Shinyun mientras caminaba hacia él, con las alas extendidas y temblando de manera peligrosa.

—El poder de la espina es el mayor regalo que puede recibir un brujo —bramó con los dientes apretados—. Es el poder de nuestro padre, *nuestro padre real*, Magnus, no solo el demonio que nos hizo individualmente, sino el único sin el cual nuestra raza no existiría en absoluto. Encontré ese poder. Te ofrecí ese poder. A pesar de todo lo que hiciste, a pesar de tu rechazo a Asmodeus... me mostraste misericordia. Y así es como te lo pagué. —Su voz se quebró con angustia—. ¿Y *así* es como *me agradeces*?

—Shinyun —dijo Sammael, con un toque de amenaza arrastrándose en su voz jovial—. Entiendo que tú y Magnus tienen algunas cosas sin resolver, pero seamos sinceros, él es irrelevante para el plan más grande.

Magnus miró a Sammael.

—Bueno, eso me dolió un poco.

Sammael levantó las manos y fingió una mirada de desconcierto.

—Mira, ni siquiera sabía que existías. Quiero decir, una vez que entendí que eras la maldición antigua de Asmodeus y ya tenías apuñaladas, bueno, no estaba a punto de ignorar la posibilidad de tu servicio.

—¿Entonces yo no era parte de tus planes... en absoluto? —preguntó Magnus, incrédulo—.

Pero fuiste tras mi amigo más antiguo... y la bruja que trató de arrastrarme al control de Asmodeus hace tres años.

—Me tendrás que perdonar —protestó Sammael—, si pienso en Ragnor Fell como «el experto con vida más informado sobre el tema de la magia dimensional», primero que nada y en segundo lugar, como «tu amigo más antiguo». En cuanto a Shinyun, *ella vino a mí*.

Magnus miró con impotencia a Ragnor, él se encogió de hombros.

Sammael negó con la cabeza.

—No sé cómo decirte esto, pero no todo se trata de ti, Magnus. En cuanto a ti, Shinyun —continuó, extendiendo una mano hacia el orbe—. Estoy muy decepcionado de tí...

—¡Todos *cállense!* —gritó Shinyun e incluso Sammael pareció asustado. El orbe se había desplazado hacia la mano extendida de Sammael; Shinyun repentinamente se levantó del suelo, sus nuevas alas revolotearon y atrapó el orbe en el aire como si fuera una pelota de baloncesto.

—*Shinyun* —la llamó Sammael, esta vez con severidad.

Ella le lanzó una mirada mordaz, luego lanzó su mano hacia adelante y perforó la superficie del orbe. De inmediato emitió un chillido agudo y comenzó a desinflarse como un globo. Alec se tapó los oídos con las manos y se dio cuenta que no, en realidad no se desinfló. La herida de seis puntas sobre el corazón de Shinyun estaba absorbiendo la magia, atrayéndola como una inhalación profunda. Mientras todos miraban, el orbe se hizo más pequeño y alargado hasta que, con un estallido, su totalidad desapareció dentro de Shinyun.

—Oh, oh —murmuró Sammael.

Shinyun flotaba inmóvil donde antes estuvo la magia, brillando con fuego carmesí. Después de un momento, comenzó a emitir un extraño sonido tembloroso. Y luego, echó la cabeza hacia atrás y Alec comprendió, que se estaba riendo. Era una risa espantosa, una carcajada de rabia y burla.

Su cara comenzó a agrietarse.

Aparecieron líneas que se extendieron desde su boca hasta sus mejillas, las fisuras se abrieron alrededor de los ojos, la frente y la barbilla. Los planos de su rostro empezaron a separarse y Alec sintió que se le encogía el estómago. Los rasgos de Shinyun se separaron, se rompieron y se quebraron como si algo detrás de la máscara de su rostro se abriera paso a puñetazos.

Con un gran rugido de triunfo, inhumano y antiguo, soltó un bramido, que destrozó miembros, líneas faciales, ojos, alas y dientes...

Sus ojos ahora eran dos veces más grandes que antes y la propia Shinyun era dos veces más alta. Sus extremidades se alargaron como las de un gran mosquito zancudo y sus alas, que ahora eran de un color rojo sangre oscuro, aletearon lentamente detrás de ella. Su rostro ya no estaba congelado en una mueca inexpresiva por las arbitrarias maldiciones de la marca de un

brujo, ahora se retorció de júbilo. Sus dientes eran brillantes y afilados, con un par de colmillos, como los de una tarántula. A su espalda había una cola larga en forma de látigo y al final de la cola, tenía una púa de hierro de aspecto desagradable. El mismísimo Svefnthorn.

Alec la miró horrorizado y fascinado al mismo tiempo. Shinyun se había convertido en lo que más amaba... un demonio. Un Demonio Mayor, Alec no tenía duda de ello.

Ella chilló con ese bramido sobrenatural una vez más y el suelo de Avici comenzó a temblar bajo sus pies.

—¡Shinyun! —gritó Sammael—. ¡Qué look tan maravilloso y nuevo! Sin embargo, creo que tal vez nos hemos desvinculado un poco de la tarea. Si simplemente bajaras, podremos decidir qué hacer con...

En un destello de movimiento, Shinyun se encontró flotando sobre Sammael y Magnus, su cola moviéndose peligrosamente de un lado a otro.

—Pensé que eras el poder supremo —le dijo a Sammael. Su voz todavía era reconocible como la suya, aunque estaba cortada con rasguños agudos y una especie de siseo que Alec se dio cuenta que era su respiración—. Pero no lo eres.

Sammael se vio ofendido.

—Si conoces a un demonio más poderoso que yo, no dudes en hacérmelo saber para que pueda rendirle homenaje.

—Puedes ser el más grande de los Príncipes del Infierno —espetó Shinyun—, pero eres mucho más débil de lo que pensaba. Eres tan dependiente de los demás como estos idiotas humanos. —Hizo un gesto con una de sus manos con garras en dirección a los demás—. Dependes de Diyu. Dependes de que las almas sean atormentadas para darte poder. Dependes de *mí*.

—Si has decidido que Sammael, de todas las personas, no es lo suficientemente poderoso para ti... —Magnus negó con la cabeza—. Eres una dama difícil de complacer, ¿lo sabías?

—Aparentemente, de todos los seres aquí presentes —dijo Shinyun—, *yo* soy la única que entiende el verdadero poder. El verdadero poder es no depender de nadie, ni de nada. Si no puedo confiar en que nadie más me gobierne, entonces me gobernaré a mí misma. Y gobernaré sola.

Con eso, voló en círculos y luego se alejó. Abrió la boca y exhaló un amplio cono de luz carmesí en la oscuridad. Cuando el resplandor se aclaró, formó un Portal, la superficie era un espejo plateado cuyo destino Alec no pudo distinguir. Con un último chillido, Shinyun voló a través del Portal, que se cerró a su alrededor y entonces desapareció.

El suelo retumbaba ahora con más fuerza. Alec notó que en algún momento se había caído y estaba aferrado al suelo. Magnus se apresuró a llegar a él, moviéndose con cuidado ante el

repentino terreno irregular. Sammael miró a su alrededor con cierta decepción.

—Bueno, eso es todo para Diyu, supongo. Ella va a derribar todo el lugar que nos rodea. —Soltó un suspiro—. Así es como se desmorona la galleta, supongo.

Magnus había llegado a Alec. Lo estaba ayudando a levantarse. Alec apenas estaba vagamente consciente. El mundo entero estaba temblando a su alrededor, temblando y tambaleándose. ¿O posiblemente él era quien estaba temblando y tambaleándose?

Miró hacia arriba para ver que, por alguna razón, Sammael se había acercado para unirse a ellos.

—Magnus, lamento que no vayamos a trabajar juntos. Y lamento que ambos vayan a morir en el pozo más profundo de Diyu cuando kilómetros y kilómetros de ciudades subterráneas, tribunales y templos se derrumben sobre ustedes. —Él frunció el ceño—. Ahora que lo pienso, no tengo idea de lo que les pasará a los humanos si mueren en una dimensión para los que ya están muertos. Bueno, sea lo que sea lo que les espera, buena suerte con sus proyectos futuros. Si resulta que tienen alguno.

—¿Te vas? —dijo Alec.

Sammael pareció sorprendido.

—¿No lo dejé claro? Tengo que ir a buscar otro reino. —Se encogió de hombros y agregó, casi para sí mismo—: Qué días tan extraños han sido.

Luego, apagándose como si nunca hubiera estado allí, se fue.

\* \* \*

EN EL MOMENTO EN QUE Sammael desapareció, Magnus se arrodilló junto a Alec. Tiró de él hacia su cuerpo casi violentamente, presionando su mano sobre el pecho de Alec, empujando a un lado el cuello de la camisa de Alec para que pudiera llegar al lugar donde la espina lo había apuñalado y pasar sus dedos sobre la superficie.

No había ninguna herida, ningún indicio de que le hubiera pasado algo a Alec y la mayoría de sus runas parecían normales. Sin embargo, la runa de Alianza había desaparecido por completo.

Magnus continuó acariciando el pecho de Alec donde había entrado la espina, hasta que Alec le dijo con la respiración entrecortada:

—Aquí no, amor mío. Ragnor nos está mirando.

Un sonido estalló del pecho de Magnus, era mitad risa y mitad sollozo. Agarró el cabello

de Alec con una mano y le bañó la cara con besos, llorando y riendo a la vez. Los ojos de Alec estaban abiertos y en el reflejo de ese azul medianoche, Magnus vio un brillo dorado. Eran sus propios ojos, que miraban a Alec.

—Lo que hiciste fue muy valiente —le dijo Magnus—. Y también completamente imprudente.

Alec sonrió débilmente.

—He estado trabajando en ser más valiente e imprudente. Tengo un gran ejemplo a seguir.

—*Los dos* no podemos ser valientes e imprudentes —protestó Magnus—. ¿Quién nos cuidará?

—Max, eventualmente, espero —respondió Alec con una sonrisa.

—Si ustedes dos tienen un momento. —La voz de Ragnor llegó de la deriva a través del vacío—. ¿Creen que podrían dejar de soñar el uno con el otro y sacarme de esta jaula?

La mirada de amor de Alec, de repente se convirtió en alarma.

—Magnus. Los demás. El Infierno del Pozo de Fuego.

Magnus se levantó de un salto.

—Nunca termina, ¿verdad? —dijo y corrió hacia Ragnor, que estaba sentado y malhumorado con las piernas cruzadas en el suelo, golpeando con impaciencia los barrotes de su prisión.

Magnus buscó la magia en su interior y sintió una aturdida desorientación, como si se olvidara del último escalón de una escalera. Había un vacío en su pecho y aunque sabía que el poder de la espina provino de un enemigo terrible, el enemigo de toda la humanidad, entendía por qué Shinyun se había aferrado a él, se había dejado proteger y consolar con él. No fue amor, pero si no supieras la diferencia, es posible que se haya sentido como tal.

Con unos pocos ademanes rompió los barrotes de la jaula de Ragnor y lo ayudó a levantarse. Ragnor miró a Magnus durante un minuto y luego se volvió para mirar más allá de él.

—Eso fue *my* estúpido —le dijo.

Alec se dirigió hacia ellos, un poco lento, pero con paso firme. Cuando estuvo cerca, Magnus puso su brazo alrededor de su cintura.

—Tal vez necesite hacer las presentaciones más formales. —Se aclaró la garganta—. Ragnor, este es Alec Lightwood, mi novio y segundo padre. Me acaba de salvar la vida y por extensión, la tuya. Alec, este es Ragnor Fell. Es un idiota insufrible para todos, incluso cuando no está bajo el control mental de un Príncipe del Infierno.

—He escuchado mucho sobre ti —le dijo Alec.

—No he escuchado nada de nadie durante años, excepto espeluznantes planes malvados



para gobernar el mundo —dijo Ragnor—, pero ahora que he vuelto de eso, espero que Magnus me aburra hasta hacerme llorar con historias de mi ausencia. —Volvió a mirar a Alec—. ¿*Cómo sobreviviste* a la espina? Cualquiera que no fuera un brujo debería haber muerto por el desbordamiento de la magia demoníaca. Y no hay brujos que sean cazadores de sombras, excepto... —Miró a Alec con recelo—. No eres Tessa Gray disfrazada, ¿verdad? ¿No es una broma sumamente elaborada que le has estado jugando al pobre Magnus? Si es así, Tessa, tú y yo vamos a tener *unas palabras*.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Alec, ofendido.

Ragnor lo miró con más sospecha. Magnus suspiró.

—He estado en la misma habitación con los dos, Ragnor. Definitivamente no es Tessa.

—Entonces cómo...

—Te lo cuento luego —lo interrumpió Magnus. Solo entonces comprendió por completo cuánto se había perdido Ragnor y cuánto más necesitaba que le contaran. La runa de Alianza. La Guerra Mortal. ¡La Guerra Oscura! Y cosas más pequeñas y personales. Malcolm Fade era el Gran Brujo de Los Ángeles. Catarina todavía estaba en Nueva York, por ahora.

Una cosa a la vez.

—Ragnor —le dijo—, ¿puedes llevarnos al Infierno del Pozo de Fuego, donde están los otros Cazadores de Sombras? Tenemos que intentar salvarlos.

Ragnor negó con la cabeza.

—Estoy seguro de que es demasiado tarde —respondió—. Pero abriré el Portal y ya veremos. Al menos podemos llevar lo que quede de ellos a la Tierra.

Alec lució como si alguien lo hubiera golpeado. Magnus le dio una palmada en el hombro.

—No te lo tomes demasiado en serio —le dijo—. Así es Ragnor.

Ragnor hizo un gesto artístico con sus dedos, la articulación extra de cada uno de ellos hacía que sus movimientos fueran intrincados y ajenos incluso para Magnus. En un momento se abrió una puerta en el vacío de Avici, a través de la cual las llamas anaranjadas saltaron contra la roca negra. Parecía estar temblando de la misma manera que Avici.

Magnus miró a Alec.

—¿Estás listo para luchar de nuevo?

—En realidad no —respondió Alec, sacando otro cuchillo serafín de su cinturón—. Pero aquí vamos.

—Así es. —Magnus se adentró en el Portal y Alec lo siguió de cerca.

Salieron sobre una plataforma rocosa suspendida muy por encima de los charcos de lava

de abajo. Una escalera de piedra conducía a más plataformas y al resto del paisaje laberíntico. Magnus no se sintió feliz al notar que nada mantenía visiblemente su plataforma en el aire y el terremoto que estaba sacudiendo a Diyu era aún más fuerte aquí.

—Está bien —dijo Alec—. Salvemos a nuestros amigos.

—O lo que queda de tus amigos —murmuró Ragnor—. Espera. ¿Dónde *están* tus amigos?

Parecían estar dispersos. Muy por debajo de ellos, en un páramo bastante amplio, Simon, Clary y Tian estaban luchando contra algunos de los diversos demonios de Diyu. Separada de ellos y unas plataformas más arriba, se encontraba Isabelle e incluso a una altura más alta, en una plataforma separada, estaba Jace.

Alec estaba anonadado.

—¿Qué está pasando?

—Bueno, el pie de Jace estaba roto, así que supongo que encontraron un lugar seguro para él —sugirió Magnus.

—¿Y por qué Isabelle está sola? —Podría haber estado agotado por la magia, pero Alec bajó corriendo las escaleras delante de ellos, con su arma lista.

Ragnor miró a Magnus.

—No vas a *correr*, ¿verdad?

Magnus enarcó una ceja.

—¿En estos zapatos?

Bajaron la escalera y la siguiente, con el decoro propio de los brujos que habían derrotado a un Príncipe del Infierno ese día. O al menos, habían estado en el mismo lugar que un Príncipe del Infierno y lo habían obligado a irse primero.

Para cuando llegaron a Jace, estaba claro que Alec ya había hablado un poco con él y parecía mucho menos preocupado.

—Así que, ya veo que no todos han sido devorados —mencionó Ragnor.

—No, lo tienen todo bajo control —respondió Alec, emocionado. Hizo un gesto a Jace—. ¡Cuéntales!

Jace lo miró de reojo.

—Estaba a punto de hacerlo. Lo tenemos todo bajo control —continuó—. Realmente no puedo pelear ahora, así que Clary me ayudó a llegar aquí para que pudiéramos ver la mayor parte del campo de batalla posible, ya que los caminos son muy irregulares y confusos. Pero *luego* notamos que los demonios tenían el mismo problema que nosotros. En realidad, solo podían llegar a nosotros por un número determinado de caminos y tres personas podían

cubrir dos caminos cada uno.

Magnus arqueó ambas cejas.

—Así que Simon, Tian y Clary fueron allá para hacer eso. Pusimos a Isabelle en la plataforma de en medio porque es la única cuya arma tiene largo alcance, por lo que puede manejar a los ocasionales tipos voladores.

Alec parecía al borde de las lágrimas.

—Estoy muy orgulloso de ti —le dijo a Jace—. Realmente formaste un plan.

—¡Soy buen estratega! —exclamó Jace.

—En realidad, sí eres bueno en los planes —afirmó Magnus—. Lo malo es que generalmente los gritas mientras corres hacia el peligro.

—¡Pero usaste tu magnífico cerebro y todo está bien! —dijo Alec, golpeando a Jace en el hombro. Miró a Ragnor—. ¡En tu cara, tipo pesimista!

Ragnor frunció el ceño.

—Bueno, obviamente me alegro de que todos sigan vivos.

—Debo mencionar —agregó Jace—, que el suelo comenzó a temblar hace un rato.

—Eso es culpa de Shinyun —dijo Magnus—. Es una larga historia. Además, para suerte tuya, traje al líder experto en magia dimensional y él nos sacará en un Portal desde aquí.

Ragnor le dio a Magnus una mirada amarga.

—Supongo que sí, pero voy a necesitar tu ayuda.

—Gran idea —le dijo Magnus y saltó de la plataforma. Flotó lentamente hacia el páramo, saludando a Isabelle al pasar junto a ella.

—¡Magnus! —gritó Clary, cortando la cabeza de uno de los esqueletos de Baigujing—. ¡Qué bueno verte!

—Voy a decir algo —dijo Simon en dirección a Clary—, y no quiero que te enojés.

Clary dejó escapar un suspiro largo y contenido.

—Adelante. Supongo que te lo has ganado.

—Magnus —dijo Simon con una sonrisa—. Fue amable de tu parte venir a ayudarnos.

Clary soltó otro suspiro.

—Tengo buenas y malas noticias —les dijo Magnus—. La buena noticia es que estoy aquí para llevarnos de regreso a la Tierra. La mala noticia es que necesito la ayuda de Ragnor y él está bajando las escaleras.

En efecto, Ragnor bajaba las escaleras a paso lento. Mientras Magnus miraba, Jace lo alcanzó, lo cual fue impresionante dado que caminaba con una muleta.

Al parecer, la horda de demonios estaba empezando a flaquear. Cada vez aparecían menos demonios con menor frecuencia de los Portales y tanto Jace como Isabelle se unieron a sus amigos para deshacerse de los que quedaban. Quizás los demonios habían notado el inminente colapso de Diyu y habían huido para salvar sus vidas; tal vez, ahora que Sammael y Shinyun se habían ido, no tenían razón para obedecer sus órdenes.

Finalmente, Ragnor se dignó a unirse a ellos. Él y Magnus trabajaron juntos rápidamente para crear un Portal; Magnus pensó en cuánto había extrañado trabajar junto a Ragnor.

Y cuando el Portal se abrió, se sintió aliviado al verlo brillar con un color azul familiar y alegre.

# CAPÍTULO VEINTE

## EL ALMA DE LA CLAVE

*Traducido y corregido por Samn*

EN EL AÑO 1910, EL HIJO DE CATARINA LOSS, Ephraim, murió. En ese entonces ya era un anciano con hijos y nietos propios. Catarina no lo había visto desde hacía décadas; él creía que ella había muerto cuando tenía treinta y tantos, en el hundimiento de un barco.

En ese entonces, Magnus se encontraba viviendo en Nueva York en un departamento en Manhattan frente a la calle donde estaba la antigua Sala de Ópera Metropolitana, esa que demolieron en 1967. Fue cuando le llegó un telegrama: *El Bund, No. 2, Shanghái*; se leía con la presuntuosa caligrafía de Catarina. Tras leerla, Magnus tomó sus guantes y sombrero, y allá fue.

El Bund, Número Dos, resultó ser un club en el malecón de Shanghái, solo un par de gente inglesa de clase alta aparecían en ese corazón de China, dentro de la estrecha construcción de mármol al estilo barroco, donde solo la élite británica perteneciente a Shanghái se regordebaban de poder, alcohol y por un corto periodo de tiempo, sentían como si gobernaran el mundo entero de los mundanos. El edificio era nuevo pero el club no. Conociendo a Catarina, esta era una curiosa elección. Ella sabía tan bien como Magnus que en este lugar solo podían entrar hombres blancos. De alguna forma, era la manera en que Catarina hacía sus travesuras. A veces disfrutaba de usar un glamour en los lugares privados de los mundanos ricachones y burlarse de su habilidad de poder estar de pie frente al mundo entero, con la posibilidad de tomar una copa con un viejo amigo frente a las caras de las personas que definitivamente jamás les permitirían la entrada bajo circunstancias comunes.

En su totalidad, el lugar era tan lujoso que se sentía algo grotesco. Magnus cruzó el Gran Salón, era profundo y estaba abarrotado de columnas, se abrió paso a través de todas esas columnas, que más bien pudieron ser serpientes, que no paraban de alardearse a sí mismos. ¿Y por qué no lo harían? Vivían como la realeza en el corazón de uno de los reinos más ancestrales del mundo entero. Jamás llegarían a pensar que algo así podría acabar... y en ese entonces, Magnus se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que eso dejara de ser real. Resultó que no se necesitó de tanta espera.

Sin embargo, en ese momento contaba con cigarrillos de alto costo y brandy, periódicos

actualizados y se rumoreaba que tenía una biblioteca más grande que la que se encontraba en la ciudad de Shanghái. A Magnus no le sorprendió encontrar a Catarina en el interior de esta.

Aunque nadie más que Magnus podía verla, vestía elegantemente como siempre: su vestido era de una lisa tela color blanco satinado, sobresalía un encaje color negro y tenía mangas acampanadas. Le hacía conjunto una faja con revestimiento de terciopelo negro. Magnus creyó ver la firma de Paul Poiret, el famoso diseñador, en el vestido; se preguntó si Catarina había conseguido superar su estilo.

Se encontraba sentada en una de las sillas del club, miraba los estantes frente a ella como si estudiara los lomos de los libros a una distancia lejana, a Magnus se le hizo difícil leerlos. Se sentó en la silla opuesta a la de Catarina.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —le preguntó—. ¿Despedazamos este lugar en nombre de la libertad y la igualdad?

Catarina lo miró. Tenía unos profundos círculos oscuros debajo de sus ojos.

—Una vez, vi morir a un hombre en este lugar —dijo.

Magnus se inclinó hacia ella con rapidez.

—¿Qué?

—Fue hace un par de años —le explicó—. Me encontraba en esta biblioteca y el hombre cayó al suelo, retorciéndose de dolor. Llamaron a un doctor, los otros miembros del club rodearon a su amigo, pero ninguno de ellos contaba con entrenamiento médico ni tampoco sabían qué hacer... discutieron sobre si debían elevar sus piernas o su cabeza, e incluso si debía quedarse boca abajo o boca arriba, él murió ahí, antes de que un doctor o enfermera pudiera ayudarlo.

Tenía una mirada distante.

—¿Lo pude haber salvado? ¿Con magia o de alguna otra manera? ¿Lo habrían hecho los doctores mundanos, si al menos hubiera estado uno en ese momento? No lo sé. Quizá habría muerto a pesar de todo. ¿Y qué podía hacer yo? No podía aparecer simplemente de la nada como si viniera de un sueño lejano; habrían creído que alguien les había envenenado el ponche.

—¿Todavía sirven ponche? —preguntó Magnus.

Catarina enarcó una ceja.

—Crees que soy masoquista.

—Creo —comenzó a decir Magnus—, que el hecho de que los mundanos mueran y que no podamos salvarlos, es algo que ya aprendimos desde hace tiempo atrás.

Catarina soltó un suspiro.

—No es que no podamos salvarlos —le dijo—, es el hecho de que no podamos salvarlos, incluso si los amamos con mucha, muchísima devoción. —Comenzaron a aparecer lágrimas de sus ojos. Sabía que no debía decir nada, en su lugar, solo rodeó sus manos con las suyas.

Después de un rato, ella volvió a hablar.

—Los mundanos consideran que una de las más grandes tragedias que un padre puede sufrir, es que viva más que su hijo. Para los brujos que son padres, esto es algo inevitable. Siempre me dije que era raro que los brujos decidieran pasar su vida en soledad, sin formar vínculos con nadie, sin siquiera establecerse y dejar una marca en el mundo...

Magnus permitió que sus palabras murieran en el silencio y después habló.

—Si pudieras volver en el tiempo, ¿elegirías no hacerlo?

—No —respondió Catarina sin titubear—. Por supuesto que lo haría de nuevo. No importa todas las veces que me den a escoger, siempre elegiría adoptar y criar a Ephraim, para verlo convertirse en un hombre, y que tenga hijos y nietos propios. A pesar de lo duro que pueda ser. Sin importar lo duro que es en este momento.

—Nunca tuve un hijo —le dijo Magnus—, pero sé lo que es perder a alguien que amas, por la más sencilla razón de que todos los humanos deben morir.

—¿Y? —preguntó Catarina.

—Hasta ahora —respondió Magnus—, la vida me parece ser la elección de escoger el amor una y otra vez, incluso si sabes que te convierte en alguien vulnerable y que es probable, que al final termine lastimándote. O incluso antes. Es sencillo, no tienes otra elección. Escoges amar o escoges vivir en un mundo vacío donde no existirá nadie más que tú. *Y esa* parece ser una terrible manera de pasar la eternidad.

Catarina no sonrió, pero sus ojos resplandecieron.

—¿Crees que los vampiros también pasan por este tipo de cosas?

Magnus puso los ojos en blanco.

—Claro que sí. Sé perfectamente que no puedes callarlos cuando comienzan a hablar del tema.

—Gracias por venir, Magnus.

—Siempre lo haré —le dijo.

Catarina se limpió sus lágrimas con su mano.

—¿Sabías que —le dijo, sollozando un poco—, este club cuenta con el bar más grande del mundo? Está abajo.

—¿El *bar* más grande del mundo? —repitió Magnus.

—Sí —respondió ella—. Mide más de treinta metros de largo. Se llama El Bar Más Grande del Mundo.

—Los británicos son buenos con las decoraciones lujosas —le dijo Magnus—, pero no son buenos con los títulos creativos, ¿me equivoco?

—Bueno, verás —respondió Catarina—. Es *el más grande del mundo*.

—Yo te sigo, querida mía.

\* \* \*

CUANDO SALIERON DEL PORTAL, Alec estuvo casi seguro que los Portales todavía no funcionaban correctamente. Esperó ver las calles abarrotadas de Shanghái, pero parecía que habían terminado en una vereda de árboles que se elevaban y estrechaban, dado el poco espacio en el que los habían plantado, sus hojas ya habían comenzado a cambiar del claro color verde, a amarillo y luego a naranja. Más allá, Alec pudo ver la luna reflejada en el agua.

Era de noche, lo cual lo sorprendió, aunque no estaba seguro de cuántas horas se la habían pasado en Diyu y sabiendo lo raros que podían ser los viajes dimensionales, probablemente era un efecto de la expansión del tiempo. Probablemente debía preguntárselo a Ragnor.

—¿Dónde estamos? —gritó Alec—. ¿Estamos cerca de Shanghái?

Se dio la vuelta y vio a Jace arqueando ambas cejas en su dirección, estaba sorprendido. Sin decir nada, Jace señaló la vista que tenía detrás de él.

Alec caminó un par de pasos y detrás de los árboles, las luces de Shanghái aparecieron de repente, resplandeciendo en muchos colores.

—Oh —dijo él.

—¿Conoces estos lugares que les dicen «parques»? —preguntó Jace.

—Tuve unos días difíciles —le dijo Alec.

—Es el Parque del Pueblo —mencionó Tian. Señaló el agua que Alec notó anteriormente y ahora pudo notar que era un pequeño estanque que tenía una pequeña ribera de piedra. En él, flotaban lirios contra la superficie oscura de cristal—. El Estanque de los Cien Lotos. Buena elección —dijo dirigiéndose a Ragnor y Magnus.

Ragnor asintió, agradecido.

—Supuse que sería un lugar tranquilo a esta hora de la noche.

—¿Qué hora es? —preguntó Clary.



—Como las diez y media —dijo Magnus después de analizar el cielo durante un rato.

—¿Sabes la hora con solo mirar el cielo? —preguntó Alec, divertido.

Magnus se quedó sorprendido.

—¿Tú no?

—Oigan, ¿chicos? —dijo Simon—. ¿Podemos tomar un segundo para, eh, celebrar rápidamente que ganamos y que nadie murió? Porque no creo que debamos dejarlo pasar sin mencionarlo.

—Hip, hip, hurra —dijo Isabelle, levantando un puño en señal de victoria—. Nosotros, nosotros, ¡hurra! Vencimos al príncipe del Infierno.

—Bueno —dijo Ragnor—, si somos sinceros, todos ustedes nos salvaron a Magnus y a mí del Svefnthorn... Alec más que nadie, obviamente, pero luego Shinyun se volvió loca y destruyó Diyu, así que el Príncipe del Infierno huyó para buscar otro reino, lo cual definitivamente hará en algún momento. Sin decir que Shinyun también es un cabo suelto ya que ahora es una criatura aracbécula.

Todos se quedaron callados mientras pensaban en la situación.

Simon fue quien finalmente habló.

—Pero todos estamos vivos. Magnus te salvó. Y Alec salvó a Magnus. Y mi novia me salvó *mientras montaba a un tigre gigante*.

—Sí —concordó Ragnor—, el día no se desperdició del todo.

Alec sonrió pero se sintió exhausto al estar lejos de casa. Y sintió una fuerza que lo llamaba a su hogar, una que no estaba acostumbrado a sentir, pero que ahora lo incitaba con enorme insistencia.

«Max. Max».

Intentó cruzar una mirada con Magnus, pero él estaba con Tian y se veía igual de cansado que los demás.

—¿Te despedirías de Jem por nosotros? ¿Y le darías las gracias en nombre de todos?

Tian pareció sorprendido.

—¿Se van?

Magnus asintió.

—Me temo que no tuvimos tiempo suficiente para explorar Shanghái como hubiese deseado, pero espero que no lo tomes como una ofensa si estos neoyorkinos, volvemos directo a casa desde aquí. —Magnus levantó la cabeza y atrapó la mirada de Alec—. Quiero ver a mi hijo.

—Claro que no. —Tian sonrió. El brillo regresó a sus ojos oscuros, Alec ni siquiera había notado que había desaparecido—. Iré a ver a Jingfeng. Se pondrá feliz cuando sepa que ya no tendré que volver a Diyu otra vez. Ragnor... —Ragnor se volvió hacia él, sorprendido—. Hasta donde sé, eres la única persona con vida que ha sido apuñalado por Heibai Wuchang y sobrevivido. Puede que existan algunos efectos secundarios interesantes.

—Excelente —respondió Ragnor, abatido—. Será algo que tendré en cuenta en mis próximos años que viviré en el anonimato.

Tian se giró hacia el resto.

—Por cierto, gracias a todos, por todo lo que hicieron. Y por mantener mi relación con Jinfeng en secreto.

—Gracias a ti, Tian —le dijo Simon, chocando su mano con la del otro chico—. Por salvar a Isabelle. Y por ayudarnos.

Se escuchó un coro de asentimiento.

—La Paz Fría no durará por siempre —dijo Alec—. Seguiremos trabajando para que la Clave entre en razón y le de fin.

—Espero que lo hagan —dijo Tian—, aunque sé que hoy en día no eres la única fuerza con influencia entre la Clave. —Apoyó una de sus manos sobre el hombro de Alec—. Debes entender toda la inspiración que le das a los demás —continuó con firmeza—. Tu familia, ustedes dos y su hijo, su mera existencia, la gran importancia que tienen dentro de la Clave, es demasiado. *Tu familia...* si la Clave sobrevive, este será su futuro. Debe ser así.

—Sin presiones, ¿verdad? —dijo Alec dándole una sonrisa—. Tú también eres una gran inspiración. No lo olvides.

Tian inclinó su cabeza.

—Es solo cuestión de tiempo antes de que haya una verdadera lucha dentro del alma de la Clave. Si no queremos que la visión de la Cohorte se vuelva una realidad, tendremos que involucrarnos. Alzar nuestra voz, incluso si preferimos no hacerlo.

—Eres un gran chico, Tian —afirmó Alec—. Me alegra estar en el mismo bando.

En su familia, Alec no se conocía por ser quien alzara la voz. Era el más callado de todos. Pero Tian tenía razón. Y él haría algo al respecto.

Ragnor y Magnus comenzaron a invocar un Portal a casa, aunque Ragnor pareció dejarle todo el trabajo pesado a Magnus. Su excusa fue que se estaba recuperando de las tres apuñaladas del Svefnthorn, mientras que Magnus solo se recuperaba de dos.

—¿Sabes quién debería abrir este Portal? Clary —gruñó Magnus—. A ella no le pasó nada malo en este viaje.

—No confío del todo en la habilidad de esa chica para abrir Portales —protestó Ragnor. El brazo de Jace rodeaba a Clary, mientras ella reía junto a Isabelle. Magnus pensó en lo tenaces que eran las personas—. Eso me parece... teológicamente confuso.

—Es por eso —comenzó a decir Magnus, casi jadeando—, que nunca me pongo a pensar en el significado más profundo de cualquier cosa. —La mirada de Ragnor le dijo que el otro brujo sabía bien que eso no era cierto—. Así que, ¿a dónde irás? —le preguntó—. ¿De vuelta a Idris? ¿Finalmente arreglarás tu casa después de todos estos años?

Ragnor dudó. Magnus puso los ojos en blanco.

—No me digas que seguirás fingiendo tu muerte. ¿Qué tan bien te resultó eso la última vez?

—El error que cometí —respondió Ragnor—, fue que intenté desaparecer por completo. Y eso me hizo verme más sospechoso. —Miró de reojo detrás de sí, de una forma casi paranoica—. Muchas personas estarán tras de mí por un tiempo. Shinyun y yo no fuimos... cuidadosos sobre nuestra presencia dentro del Mercado Solar. La mayoría del submundo se interesará en mí y probablemente varios cazadores de sombras también. Eso sin mencionar que Shinyun sigue libre. Y en algún momento, Sammael igual.

Magnus suspiró.

—Ragnor, ¿sabes lo mucho que se ha manchado mi reputación a lo largo de los años? Y sigo trabajando en ello. Nadie me ha arrojado a la Ciudad Silenciosa. Ni me han expuesto frente a las cortes de las hadas.

—Eso es distinto —le dijo Ragnor—. No le serviste a un Príncipe del Infierno.

—Ragnor, poco después de que fingieras tu muerte, me culparon de liderar un culto en honor a Asmodeus.

—Pero *sí* comenzaste un culto —protestó Ragnor, frunciendo el ceño—. Fue una de tus bromas menos graciosas, hasta donde recuerdo.

—Pues te pondrás feliz al saber que me castigaron debidamente gracias a ello —le dijo Magnus.

Ragnor se detuvo a mitad de un par de ademanes mágicos.

—No, claro que no. —Soltó un suspiro—. Tal vez tú puedas soportar ese tipo de cosas, Magnus, pero yo no. Es más, no deseo hacerlo. Hice cosas malas al trabajar con Sammael. Cosas terribles, que ahora no puedo deshacer. El solo llevar a Sammael a Diyu probablemente debería considerarse un pecado capital.

—¡Estabas bajo un control mental! —exclamó Magnus.

—Pero yo escogí la tercera herida. Yo lo *elegí*. Necesito tiempo. Para redimirme, creo. He estado muerto durante tres años; necesito pensar en quién será Ragnor Fell cuando regrese a

la vida.

Magnus no dijo nada durante un rato mientras se encargaban de terminar el Portal.

—Pero, ¿volveré a saber de ti? Porque si no lo hago, asumiré simplemente que Shinyun te ha capturado otra vez e *iré a buscarte*.

—Solo tú puedes hacer que una promesa de rescate suene como una amenaza —gruñó Ragnor—. Pero sí, espero que tengas reuniones frecuentes con el nuevo yo.

—Bueno, algo es algo —dijo Magnus. Se calló por un momento—. No se lo dije a Catarina.

—¿Nada? —preguntó Ragnor.

—Nada. Pero eso no es justo. Se lo diré la próxima vez que la vea. A ella le importará muchísimo saber que te encuentras bien.

Ragnor se sorprendió, pero también lució feliz.

—¿En serio?

—Sí —respondió Magnus—. Idiota. Le importas, quizá más que a cualquiera. Quedan tan pocos de nosotros y... —Se calló. Un terrible pensamiento vino a su mente—. Ay, no —dijo—. ¿Volverás a usar ese estúpido alias otra vez?

—Primero que nada —le dijo Ragnor—, no escucharé la opinión de mis sobrenombres de alguien que pudo escoger cualquier nombre en el mundo y terminó llamándose «Magnus Bane». Y segundo, sí, *usaré* ese nombre.

—Ojalá no lo hicieras —se quejó Magnus.

—Es lo más apropiado —le dijo Ragnor y le guiñó un ojo—. Después de todo, ahora soy una Sombra de mi propio ser. *Shade*.

Magnus soltó un largo y profundo gruñido.

\* \* \*

DESPUÉS DE DESPEDIRSE DE RAGNOR y Tian, Alec y el resto cruzaron el Portal y salieron directo a una mañana fría y otoñal en Nueva York. Por desgracia, se encontraron dentro de un callejón cerca del Instituto y el lugar apestaba a basura.

—Ah —dijo Simon—, casa.

—Magnus —le dijo Jace—, ¿por qué no abriste un Portal directo al Instituto?

Una de las cosas que Alec comenzó a disfrutar tras comenzar a criar a un niño junto a su

novio, era lo adorable que parecía Magnus, el hombre más seguro de sí mismo y determinado que él conocía, cuando parecía inseguro e incómodo. Y tener a un bebé incrementó gratamente la frecuencia con la que Magnus se comportaba de esa manera insegura e incómoda.

Esta era una de esas veces. Alec quería rodearlo con sus brazos y besarlo, pero parecía un momento extraño para hacerlo.

—Es que, no quería despertar a Max —respondió Magnus, encogiéndose de hombros.

Una vez que entraron, encontraron a Max en un abrir y cerrar de ojos, estaba gateando felizmente en la alfombra del estudio de Maryse mientras ella y Kadir, y sorprendentemente también Catarina, lo vigilaban. En lugar de que Alec los saludara, terminó tirando todas sus cosas al suelo y corrió para levantar a Max del suelo y después lo abrazó con fuerza. Max estaba encantado, pero claramente confundido por el intenso afecto de Alec. Después de un momento se rindió y comenzó a reír y balbucear repleto de felicidad. Magnus se acercó y acarició la cabeza de Max con cariño, aunque algo distante.

Jace e Isabelle fueron a abrazar a Maryse; Simon y Clary comenzaron a platicar con Kadir y Catarina. Mientras cargaba a Max, Alec se apoyó contra Magnus, disfrutando el círculo que ellos tres formaban: ahí, rodeados por su familia y amigos. Muchas veces antes había arriesgado su vida y agradecía llegar a casa a salvo, pero esto era diferente. Era doloroso y hermoso y terrible y perfecto.

Un par de minutos después, Jace, Clary, Simon e Isabelle se despidieron para asearse; todos estaban cubiertos de tierra y lodo. Alec sabía que él tampoco se veía mejor, pero no le importaba, hacía rebotar a Max entre sus brazos mientras Magnus se llevaba a Catarina para hablar en privado. Alec supuso que le contaría sobre Ragnor: ellos fueron muy unidos durante siglos y ella necesitaría saber toda la historia, comenzando desde su muerte no tan cierta y el final que... era ese lugar desconocido en dónde él se refugiaría.

Por su parte, Maryse y Kadir se veían felices, por la razón de cuidar a Max y también porque regresaría con sus padres. Max también parecía bastante animado. Rebotaba contento en los brazos de Alec.

—¿Fue tan malo? —preguntó Alec, sonriendo.

—¡No! —exclamó Maryse—. Para nada. No era algo que no pudiera manejar.

—No puedo evitar notar —le dijo Alec—, que tu brazo está en un cabestrillo. Y —añadió en dirección a Kadir—, tú tienes dos ojos negros.

Kadir y Maryse intercambiaron una mirada y después volvieron a sonreír como si todo estuviera bien.

—No tuvo nada que ver con Max —respondió Maryse, suspirando ligeramente—. Fue un pequeño accidente, intentábamos colgar una pintura en un muro bastante alto.

—Ajá —dijo Alec—. ¿Así que no tuvo absolutamente nada que ver con Max?

—La mera suposición es ridícula —respondió Kadir con seriedad.

—Nos la pasamos genial mientras cuidamos de Max —le dijo Maryse firmemente—. Y no podemos esperar para volverlo a hacer.

—¡Hacer! —repitió Max. Alec le hizo cosquillas debajo de la barbilla.

—Hola, peque —dijo Clary. Jace y ella regresaron, cambiados y limpios. Su cabello rojizo resplandecía. Alec notó que Jace todavía llevaba su lanza que usó en Diyu; aparentemente se había encariñado con ella. Clary acarició el cabello azul de Max—. ¿No te metes en problemas?

—Baaf —afirmó Max. Jace y él chocaron sus manos.

—Es una grandiosa lanza, Jace —le dijo Kadir—. Aunque yo prefiero la *naginata*.

—Está bien —dijo Jace—. Mamá, Kadir. Clary y yo estuvimos hablando. Y creo... que estaré de acuerdo en dirigir el Instituto, pero solo si Clary lo hace conmigo. Los dos, juntos.

Maryse quedó maravillada.

—Creo que eso funcionará. —Luego miró a Alec—. ¿Tú lo convenciste?

Alec negó con la cabeza.

—Nop. Él lo decidió. ¿Ya les dijiste a Isabelle y Simon? —añadió en dirección a Jace.

Jace y Clary intercambiaron una mirada.

—Estábamos por ir a la habitación de Isabelle —respondió Jace con cautela—, pero parecían que estaban, eh, ocupados.

—Es mi hermana de quien hablas —dijo Alec—. No necesitaba saber eso. —Miró a su madre, quien estaba o pretendía estar, inmersa en una conversación junto a Kadir.

—Al menos no lo *escuchaste* —añadió Clary.

La boca de Jace se curvó en una de sus esquinas.

—Creo que Simon ya se dio cuenta que es mejor gastar el tiempo con las personas que amamos en lugar de lidiar con las incertidumbres de la vida.

—Dios santo —dijo Alec—, alejaré mi presencia y la de mi bebé de esta conversación.

Cruzó la habitación hasta llegar junto a Magnus que todavía parecía inmerso en su conversación con Catarina. Ella parecía sorprendida, pero logró sonreír cuando Alec se acercó, cargando a Max.

Max extendió sus brazos regordetes en dirección a Magnus.

—¡Ba! —gritó.

—Ah, toma —le dijo Alec—. Carga a este pequeñín durante un rato. —Se preparó para que Magnus lo tomara.

Magnus retrocedió y levantó ambas manos como si estuviera protegiendo algo.

—Yo, eh, es que yo...

—¿Qué? —dijo Alec—. ¿Qué sucede?

Magnus miró a su alrededor casi alarmado.

—Es solo que... hace poco era un monstruo. Y eso todavía me asusta. No quiero, ya sabes... lastimarlo. O algo así.

—Magnus —espetó Alec—. No eres un monstruo. Eres Magnus. Carga a tu hijo.

—Discúlpanos, Alec —le dijo Catarina y sujetó la mano de Magnus—. Te robaré a tu novio por un momento.

\* \* \*

CATARINA EMPUJÓ A MAGNUS EN UNA SILLA que estaba a mitad del pasillo. Todavía se sentía un poco mareado; ella tiró de él y lo arrastró lejos de Alec y Max con una fuerza repentina. Algunas veces olvidaba lo fuerte que era.

Ella lo miró fijamente.

—No hagas esto —le dijo.

—¿Qué?

—No empieces con este desprecio interno, «wah, wah soy un monstruo» etcétera. No es propio de ti.

Magnus titubeó.

—No viste a Shinyun. Estuve a nada de convertirme en un monstruo. Fue un enorme golpe de suerte que me salvaran.

Catarina lo miró, incrédula.

—Creí que fue por un plan ingeniosamente bien planeado y ejecutado de tu novio.

—Bueno, sí, pero su plan se basó en una suposición. No sabía si iba a funcionar. Todavía no estoy seguro si *funcionó*.

—Así que, de repente, después de cientos de años decidiste, ¿qué?, ¿que eres un peligro para las personas que amas? ¿Porque eres un brujo y los brujos tienen padres demoníacos? Sabes

que ya has pasado por eso y has salido adelante. No necesitas que te dé el discurso sobre cómo nos definimos por lo que hacemos y no por quien somos. Yo escuché ese discurso de tu propia boca. —La mirada de Catarina era compasiva pero Magnus pudo sentir su molestia colocada sobre sus hombros. En verdad se conocían desde hace mucho tiempo.

—Ahora es diferente —dijo Magnus. Se calló por un momento—. ¿Recuerdas el club de Shanghái? ¿En 1910?

Catarina asintió con lentitud.

—Fue justo después de que Ephraim falleciera.

—Te pregunté si criarlo había valido la pena —continuó Magnus—. Sacrificaste demasiado y él vivió una buena vida... sin embargo, murió al final.

—Ah —dijo Catarina con una pequeña sonrisa—. Es por eso que ahora es diferente.

Magnus asintió con timidez.

—Magnus, estás *rodeado* de personas que te aman. No dejé ir a Ephraim hasta que no estuve segura que también se encontraba rodeado de amor. Su vida duró hasta la madurez de la vejez, murió en su lecho rodeado por su familia... me sentí devastada cuando murió, pero también fue una victoria. Yo salvé a ese chico. Lo crié para que se convirtiera en un hombre. Él vivió y amó a otros. Y tuvo exactamente lo que quería que tuviera.

—Pero Max —comenzó a decir Magnus y Catarina lo calló con un ademán.

—Magnus, detesto sonar como Ragnor, pero a veces *eres* un idiota. Te estoy diciendo que haces lo correcto y lo haces bien. Las personas que amas, tu familia, estarán para salvarte cuando necesites que lo hagan. Y estarán ahí para salvar a Max, si él lo necesita. Tienes que confiar en ello. —Le dio una sonrisa burlona—. Literalmente fuiste tú quien *me enseñó* eso.

Magnus negó con la cabeza, se sentía abrumado.

—Tienes razón. A veces me es difícil recordarlo. Ahora me siento tan diferente, con Max. Mi responsabilidad con él es tan grande, es mayor a cualquier responsabilidad que alguna vez he tenido.

—¡Sip! —le dijo Catarina, cruzándose de brazos—. A eso se le conoce como «paternidad».

Magnus levantó ambas manos en señal de rendición.

—Bien —dijo—. Está bien. Tú ganas. Y ya que eres mi amiga más antigua, o una de ellas...

—Vas a pedirme un favor, ¿no es así? —dijo Catarina, resignada.

Magnus metió una mano dentro de su chaqueta destrozada y harapienta y sacó El Libro de lo Blanco.

—Lleva esto al Laberinto Espiral, por favor —le dijo—. Creo que he terminado de



protegerlo, por ahora.

\* \* \*

PARA ALEC SIEMPRE ERA RARO dejar el Instituto, despedirse de su madre, de Isabelle y Jace y... *volver a casa*. El Instituto fue su hogar por muchísimos años y ahora que se acostumbraba a que el departamento de Magnus fuera *su* departamento, todavía existían pequeños momentos, cuando se iba y donde Alec sentía algo extraño.

Al llegar a casa, Magnus llamó al Hotel Mansión en Shanghái e hizo que sus pertenencias se dejaran en el almacén, donde planeaba teletransportarlas a su hogar cuando los trabajadores del hotel no se dieran cuenta. Alec jugaba con Max, quien gateaba felizmente por toda la sala y disfrutaba el silencio de estar en casa. En ese momento, Magnus regresó y levantó a Max entre sus brazos, él protestó por un par de segundos y luego se rindió, tenía una radiante sonrisa en su boca y de inmediato, comenzó a chupar uno de los botones de Magnus.

—Son bonitos, ¿verdad? —le dijo Magnus.

—Sabes —dijo Alec—, siempre supe que nuestro trabajo era salvar el mundo, pero es más terrorífico ahora que Max está aquí.

—Disculpa —protestó Magnus—, quizá *tu* trabajo sea salvar el mundo. Mi trabajo es más difícil de explicar, pero una gran parte de él es lucir absolutamente genial.

—Ah —dijo Alec—, entonces cuando el mundo necesite ayuda, ¿no aparecerás y lo salvarás? Claro, eso suena como el Magnus que conozco. ¡Oye, Max! —añadió y Max dejó de masticar el botón por un momento para mirar a Alec—. ¿Ese es tu *bapak*? ¿Puedes decir *bapak*?

—Todavía no dice *bapak* —susurró Magnus—. No lo presiones.

—Es extraño —dijo Alec—. Es una vida extraña. Pero supongo que es la vida para la que estamos hechos. Y es la vida que escogimos.

—¡Bapa! —gritó Max con fuerza, moviendo un brazo. Detrás de él, una de las cortinas de la ventana comenzó a incendiarse en llamas. Alec suspiró, tomó un cojín del sillón y se acercó para apagar el fuego.

—Nuestro otro trabajo —mencionó Magnus—, es evitar que Max incendie el edificio entero hasta que sea mayor y controle su magia.

Alec sonrió.

—Después de enfrentar a Sammael, eso parece casi posible.

—Bpppft —añadió Max.

—¿*Bapak?* —repitió Alec.

Max frunció el ceño, como si se concentrara y después comenzó a morder el botón otra vez.

\* \* \*

MUCHO, PERO MUCHO TIEMPO DESPUÉS, cuando todo estaba oscuro y silencioso en su departamento y todos estaban en sus camas, Magnus despertó a causa de unos raros sueños. Con mucho cuidado, liberó su cuerpo del agarre del brazo de Alec y salió de la cama, se puso un suéter sobre su pijama de seda y caminó por el pasillo hasta llegar a la otra habitación.

Casi de inmediato, vio dos ojos muy azules mirándolo con detenimiento sobre el borde de la cuna. Sus ojitos escondidos le recordaron a Magnus sobre ese momento donde vio a un hipopótamo esperando y al acecho, escondido y con *sus* ojos sobresaliendo del agua.

Magnus se dirigió hacia la cuna.

—Oye, hola, peque —susurró—. Veo a alguien que no debería estar despierto.

Vio un creciente brillo en sus ojos azules, como si hubiera atrapado a Max con su mano dentro del bote de galletas pero esperaba tener a un segundo conspirador que irrumpiera e hiciera tratos para que ambos consiguieran las galletas deseadas. Cuando Magnus se acercó, Max levantó ambos brazos, era una demanda silenciosa para que lo cargara.

—¿Quién es un brujo malvado rompe reglas? —preguntó Magnus, obedeciendo su exigencia—. ¿Quién es mi bebé?

Max soltó un gritito de alegría.

Magnus cargó a su hijo más alto. Y lanzó a Max al aire usando un destello de luces azul iridiscente y lo vio reír, tan perfectamente feliz y tan perfectamente confiado de que, cuando cayera, su padre lo atraparía.

\* \* \*

EL SONIDO DE UNA CANCIÓN cantada entre susurros se entrometió en los sueños de Alec. Bien pudo arrullarse dentro de las sábanas de seda y dejarse caer una vez más en ese anhelante y cálido sueño, pero decidió levantarse a la superficie de la conciencia. Todavía estaba adormilado, pero la canción era dulce y hacía que anhelara presenciarla.

Cuando cruzó la puerta y se asomó a la habitación de Max, sintió la canción. Magnus usaba

ropa cómoda de su hogar. En realidad, llevaba uno de los suéteres de Alec, el de tela deslavada y gigante que se caía por el lado de uno de sus hombros delgados. Como con la mayoría de las prendas, Magnus hacía que luciera genial.

—*Nina bobo, ni ni bobo*—cantaba con su profunda y hermosa voz, era una canción de cuna indonesia, era más antigua que Magnus. Arrullaba a su hijo entre sus brazos. Max movía sus manos como si él dirigiera la canción, o como si atrapara a las luciérnagas brillantes y las luces mágicas color cobalto que flotaban por toda la habitación. Magnus le sonreía a Max, era una sonrisa pequeña, cariñosa e imposiblemente dulce, incluso mientras cantaba se podía notar.

Alec pretendía dejarlos solos y volver a la cama, pero Magnus detuvo su canción y le dirigió una mirada a Alec que decía que sabía que los estaba vigilando.

Alec se apoyó contra la puerta y apoyó su cabeza contra el marco de la misma.

—¿Ese es tu *bapak*?—le dijo a Max.

Después de pensarlo un poco, Max dijo:

—*Bapak*.

La mirada que Magnus le dio a Alec fue tan brillante como una moneda de oro, como si fuera hecha de las mismas prendas de una ceremonia de bodas de los nefilim y como la luz de la mañana que entraba por las ventanas de su hogar.

# EPÍLOGO

*Traducido y corregido por Samn*

EN UN LUGAR MÁS ALLÁ DE cualquier otro, los Príncipes del Infierno se reunieron.

Fue por una solicitud previa, los velos de cada mundo resonaron con el sonido de las voces de sus hermanos. Que fuera una solicitud y no una demanda, ya era de por sí sorprendente.

Unos vinieron por lealtad. Otros por curiosidad. Otros solo fueron porque sabían que si los otros iban, entonces ellos definitivamente tenían que ir.

—Sé que no hablamos demasiado —comenzó a decir Sammael.

Todos tomaron asiento y le prestaron atención. Eran un grupo variopinto, eso lo tenía que admitir, desde Belial —con su apariencia que casi nunca cambiaba; un atractivo hombre de cabello plateado—, hasta Leviatán, que parecía más una serpiente verduzca, con lustrosos brazos y escamas que bien podrían parecerse más a unos tentáculos circundantes.

—Sé que normalmente cada uno va por su lado —continuó Sammael—. Solo vemos a uno que otro cuando peleamos, por territorio o poder. Así siempre ha sido, desde el inicio de los tiempos.

Así seguía siendo hoy en día. Belfegor y Belial se ignoraban mutuamente y por completo desde que llegaron, ambos se negaban a aceptar la existencia del otro. Leviatán y Mammón decidieron sentarse en la misma silla, los dos discutían que era la única silla presente cósmicamente enorme y por ello, al ser los príncipes más grandes, solo uno de ellos la merecía más que el otro.

Sammael consideró explicarles que la silla solo era una construcción metafísica y que simplemente podrían existir dos sillas en forma de una, ya que se encontraban en un lugar más allá de cualquier otro lugar y todo eso. Pero no quería meterse.

Asmodeus era el más fuerte de todos, sin duda alguna, sin embargo mantenía su lealtad a Sammael. Para suerte del demonio. Cuando le hizo una reverencia con su cabeza reconociendo la superioridad de Sammael, los otros lo notaron y Sammael supo que no tendría demasiados problemas con los demás.

—Si así es la forma en que las cosas siempre han sido, entonces es la forma en que se supone que deben ser —dijo Astaroth. Los demás asintieron.

—Últimamente —mencionó Sammael—, como seguramente varios de ustedes ya saben, el amor de mi vida, la gran Madre de los Demonios, Lilith, fue asesinada por unos humanos en la Tierra. Eso *me destruyó* —continuó con un tono filoso en su voz—. Estuve de luto con tanto dolor para hacer que las estrellas colapsaran.

Azazel puso los ojos en blanco.

—¡Te vi, Azazel! —espetó Sammael—. Puede que ninguno de ustedes lo entienda, porque creen que el amor discrepa con los propósitos que tienen los reinos demoníacos. Pero estoy aquí para decirles que están equivocados —les dijo—. Lilith fue la mayor de mis fuerzas —afirmó, atragantándose ligeramente—. Y solo lo comprendí cuando se fue, ahora siento que he perdido una parte de mí.

Hubo un ligero silencio.

—Sammael, nos reuniste a todos, interrumpiste nuestras actividades por el universo entero, ¿solo para decirnos que *el amor es real*? —preguntó Belial.

—No —respondió—. Bueno, sí. El amor *es* real, así que si pueden llevarse algún aprendizaje de eso, entonces ahí lo tienen. Pero no, tengo razones más específicas para reunirlos a todos.

»Recientemente —continuó—, tuve unos extraños encuentros con unos humanos, brujos y nefilim, en las cortes fracturadas del reino de Diyu.

—¿Diyu? —rugió Mammón—. ¿El antiguo hogar de Yanluo? Organizamos varias fiestas ahí.

—Sí —le dijo Sammael—, y deberías ver su estado actual. *No. Es. Bueno.* —Les dio una mirada significativa—. Pero eso llevaba a la importancia de mi punto. Todos mis planes formados allá terminaron en ruinas.

—Entonces nos reuniste aquí —comenzó a decir Belial, con su dicción tan elegante como siempre—, ¿para decirnos que el amor es real y que eres terrible en tu trabajo?

Sammael lo ignoró.

—Si fallé no fue porque carezca de poder y tampoco fue porque el reino Diyu fuera incapaz de servirme. Fallé porque no contaba con el poder que un grupo puede brindar, cuando trabajan unidos y cuidan las espaldas del otro.

Los Príncipes del Infierno intercambiaron miradas desconcertadas.

—En realidad lo encontré algo inspirador —admitió Sammael—. Así que he venido a ustedes con una propuesta, queridos hermanos.

»Por mucho tiempo hemos trabajado solos. Si realmente queremos cumplir nuestros objetivos más ambiciosos, debemos reconocer que somos más iguales que distintos. Tenemos que hacer a un lado nuestras antiguas diferencias, hay que olvidarlas y unir fuerzas.

Asmodeus quedó anonadado.

—Te refieres a...

—*Sí*—afirmó Sammael—. Quiero hablarles de Lucifer.

**CONTINÚA LEYENDO...**

## **DONDE COMIENZAN LOS SUEÑOS**

UNA HISTORIA EXTRA PROTAGONIZADA POR TESSA Y JEM

*Traducido y corregido por Samn*

MAGNUS BANE ESTABA PLANEANDO UNA CONSPIRACIÓN.

Incluso para un observador profesional, el Gran Brujo de Brooklyn no parecería que estuviera haciendo absolutamente nada. Primero que nada, estaba usando una pijama morada de seda. Además, estaba en su cama, acostado sobre una pila de almohadas con un libro de hechizos sobre su regazo.

Junto a él, Alec Lightwood estaba desparramado en el lado de su cama, profundamente dormido. Unas horas antes de ese mismo día, Alec había llevado a su hijo, Max, al Jardín Botánico de Brooklyn. Fue a petición de Magnus: quería que Max tuviera la enorme oportunidad de quedar completamente exhausto antes de su hora de dormir. Y funcionó casi a la perfección. Max se hizo amigo rápidamente de una pequeña licántropa llamada Eliza y los dos anduvieron divirtiéndose por los jardines por casi tres horas seguidas, Max se la pasó gateando mientras que Eliza corría, aunque se tambaleaba al mismo tiempo. La madre de Eliza se sorprendió notablemente cuando vio a Max flotar por primera vez. Por suerte, usaba un glamour, así que solo ella y Alec lo notaron.

A pesar de no contar con muchas palabras en su vocabulario, Eliza claramente quería flotar de la misma forma que Max lo hacía. Y gracias al cielo, Max todavía no contaba con la habilidad de hacer su sueño realidad. Alec y Max regresaron a casa felices, repletos de tierra y lo mejor de todo, exhaustos. Magnus en verdad quería que todos durmieran bien toda la noche.

Magnus se removió y miró al otro lado de la habitación hacia el reloj que estaba sobre el tocador, era un horrible objeto rodeado de niñitos angelicales que Ragnor le había regalado hacía años. La habitación solo estaba iluminada por una vela que alumbraba con una llama azul en la mesita que estaba junto a él, pero pudo descifrar bien los números. Era la una de la mañana con cuarenta y cinco minutos. Supuso que esa hora ya era suficientemente tarde.

Y que incluso los cazadores de sombras y subterráneos de la costa oeste ya estarían bien dormidos. Sin embargo, ya le había dicho a Catarina, Jem y Tessa que estuvieran pendientes, por otro lado, los chicos Blackthorn y Emma Carstairs, ¡eran niños! Ni siquiera eran bebés, con esa extraña y errática relación que ellos tenían con el sueño. Seguramente estarían dormidos ahora mismo, exhaustos por andarse correteando por la playa o lo que fuera que los residentes del Instituto de Los Angeles hicieran todo el día. Sí, ya era hora.

Se acurrucó entre sus cobijas, Magnus miró con cariño a Alec mientras dormía, su cabello negro era como tinta negra derramada en las fundas de color marfil de las almohadas. Cerró su libro y lo dejó en la mesita. Dentro de su mente, extendió su agarre en busca de un lugar especial donde resguardaba su magia muy dentro de sí, era un contenedor burbuja. Habían pasado dos semanas desde que fue liberado del control del Svefnthorn y a pesar de que las marcas en su piel ya se habían desvanecido, sus dientes habían vuelto a su tamaño original y el exceso de magia del artefacto abandonaron su organismo, esa reserva de magia conservaba un poco de ella.

Al principio, Magnus consideró preservarla como una póliza de seguro. Como ese toque de magia extra con el cual ir por la vida sin más y usarla cuando el tiempo fuera necesario, especialmente cuando la magia era tan potente y Magnus estaba muy seguro que él y Alec, y el resto de sus amigos se enfrentarían a más peligros los siguientes años. Después de todo, ese era su trabajo. Pero aferrarse a esa magia solo por el temor de pensar en los próximos peligros que vendrían no se sentía bien.

Era como permitirle a los demonios tener una pequeña victoria, caer directo a sus escamosas manos demoníacas. No, en su lugar prefirió usar ese poder de una manera en que no se relacionara con demonios en absoluto: para crear felicidad.

Magnus cerró sus ojos. La oniromancia, el estudio y la práctica mágica de los sueños, nunca fue una de sus especialidades. Pero con el toque de poder extra del Svefnthorn se sentía un poquito confiado en poder lograr esta pequeña hazaña, incluso si le resultaba compleja. Para él, la parte más difícil sería mantenerse en ese estado somnoliento entre el sueño y la consciencia para crear el hechizo. Se recostó en sus almohadas, permitiendo que sus pestañas volvieran a cerrarse por un momento...

\* \* \*

CUANDO MAGNUS VOLVIÓ A ABRIR SUS OJOS, se encontraba en medio del Puente de Blackfriars, el paisaje de Londres se expandía a su alrededor en todas direcciones.

Tomó una larga respiración con el aroma del río surcando en el aire. El cielo era de un tono violeta oscuro, el sol apenas comenzaba a salir. No había tráfico, lo cual era una clara ventaja al



organizar una fiesta en un puente literalmente de ensueño que en el verdadero lugar. Se sentía una cálida brisa en el aire y el Támesis bailó con ella, era plateado a la luz del amanecer. ¿Alguna vez llegó a notar el viento en alguno de sus sueños? Magnus no estaba seguro. Admiró la vista desde el puente... parecía ser el lugar indicado, aunque no había estado aquí desde hacía un par de décadas. Quizá alguna fea construcción llegó a socavar Londres desde entonces, ¿pero quién lo culparía por no darse cuenta de eso?

—¡Magnus!

Se dio vuelta y vio a dos personas apresurándose hacia él. Era Tessa y Jem, los dos usaban lo que Magnus supuso que serían sus pijamas. La de Tessa era gris y con conejitos blancos. La de Jem era a cuadros; verde jade y azul marino. Ambos iban descalzos, pero eso no importaba mientras estuvieran en un puente de ensueño. Comenzó a sonreír cuando los tuvo más cerca y pudo ver que los dos tenían miradas de incredulidad en sus rostros, pero no paraban de reír.

Tessa se abalanzó sobre él, haciendo que se tambaleara un poco. Se impresionó ante cuán firme y real se sentía.

—¡Funcional! —exclamó, maravillada.

—Una disciplina inexplorada siempre vale la pena ser explorada —le dijo Magnus, apartándose—. Puede que esté algo oxidado para comenzar a comprender la oniromancia, pero planeo compensar mi tardanza de una buena vez, en este instante. ¿Eso es lo que piensan usar en su boda?

—No es lo tradicional, pero tampoco lo fue el vestido amarillo de algodón que usé en el juzgado para mi boda. Y amo a los conejitos —le dijo Tessa—. No tengo problema si Jem no lo tiene.

—Me casaría contigo incluso si usaras un barril —respondió Jem.

—¿Pero por qué *usaría* un barril? —preguntó Tessa. Ambos se lanzaban sonrisas estúpidas sin parar. Magnus decidió que tenía que hacer algo, aunque no estaba seguro de cuánto podría soportar su magia.

—¡A mí no me parece! —exclamó él—. Si voy a organizarles una boda de ensueño, deben estar bien vestidos para la ocasión. Está en mi contrato. Espero que hayan leído las letras pequeñas.

Chasqueó sus dedos y la pijama de Jem fue reemplazada por un exquisito traje negro con un corte a la medida. Magnus apostó por algo que representara el traje de cazador de sombras que Jem llegó a usar hace mucho tiempo, en los primeros años en que conoció a Tessa, las runas de matrimonio estaban bordadas elaboradamente en las solapas brillando en hilo dorado. Jem se maravilló ante el encaje perfecto y Magnus se volvió hacia Tessa.

—Ya sé —le dijo—, que un vestido de bodas es una elección sumamente personal. Pero como nuestros invitados llegarán en cualquier momento y el tiempo es esencial, voy a dar un golpe de suerte.

—Tienes todo mi permiso —respondió Tessa.

Magnus volvió a chasquear sus dedos y de un momento a otro Tessa usaba un precioso vestido sin mangas color plata perlado con un enorme faldón que a Magnus le recordó a la primera vez que la conoció, en un baile de vampiros. Un par de chasquidos después y el cabello de Tessa se recogió en un bello intrincado rizado, con un par de mechones sueltos a cada lado de su cara. En un último movimiento, el pendiente familiar de jade de Tessa apareció en su cuello... al igual que el brazalete de perlas que siempre usaba, fue un regalo de Will cuando cumplieron treinta años de casados.

Tessa quedó anonadada, alzó una mano para tocar su cabello y luego acarició su vestido.

—¿Cómo me veo?

Jem se veía increíblemente joven otra vez mientras la miraba, sus ojos estaban repletos de emociones.

—*Ni hen piao liang* —susurró. «Eres bellísima».

Magnus apartó la mirada para darles un momento... y sintió que unos brazos familiares lo rodeaban.

Alec besó a Magnus en la coronilla de su cabeza, al ser un poquito más bajo que Magnus, tuvo que tirar un poco del brujo para poder hacerlo, lo cual no le importaba a Magnus en absoluto.

—Eres un maldito sentimentalista y no puedes ocultarlo —le dijo Alec en su oído.

Pero sintió su sonrisa contra su rostro mientras se giró para saludar a Tessa y Jem con el objetivo de felicitarlos. Ambos lucieron maravillados al verlo.

—Bueno, dejen ver si lo entiendo —les dijo Alec—. Tessa, Jem, tú y yo, vamos a recordarlo todo perfectamente. Pero los otros invitados van a recordarlo al inicio, pero luego lo olvidarán, de la misma forma en que los sueños se desvanecen.

—Es correcto. No lo recordarán de la misma manera que nosotros pero sus almas estarán presentes y se sentirán felices. Bueno, la mayoría de ellos lo estarán —le dijo Magnus.

—¿A qué te refieres con «la mayoría»? —le preguntó Jem con nerviosismo.

—Bueno, no sé cómo se sentirá Iglesia sobre todo esto.

—¡Iglesia! —exclamaron Alec y Jem al unísono, girándose para ver al enfadado gato persa

contoneándose hacia ellos en medio del puente.

Tessa soltó una carcajada.

—Bueno, parece que duerme veinte horas al día. Supongo que no debería sorprendernos.

—Tomé la libertad de añadirlo a la lista de invitados que me dieron —explicó Magnus—. Intento caerle bien.

—¿Por qué? —preguntó Alec con una mirada incrédula—. ¡Es un *gato*!

—Para que no me odie por el resto de sus días por hacer esto. —Magnus chasqueó sus dedos y un lazo fabricado de la misma tela del vestido de Tessa apareció alrededor del cuello de Iglesia. Los ojos de Iglesia se ampliaron por un momento. Después se sentó y luego de un momento, se concentró en lamer su pata frontal.

»Ahora —prosiguió Magnus—, solo debo decorar este puente.

—Pero está decorado a la perfección —respondió una voz a sus espaldas. Al darse vuelta, vio a Clary, que estaba cargando a Max. Junto a ella estaba Jace, seguido por Isabelle y Simon, quienes iban tomados de la mano y hablaban entre susurros conspiratorios. Jocelyn y Luke también estaban ahí, luciendo un poco desaliñados y Magnus recordó que estaban remodelando un establo en la granja de Luke para que Jocelyn pudiera expandir su estudio de arte. Ragnor y Catarina también aparecieron, al igual que un montón de niños: el clan de los Blackthorn. Julian, Helen, Tiberius, Livia, Drusilla y Octavian. Emma Carstairs estaba con ellos, pero se apartó de ellos en el instante en que aparecieron, corriendo a abrazar a Clary. Magnus notó algo divertido que tenían la misma estatura. Max escapó de Clary y ahora estaba sobre los hombros de Alec, balbuceando una historia a Helen Blackthorn y a su esposa, Aline. Se veían divertidísimas, aunque era imposible que entendieran una sola cosa de lo que decía.

Maryse y Kadir también se presentaron, y se metieron en una profunda conversación con Jocelyn y Luke. Kadir no estaba en la lista de invitados que Jem y Tessa le dieron a Magnus porque realmente no lo conocían, pero Magnus le dio una invitación extra a Maryse. No hacía daño ser amable con el novio de la madre de tu novio, especialmente cuando ella estaba dispuesta a cuidar a tu hijo por varios días.

Un par de Hermanos Silenciosos aparecieron: ¿Enoch? ¿Shadrach? Magnus se sintió un poco avergonzado al tener que admitir que para él, todos se parecían; ahora que Jem no formaba parte de su grupo como el Hermano Zachariah. Magnus no estaba seguro si los gregorianos<sup>1</sup> serían capaces de venir, ya que ninguno solía dormir muy a menudo. Uno de ellos... ¿Enoch?, inclinó su cabeza encapuchada en dirección a Magnus, reconociendo sinceramente que esta

---

1 NT: También conocidos como «jurisconsultos» o «juristas» son personas que estudian o se desempeñan en la jurisprudencia (teoría de la ley), la filosofía del derecho, los escritos legales o profesionistas académicos. Como dato curioso, ningún gregoriano o jurista se llama a sí mismo de esa manera, es un término de reconocimiento y distinción que la comunidad jurídica brinda a otros pertenecientes.

locura que estaba haciendo valía la pena. Al menos, así fue como Magnus decidió interpretar el gesto.

Octavian trepaba sobre Jace como si fuera un gimnasio enmarañado. Clary hablaba con Julian y Emma, mientras que Tiberius se mantenía junto a su hermano mayor, mirando todo Londres con sus feroces ojos grises repletos de curiosidad. Livia y Drusilla estaban sujetas a la barandilla del puente, Livia platicaba animadamente con Simon e Isabelle, Drusilla miraba a su alrededor con timidez. Catarina fue con ella y se recargó a su lado para preguntarle algo. Magnus miró al grupo reunido con ropas multicolores. La mayoría vestía de forma casual, aunque las pijamas dominaban sobre todas las prendas. Magnus hizo dos gestos con su mano y en un parpadeo, todos vistieron trajes y vestidos muy formales. Oniromancia, ¡quién lo diría!

Una mano apretó su brazo. Era Tessa, que parecía estar a punto de llorar.

—Magnus. No puedo creer que hagas esto por nosotros. Yo... —Casi soltó un sollozo al no encontrar las palabras adecuadas para describir lo que sentía.

Magnus la miró con cariño.

—Tessa, las bodas de ensueño que la mayoría de las personas imaginan no es literalmente una boda de ensueño. Pero como la tuya lo es, me alegra organizarla. ¿Podemos continuar con la función?

Jem y Tessa tomaron sus lugares a cada lado de Magnus, y sus invitados los rodearon por todas partes. El sol se alzaba sobre el horizonte, formando cálidos rayos de luz entre las sombras de los invitados de la boda.

—Amigos míos —Magnus se dirigió a Jem y Tessa—, estamos honrados por compartir este momento con ustedes y es un doble honor para mí, tener la oportunidad de hablar en este momento. Hace cientos de años me emborraché y desperté siendo un ministro ordenado<sup>2</sup>. Hoy me he dado cuenta que hacerlo fue una sabia decisión, después de todo.

Jocelyn soltó una pequeña risotada y luego se sintió avergonzada. Luke le regaló una sonrisa.

—Dejando a un lado los chistes, es imposible estar de pie entre ustedes y no sentir que existe un plan más grande sucediendo en este momento, que una fuerza superior ha unido a estas dos almas por más de un siglo para que finalmente sean una sola.

Los ojos de Clary comenzaron a brillar. Jace metió una mano en su bolsillo y le ofreció algo parecido a un pañuelo pero se veía más como una tela suave para pulir espadas. Le ofreció una sonrisa molesta pero se limpió sus lágrimas en él.

—Me debatí en qué costumbres tenía que seguir para officiar esta boda —prosiguió

---

2 NT: Estos ministros realizan ritos de iglesia y sacramentos, como bautizos, matrimonios legales y funerales.

Magnus—. Si debía ser una ceremonia para cazadores de sombras, una ceremonia para brujos o incluso una ceremonia para mundanos, ya que, gracias a ambos, muchísimos mundos se han unido. Pero ninguna de estas tradiciones parecen encajar adecuadamente. Así que he intentado formar una ceremonia que honre sus caminos extraordinarios.

Magnus le dio un asentimiento a Jem, quien metió una mano en su bolsillo y sacó un anillo de oro. Jem solo pidió que se grabara una sola palabra en la parte externa del anillo: «*Mizpah*<sup>3</sup>».

—Se dice —explicó Magnus—, que cuando dos personas se vuelven una, la parte más íntima de sus corazones será inseparable y ambos romperán la fuerza del hierro y del bronce. Theresa Gray, ¿eres una con James Carstairs dentro de tu inseparable e íntimo corazón?

Los ojos de Tessa eran enormes, su rostro se mantuvo serio mientras miraba a Jem.

—Lo soy —respondió, ofreciéndole su mano. Él deslizó el anillo en su dedo.

Entonces Magnus le dio un asentimiento a Tessa, quien después sacó otro anillo, este apareció de la nada flotando en el aire. Magnus calmó su sonrisa que amenazaba con quebrar su expresión de apropiada serenidad. Le maravillaba que Tessa pudiera controlar una pequeña porción de oniromancia por su cuenta y Jem se veía igual de encantado a como Magnus se sentía. El anillo era el gemelo exacto al primero y él sabía lo que decía: «Que el Ángel nos guarde a ti y a mí cuando nos apartemos el uno del otro».

—James Carstairs, Ke Jian Ming, ¿eres uno con Theresa Gray dentro de tu inseparable e íntimo corazón?

—Lo soy —respondió Jem, su felicidad era innegable dentro de sus oscuros ojos. Tessa le puso su anillo y ambos se quedaron inmóviles por un momento, tomándose de las manos y sonriéndose al unísono como si no pudieran creer que esto estaba sucediendo.

—Por lo que mi convicción es indudable —dijo Magnus, y Jem y Tessa volvieron sus miradas hacia él, reconociendo una parte de la antigua ceremonia de bodas de los cazadores de sombras, aunque alteró sus palabras—, de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los demonios, ni los principados, ni las potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura, será capaz de separar a estos dos. —Extendió ambos brazos—. Por ello, me regocija declarar este matrimonio consagrado, aquí en presencia de sus amigos y familia, Tessa Gray y Jem Carstairs, ahora están casados y el mundo es mejor a causa de ello. Pueden besarse, aunque no es como si necesitaran mi permiso.

El grupo reunido comenzó a vitorear mientras Jem y Tessa se besaron y fue un beso

---

3 NT: Palabra mencionada por primera vez en la biblia en el libro de Génesis, en el sentido literal de la palabra es una «torre de vigilancia». Sin embargo, es la misma palabra la que representa el significado del anillo de Tessa dentro del libro bíblico; ciertas traducciones dicen que *Mizpah* quiere decir «El señor observa entre tú y yo, cuando estamos ausentes el uno del otro» o «Que el Señor vele por nosotros mientras estemos separados uno del otro». Con el paso del tiempo, se ha convertido en un símbolo de afecto, confianza y de los valores humanos, siendo una expresión de protección y amor. Suele grabarse sobre lugares importantes o amuletos protectores para las personas que lo den.

que ambos habían prolongado por bastante tiempo. El beso prosiguió y Magnus retrocedió lentamente, uniéndose a la vivaz audiencia.

—Démosles un momento —les dijo y el parloteo feliz comenzó a formarse a su alrededor.

Magnus notó que Alec se veía muy sexy en su traje Armani mientras se reía junto a Maryse. Ragnor y Catarina se estaban riendo por algo, estaba contento por estar reunido junto a el otro brujo ahora que ya no tenía que pretender su muerte... o al menos, no tenía que pretender con *ellos*. Clary rodeaba los hombros de Emma con su brazo y Jace estaba peleando con Simon sobre cuál era la forma apropiada de atar una corbata.

Tiberius y Drusilla miraban esa discusión como si fuera una competencia de tenis. Julian levantó a Octavian para que pudiera mirar al río que fluía por debajo de ellos. Isabelle bromeaba junto a Livia, quien cargaba a Max de caballito. Era una milagrosa y grandiosa boda.

Allí estaban todos, sus amigos. Literalmente lo acompañaron al Infierno dos veces. Se dio cuenta lo mucho que las cosas habían cambiado. Al inicio su vida se sintió como si fuera una lucha de Magnus contra el mundo. Y luego por años y años fueron Magnus, Catarina y Ragnor contra el mundo. Ahora estas personas eran un grupo más grande, uno que se extendía a tramos tan extensos que en lugar de ser solo Magnus y sus amigos contra el mundo, se sentía como Magnus y sus amigos, *aparte* del mundo. Y probablemente era la mejor parte del mundo.

Ese era un buen sentimiento.

—¡Miren! —exclamó la voz de una niña. Era Drusilla, que señalaba el cielo, sus ojos estaban abiertos de par en par con asombro. Se escuchó un jadeo colectivo de la multitud cuando todos vieron lo que vio.

Dos figuras volaban sobre ellos, cabalgando un corcel albino casi transparente con dos pezuñas doradas y dos plateadas. Uno de ellos era un chico rubio que usaba prendas rasgadas, miró hacia abajo y saludó a los Blacktohrn. La figura frente a él era más difícil de describir: por su ropa, parecía ser de los rangos más altos entre las hadas aunque también estaban rasgadas y también se veía transparente como el caballo. Magnus supuso, maravillado, que el chico rubio debía ser Mark Blackthorn. Él «invitó» a toda la familia, no sabía si los de Cacería Salvaje podrían entrar dentro de un hechizo de ensueño. Ahora tenía su respuesta, pero venía con otro misterio. ¿Quién era su acompañante, tan cercano a Mark que aparecieron juntos en un sueño?

Los jinetes formaron un círculo sobre ellos, mientras los Blackthorn vitoreaban y saludaban, y Mark los saludaba de regreso, dándoles una rara sonrisa. Y luego desapareció en el aire de la mañana.

Magnus notó aliviado que Jace, Clary, Simon, Isabelle y Alec rodearon a todos los niños Blackthorn y les dieron una oportunidad de hablar sobre lo que acababan de ver... a su hermano raptado, que les había dado una corta visita.

Él apartó la mirada y notó a Tessa y Jem todavía de pie junto a la barandilla del puente. Vio un resplandor junto a ellos, en el borde del río y el cabello en la nuca de Magnus se erizó.

Sabía que Will Herondale nunca acechó el mundo mortal, porque vivió y murió felizmente y nunca tuvo asuntos inconclusos entre los vivos. A pesar de que Magnus no se adhería a ninguna creencia en particular sobre la reencarnación y la vida después de la muerte, siempre tuvo ese enorme presentimiento de que Will estaba esperando en la otra orilla de un oscuro río... ya fuera Lete o alguna otra frontera entre los vivos y los muertos. Estaría sentado en el pasto verde, con el cielo sobre él del mismo color azul oscuro que sus ojos, así estaría esperando pacientemente por Jem y Tessa, a que se unieran a él y los guiaría de la mano hacia cualquier maravilla que los esperara más allá del velo.

Los filósofos de la antigua Grecia creían que el acto de dormir y los sueños eran los gemelos de la muerte: Morfeo y Hades, de pie a un lado del otro. Y ahí, en ese lugar, a Magnus no le habría sorprendido si Will hubiera extendido su mano a las personas que más amó en su vida... a Jem y a Tessa.

Después de todo, era un Herondale demasiado testarudo.

Alec se abrió paso junto a Magnus, abandonado a los Blackthorn en las confiables manos de sus hermanos y sus padres. Los niños parecieron tomar la aparición de Mark como un regalo de bodas creado especialmente para ellos.

Alec unió su brazo alrededor de la cintura de Magnus y lo acercó hacia sí, besándolo en la coronilla de la cabeza.

—Fue muy gentil de tu parte usar la última pizca de tu magia del Svefnthorn en esto —le dijo.

Magnus se apoyó en Alec.

—Bueno, no era suficiente magia para enviarnos a la luna o para obtener lugares en primera fila para la pasarela de Alexander McQueen. Así que, solo pensé en la siguiente mejor cosa que podía hacer.

Alec le sonrió con cariño.

—En realidad, sé que lo hiciste porque eres una persona increíblemente bondadosa y esa es una de las muchas cosas que amo de ti.

—Oh, amor —dijo Magnus, volviéndose hacia él para enfrentarlo—. Conoces todos mis secretos.

Y después se besaron, y se siguieron besando en un sueño mágico que se convirtió en algo tan perfecto como el mismo beso que fue al despertar en el mundo real.

# UNA ESCENA EXTRA PROTAGONIZADA POR

MAGNUS, ALEC Y SIMON...

*Traducido por Annie  
Corregido por Samn*

HOY, MAGNUS Y ALEC LUCHABAN LA ÚLTIMA BATALLA de una guerra en curso, una guerra que cada semana arrasaba a su vecindario. Los frutos de sus victorias eran dulces, la derrota brutal.

El campo de batalla era el brunch dominical en Williamsburg.

Alec regresó con el grupo que esperaba amontonado en la acera con rostros sombríos. Magnus cargaba a Max, su mirada era cautelosa. Por la expresión que sus amigos pudieron leer en Alec, supieron que las noticias eran malas. No había punto en disfrazar la verdad. Dejó que su mirada vagara sobre sus caras esperanzadas: de su *parabatai*, la novia de su *parabatai*, el amor de su vida y su hijito. Le rompía el corazón decirles.

—Una hora y media —dijo.

—¿Una *hora*? —repitió Clary, horrorizada—. ¿Para una *mesa*?

—Y media. —Alec apretó la mandíbula—. Creo que deberíamos salir. Simon ni siquiera está aquí todavía.

Clary miró preocupada el patio atestado del restaurante.

—Ha querido almorzar en Old Filthy Joe's por meses —dijo con firmeza—. y es su celebración.

Simon se había graduado de la Academia de Cazadores de Sombras hacía solo unas cuantas semanas, un logro que vino junto a una terrible tragedia. Después de que el mejor amigo de Simon de la escuela, George Lovelace, muriera durante el ritual de Ascensión, nadie se había sentido con muchos ánimos de celebrar. Pero ahora que había pasado un poco de tiempo, Clary determinó firmemente que Simon merecía un momento para sentirse orgulloso de lo que logró. Y Alec y Magnus nunca negaban una invitación a un brunch.



—De lo contrario, no saldríamos de casa —dijo Magnus, negando con la cabeza—. Solo nos quedamos arrullando a Max todo el día.

Ahora estaban parados en la acera formando un círculo. El día estaba un poco nublado y Alec había estado soñando con acomodarse en una mesa acogedora y beber taza tras taza de café con sus amigos. Tal vez incluso pediría unos huevos.

Los clientes del patio reían y hacían pequeños bailecitos entre su resplandeciente banquete. Alec los odiaba.

—Es muy elegante —dijo Jace, dudoso.

—Sí, ¿por qué? —le preguntó Clary a Magnus—. Pensé que Williamsburg era más, ya sabes, galerías de arte ilegales en fábricas abandonadas. Pensé que por eso vivías aquí.

—Cuando eran pequeños era algo parecido —dijo Magnus, sonriendo burlesco—. Ahora son más rascacielos y panaderías artesanales para perros.

—¿Los perros *dirigen* las panaderías? —preguntó Alec justo cuando su teléfono vibró. Magnus le regaló una sonrisa deslumbrante. Max miró a su alrededor, como si tratara de entender el chiste.

Alec se alejó unos pasos del grupo en la acera de manera educada antes de contestar; era Maia.

—Una hora y media —le dijo.

Maia rio.

—Sí, eso es lo que creímos. Bat y yo conseguimos una cabina gigante en la terraza de Maggie's, todos deberían venir.

—Estamos esperando a Simon e Isabelle... —comenzó a decir Alec.

—¡Sorpresa! ¡*Secuestré* a Simon e Isabelle! —lo interrumpió Maia, claramente orgullosa de sí misma—. Ellos ya están *aquí*. Incluso están bebiendo *mimosas*. Digan hola, niños.

—Oye. —La voz de Isabelle llegó desde lejos—. Las mimosas son ilimitadas con la compra de un brunch.

—¡Solo quiero verlos, chicos! —gritó Simon—. No trabajamos de nueve a cinco, podemos ir al Old Filthy Joe's a almorzar un martes o algo así. Vengan aquí. Comeremos nuestro peso en pierogis.

—Te recuerdo que tenemos a un bebé con nosotros —añadió Alec.

—Lo supusimos —respondió Maia—. El personal dice que sus mimosas también son ilimitadas, pero necesitará llevar su propio biberón.

—¡Maia! —espetó Alec, escandalizado—. ¿Apareció Lily?

—Alec —le dijo Maia con paciencia en su voz—. Los vampiros no comen *brunch*.

—¿Por qué no? —preguntó Alec—. El brunch es genial.

—Ah, ya sabes, es muy caro —gritó Simon.

—Ellos no comen comida —dijo Maia—. Y es de día. Trae a tu gente aquí, Alec, Maggie's quiere que ordenemos. Nos están vigilando. Sí, estoy hablando de ti —añadió en dirección a algún desconocido del restaurante.

—Pidan otra mimosa —sugirió y colgó.

Se reincorporó al círculo mientras Clary les contaba algo.

—Creo que *Magnus* debería ser el que seduzca al maître d'. En definitiva, es el seductor más experimentado.

—Pero yo tengo un carisma radiante —protestó Jace.

—Y yo tengo un bebé —añadió Magnus—. Es un pequeño impedimento para el aspirante a seductor.

—Nadie seducirá a nadie —dijo Alec con firmeza—. El resto del grupo está en Maggie's. Simon está ahí —agregó rápidamente antes de que pudieran objetar—. Y quiere que vayamos con él.

Maggie's era uno de los lugares favoritos de Magnus, una cafetería polaca que seguía en la misma esquina de Greenpoint tras cuarenta años y de alguna manera sobrevivía a ola tras ola de cambios. Una vez que Alec y sus amigos comenzaron a pasar tiempo con Magnus, también se había convertido en uno de sus lugares favoritos. Era una cafetería horrible de una forma que, a la vez, era acogedora y definitivamente asquerosa.

Fue una caminata de diez minutos, en ese tiempo Alec le preguntó a Magnus si quería que él llevara a Max. Magnus fingió ofenderse.

—Puede que no pase el tiempo haciendo ejercicio como tú —le dijo—, pero puedo caminar por mi vecindario a pie con un bebé.

—Magnus —le dijo Alec—, déjame reformularlo. Me gustaría cargar a Max por un rato.

—¡Ah! —exclamó Magnus—. Bueno, en *ese caso*...

Un segundo después, Max se despegó de Magnus y se sujetó a Alec, y siguieron de camino a Maggie's. Maia les había conseguido una de las enormes cabinas de la terraza, que estaba en un entresuelo y daba al resto del comedor. Fácilmente podían caber los nueve.

—Así que, explíquenme —dijo Jace mientras se acomodaban en el lugar—, este ritual mundano conocido como «brunch».

—Permíteme —respondió Magnus, estirándose un poco ahora que ya no estaba sujeto a

una cangurera—. Dentro de los límites de la ciudad de Nueva York, cualquier comida que se consuma durante el fin de semana y especialmente un domingo, puede considerarse un brunch, y por consiguiente, es un momento adecuado para beber champán durante el día.

—Pero conlleva un terrible precio —añadió Clary—, no se pueden hacer reservaciones. Además, Jace, es suficiente este asunto en el que eres un cazador de sombras y no sabes qué es la pizza o lo que sea. Ya conoces el brunch.

—Supongo que aprendí una definición más antigua de mi gente en las montañas de la Europa Central —le dijo Jace, dudoso—, pero creí que era una comida que se tomaba entre el desayuno y el almuerzo. Son las dos de la tarde.

Isabelle puso su mano sobre el hombro de Jace.

—El brunch es un estado del ser —explicó—. Es un estado mental.

Simon estaba al otro lado de la mesa frente Alec y Max, y se inclinó hacia adelante para hacerle cosquillas a Max debajo de la barbilla. Max soltó una risita.

—Mírate —le dijo Simon con admiración—. Abandonado frente a un umbral y ahora estás aquí.

—¿En Maggie's? —preguntó Alec sin expresión en su voz.

—En la gran ciudad. ¡Lo lograste, niño! —Max hizo una serie de ruiditos alegres que no fueron palabras del todo y agitó sus manos—. ¡Eso es! —exclamó Simon—. ¡Manos de Jazz!

Isabelle le dio un empujón al hombro de Simon.

—¡No le hables sobre cómo fue dejado en un umbral! —susurró—. ¡Lo vas a deprimir!

—Sí, luce bastante deprimido —dijo Simon. Le había dado su cucharita y ahora Max y él la examinaban muy de cerca.

Hubo un alboroto general de menús y pedidos. Maggie's era conocida, entre otras cosas, por sus panqueques con chispas de chocolate, cada uno del tamaño de una llanta de bicicleta; Alec se aseguró de que Jace ordenara dos para compartir en la mesa, como era la tradición.

Junto a Simon, Maia llamó la atención de Alec.

—Entonces, escuché que tu mamá tal vez se jubile como directora del Instituto.

Alec parpadeó.

—Me dijo algo hace unas semanas sobre retirarse en algún momento. ¿En dónde lo escuchaste?

Maia se encogió de hombros.

—Los subterráneos hablan. Así que, ¿quién va a dirigirlo en su lugar? ¿Cuál es la exclusiva?

Los cazadores de sombras se miraron los unos a los otros. Nadie se ofreció a decir nada.

—Yo podría hacerlo —señaló Jace, haciendo reír a la mayor parte de la mesa—. ¿Qué? —espetó.

—Es solo que, no parece algo que te gustaría hacer —le dijo Isabelle.

—No dije que lo *quiero* hacer —protestó Jace—, solo dije que *podría*.

—¿Pero *quieres* hacerlo? —lo presionó Isabelle.

—No —respondió Jace—. No quiero. Solo estoy diciendo que nadie me superaría como director del Instituto. Pero no porque deba probarlo, ni nada.

—Me enorgullece que hayas dejado en claro que serías excelente en algo que no tienes interés de hacer. Pero *alguien* tiene que hacerlo —añadió—. Quiero decir, alguien que sea del Enclave de Nueva York. De lo contrario, la Clave enviará a una persona al azar que desee un ascenso.

—No pueden dejar que hagan eso —dijo Bat con empatía y todo el mundo se volteó, sorprendido—. Mandarán a alguien demente.

Jace bebió su café y asintió.

—Mandarán a Marjorie Vogelspritz de Hamburgo y nos hará alfabetizar la sala de armas.

Alec se estremeció.

—O enviarán a Leon Velarc de París y él intentará seducir a todos. Ya sea hombre, mujer o un hada que parezca una planta antropomórfica. A todos. —Max soltó una risita y Alec tuvo que recordarse que Max solo se estaba riendo sin razón alguna y no porque entendiera el chiste.

—Eso es extrañamente específico —comentó Simon.

—Tengo una pesadilla recurrente que es genuinamente específica —mencionó Alec en un tono sombrío.

»*Como sea*, el caso es que no sé cuándo se jubilará mi madre. Podría permanecer por meses o años, no lo sé. Ella solo... empezó a hablar de ello.

—Muy bien, basta de hablar de temas de cazadores de sombras —los regañó Magnus—. Tenemos nuestras bebidas; deberíamos brindar por el hombre del momento.

—Ese también es un tema relacionado a los cazadores de sombras —dijo Clary.

—Sí, pero es un tema de cazadores de sombras relacionado con las fiestas —se defendió Magnus—, y como sabes, todos los asuntos de celebración son asunto mío. —Magnus levantó su copa—. ¡Por Simon, el último tarado que se unió a los nefilim!

—Estoy casi seguro que esa era mi línea —dijo Jace—. Bueno, sin la parte de «tarado». Felicidades, Simon, recuerda que ya no eres más un imparables vampiro diurno.

—Quiero gritar «hip, hip, hurra» —añadió Clary—, pero no con un tono deprimente.

—Así que tres hurras por Simon.

Añadió Jace con soltura.

—¡Hip, hip! —gritó Clary y todos aclamaron a Simon Lovelace, el recién formado cazador de sombras. Alec examinó el rostro de Simon. Lució extrañamente inexpresivo durante el brindis de Magnus y Jace, pero ahora negó con la cabeza, como si limpiara su mente y enfocó su atención en los demás. Sonrió y bebió un trago, y siguió bebiendo.

—¿Simon? —señaló Isabelle, pero Simon levantó un dedo y todos esperaron unos segundos hasta que vació su vaso.

—Muy bien —dijo, azotando el vaso contra la mesa junto a un ruido hueco—. He estado lejos de Nueva York y necesito actualizaciones. ¿Qué ha pasado con los subterráneos? ¿Qué han estado haciendo? ¿Cómo fue que la ciudad superó mi ausencia? ¿Cómo fue que la ciudad sobrellevó la llegada de Max Lightwood-Bane? El mejor regalo compartido y repleto de genialidad de Nueva York desde la llegada de John Lennon...

—Nadie sabe de lo que estás hablando, amor —lo interrumpió Isabelle suavemente, palmeando a Simon en el brazo.

—¡Maia! —exclamó Simon—. ¿Qué hay de ti?

—Eh —respondió Maia—. En realidad, ahora dirijo una librería.

—¿Cuál librería? —preguntó Simon.

—*La librería* —señaló Maia—. Libros Garroway.

—¡Ah! —dijo Simon—. Qué genial.

—¿La librería incluye a la manada de lobos? —preguntó Magnus, entretenido.

—Sí —respondió Bat con pesar.

—*No* —lo corrigió Maia—. En realidad, Luke sigue siendo dueño del lugar y seguimos en contacto casi todos los días. Lo que pasa es que ahora está en su granja la mayor parte del tiempo. Y ser un hombre lobo no paga las deudas. O sea, no puedes ser un lobo profesional por siempre. Y sé que Luke fue un buen jefe.

—Quiero que sepas —Simon le dijo con seriedad a Bat—, que siempre te he considerado un DJ profesional, pero un lobo aficionado.

—Gracias —le dijo Bat—. Estoy de acuerdo. Para mí, ser un hombre lobo es más un pasatiempo que una vocación, ¿sabes?

—Primero que nada, eres mi segundo al mando —espetó Maia—. En segundo lugar, como líder de tu manada, estás bajo mis órdenes de estar seis turnos a la semana en la librería. Es

bueno para ti. Quizá llegues a leer un libro.

Bat negó con la cabeza y desanimado hacia Magnus.

—Se ha vuelto loca de poder.

—Además —Maia añadió hacia Simon, ignorando a Bat—, hemos celebrado las reuniones de la Alianza en el ático, lo cual es agradable. Todavía quiero que vengas en algún momento. Eres el único cazador de sombras que solía ser un subterráneo en quien puedo pensar. Quiero decir, por lo general, suele ser al revés.

Simon pareció un poco dolido.

—Técnicamente, solo he sido un cazador de sombras desde hace unos días —le dijo—. Tal vez cuando esté un poco más acostumbrado.

—¿Puedo continuar con las noticias? —preguntó Isabelle, levantando su mano con entusiasmo.

Simon se vio aliviado.

—Por supuesto —le dijo y Alec entendió que Isabelle lo había salvado porque había algo en la actitud jovial de Simon que podría resbalar y si resbalaba podría caer. Fue bueno que Simon tuviera a Isabelle. Se protegerían el uno al otro.

—Yó —comenzó a decir Isabelle—, actualmente alojo a mi novio duradero en el dormitorio de mi infancia.

—Ah, lo sabemos —mencionó Clary a la ligera.

—Es extraño. ¿No es extraño? —Isabelle se dirigió a Jace.

—Clary tiene su propia habitación —respondió Jace.

—Ajá, pero ella nunca *duerme* ahí.

Alec observó cómo la expresión de Jace cambiaba rápidamente ante el proceso de pensar algo terrible que decir como respuesta, consideró si lo iba a decir o no y al final decidió no hacerlo. Se comenzó a enorgullecer del camino eventual, aunque gradual, de su *parabatai* hacia la madurez.

—No se siente como si estuviera en un dormitorio de la infancia —intervino Simon—. Es como si estuviera en un dojo de artes marciales. Uno muy lujoso, no me malinterpreten. Pero muy a la moda, para ser un dojo.

—Si dirigieras el Instituto, podrías tener una habitación más grande —señaló Alec, sonriendo.

—Ah, bueno, *ahora* sí me interesa —indicó Jace.

—Isabelle, hay como treinta habitaciones en el Instituto —le dijo Clary—. Solo cámbiate a

una nueva. O toma tres y cambia entre ellas.

—Bueno, en realidad estamos... —comenzó a decir Simon y luego se detuvo.

Alec miró a Isabelle con curiosidad.

—Estamos buscando un lugar propio —prosiguió Isabelle.

Alec se irguió.

—¡Bueno, felicidades a ambos! —exclamó. Max aplaudió—. ¡Sí, aplaudimos porque la tía Isabelle tendrá su propio hogar!

—Eh, gracias —dijo Isabelle.

Magnus se inclinó.

—Solo se alegra de que ya no será el chico malo que se mudó —le dijo.

—No, no, ahora yo soy la chica mala que todavía vive en casa —protestó Isabelle.

—Y yo comienzo a ser su novio nerd que se atascó en la situación —añadió Simon.

Max estalló en un repentino lamento de infelicidad.

—Lo sé —le dijo Simon—. Es completamente injusto.

—El niño tiene buen juicio —dijo Magnus, asintiendo y sorbiendo delicadamente su copa de champán. Se inclinó hacia Max—. ¿Por qué eres un bebé tan quisquilloso? ¿Puedes decir *bapak*? Significa papi. Di *bapak*, bebé. —Max dejó de llorar por un momento para agitar sus dedos hacia Magnus, pero luego comenzó a lamentarse de nuevo.

—Creo que solo necesita levantarse y caminar un poco —dijo Alec, disculpándose y levantando a Max de la silla—. Hay mucho ruido y muchas cosas a su alrededor.

—Es demasiado para que un arándano lo asimile —coincidió Isabelle con simpatía.

—Disculpa —dijo Simon, ofendido—. Max es un *grandioso* y peculiar arándano *con cuernos*.

—Noté —añadió Jace casualmente mientras Alec se levantaba de su asiento, asegurándose de llevar a Max cuidadosamente entre sus brazos—, que Max es capaz de lanzar un poderoso hechizo de brujo que hace que el cerebro de todos en un radio cercano se convierta en pudín. Realmente es muy talentoso.

Clary resopló.

—No es magia. Es sólo que es el bebé más grandioso de todos los tiempos. —Ante la mirada de Jace, ella le dio una palmada en el brazo—. Claro, a excepción de ti, amor.

—No estoy *celoso* del *bebé* —protestó Jace.

Magnus captó la mirada de Alec y él se encogió ligeramente de hombros. Max seguía

llorando y parecía estar preparándose para que resonara con más intensidad.

—Voy a caminar —le dijo y dejó la mesa. Examinó el restaurante y la multitud de en medio y la densidad general de la población, y supo cuál sería su mejor apuesta para conseguir la más parecida especie de tranquilidad para calmar a Max. Sentía una gran gratitud hacia el restaurante por proporcionarle a un padre el mejor lugar posible: un baño individual.

En contraste con el brillante arcoiris de colores del resto del comedor, el lugar era completamente blanco, de una forma casi cegadora mientras el sol pasaba a través de la ventana escarchada. Losas anchas, planas y limpias alrededor de las paredes, techo y suelo. El único detalle en la pared era la imagen enmarcada en el espejo, justo encima del lavabo blanco con sus grifos blancos: el rostro de Alec Lightwood y debajo de él, la carita azul de su hijo.

Alec abrió el fregadero, para crear algo de ruido sordo y meció a Max en un sube y baja ligero en sus brazos de la forma que le gustaba. No había esperado algo así. No el brunch, obviamente; ya había anhelado el desayuno tardío. En realidad, no había considerado la paternidad. Si le hubieran preguntado, probablemente se habría encogido de hombros y dicho que podía verse con un hijo algún día, pero que no estaba demasiado preocupado por ello. Sabía que Magnus nunca había criado a un niño y había asumido que esa era la opinión de Magnus sobre la paternidad... ciertamente tuvo mucho tiempo para intentarlo y había elegido no hacerlo. Pero la duda de convertirse *en* padre desapareció en el momento en que se reemplazó con la cuestión de convertirse en el padre *de* Max y no fue sorpresa para Alec el momento en que Magnus respondió *sí* a esa pregunta tan rápido como él lo hizo.

Su amor por su hijo seguía sorprendiéndolo y asombrándolo cada día. Max se había calmado y se miraba a sí mismo en el espejo, sus ojos se abrieron ampliamente con curiosidad.

—Ese es papi —dijo Alec, inclinándose para hablar en voz baja contra la cabeza de su hijo. Señaló el espejo—. ¿Ves a papá? Y ahí debajo de él, ¿quién será ese? ¡Es Max!

Max lo miró de reojo y dubitativo.

—Eres demasiado pequeño para saber que eres tú en el espejo —explicó Alec—, pero te prometo que eres tú. Somos tú y yo.

—Pa —dijo Max.

—Tú, yo y *bapak* —murmuró Alec para sí mismo y su corazón dolió de amor.



## AGRADECIMIENTOS

*Traducido y corregido por Samn*

QUIERO AGRADECER A NAOMI Cui por su analítica lectura del manuscrito. Más allá de ella, estos agradecimientos serán un poquito más diferentes a la mayoría. Normalmente utilizo este espacio para agradecer a mis amigos, mi familia y a mi coautor y editora. A pesar de estarles sumamente agradecida con todos ellos por crear una cariñosa comunidad dirigida a *El Libro Perdido de lo Blanco*, esta vez quiero usar este espacio para darle las gracias a mis lectores.

Queridos lectores, gracias por quedarse conmigo, con Magnus y Alec y todos sus amigos. Gracias por compartir sus historias, sus aventuras y su magia conmigo. Su entusiasmo y afecto hacia los habitantes del mundo de los cazadores de sombras y subterráneos nunca deja de sorprenderme. Soy tan afortunada de tener a lectores que son tan considerados, alegres y maravillosos como ustedes. Gracias por ser parte de mi historia. No podría imaginarla sin ustedes.

—C.C.

NO DIRÉ QUE LAS MALDICIONES MÁS Antiguas me lanzó un hechizo o algo parecido, pero antes de que comenzara a trabajar en esta trilogía, no tenía ni un solo niño. Le dimos la bienvenida a este mundo a Hunter mientras escribía *Los Pergaminos Rojos de la Magia*, y a mi segundo hijo, River, mientras escribía *El Libro Perdido de lo Blanco*.

¿Coincidencia? Tal veeeeeeez.

Me gusta creer que esto tiene una menor relación con la correlación o causalidad, y más con el hecho de que existía abundante alegría y amor en mi vida durante esos años de Maldiciones Antiguas. Llegó del crecimiento de mi familia y de mi trabajo cuando escribía las aventuras de Magnus y Alec (¡y Max!). Fue especialmente entretenido ver cómo Magnus y Alec vivían los mismos sufrimientos crecientes que implican formar una familia. De otra forma, ¿cómo lidias con el malabarismo entre los biberones, la guardería y (escribir) batallas mágicas, al mismo tiempo?

Así que, sobre todas las personas, este libro está dedicado a la familia —a mi familia y las familias de todo el mundo—, porque balanceamos el amor, la felicidad y las increíbles aventuras de criar a estas criaturas mágicas que llamamos niños. A mi encantadora esposa, Paula, mi compañera, por ayudarme a criar a estos dos maravillosos niños. A Hunter, mi inspiración y maestro de la paciencia, por el resto de mis días seré tu DJ y compañero de baile.

Para River, mi júbilo y fe en la humanidad, algún día conquistarás el mundo. Para el resto de mi familia, gracias; ustedes son mi tribu. A mi agencia familiar en *Scovil Galen Ghosh Literary*, por siempre cuidar de mi espalda con indudable apoyo. Para la familia de Simon & Schuster, por publicar este asombroso libro que los lectores ahora tienen en sus manos.

Un especial agradecimiento a Cassie, mi familia y autora. Gracias por darme asientos en primera fila para ser testigos de tu genialidad creativa.

Finalmente, a la familia de cazadores de sombras: ustedes son la razón por la que contamos estas historias. Gracias por su amor y confianza.

Y un último agradecimiento a Magnus, Alec y Max. Felicidades a su asombrosa familia. Definitivamente deberíamos contratar a una niñera para los niños y tener una cita doble un día de estos.

—W.C.

# Agradecimientos y Notas

## Shadowhunters Contra la Ley

El Libro Perdido de lo Blanco no habría sido posible sin ustedes. Fue un proyecto más complicado de lo normal pero siempre nos hace felices darle cierre a una traducción y pensar en las siguientes. Todo lo hacemos por y para el fandom, mientras más apoyo le den a nuestro trabajo, no importará el tiempo que pase, aquí seguiremos dispuestos a darle el trabajo de calidad que realmente merecemos.

Por otro lado, también estoy enormemente agradecida con todos los nuevos amigos que formé este año y que fueron gracias a las traducciones y a la saga que han dado su amor incondicional a lo que hacemos y que el libro pudo salir adelante gracias a sus ánimos. ¡Son asombrosos!

No podemos esperar para seguir trayendo las próximas traducciones de Cazadores de Sombras. ¡Gracias a todos por su apoyo!

Próximamente en marzo de 2021 tendremos Cadena de Hierro y en otoño, saldrá un nuevo libro que dará comienzo a una saga de Cassandra Clare llamado *Sword Catcher* «El Receptor de la Espada». Serán nuestros siguientes proyectos.

Sin embargo, si aún no estás actualizado con nuestras traducciones, aquí abajo tendrás un link directo a nuestro catálogo (que también incluye una pequeña guía realizada por un fan que nos ha apoyado mucho) y que definitivamente te ayudará si estás un poco perdido en el orden de lectura de la saga.

[Nuestras traducciones.](#)

Síguenos en Facebook para conocer todas las actualizaciones de las próximas traducciones:

Cazadores de Sombras desde 1234

Grupo: [Shadowhunters Contra la Ley: Traductores y fans](#)

Grupo con spoilers: [Traumas desde 1234](#)

Twitter: @SamnLh